

DAD A  
CIÓN C

MEDICINA

FISIOLOGICA

RB113

63

c.1

ÓNOMA

ERAL DE



1080074759

62

70

*Reservé*

612

B.



**CATECISMO**

**DE LA MEDICINA FISIOLÓGICA.**

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



Indocti discant, et ament meminisse periti.

# CATECISMO

DE LA

MEDICINA FISIOLÓGICA,

ó

## DIALOGOS

ENTRE UN SABIO Y UN MEDICO JOVEN,

DISCIPULO DEL CATEDRATICO BROUSSAIS;

QUE CONTIENEN LA SUCINTA NARRACION DE LA NUEVA DOCTRINA MEDICA, Y LA REPUTACION DE LAS OBJECIONES QUE SE LE Oponen;

Obra destinada á facilitar el estudio de esta doctrina á los pasantes de medicina, á los prácticos que no hubieran cuidado de ocuparse en ella, y propia para dar una cabal idea suya al comun de las gentes.

TOMO I.

PARIS,

IMPRENTA DE J. SMITH, CALLE MONTMORENCY, N.º 16.

—x—

1827.

45586



R B/113

C3



Biblioteca Central  
Magna  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN  
FONDO  
A. S. PÚBLICA DEL ESTADO  
DIRECCIÓN GENERAL

## PROLOGO.



DOMINA una preocupacion general contra las obras que llevan el objeto de acomodar la medicina á la capacidad del comun de las gentes: las condenó Cullen diciendo que ellas son inferiores á la critica, y pasó á ser su opinion la de casi todos los médicos. A pesar de semejante condenacion, no cesaron de multiplicarse estas obras; y puede decirse con verdad que la mayor parte de ellas no justifica sino mucho la sentencia del catedrático escoces. El *Aviso al Pueblo*, de Tissot, aunque bien acogido por las personas ajenas de la medicina, no fué colocado en la clase de las obras que aseguran gloriosos títulos á su autor; la de Buchan, que gozó no ha mucho de una descomunal aceptacion, fué objeto de los sarcasmos y burlas de los médicos; y por cierto es preciso confesar que su menosprecio se halló justificado con las desgracias que esta perniciosa obra ocasionó. No hablaremos de otros muchos escritos de la misma especie; á cuyo número

pertenecen algunos que merecieron la indulgencia de las gentes del arte.

A pesar del descrédito que predomina contra esta especie de obras, pensamos que se han hecho necesarias en el actual estado de la sociedad, y que por lo mismo que las mas de ellas son malas, es indispensable componer otras buenas. En efecto ¿como impedir que aquellas gentes del mundo que tienen alguna instruccion, no se den á la lectura de los libros de medicina? Contrajeron el hábito de ello, desde que los médicos escribieron en lengua vulgar. Cada aficionado de nuestra ciencia tiene su teoría sobre las causas de las enfermedades, sobre los efectos de los remedios; y estas preocupaciones pertenecen al número de los principales obstáculos que el médico encuentra en la asistencia de los enfermos. Seducido el uno por el fárrago del Señor Leroy, no anhela mas que por purgantes; el otro, que ha oido el sistema de Brown, no está contento mas que cuando le ordenan estimulantes y tónicos. Algunos hay que no ven, en todas las enfermedades, mas que la supresion de la transpiracion, y que no recurren nunca á los médicos mas que despues de haberse hecho sudar copiosísimamente, arrojándose con exceso y aguacharnándose con bebidas calefacientes. Hoy día, en que el empirismo y ontología pasaron de los escritos de nuestros clásicos á la lengua de la sociedad, hay una infinidad de personas que no platican con uno, mas que sobre las

causas y materias morbificas, que en su creencia las traen mortificadas. Se representan ellas su propio cuerpo como el punto de reunion de cinco ó seis genios del mal, que vienen á visitarlas junta ó separadamente: la gota, reumatismo, males de nervios, flemas, cólera, un humor, etc., transforman la admirable economía del hombre en una asquerosa cloaca; piden á su médico específicos para cada uno de estos entes, para cada uno de estos montones de impurezas. Si este los niega, se vuelve vacilante su confianza, y en breve se entregan ellas á algunos curanderos que acaban de arruinar su salud.

Desanimados muchos sujetos de mérito con la diversidad de las opiniones de los autores, abrazaron el septicismo, cuyo lastimoso ejemplo se les daba poco ha todavía por los mas afamados médicos, y rehusan con pertinacia los auxilios de nuestro arte. Estos últimos no son seguramente dignos de censura; porque ¿qué hombre razonable, habituado á hacerse cargo de cuanto se le propone á su creencia, podía admitir la medicina tal como la presentaban ántes de la doctrina fisiológica?

Los sabios que componen nuestras academias, hicieron profusamente por mucho tiempo de oidas, y por una especie de eco, pomposos elogios de la clasificacion nosográfica; pero si querian ver la aplicacion suya en la asistencia de los enfermos, la

hallaban tan poco satisfactoria que volaban al punto buscar alguna receta en un libraco.

¿Qué cosa mas vergonzosa, y deshonrosa para la ciencia, y mas comun sin embargo, que el ver á hombres letrados, matemáticos, empleados públicos ilustrados, acordar su confianza á algunos supuestos sanadores destituidos de toda especie de lógica, y aun ignorantes á veces de los primeros rudimentos de la gramática, bajo el ridiculo pretesto de que pueden poseer primorosas recetas, y que les han visto hacer curas admirables? Cuanto mas rústico é ignorante es un hombre, tanta mas confianza infunde él á ciertas gentes. Que un médico que hizo largos estudios posea alguna instruccion, no hay nada mas natural; pero si un individuo que habla apénas su lengua, tiene la fama de conocer algunos secretos eficacisimos contra las mas de las dolencias, hallan en ello muchas personas algo maravilloso, y sobrenatural, y se alimenta su confianza con lo que debería destruirla.

Otros no juzgan á los médicos mas que por sus títulos, plazas, edad, caudal, ó grado de aprecio que les acuerdan los grandes. Algunos hay que se informan cual es el médico que escribió sobre la enfermedad de que ellos se creen atacados, que la cura en su hospital, ó que tiene la fama de darse á ella de un modo particular en su práctica. Este postrer modo de juzgar á los médicos puede proporcionar primorosas resultas á veces; pero puede

engañar tambien, porque con suma frecuencia un doctor, sin esperiencia, recoge en malos autores materiales sobre una enfermedad que él no observó casi, y se adquiere una fama que se halla distante de merecer. Las gentes por otra parte ignoran que el campo de la ciencia era árido en tanto grado antes de la doctrina fisiológica, que los que le cultivaban con el mayor ardor no podian recoger apénas en él mas que espinas y abrojos.

Estas son, en gran parte, las consideraciones que han movido al autor á publicar la presente obra. No es su fin habilitar á toda clase de gentes para curarse á sí mismas en las graves dolencias; lo ha probado de un modo sumamente positivo, evitando darles fórmulas: pero ha deseado ponerlas en el caso de conocer y echar á un lado cuanto pudiera perjudicarles, ha querido presentarles un plan de higiene para la conservacion de su salud, y demostrarles que las enfermedades no caen sobre nosotros, como aves de rapiña, sin que nos sea posible prever ni apartar sus asaltos.

Por otra parte, supuesto que es preciso absolutamente que las personas que no hacen profesion de la medicina tengan una teoría médica, hemos creído hacer una cosa útil á la sociedad enseñándoles la que predomina hoy dia, y que prevalecerá sin duda constantemente sobre todas las demas. Pensamos que el arte de curar, es decir, las individualidades de la aplicacion pertenecen á los médi-



cos únicamente; pero creemos que la ciencia de la medicina debe conocerse y juzgarse, en beneficio del bien general, por todas las personas instruidas. Mientras que la medicina no fué una ciencia, era cosa inútil, y aun peligrosa el iniciar en sus misterios á los profanos. Si ellos la estudiaban como ciencia, no podían hallar en ella mas que motivos para menospreciarla; y si buscaban allí socorros para sus achaques, no debían beber en ella mas que medios cuya aplicacion no estaba exenta casi nunca de peligro. Un médico instruido y laborioso podia hallar en su esperiencia y faltas mismas, los medios de hacer ménos desgraciada su práctica, y aun quizá de ejercerla con alguna felicidad, aunque no le era posible transmitir su talento á sus sucesores; pero el que no profesa la medicina no practica jamas bastante para lograr este resultado; puede observar él ciertamente lo que conviene á la conservacion de su salud, pero no le es posible curar una enfermedad, y únicamente por casualidad tiene acierto en la aplicacion de los remedios.

Hoy día que la medicina es una ciencia que se funda sobre invariables principios, su práctica no se proporciona todavía con los alcances del comun de las gentes; pero pueden estudiar su teoría, á causa de que la comprenderán; y deben hacerlo, á causa de que sacarán sumos beneficios de ello. Digo que la comprenderán, porque es clara, fácil

de coger, y que llega consigo el sello de la verdad. Sostengo que les será utilísimo el conocerla, porque la estimarán, y tendrán en los que la profesan una confianza que no podían acordarles en otros tiempos. Hallarán amas en este estudio la ventaja de poder juzgar al hombre del arte que se les presente para darles socorros; sabrán distinguir, desde la primera entrada, entre el médico fisiologista y el que no es mas que ontologista y práctico. Varias elecciones mejor dirigidas por parte de los hombres cuyo mérito da la ley en las sociedades particulares, y de resultas en el orden social, harán comprender á los médicos soberbios y encaprichados la necesidad en que se hellan de mantenerse al nivel de los conocimientos; y los obstáculos que retardan los adelantamientos de la verdadera doctrina médica, desaparecerán ante este impulso general.

Pero no se ha compuesto esta obra únicamente para el comun de las gentes, para los filósofos ansiosos de juzgar los conocimientos humanos; sino que está destinada igualmente á los médicos. Si la doctrina fisiológica está al alcance de todos los hombres instruidos, de todos los espíritus rectos, es á causa de que ella es rica de simplicidad y evidencia, pero es imposible que no la aprecien mejor todavía las personas exclusivamente dedicadas al arte de curar. No se ha insertado aqui nada bajo ni trivial, con la intencion de acomodarse á la capacidad del vulgo, como se hizo en las obras que

acaban de notarse. El autor se atreve pues á esperar que su obra no quedará confundida con los libros de esta especie. Encerrando en este catecismo la substancia del *Exámen de las doctrinas médicas*, que el público juzgó ya, se ha propuesto escribir para todos los médicos, con la especial intencion de facilitar el estudio de la nueva doctrina á los pasantes y prácticos que hasta aquí no cuidaron de ocuparse en ella. Su epigrafe espresa bastante sus intenciones:

*Indocti discant, et ament meminisse periti.*

## CATECISMO

DE LA

### MEDICINA FISIOLÓGICA.

#### DIALOGO PRIMERO.

*Fiebres esenciales, biliosas, gástricas, mucosas, pútridas, malignas, atáxicas, adinámicas.*

EL SABIO.

Ah! ¿está Vm. aquí, Caballero? le daba yo á Vm. de vuelta en su casa mucho tiempo hace. ¿No vino Vm. el año pasado, en la misma época, que es por cierto la de las vacaciones, á presentarme sus conclusiones, y darme parte de su próxima partida?

EL MÉDICO JÓVEN.

Verdad es, Caballero, que vine á despedirme de Vm.; y no lo es también ménos que me restituí á mi provincia con el ánimo de entregarme á la práctica de la medi-

acaban de notarse. El autor se atreve pues á esperar que su obra no quedará confundida con los libros de esta especie. Encerrando en este catecismo la substancia del *Exámen de las doctrinas médicas*, que el público juzgó ya, se ha propuesto escribir para todos los médicos, con la especial intencion de facilitar el estudio de la nueva doctrina á los pasantes y prácticos que hasta aquí no cuidaron de ocuparse en ella. Su epigrafe espresa bastante sus intenciones:

*Indocti discant, et ament meminisse periti.*

## CATECISMO

DE LA

### MEDICINA FISIOLÓGICA.

#### DIALOGO PRIMERO.

*Fiebres esenciales, biliosas, gástricas, mucosas, pútridas, malignas, atáxicas, adinámicas.*

EL SABIO.

Ah! ¿está Vm. aquí, Caballero? le daba yo á Vm. de vuelta en su casa mucho tiempo hace. ¿No vino Vm. el año pasado, en la misma época, que es por cierto la de las vacaciones, á presentarme sus conclusiones, y darme parte de su próxima partida?

EL MÉDICO JÓVEN.

Verdad es, Caballero, que vine á despedirme de Vm.; y no lo es también ménos que me restituí á mi provincia con el ánimo de entregarme á la práctica de la medi-

cina en la ciudad que me vió nacer: pero no tardé en mudar de parecer; y, habiendo logrado de mi padre los necesarios fondos para pasar de nuevo un año en Paris, volví á frecuentar las aulas, que de hoy dia para restituirme al seno de mi familia.

EL SABIO.

Y bien! ¿quien pudo inducirle á Vm. á diferir así su colocacion? ¿No me habia dicho Vm. que se le proporcionaba una rica heredera cuya caudal debia habilitarle para esperar pacientemente la clientela?

EL MÉDICO JÓVEN.

No hay cosa ninguna mas cierta; y estaba para concluirse ese matrimonio, cuando una gravísima enfermedad, que faltó poco para robarme al autor de mi vida, me obligó á mudar repentinamente de resolucion.

EL SABIO.

Ya sé que su padre de Vm., antiguo amigo mio, estuvo malo; pero goza de una perfecta salud mucho tiempo hace. Se des-

apareció pues este impedimento ¿habria hallado Vm. otros acaso por parte de su novia? ¿Le trajo á Vm. la desesperacion de nuevo á Paris?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; doña \*\*\* aun tiene todavía la paciencia de esperarme.

EL SABIO.

Esplíquese Vm., por favor; porque no poseo el don de adivinar.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien, Caballero, sepa Vm. que, en el breve espacio de tiempo que pasé al lado de mi padre, me faltó poco para no ser asesino suyo; y, con el justo temor en que yo me hallaba de esponer por segunda vez una tan preciosa vida, ó de atentar contra la de mi futura consorte, abracé la resolucion de huir de ámbos, y volver á Paris para aprender el arte de curar.

EL SABIO.

Como, Caballero! habia pasado Vm. seis años en Paris sin ocuparse en sus estudios!

habia obtenido Vm. con dolo de sus catedráticos un título no merecido, y se preparaba sin escrúpulo á abusar de la confianza de sus conciudadanos! Confiésolle á Vm. que me habia formado otro muy diferente concepto de su modo de pensar, especialmente recorriendo sus conclusiones, en que reconocí con gusto los preceptos de los mejores maestros, apoyados con una muy selecta erudicion. Aun me hallaba asombrado de que Vm. hubiera tenido suficiente lugar para compulsar tantas obras, y me admiraba de la precision con que Vm. apreciaba las mas respetables autoridades; porque no ignora Vm. que la medicina es, de algunos años á acá, mi estudio predilecto. ¿Recurrió Vm. pues á alguna mano estraña para la composicion de su acto inaugural?

EL MÉDICO JÓVEN.

Ay de mí! no, querido Caballero mio. Yo habia leído, releído, y hojeado, noche y dia, los clásicos mas afamados; habia acompañado, en la asistencia de los enfer-

mos, á los médicos clínicos de mayor crédito; en una palabra, soy el autor de mis conclusiones, lo cual forma en el dia la materia de todos mis pesares; porque ellas me reducen á hacer pública retractacion á la vista de todas las personas á quienes hice el triste regalo suyo; y esto me trae ahora á la presencia de Vm.

EL SABIO.

Qué estoy oyendo! ¿Seria Vm. por ventura del número de aquellos inconsiderados entusiastas que van celebrando incesantemente la nueva doctrina, y que pregonan en todos los lugares el mas profundo menosprecio de la antigua medicina?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor, soy entusiasta de la nueva doctrina; pero tengo la ventaja de no ser inconsiderado. Le aseguro á Vm., por el contrario, que no supe raciocinar en medicina mas que despues que tengo la dicha de aplicar la fisiología á las dolencias de mis semejantes. Unicamente desde entonces es la medicina admirable á mi vista,

satisfactoria para mi espíritu, y fructuosa en su aplicacion; y me ha parecido, en una palabra, digna de figurar en la clase de las ciencias.

## EL SABIO.

Estas son las declamaciones de moda entre nuestros nuevos doctores. Se corregirá Vm. de esa ceguedad, luego que la edad y práctica hayan madurado su razon. Pero ¿quien le sugirió á Vm. el proyecto de volver á Paris para reconstituirse discípulo, y particularmente discípulo de la nueva doctrina, despues de haber tenido la fortuna de librarse del contagio durante el curso de sus primeros estudios?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Ya se lo he dicho á Vm., Caballero; es la enfermedad de mi padre. Sirvase Vm. oirme, y me condenará despues, si puede hacerlo.

Se quejaba mi padre, hacia muchas semanas, de un leve desórden en su salud; y la conmocion que mi regreso le causó, puso de manifesto diversos accidentes que

turbáron nuestro regocijo. Se le puso dolorida la cabeza; quejóse de un afecto de extraordinaria fatiga en los miembros, y especialmente en la region del espinazo é hijares. Se declaró la calentura, aunque bastante moderada; la lengua se presentó cargada de una especie de sarro espeso y amarillento en el medio, miéntras que estaba encarnada en su circuito y estreñidad; resintió vivos dolores en la boca del estómago; tenia la boca amarga, continuas ganas de vomitar, y no podia desechar de sí un fatal presentimiento, asegurando que mi vuelta le daba el golpe de muerte: pero se consolaba este tierno padre, pensando que me dejaba con una existencia honrosa, y digna de los sacrificios que él habia hecho en beneficio mio. Estos discursos me partian el corazon; pero la confianza que yo tenia en mi vasta ciencia, no tardó en consolarme. Es únicamente un embarazo gástrico con calentura, esclamé: Tomará Vm. mañana el emético, y quedará curado. Fué tormentosa la noche; y el emético, que administré yo mismo en

crecida dosis, proporcionó copiosas evacuaciones. Una mejoría harto notable se dejó descubrir despues de su efecto; limpióse la lengua, que se puso encarnada en toda su estension. Cantaba yo la victoria ya; pero, hácia la tarde, se duplicó la intension de los síntomas, la calentura adquirió tanto grado de violencia, que mi mano no podia soportar el ardor de la piel, en la region del estómago con especialidad; eran atropelladas las pulsaciones; la lengua, de encarnada como grana que ella estaba, se volvió negruzca, encogida, puntiaguda y seca; una sed ardiente substituyó el gusto pegajoso y bilioso. La sensibilidad de la boca del estómago pareció mas viva; y la de los miembros era tan prodigiosa, que arrancaba gritos á mi padre, que no se atrevia á ejecutar movimiento ninguno.

Me guardé bien de sobresaltarme con esta exasperacion: es una fiebre gástrica que se pone de manifesto; y es Vm. muy feliz en haberse desembarazado de sus mucosidades, porque ella hubiera podido to-

mar el aspecto adinámico. Lo que ahora le inquieta á Vm. no es otra cosa mas que el crecimiento inevitable en estas enfermedades; pero estará Vm. mejor mañana, y la fiebre se terminará favorablemente en el séptimo dia: entre tanto, beba Vm. caldo de ternera, para refrigerarse, sueros con tamarindos, á fin de tener corriente el vientre, y ármese de espíritu y esperanza.

Al tercer dia, la calentura, en vez de disminuirse, como yo lo había anunciado, tomó un nuevo incremento; el dolor de la cabeza era atroz; la sed mas voraz se exasperaba mas bien que se apagaba con mis bebidas, que le repugnaban sumamente por otra parte al paciente. La cara estaba coloreada, y podian notarse algunos momentos de delirio.

Me sobresaltaron estos síntomas: la cabeza está amenazada de una congestion, me dije á mí mismo. La calentura no solamente es gástrica, sino que tambien toma el aspecto de la ardiente ó *causon* de Hipócrates. Practiquemos pronto una sangría

de pie, pero que sea moderada, porque noto alguna tendencia á la ataxia, y una muy copiosa evacuacion de sangre podria hacer degenerar esta fiebre en adinámica.

Se practicó efectivamente la sangria; halló alivio el doliente; pero le habia faltado poco para no desmayarse; y habiendo justificado este leve accidente mis temores, creí deber reparar algo mas las fuerzas, administrando algunas tazas de una limonada ligeramente vinosa. Apenas se habian dado algunas dosis de este nuevo específico, cuando se avivó la calentura, no ya con un pulso espacioso y lleno como antes, sino con pulsaciones cortas y como convulsivas. La lengua tomó un color negruzco: mi padre no se quejaba ya de dolor ninguno, sino que deliraba del modo mas completo. Sus fuerzas habian caído, y sus miembros estaban agitados con aquellos pequeños estremecimientos que llamamos *sobresaltos de los tendones*. En cuyo estado ví los combinados síntomas de una fiebre ataxo-adinámica, ó, para hablar en la antigua gerigonza, pútrido-maligna; y me pre-

paraba yo á dar el golpe mortal á mi desgraciado padre administrándole el vino puro de quina, el alcanfor, el almizcle, la serpentaria de Virginia, cuando un suceso tan feliz como imprevisto me preservó del parricidio que iba á cometer. Continueme Vm. por favor todavía durante unos instantes su atencion.

## EL SABIO.

Me deja Vm. temblando. ¡Hay pues enfermedades de una tan pérfida calidad, que los socorros mejor dirigidos son incapaces de atajar sus funestos progresos! ¿Quien nos descubrirá estos impenetrables misterios?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Van á serlo, Caballero; guárdese Vm. bien de dudarle. Acaba Vm. de contemplar los frutos amargos de la medicina antigua; admírese de los portentos de la nueva.

Contraje amistad, durante mis primeros estudios, con un condiscípulo mio que se habia hecho doctor cinco ó seis meses



antes que yo, y que practical la medicina en su pueblo nativo, á unas leguas de aquel en que reside mi familia. Habiendo sido llamado por uno de nuestros vecinos el nuevo doctor, cuya fama comenzaba á difundirse por todas partes, llegó allí al cuarto dia de la enfermedad de mi padre, cabalmente á la época en que yo acababa de tomar la resolucion de administrar los tónicos. Hallándose informado de mi vuelta, vino á verme, y le comuniqué mis sobresaltos. Mi amigo era un discipulo de la nueva doctrina, y me habia instado por mucho tiempo para que yo le imitara; pero hallándome imbuido por los adversarios del catedrático que es el inventor y propagador de ella, habia desechado siempre sus instancias. Me habian infundido tanto temor de este catedrático, asegurándome que yo seria seducido, y perdido para siempre, si tenia la desgracia de asistir á sus lecciones, que no me fué posible resolverme á oírle ni siquiera por un solo instante. Mi amigo se habia rendido por haberle acompañado una vez en la visita

de su hospital; desde cuyo momento, no le habia dejado ya, y se habia hecho uno de sus mas zelosos discipulos. Este ejemplo me espantaba, y habia huido yo de la escuela fisiológica con cuidado, como un hombre cuerdo evita los malos lugares. Esta aversion, que mi amigo tenia por ridicula, aun habia suscitado mas de una vez entre nosotros las mas vivas discusiones, durante las cuales me negaba á dar oídos á cuantos documentos él queria darme sobre la nueva medicina. Se conoce que con semejantes preocupaciones, no me hallaba apénas dispuesto á oír su dictámen sobre la enfermedad de mi padre. No obstante esto, luego que él me hubo declarado formalmente que yo habia hecho por entero su enfermedad, que me hubiera sido fácil atajar su curso aplicando algunas sanguijuelas sobre el estómago en el primer dia, y que el plan curativo que yo me proponia seguir le conduciria infaliblemente al sepulcro; y luego que hubo apoyado estos asertos con la relacion de muchas curas de que me hallaba ya noticioso, co-

mencé á dar oídos. Fué continuando; y titubeé. Vencido últimamente por la claridad de sus discursos, y por las instancias de mi familia, le abandoné la direccion de mi querido enfermo, y prometí no embarazarle en la curacion que él proponia.

Se aplicáron cincuenta sanguijuelas, desde la noche misma, al epigastro; sus picaduras sangraron toda la noche con abundancia. A proporcion que corria la sangre, recuperaba mi padre sus fuerzas y razon. Repetia él: Estoy salvado ya. El gozo me tenia enagenado á mi. No habia ya calentura ninguna en la mañana del quinto dia. Era mi ánimo el mandar dar un caldo al paciente; á lo que se opuso mi amigo, asegurándome que este ligero restaurativo bastaria para renovar todos los accidentes, y cedi. Dejámos gozar al enfermo de un profundo sueño durante la mayor parte del dia; pero júzguese de mi sorpresa, cuando al despertarse nos pidió alimentos, alegando que lo pasaba grandemente, que estaba capaz de levantarse, y que no tenia ya mas enfermedad que la debilidad

y hambre. No se le acordó sin embargo mas que algo de limonada, en seguida de la cual volvió á dormirse. Al siguiente dia, se le dió caldo; al otro, sopa, y se levantó. Contando desde este momento, no se quejó ya mas que de hambre canina, que fué satisfecha con precaucion; y fué tan rápida su convalecencia, que, de allí á cuatro dias, no echábamos de ver ya que mi padre hubiera estado enfermo.

#### EL SABIO.

Y bien ¿ qué conclusiones dedujo Vm. de un hecho separado y tan opuesto á la observacion de los padres de la medicina?

#### EL MÉDICO JÓVEN.

Las que mi amigo me precisó á deducir: que el embarazo gástrico era el primer grado de una inflamacion del estómago, que hacia subir la cólera á esta viscera; que yo habia exasperado esta flemasia con mi emético; que mi caldo de ternera y sueros, que son bebidas nutritivas, no eran bastante refrigerantes para un estómago abrasado; que mi sangría del pie

habia sido insuficiente, y que yo habia destruido sus buenos efectos con mi agua vinosa; que una sangría local, practicada lo mas cerca posible del punto inflamado, es cien veces mas eficaz que otra de los vasos mayores, que se llama *sangría general*; que es preciso dejar que la inflamacion se calme enteramente despues de las sangrias, ántes de volver á los alimentos; finalmente que, sin el feliz acaso que hizo intervenir á mi amigo, me hubiera preparado yo eternos pesares. Pero á estas conclusiones añadí de mí mismo otra de que no dejaré de gloriarme nunca; es que á pesar de todos mis estudios y aquella erudicion de la que Vm. tiene á bien darme la enhorabuena, no entendia yo nada en la medicina, y que era menester volver cuanto ántes á Paris, á fin de entregarme sin restriccion ninguna al estudio de la doctrina fisiológica.

EL SABIO.

No son rigorosas las conclusiones de Vm., jóven amigo mio; los eméticos atajan á

menudo las fiebres semejantes á aquella de que estaba atacado su padre de Vm. : lo que no sucederia si ellas dependieran siempre de la inflamacion del estómago, ó de la gastritis, como Vm. la llama, porque se sabe que es perjudicial en esta enfermedad el emético. ¿Podria explicar Vm. la curacion de una gastritis con un medicamento que estimula tan fuertemente el estómago?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor; es á causa de que las evacuaciones de cólera, de mucosidad ó flemas, de sudores, se llevan la irritacion de este órgano.

EL SABIO.

Pero, por segunda vez, el emético que las promueve, irrita vivamente el estómago.

EL MÉDICO JÓVEN.

Por lo mismo, la cura no se verifica siempre; y el que le da se espone á duplicar la inflamacion gástrica, si no la hace desaparecer. Aun es lo que con mayor fre-

cuencia sucede; en cuyo caso la inflamacion se exaspera, recorre todo el canal alimenticio, y toma el nombre de *gastro-enteritis*. En cuyo estado se hallaba la enfermedad de mi padre, cuando fué atajada.

EL SABIO.

Le concedo á Vm. eso, supuesto que el éxito probó que su padre de Vm. tenia una inflamacion de estómago; pero si los accidentes hubieran sido un simple efecto de la bilis, su emético de Vm. hubiera curado.

EL MÉDICO JÓVEN.

La bilis no es un ente viviente, un animal que se mueve á su antojo, y se divierte en echarse sobre los diferentes órganos, para atormentarlos y burlarse de los médicos; es un líquido formado por el hígado, para concurrir á la digestion; una materia meramente pasiva, que pasa á donde la irritacion la llama. Téngase inflamado el estómago, y la cólera se inflamará allí; hállese la inflamacion en los últimos intestinos, y la cólera saldrá en forma de diarrea; si ciertas modificaciones de irritacion

la retienen en el hígado, se verá llevada hácia la sangre y producirá la ictericia.

EL SABIO.

Pero aun concediendo á Vm. que la cólera se acumule en el estómago, con la inflamacion de este órgano, conviene tambien que sea espelida de él. Los vómitos son la via mas breve, luego debemos emplearlos.

EL MÉDICO JÓVEN.

La esperiencia prueba diariamente á los médicos fisiologistas que eso no es necesario, y que luego que las sanguijuelas se llevan la gastritis, la bilis abandona el estómago, y vuelve á su ordinario curso por la via de las cámaras. Vuelvo pues á mi proposicion, y digo: Siendo atraida la bilis al estómago con la irritacion de esta viscera, si el emético se lleva esta irritacion juntamente con la bilis, se efectúa la cura; pero si evacuando la bilis no hace desaparecer la irritacion, se convierte ella en flemasía ó inflamacion; y recorriendo esta todo el canal digestivo, produce la *gastro-enteritis* cuyas variedades corresponden

á todas las fiebres admitidas por los autores desde la mas remota antigüedad. Pues bien, siempre que la irritacion del estómago es algo viva, el emético surte este efecto, luego no es cosa prudente esponer á los dolientes á las contingencias de un emético, siempre que la irritacion del estómago se aproxima al grado de la inflamacion. Hay mas: aun cuando ella es inferior á este grado, las sanguijuelas pueden llevársela sin producir la inflamacion, mientras que, en el mismo grado, el emético la produce á menudo; luego vale siempre mas recurrir á las sanguijuelas que al emético. Así se precaven las fiebres llamadas esenciales.

EL SABIO.

¿Y qué es pues de la teoria de estas fiebres?

EL MÉDICO JÓVEN.

Una quimera.... que no hubieran inventado los autores nunca, á saber curar las gastritis como lo hacemos hoy dia nosotros.

EL SABIO.

¡Al oírle á Vm., cuantos hombres se rin-

diéron á estas dolencias, hubieran perecido por culpa de sus médicos!

EL MÉDICO JÓVEN.

No precisamente por su culpa, supuesto que no sabian mas, sino por su ignorancia. Conviene añadir tambien por imprudencia de los pacientes, ó forzosa tardanza de la curacion; porque llegando á ser intensa la gastritis, no cede ya á las sanguijuelas.

EL SABIO.

¿Sostiene Vm. tambien que es posible atajar todas las demas enfermedades en sus principios?

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero, casi todas. Habia poquísimas cuya curacion supiera dirigirse en las antiguas doctrinas.

EL SABIO.

Repáre Vm. bien en eso: acusa Vm. á cuantos médicos antecediéron á su época, de ignorancia, por no decir de asesinato.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Si; de ignorancia, y me atrevo á sostenerlo.

## EL SABIO.

Si la doctrina de Vm. es verdadera, todas las demas son falsas. Este dilema es pesado; y apuesto á que Vm. no se desembaraza de él.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Me desembarazaré con la afirmativa.

## EL SABIO.

¡Qué presuncion!

## EL MÉDICO JÓVEN.

Pero, si es fundada, ¿qué nombre le dará Vm.?

## EL SABIO.

No puede serlo. ¿Es posible que tantos hombres famosos hayan estado en el error por espacio de muchos millares de años?

## EL MÉDICO JÓVEN.

¿Porqué no, si carecian de los hechos principales sobre que la ciencia estriba?

## EL SABIO.

Pero ¿como creer que ellos no hayan podido descubrir semejantes hechos? ¿No tenian á la vista los enfermos como Vm. mismo los tiene? No tenian tambien potencias bien arregladas; una razon que valia á lo ménos la de Vm.; sabios modelos para guiarlos; una erudicion mas vasta que la de su maestro de Vm.? ¡Cuantos médicos que pasaron su vida entera leyendo, meditando, y asistiendo á los enfermos; que estaban siempre sobre sí contra el error é ilusiones de la imaginacion! ¿Puede creerse que Vms. hayan hallado de repente aquella piedra filosofal, que ellos buscáron por tanto tiempo con sus propias luces, auxiliadas por las de todos sus predecesores? Piense Vm. bien en ello: el asegurar que sabe Vm. mas que cuantos le antecediéron, es una proposicion indefensible. Por mas que Vm. la repita, no persuadirá jamas á las personas razonables. Esta pretension bastaria, sin otro exámen ninguno, para arguir la doctrina de Vm.,

de falsedad, ó exageracion á lo ménos. En cuanto á lo demas, no son Vms. los únicos presuntuosos, y arrogantes de la medicina: los fastos de esta ciencia testifican la existencia de una infinidad de fanfarrones que exclamaron, en su ridículo entusiasmo: « He hallado la ciencia; quemad todos los libros, y oidme! » Tesalo, Paracelso, Vanhelimont, Brown, y otros infinitos tuvieron este language; ¿qué fué de ellos? Lo que de Vms., sin duda, y quizá harto pronto para que les queden muchos años que pasar en los pesares y la humillacion.

EL MÉDICO JÓVEN.

A cualquiera otro, con quien guardara yo ménos respeto, le responderia: Vm. ha declamado; pero ¿qué ha probado? ¿Acaso es imposible descubrir lo que no lo fué nunca? ¿Tendré valor para rogar á Vm. que responda á esta sencilla pregunta?

EL SABIO.

Sin duda que no: pero ¿como creer que

hayamos llegado al momento de este descubrimiento?

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero, á mi turno, porqué no creer que hayamos llegado á él? ¿No vale nuestra época ciertamente cualquiera otra? Si le doy á Vm. pruebas de que hemos hallado importantes verdades, ¿las desechará por la sola razon de que ellas son de nuestros dias?

EL SABIO.

Me hace injuria esa pregunta.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien, paso á la esplanacion de mis pruebas.

Acaba de ver Vm. una calentura primeramente gástrica ó biliosa, despues pútrido-maligna, atajada en su primer periodo por el conocimiento de un hecho que era ignorado de los antiguos. Este hecho es que semejante fiebre depende de la inflamacion de los órganos digestivos. Digo que era ignorado, y se lo pruebo á Vm. ha-

ciéndole notar que no se atajaban estas calenturas en otros tiempos, sino que las dejaban seguir su curso, contando los dias y aguardando las crisis, ó bien que las exasperaban dando nocivos medicamentos. Ahora bien, si se hubiera sabido que, para atajarlas, no se trataba mas que de destruir la inflamacion de estas vísceras, lo hubieran hecho; luego no lo sabian. ¿Qué tiene Vm. que replicar?

EL SABIO.

Replico que la repentina cura de Vm. con la sangría del epigastro es un caso raro, extraordinario, accidental, y que no puede servir de regla.

EL MÉDICO JÓVEN.

Veo que no está Vm. convencido con la esplicacion que le he hecho del modo progresivo de las calenturas. Vm. quiere hechos á montones; voy á dárselos por este estilo en apoyo de mi teoría.

Supónganse, en un distrito, ciudad, hospital, etc., cien enfermedades que comienzan como la de mi padre. Si todas

acogidas en los primeros dias con sangrías hechas en la boca del estómago, quedarán atajadas; si son curadas como yo habia empezado á curar la de mi padre, seguirán su curso; una mitad de ellas á lo ménos se volverá mortal; otras se prolongarán, y dejarán para mucho tiempo á sus víctimas una salud vacilante. Se curarán algunas, á pesar de la incongruencia de la curacion, con un violento esfuerzo que se llamará *crisis*, es decir, por medio de hemorragias espontáneas, depósitos, sudores, etc. En el primer modo curativo, no habrá epidemia; en el segundo, habrá una horrenda. Los enfermos, si están reunidos, serán un receptáculo de infeccion que espondrá la salud de las personas que estén obligadas á penetrar en él. Pero esta diferencia, que es inmensa, está dependiente únicamente del conocimiento ó ignorancia de un solo hecho, el de la gastro-enteritis como causa orgánica de la enfermedad. Sostenga Vm. ahora que el descubrimiento de una verdad capaz de influir poderosamente sobre la ciencia y



felicidad del género humano, no puede hacerse en nuestros días.

EL SABIO.

Responderé que me alega Vm. una suposición. ¿Quién me prueba que las cosas deben pasar así como Vm. lo anuncia? ¿Está Vm. autorizado para generalizar de ese modo la observación hecha en su padre?

EL MÉDICO JÓVEN.

Si, Señor, lo estoy; y cuando he dicho: *supónganse*, no he hecho mas que espresar, bajo la forma hipotética, un hecho que se justifica diariamente.

EL SABIO.

Pero yo no he comprobado este hecho. ¿Como podrá probarme Vm. que él es real?

EL MÉDICO JÓVEN.

Si Vm. no le ha comprobado, nace de que á pesar de sus conocimientos en medicina, no se ocupa Vm. en el ejercicio de esta ciencia; pero otros le comprobáron, y comprueban todos los días. Los médicos fisiologistas ven desaparecer, diariamente,

de su práctica todas aquellas supuestas fiebres esenciales, mientras que los que siguen el antiguo estilo, aunque colocados bajo un mismo cielo y en unos mismos parages, están sobrecargados y atormentados con el sinnúmero de estas fiebres.

EL SABIO.

No puedo creer á Vm. de oídas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Así he aquí Vm. reducido á negar los hechos: es efectivamente el único recurso de los incrédulos. Para justificar los hechos, en la cuestión que nos ocupa, es menester primeramente comenzar estudiando la doctrina, á fin de hacer las necesarias contrapruebas, ó bien seguir de continuo la práctica de los que las hacen. Los médicos que se tomaron esta molestia, quedáron convencidos, y por esto precisamente los adversarios de la nueva doctrina me vedaban en otro tiempo, con tanta solícitud, el seguir al catedrático que dirige la enseñanza suya; temían que yo fuera seducido. Ve Vm. que esta seducción

no era otra cosa mas que una verdadera conviccion : no alcanzará esta nunca sino á los que la soliciten; y he aquí la razon por la que nuestros adversarios permanecen inalterables en sus opiniones. No están convencidos, á causa de que no viéron; y no viéron, á causa de que no quisieron ver.

EL SABIO.

Es necesario algun tiempo, querido doctor mio, para comprobar esas supuestas verdades. La duda filosófica es aquí la resolucion mas prudente. Las sociedades sabias no se han declarado todavía sobre la no existencia de las calenturas esenciales; y deben esperar su decision los hombres cuerdos.

EL MÉDICO JÓVEN.

No es preciso esperar, Caballero, cuando se trata de una cuestion tan importante como la de saber si es posible atajar ciertas enfermedades mortíferas, como lo son las fiebres malignas y pútridas. Nuestra conciencia nos dice á gritos que no espon-

gamos la vida ni siquiera de un solo paciente; y los prácticos que son tan tímidos que no se atreven á probar por sí mismos los ensayos, no deben malograr ni un solo instante en seguir la práctica de los que los prueban. El amor propio debe callar aquí; y desde el momento que se agita públicamente una semejante cuestion, no hay ya dignidades ni canas que dispensen á un hombre honrado de asegurarse por sí mismo de si hay, para salvar á varios enfermos de los que pierde él mas de la mitad á lo ménos, algunos medios mas eficaces que aquellos de que hace uso.

EL SABIO.

Convendré en eso, si Vm. puede probarme, con el exámen de los síntomas de las calenturas esenciales, que ellas no son otra cosa mas que gastro-enteritis.

EL MÉDICO JÓVEN.

Celebro infinito que Vm. me haga semejante proposicion. La *fiebre biliosa* ó *gástrica* no es mas que una gastro-enteritis en una persona en quien el canal

digestivo, irritado sobremanera, hace doloridos los músculos locomotores, y copiosísima la secreción de la bilis. Ha visto Vm. *sussintomas* y curación en mi padre. La *fiebre mucosa* es la misma enfermedad en una persona linfática, y en quien el canal digestivo presenta muchas mucosidades de las que se llaman *flemas*; la caracterizan, en opinión de los autores, una boca pegajosa y viscosa, aftas, la salivación, vómitos mucosos ó cámaras de igual naturaleza, postillas y costras mucosas también, y la lentitud de su curso, que no es talmas que á causa de que se curó mal la *flemasía* en sus principios; pero es sabido hoy día que las secreciones mucosas por la boca ó vías inferiores, acompañadas de calentura, de inapetencia, de sed, de dolor ó embarazo en el canal digestivo, de cefalalgia (dolor de cabeza), y de una impresión de fatiga y debilidad en los miembros, indican la inflamación de la membrana dicha *mucosa*, que cubre lo interior del canal digestivo desde la boca hasta el ano. La espresion *fiebre ardiente* denota un su-

premo grado de fiebre y calor en estos mismos afectos. La *fiebre adinámica*, con que se nos dice que se terminan las precedentes, no es efectivamente mas que la gastro-enteritis, llegada á tanto grado de intension, que las fuerzas se disminuyen, que las facultades intelectuales se exorbitan (lo que causa una especie de brutalidad llamada estupor), que la lengua se pone negra, y que la boca se cubre de una capa negruzca; pero este color obscuro de la boca fué precedido de un sobresaliente encarnado en el principio; el muco negro fué blanco, amarillo, ó pardo, en los primeros días; y todo ello no se mudó sino porque no se atajó la inflamación en sus principios. Este hecho es tan cierto que una aplicación de sanguijuelas, hecha oportunamente, desvanece en algunas horas el estupor, hace retroceder el color moreno hácia el encarnado reluciente, desembaraza la boca de aquel muco negruzco que la hacia, como se espresan, *fuliginosa*, y restablece la fuerza en el aparato muscular. La palabra *fiebre pútri-*

da no indica mas que la fetidez del aliento, de la transpiracion y cámaras, que se une á los fenómenos antecedentes. La *fiebre maligna* ó *cerebral* no es mas que la irritacion del cerebro agregada por simpatia á la inflamacion gástrica que produce las pretensas calenturas biliosas, mucosas y pútridas; porque, cuando el cerebro está primitivamente inflamado, se designa este estado con las palabras de *frenesi*, *aracnitis* ó *encefalitis*; pero puede suceder muy bien que la irritacion del cerebro, aunque secundaria, se eleve hasta el grado de una inflamacion real, ó que la del canal digestivo tenga su progreso en seguida de la encefalitis. La *fiebre inflamatoria* no es mas que una gastro-enteritis en que el canal digestivo no está muy dolorido, en que la cólera y mucosidad no son copiosas; cuando muy intensa, se aproxima á la fiebre ardiente, pero es con frecuencia el primer grado de todas las demas. Por lo mismo nos dicen los autores que, si ella no se termina en pocos dias, llega á refundirse en las fiebres gástricas, pútridas ó malignas; lo cual

quiere decir que la inflamacion del canal digestivo, ligera en el principio, se eleva á un grado que produce la debilidad, la fetidez, ó bien que se complica con la irritacion del cerebro.

Estas son las fiebres esenciales de los autores; pueden acompañarlas otras inflamaciones; pero no pretendieron designar esto con la espresion *fiebre esencial*; porque tenian voces para indicar las flemasias del pulmon, del corazon, del hígado y demas tejidos: la palabra fiebre esencial no designaba, entre ellos, mas que la gastro-enteritis, que, por no ser conocida, les hacia creer en la existencia de un afecto general. Ignoraban que la fiebre estaba alimentada por esta flemasia; no podian referirla á las que ellos conocian; la miraban pues como independiente de órgano ninguno en particular, como existiendo por sí misma, como esencial en una palabra.

Los autores habian atribuido á las diferentes formas de la gastro-enteritis, que les era desconocida, cursos, duraciones,

periodos, que ellos miraban como necesarios. Así la fiebre biliosa debia durar catorce ó veinte y un dias; la mucosa debia prolongarse por mas tiempo; se llamaba *efimera* la inflamatoria de un dia; pero si ella pasaba de este término, era menester que no fuera mas allá del séptimo, sin lo cual le imponian el nombre de una de sus compañeras: la calentura pútrida tenia por término dos ó tres septenarios, pero no causaba estrañeza el verla estenderse mas adelante; la fiebre maligna no tenia duracion ninguna fija; engañaba ella á veces á los médicos por medio de una muerte repentina ó de una inesperada cura, lo que habia sido causa de llamarla tambien *atdxi-ca*, esto es irregular. Ve Vm. que se habian puesto muy á sus anchuras, para no desconcertarse en el caso de que no llegara á verificarse el pronóstico hecho sobre la duracion. Todo ello no impedia que las fiebres presentaran un curso y fenómenos que no estaban previstos; lo cual ponía en el mayor estrecho á los médicos. Se les ocultaba á estos que la inflamacion se au-

menta, se termina ó propaga de una víscera á otra, segun que los órganos digestivos se calman ó irritan con las sustancias que se introducen en su interior. En vez de extinguir, desde los principios, el ardor que consumia el canal digestivo, aguardaban algunas crisis. Pues bien las crisis no son aquí mas que la cesacion de la irritacion de este canal, que se substituye con otra que acarrea sudores, hemorragias, inflamaciones de las partes externas; pero estas crisis no acaecian si la flemasía interior era fortísima, y hacian con frecuencia cuanto era necesario para alimentarla. En efecto daban, para promover la crisis, estimulantes, que fijaban mas y mas la inflamacion en los tejidos atacados; estos se desorganizaban ó la muerte sobrevenia con la excesiva irritacion; y se desesperaban de no haber podido hallar mejor específico. Estas crisis mismas eran tan violentas á veces, que costaban ellas la vida á los pacientes: por ejemplo, una de las inflamaciones de las glándulas de la cara, que se llama *parótida*, reprodu-

cia la irritacion gastro-encefálica, y causaba la muerte; teniendo otras veces la flema más crítica su progreso en la piel, en una articulacion, en un ojo, destruía estas partes, y mutilaba al desventurado convaleciente.

Los que no contaban con las crisis, sangraban y en seguida estimulaban; lo cual hacia mas tremenda la gastro-enteritis; otros daban vino, cordiales, quina, en la forma de la gastro-enteritis á que daban el nombre de fiebre adinámica ó sin fuerza: ignoraban, los desgraciados, que aumentaban la causa de esta debilidad, y que hacian incurable la enfermedad. Otros administraban estimulantes, bajo el nombre de antiespasmódicos, para calmar las convulsiones y delirio de las fiebres atáxicas, y hacian al cerebro, muy irritado ya, un daño comunmente irreparable. Otros, últimamente, seguian la práctica mas vacilante; daban el emético un dia, purgaban en el siguiente, volvian á las sangrias, anti-espasmódicos, y pretensos calmantes, que no eran otra cosa que activísimos estimu-

lantes, tales como el alcanfor. El resultado de todas estas curaciones tan extravagantes, tan truncadas, ya útiles, ya perjudiciales, era siempre que despues de la terminacion, los médicos no sabian si habian curado, si habian perjudicado, porque ni como; y que sus observaciones, aciertos, y desaciertos no llegaban casi nunca, no digo á hacerlos capaces de usar con mas felicidad otra vez, pero ni siquiera á ponerlos en disposicion de conocer la calidad de la enfermedad que se les presentaba.

## EL SABIO.

He aquí un acto de acusacion grandemente formado; pero ¿qué tiene Vm. que poner en lugar de esa práctica, en concepto de Vm., tan mortífera?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Nuestro catedrático substituyó este caos informe con una clara y precisa doctrina que presenta los resultados mas satisfactorios. Ha visto Vm., en la desesperada cura de mi padre, un ejemplo de curacion

que conviene á la gastro-enteritis incoativa. Afuera eméticos y purgantes en los principios; una sangría general en el caso de una estremada plétora; pero lo mas comunmente podemos pasarnos sin ella. Las sanguijuelas no deben ponerse siempre en una tan crecida cantidad; pero le consta á Vm. que mi padre, su amigo íntimo, se halla en la fuerza de la edad, que es robusto y sanguineo. Se proporciona el número de estos animales con la edad y vigor del doliente: porque la misma curación conviene á todas las edades, sexos, y temperamentos. Debe dejarse correr la sangre de las picaduras; pero es preciso mas particularmente abstenerse de toda bebida nutritiva despues de su efecto.

Si la inflamacion no cede á una primera aplicacion, podemos repetirla mientras que los pacientes no están agotados; pero si tuvieran, ántes de la calentura una inflamacion crónica, y se hallaran estenuados ya, no debemos usar sino de los temperantes. Con la limonada, agua de grosella, tisana gomosa, de cebada ó

aun agua pura, y desterrando cuidadosamente el caldo, se persigue una gastro-enteritis que se resistió. Esta resistencia depende casi siempre de que la flemasia era oculta y crónica ántes de ser aguda; de que el enfermo tomó vomitivos, estimulantes, y purgantes en los primeros dias; de que dejó que la calentura hiciera progresos ántes de pedir socorro; de que cometió imprudencias, creyéndose sano ya; ó, finalmente, esto proviene de que le tiene dominado un vivo afecto moral; porque á menudo el espanto hace peligrosas estas dolencias, y produce la irritacion cerebral en las personas pusilánimes. Sea lo que quiera de ello, cuando la calentura persiste en un enfermo al que no es posible sangrar ya, nos ceñimos á las bebidas que acabo de indicar, ó otras análogas; á los tópicos emolientes, á las ayudas emolientes, á los pediluvios, á la aplicacion del agua fria ó del hielo al epigastro ó cabeza en la estacion de los calores, cuando no se teme la inflamacion de los pulmones,

y se espera con calma que la naturaleza acarree la cura de la flemasía.

Debo confesar á Vm. que ella es muy difícil de lograr en los enfermos con quienes se hizo uso de medicamentos estimulantes en los principios: la flemasía se prolonga á veces por espacio de mas de un mes; pero, suceda lo que se quiera, no podrá hacerse cargo ninguno, si se ha seguido el método que acabo de esponer á Vm.

EL SABIO.

¿Se observan á veces semejantes prolongaciones en la práctica de los antiguos médicos?

EL MÉDICO JÓVEN.

Hipócrates refiere varios ejemplos de duracion que llegaron mas allá de cien dias; porque él no atormentaba con estimulantes á sus enfermos; pero nuestros Brownianos modernos observan rara vez semejantes cursos; la irritacion que ellos hacen sufrir á los órganos digestivos, luego

que los enfermos comienzan á perder sus fuerzas, acarrea prontamente la muerte, en medio de las convulsiones y delirio. Hay á veces sin embargo algunos que resisten; pero cuando no salen del aprieto por medio de violentas crisis, permanecen en la languidez mucho mas allá de un centenar de dias, porque está vacilante su salud por espacio de mucho tiempo.

EL SABIO.

¿Sufren mucho los enfermos, cuando la calentura se prolonga á pesar de la curacion de Vm.?

EL MÉDICO JÓVEN.

No sufren de modo ninguno, y diria uno que no tienen ya flemasía ninguna. Por lo mismo algunos médicos, muy ignorantes en fisiología, aunque por otra parte instruidísimos y llenos de talento, creyeron que la fiebre se hacia independiente de todo afecto local, cuando la viéron continuar despues que habian hecho cesar los dolores del estómago é intestinos por medio de sangrías locales; no sabian que



la inflamacion de la membrana mucosa es rara vez dolorosa , que ella no necesita de la sensibilidad local para ser reconocida ; que la sensacion contusiva de los miembros , la inapitud para el ejercicio , la frecuencia del pulso , el calor acre de la piel , el dolor de la cabeza , bastan para caracterizarla cuando á ello se agregan el encendido de la lengua , la inapetencia , la sed , el calor mas vivo en el vientre que en cualquiera otra parte ; y con mucha mayor razon , la fuliginosidad , el color moreno de la lengua , y el estupor. No conocen el modo de sensibilidad del canal digestivo , ni saben que se reconoce mas bien su irritacion , por el influjo que ejerce sobre los otros órganos , y por las penosas sensaciones á que da progreso en ellos , que por sus propios dolores. Pero un buen discípulo de la doctrina fisiológica no ignora estas particularidades ; reconoce la gastro-enteritis sin tener necesidad de comprimir duramente el vientre de los pacientes para engendrar allí el dolor ; y , con los mas leves indicios , lucha

directamente contra esta enfermedad , triunfa de ella , y precave la esplosion de todas las supuestas calenturas que formaron el tormento de los médicos de todos los pasados siglos.

## EL SABIO.

Todo eso me parece cosa muy estraña. Concederé á Vm. ciertamente que las fiebres , en sus principios , pueden atajarse por medio de las sangrias , pero cuando han llegado á la adinamia , lo que significa debilidad , falta de fuerzas , me parece que no conviene ya la curacion antiflogistica.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Es un error , Caballero. Si la debilidad está en los órganos del movimiento ( los músculos ) , es porque la fuerza está reconcentrada en las visceras , como lo prueban el ardor que las consume y que se repite en la piel , la estrema aceleracion de los latidos del corazon , y la prontitud con que se restablecen las fuerzas musculares luego que la sangre ha corrido. Se

debe á esta ignorancia de la direccion viciosa de las fuerzas la prolongacion de las mas de las supuestas fiebres esenciales, porque hay pocos médicos que no comiencen su curacion con los antiflogísticos; pero luego que ven disminuirse las fuerzas, el terror de la adinamia los mueve á recurrir á los estimulantes, vino, quina, serpentaria de Virginia, alcanfor, etc. : se aviva la flema, la membrana mucosa de los intestinos se ulcera, y hay necesidad de mucho tiempo para conseguir la cura, aun siguiendo el método mas racional.

EL SABIO.

Qué, Caballero! ¿ cree Vm. que las vias digestivas están ulceradas en las fiebres pútridas ó adinámicas? Si así fuera, no podrian curarse nunca.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor : la naturaleza las cura en el espacio de algunas semanas, cuando no la turbamos con estimulantes, con tal que el paciente no esté muy estenuado; y cuando él se rinde al marasmo, durante este tra-

bajo, hallamos en los intestinos un sinnúmero de úlceras ya cicatrizadas; lo cual prueba que si el enfermo hubiera podido resistir por mas tiempo, se hubiera completado la cura.

EL SABIO.

Luego es menester sostener sus fuerzas para impedir que se rinda.

EL MÉDICO JÓVEN.

Convengo en ello; pero debemos hacerlo con bebidas gomosas, azucaradas y mucilaginosas, á que se añade á veces una sesta parte de leche. Aun el mas ligero caldo de pollo basta algunas veces para exasperar la inflamacion, y con ella la calentura; con mucha mayor razon debemos desterrar los consumados, vino, quina, y drogas incendiarias.

EL SABIO.

En ese caso debe tener Vm. larguísimas convalecencias; y este el cargo que hacen, me parece, harto generalmente á su doctrina.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Semejante cargo es infundado. Lo que prolonga las convalecencias, es la irritacion que queda en los órganos despues de la terminacion de las *fiebres*. Por lo mismo las convalecencias son muy largas á continuacion de las adinámicas curadas con los estimulantes; pero las nuestras son siempre de corta duracion; y únicamente la mas insigne mala fe, ó la mas crasa ignorancia de nuestra práctica, pueden hacer decir lo contrario á nuestros enemigos.

## EL SABIO.

Se imprimió sin embargo en un diario militar que yo leia á veces en casa de un amigo mio, empleado en las oficinas de guerra, que Fedérico el grande habia prohibido en otros tiempos el uso de las sangrías en los hospitales de sus ejércitos, á causa de que habia notado que ellas alargaban las convalecencias, engendraban hidropesías, y aumentaban mucho el gasto. Mandó dar, en su lugar, buenos caldos, desde cuyo tiempo se advirtió que los

soldados hacian una mas breve mansion en los hospitales, y que salian de estos mas aptos para sobrellevar las fatigas marciales.

## EL MÉDICO JÓVEN.

¡Es realmente cosa curiosa el ver á los príncipes hechos autoridades en materia médica; y es preciso que los adversarios de la doctrina fisiológica se reconozcan bien débiles para hacer uso de semejantes arbitrios! ¡Qué! médicos mayores de ejército, antiguos médicos que se encañecieron en los hospitales, y que deben estar llenos de erudicion *médica*, recurrir al rey de Prusia para refutar á uno de sus colegas que no debe sus triunfos mas que á la esplanacion de una doctrina instructiva, justificada por la práctica, en presencia de innumerables testigos! ¿No está en ello el colmo de la ridiculez? Consiento sin embargo en responder á esta objecion, porque tememos ninguna.

Cuando los médicos antiguos hacian uso de las sangrías en las calenturas, cometian dos faltas graves; la primera, de no prac-

ticarlas junto al receptáculo de la inflamacion, pues se contentaban con sangrías generales; la segunda, destruir sus buenos efectos dando evacuantes y tónicos. Con este duplicado error, debilitaban á los enfermos sin disminuir su enfermedad, y debían hacer por consiguiente mas larga y dificultosa la cura. Esta era la práctica de los médicos de Federico. Por lo demas, si Vm. ha leído el artículo en que se nos hace este cargo indirecto, debe haber formado un cabal concepto de su autor.

EL SABIO.

Sin duda; he visto allí primorosas lecciones de gastronomía, y creo que el autor pudiera entrar en competencia con el del *Arte de cocina*; pero dejémonos de chanzas, la materia es gravísima.

EL MÉDICO JÓVEN.

Deme Vm. licencia para resumirme. Supuesto que las pretensas fiebres esenciales no son mas que fiebres producidas por una inflamacion local, se asemejan ellas á las causadas por las fluxiones de pecho, angi-

nas, inflamaciones cutáneas, etc. : no son pues ya esenciales. Supuesto que no son ya esenciales, sino consecutivas, deben curarse como las demas fiebres consecutivas, es decir luchando contra la inflamacion que las promueve. Ahora bien, el mejor medio de destruir esta inflamacion, son las sangrías locales, es decir practicas lo mas cerca posible del receptáculo de la flemasía; luego las aplicaciones de las sanguijuelas en la boca del estómago (epigastro), y en el empeine, son el mejor medio de triunfar de estas enfermedades.

No se aplican en las inflamaciones que se conocen mas que emolientes; es así que la inflamacion del canal digestivo estando conocida ahora, no debemos curarla ya mas que con emolientes; luego es preciso desechar la práctica seguida hasta este dia, cualesquiera que sean la erudicion y celebridad de los que la recomendaron.

EL SABIO.

Los argumentos de Vm. son concluyen-

tes. Carezco de esperiencia, como Vm. me lo ha objetado, para responder á ellos. Le acordaré á Vm. ciertamente, no pudiendo hacer de otro modo, que las calenturas biliosas, mucosas, pútridas, malignas, ordinarias, sean el efecto de una inflamacion del estómago é intestinos, que no fué atajada en sus principios; pero se asegura que Vms. ponen en la misma línea la peste, la fiebre amarilla, y aquel terrible cóleramorbo que hizo tantos estragos en la India, el año de 1817, que se llevó, dicen, á mas de seiscientas mil almas en aquellas desgraciadas regiones.

EL MÉDICO JÓVEN.

En ello vemos la gastro-enterítis por fenómeno fundamental; lo demas no es mas que accesorio.

EL SABIO.

Ah! por esta vez, es mucho; y se veria Vm. bien embarazado, si yo exigiera que me diera pruebas de ello.

EL MÉDICO JÓVEN.

¡Embarazado, Caballero, embarazado! no mas, asegúroselo á Vm., que lo he estado para darle á conocer la verdadera naturaleza de las calenturas ordinarias. Pero, como veo que Vm. se ha puesto algo mal humorado, le pido su licencia para retirarme.

EL SABIO.

No me he puesto de mal humor, sino que tengo bastante el hábito de avivarme en la discusion. No quisiera sin embargo retener á Vm. contra su voluntad; pero prométame Vm. el volver á verme mañana; pues me hallo curioso de saber como sostendrá esta nueva tesis.

EL MÉDICO JÓVEN.

Con sumo gusto.

®

## DIALOGO SEGUNDO.

*Influjo del calor sobre el estómago; peste; fiebre amarilla; cóleramorbo; tifo; contagio; infección.*

EL MÉDICO JÓVEN.

Vengo, Caballero, á cumplirle á Vm. mi promesa.

EL SABIO.

Doyle á Vm. mil gracias, amigo mio. Contrajo Vm. el empeño de probarme que la fiebre amarilla y cóleramorbo son gastro-enteritis análogas á las fiebres esenciales de nuestros climas : oigo á Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Un calor mucho mas vivo que el de nuestras regiones, y que hace mas irritables á los hombres por consiguiente, emanaciones pútridas mas venenosas, estas son las únicas diferencias.

EL SABIO.

Y ¿ como puede todo eso producir gastro-enteritis?

EL MÉDICO JÓVEN.

El calor las prepara ó aun las determina enardeciendo el estómago, secándole, haciéndole mas irritable, como lo prueba la sed que nos devora en los estios abrasados.

EL SABIO.

Pero, pobre doctor mio, el calor es un debilitante ¿ como quiere Vm. que él produzca la inflamacion? Repare Vm. en cuan perezosos somos durante el verano.

EL MÉDICO JÓVEN.

El calor debilita los órganos del movimiento, pero irrita el estómago é intestinos : por lo mismo necesitamos de agua para aplacar esta irritacion. Trate Vm. de privarse de ella cuando haya hecho un ejercicio fatigoso, y perdido mucho con el sudor, en un dia de verano : y verá si su estómago no se volverá tan ardiente

como un horno. Persevere Vm., y no le doy tres dias sin que le asalte una gastritis.

EL SABIO.

Eso es falso, querido mio, eso es una teoría. Apago yo la sed con buen vino en tales casos; y si me atracara de agua, tendria males de estómago, cólicos, y calenturas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Qué! se llena Vm. el estómago de vino puro, siempre que el calor le ha causado sed! ¿Qué es su cabeza de Vm.? ¿Se halla idóneo para el estudio de las matemáticas despues de haber tomado semejante bebida?

EL SABIO.

No digo que trago vino puro; echo en él, á lo ménos, dos tercios de agua.

EL MÉDICO JÓVEN.

Echa Vm. dos tercios de agua. . . . Pues bien, Caballero, si hiciera tres veces mas calor, ó que Vm. fuera mas jóven, y tres veces mas sanguíneo é irritable, estaria obli-

gado á echar tres veces ménos vino y seis mas agua. El refrigerante que Vm. busca en esta bebida está en razon del agua y no en razon del vino. Sucede lo mismo con los alimentos; Cree Vm. que podria comer tanto melon, tantas frutas crudas, en invierno, como toma de ello durante el verano?

EL SABIO.

Sin duda que no; eso me enfriaria el estómago, y me ocasionaria indigestiones.

EL MÉDICO JÓVEN.

¿Está pues su estómago de Vm. mas caliente en verano que en invierno?

EL SABIO.

Está mas caliente en invierno, supuesto que puedo digerir mas carne y pan que en verano.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es un nuevo error: la carne es un alimento irritante, calefaciente; y si Vm. la soporta mejor en invierno, nace de que su estómago está ménos caliente é irritable.

que en el estío. La carne no infunde más que horror, cuando tenemos inflamado el estómago, mientras que apetece con ardor las bebidas frías. Ahora bien, el calor del verano produce en este órgano una irritación que se aproxima á la inflamación: por lo mismo tenemos con escasa diferencia entonces los mismos apetitos que en la gastritis, y si les ponemos impedimentos, esta enfermedad es inevitable.

EL SABIO.

¿Concluye Vm. de ello que la fiebre amarilla y peste son gastritis y gastro-enteritis?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; pero infiero de ello que el calor atmosférico enardece el estómago de las personas nacidas en los países fríos ó templados, y que se hallan transportadas á los cálidos; que el hábito en que ellas están de alimentarse como lo hacían en su patria, y la preocupacion que las inclina á buscar corroborantes en las bebidas fermentadas, elevan la irritación gástrica al

grado de la inflamación; y que esta progresión es tanto más rápida, cuanto más jóvenes y sanguíneos son los pacientes. Esta es la razón, no lo dude Vm., por la que la muerte arrebatada en las colonias, tantos tiempos hace, la flor de la juventud europea.

EL SABIO.

Pero, dígame otra vez, semejante gastritis no tiene nada que ver con la fiebre amarilla y la peste....

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero, Caballero, deme Vm. lugar para hablarle de los miasmas pútridos.

EL SABIO.

Ah! ah! ¿halla la putridéz pues también su lugar en el sistema de Vm.? Si no me engaño, es eso ciertamente algo del humorismo. Necesitará Vm. en adelante de los depurativos, de los antipútridos, etc. Por cierto me había sospechado que con un juicio tan sano, no habría abrazado Vm. una teoría esclusiva que no admite más que la inflamación, las sangrías y agua de



goma. Este artículo empieza á reconciliarme algo con la doctrina fisiológica.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Alto ahí! mi querido protector, le suplico á Vm. que no vaya tan adelante. Los miasmas pútridos son gases ó vapores que se desprenden de los cuerpos vegetales y especialmente animales privados de vida y espuestos á la putrefaccion, bajo la influencia del aire, de la humedad, y del calor de la atmósfera. Cuanto mas declaradas están estas condiciones, tanto mas rápida es la descomposicion, y tanto mas mortíferos, es decir irritantes son los vapores que de ella se exhalan. Penetran estos en nuestro cuerpo, en que determinan la inflamacion; y las gastro-enteritis se manifiestan con los mismos síntomas que caracterizan las que tenemos á la vista: por ejemplo, la de mi padre....

## EL SABIO.

Le detengo á Vm., doctor, á mi vez: ¿como hace llegar Vm. sus miasmas á los órganos digestivos? ¿No los recibe mas

bien la piel inmediatamente, y los absorve el pulmon en el acto de la respiracion? ¿Porqué pues no producen ellos enfermedades cutáneas, reumas, pleuresías, fluxiones de pecho, y tisis pulmoniacas? ¿Qué afinidad los dirige á lo interior del estómago é intestinos?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Los vapores pútridos, Caballero, se tragan con la saliva, con la que se mezclan continuamente: las superficies digestivas se impregnan con ellos, y el efecto que los mismos producen es tan pronto y notable, que las personas que no están habituadas á ello perciben su sabor del modo mas importuno, luego que se hallan en una atmósfera que los contiene; experimentan al punto nauseas, hastio, males de cabeza, fatiga en todo el cuerpo; en una palabra, todos los síntomas de la gastro-enteritis la mas comun. La piel puede sufrir con ello: por lo mismo se notan con frecuencia, en esta cubierta, erisipelas, carbunclos, y malignas postillas. Estas in-

flamaciones acompañan casi siempre á las de las vias digestivas, bajo la influencia de los miasmas productores de la peste; agregándoseles tambien las inflamaciones glandulosas ó bubones. En cuanto á los pulmones, no se inflaman ellos mas que consecutivamente á las vias gástricas, y no en cuantos casos se hallan atacadas estas. Se repite tambien en el cerebro la inflamacion de las vias gástricas.

EL SABIO.

¿Qué cosa testifica la existencia primitiva de la gastro-enteritis en la peste?

EL MÉDICO JÓVEN.

La semejanza de los síntomas entre esta enfermedad y nuestras mas comunes fiebres, y la abertura de los cadáveres. Todos los médicos nos dicen que ella se asemeja á nuestras calenturas malignas; y los yerros que se verificaron en la peste de Marsella y en otras muchas confirman esta analogía. La curacion nos suministra la última prueba suya.

EL SABIO.

¿Cura Vm. acaso la peste como la fiebre pútrida maligna?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor; y nuestros aciertos son los mismos, aunque en menor número á causa de la intension del mal.

EL SABIO.

¿Y la fiebre amarilla?

EL MÉDICO JÓVEN.

Es mas parecida todavía á nuestras fiebres ordinarias, supuesto que ella no tiene carbunclos ni bubones. El calor y emanaciones pútridas de las playas marítimas y caudalosos rios, de los puertos infectos y de otros receptáculos de putrefaccion, son las únicas causas suyas; y debemos curarla como la gastro-enteritis de mi padre.

EL SABIO.

¿Porqué pues dejaron perecer sus compañeros de Vm. á tantas víctimas en Barcelona?

## EL MÉDICO JÓVEN.

A causa de que ignoraban la doctrina fisiológica; pero tenemos un sinnúmero de condiscípulos, secuaces de esta doctrina que atajan la fiebre amarilla con las sanguijuelas puestas en el estómago, y en toda la estension del empeine, cuando tienen estos animales; y á falta suya, aplican ventosas sajas, hacen sangrías generales, dan temperantes, se abstienen de los eméticos y supuestos tónicos; y si no aciertan á destruir la enfermedad, mitigan sus síntomas, y consiguen un mucho mayor número de curas que los médicos estimuladores. Las mulatas habian conocido ya el peligro de los irritantes; porque se contentan, hace muchos años, con bebidas y lavativas acidulas. Las preocupaciones con que estaban imbuidos los médicos de las antiguas escuelas, les impedian aprovecharse de una tan sabia práctica: y el recibir lecciones de semejantes profanos, los hubiera humillado en extremo. Pero los fisiologistas no son tan soberbios:

alentados por nuestro catedrático, abrazaron esta curacion, y la perfeccionaron; muchos de ellos hicieron ya su profesion de fe en obras impresas, entre otros el doctor Lefort, médico del rey en la Martinica, que acaba de dar á luz un excelente folleto sobre esta enfermedad; otros dirigieron diversas observaciones al compositor de los *Anales de la Medicina fisiológica*. Ellas parecerán; y la verdad despedirá en breve un tan vivo resplandor, que iluminará su luz á todos.

## EL SABIO.

Aguardaré esa reluciente claridad para darme por convencido: entre tanto, déme Vm. su licencia para dudar, porque tengo mucha dificultad para creer que los únicos medios antiflogísticos puedan algo contra una enfermedad contagiosa, que se comunica á cuantos se le aproximan, y que se lleva á las gentes, á menudo en e espacio de algunas horas. Hubiera querido yo ver allí á Vm. con sus sanguijuelas, limonada, y agua de goma.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Hubiera hecho yo quizás tanto como aquellos condiscípulos míos que tuviéron la ventaja de hallarse allí. No nos lisonjemos de curar á las personas que no tienen ni aun lugar para pedir socorro; pero cuando es conocido el método, cada uno está prevenido, y no malogra ni siquiera un solo instante en deliberar. Es probable que los que perecen tan prontamente, tenían ya, en las vísceras, una irritacion, quizás ocasionada por un régimen nada conveniente; y presumo que, si todos supieran que los tónicos y regalada comida son más propios para fomentar que para precaver la fiebre amarilla, estas muertes casi repentinas no serian ni con mucho tan comunes como lo fuéron hasta el presente. Pero se le ha soltado á Vm. la palabra contagio, y me creo en la precision de esplanarle la significacion suya.

EL SABIO.

Dispéñese Vm. de semejante molestia.

Las fiebres contagiosas son las que se propagan de seguida en una ciudad, distrito, ó imperio, y que pueden comunicarse á puerto de mar por los bajeles que llegan de los países en que ellas están haciendo sus estragos. Este es el modo de propagacion de la fiebre amarilla, y ninguna dolencia es mas contagiosa que esta.

EL MÉDICO JÓVEN.

Deme Vm. su licencia para hacerle notar que considera de un modo muy general la cuestion. El modo de propagacion que Vm. acaba de atribuir á la fiebre amarilla, se refiere mas bien á la infeccion que al contagio; pero el uno debe distinguirse necesariamente de la otra, á fin de servir de guia al médico en las providencias que pueda sugerir á la autoridad.

EL SABIO.

Ah! toma Vm. partido en la cuestion del contagio é infeccion, que vi controvertida en una infinidad de obras de algunos años á acá. En cuanto á mí, le protesto á

Vm. que no me fué posible alcanzar nada en ello : pero me parece que no pueden tomarse demasiadas precauciones para atajar los progresos de una enfermedad capaz de viajar de un pais hácia otro; y creo que la facultad de medicina resolvió así la dificultad. Por lo demas, me hallo curioso de saber qué distincion hace Vm. entre el contagio y la infeccion.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Los receptáculos generadores de los miasmas son capaces, con arreglo al fundador de la doctrina fisiológica, de la siguiente distincion : 1º receptáculos procedentes de la descomposicion de los cuerpos organizados privados de vida, lagunas, playas marítimas, cementerios, muladares y todos los sitios en que diversos cuerpos muertos se descomponen en campo raso, ó cubiertos con una ligera capa del humus; 2º receptáculos producidos por la reunion de los cuerpos vivientes, sanos ó enfermos, cárceles, hospitales, ciudades sitiadas, navíos en alta mar; 3º receptáculos

compuestos de enfermos separados que comunican á las personas sanas el afecto de que están atacados. Ahora bien, la peste, la fiebre amarilla, las fiebres dichas de las *prisiones*, de los *hospitales*, etc., que se observan en nuestros paises, dependen de las dos primeras especies, supuesto que no se propagan mas allá de los receptáculos que las produjéron. Las viruelas, el sarampion, provienen de la última especie, supuesto que los vemos comunicarse de uno á otro hombre, en todas las condiciones atmosféricas imaginables.

## EL SABIO.

Un instante : acaba de decir Vm. que la fiebre amarilla no va mas allá de su receptáculo generador. ¿Porque pues viaja ella por mar á tan considerables distancias?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Porque los bajeles se vuelven receptáculos de la segunda especie. Sucederia lo mismo con un hospital colocado á proximidad del receptáculo primitivo de esta enfermedad, en un lugar sano, por ejemplo

en una altura espuesta al viento del norte, si amontonáramos en él á innumerables enfermos. Aun la fiebre amarilla no se mantendría allí, mas que en cuanto el calor atmosférico conservara una suma intensidad. No sucede lo mismo con las viruelas, cuya propagacion no puede atajarse por medio ninguno.

EL SABIO.

Esas son unas distinciones que yo no habia hecho todavía. De lo cual resultaria que los cordones de tropas establecidos para reducir la fiebre amarilla á los límites de su primitivo receptáculo, no servirían mas que para condenar á los desgraciados que se hallan encerrados allí á experimentar casi todos la enfermedad.

EL MÉDICO JÓVEN.

Vm. lo ha dicho, Caballero; la humanidad no condena ménos semejantes providencias que el interes del comercio y de la diplomacia. Lo que debe hacerse en un caso de fiebre amarilla, es auxiliar la emigracion hácia los parages sanos; mandar

asistir allí á los enfermos separadamente, ó bajo tiendas bien ventiladas, para impedir la formacion de un receptáculo artificial análogo al de los navíos; últimamente desinfectar el receptáculo primitivo, facilitando la evacuacion de las aguas, conservando la limpieza en las calles, plazas públicas, muelles, y velando solícitamente sobre el enterramiento de los cadáveres. Con cuyas precauciones, no es temible ya la estension del mal por parte de los enfermos salidos de los receptáculos, ni por la de los vestidos ó utensilios que les sirvieron.

EL SABIO.

¿Tiene Vm. algunas pruebas de lo que está sentando?

EL MÉDICO JÓVEN.

Tengo por autoridad al doctor *Deveze*, que practicó la medicina en todas las latitudes de la América, y que, el primero, propuso emplear la palabra *infeccion* para designar la propagacion de las enfermedades procedentes de un receptáculo de pu-

trefaccion, á distincion de la que resulta de la comunicacion de un individuo sano con otro enfermo, prescindiendo de cualquiera otra especie de receptáculo. Me apoyo en una obra del mas alto interes, compuesta por el doctor *Lassis*, que demuestra que todas las pestes, desde los mas remotos tiempos hasta los presentes, tuvieron causas locales y muy fáciles de apreciar. Fué confirmada desde luego la opinion de estos respetables sabios por la de otro médico viagero frances, no ménos recomendable, el doctor *D. Luis Valentin*; pero es hoy dia la de los mas de los médicos americanos; y la epidemia de Barcelona la convirtió definitivamente en certeza, supuesto que ninguno de los habitantes, sanos ó enfermos, que se deramaron en los contornos de esta ciudad, comunicó la fiebre amarilla en ellos.

EL SABIO.

¿Qué discurre Vm. sobre el cólera-morbo de las Indias?

EL MÉDICO JÓVEN.

El doctor Gravier, médico del rey en Pondichery, hizo ver, en una sabia disertacion presentada este año á la facultad de medicina de Strasburgo, que esta enfermedad no era contagiosa, sino que dependia del excesivo calor del dia, que contrasta con el frio de las noches, y de un régimen muy irritante, que ejercian su accion sobre grandes reuniones de tropas en la ciudad de Calcuta y sitios circunvecinos. Los enfermos en cuya cura se hizo uso de los irritantes, perecieron casi todos; las sangrías y las bebidas emolientes salvaron en algunas horas á cuantos tuvieron la felicidad de recibir estos socorros en el momento de los primeros principios. Mr. Gravier, testigo de esta epidemia, ha hablado con arreglo á su esperiencia y á la de muchos compañeros, que, como él, practicaron conforme á los principios de la nueva doctrina.

EL SABIO.

¿Cual es su opinion de Vm. sobre la sarna y sífilis?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Que son contagios no febriles que no pueden verificarse mas que con el contacto y aplicacion inmediata del producto de la irritacion local, ya sobre la piel entera, ya sobre la misma despojada de su epidérmis. Pero todas las sífilis no son el efecto de un contagio.

## EL SABIO.

Gusto de verle á Vm. tratar las grandes cuestiones de higiena, de estadística médica, y ventilarlas de un modo realmente filosófico; pero hallo que vuelve á caer Vm. en el esclusismo, y que se apocan prodigiosamente sus consideraciones, cuando le oigo decir que no tiene mas que sanguijuelas y agua clara que oponer contra la fiebre amarilla y la peste. ¿No posee Vm. algun específico que pueda combinarse con los miasmas corruptivos, atemperar su accion, ó comunicar á la economía el necesario vigor para espelerlos? Se recrea mi imaginacion con la idea de un antipútrido que, derramado en los humores,

ataja de una vez los infaustos progresos de su depravacion; como con la de un eficaz tónico que sostiene la fuerza vital en su lucha contra la materia morbífica, y la impide agotarse en inútiles esfuerzos. ¡Pero sangrías y agua, siempre agua!... ¡Qué triste perspectiva para un desdichado estenuado con las angustias del dolor!... ¡Es bien pobre la medicina de Vm.! confíeselo: es casi siempre negativa.

## EL MÉDICO JÓVEN.

No lo es ella, Caballero, tanto como Vm. se discurre, supuesto que su principal efecto es desterrar del hombre las causas de su destruccion. ¿No es pues el que pára, en la esgrima, tan activo como el que ataca? Pero el error de Vm. trae su origen de la idea totalmente falsa que Vm. se forma del estado de la economía viviente en las enfermedades que nos ocupan. Se representa Vm. los miasmas como constituyendo una materia morbífica, una raiz corruptiva que se multiplica en los fluidos, asimilándolos á su propia naturaleza; y se



figura los sólidos como obrando en todos los tejidos con un igual vigor, para envolver este fermento en algunos humores particulares, é impelerle con violencia hácia lo exterior. No hay nada de ello, Caballero; esté Vm. seguro de que no hay nada, y me lisonjeo de probárselo á Vm. del modo mas completo.

La espulsion de los miasmas no es el objeto de los esfuerzos de la economía. Semejantes miasmas pueden introducirse allí, circular con los humores, impregnarlos á cada instante, y salir del cuerpo con los que están espeliéndose de continuo, como los sudores, la saliva, las orinas, los escrementos, sin que haya necesidad de esfuerzo ninguno extraordinario. No cabe duda en este hecho, supuesto que ninguna de las personas que están sumergidas en una atmósfera infecta, puede ménos de absorber los miasmas; supuesto que sus escrementos, los gases que se escapan de sus intestinos, están impregnados con estos miasmas, como lo saben los anatómicos, triperos, poceros, y cuantos, en una pala-

bra, pasan la vida en medio de las emanaciones pútridas. Lo que descompone el órden de las funciones, es la inflamacion que producen estos miasmas en los que no están habituados á soportarlos. Lo que espone la vida de estos enfermos, es pues tambien la inflamacion. Los esfuerzos que tiene Vm. por conservadores, como la calentura, no están de modo ninguno en proporcion con la cantidad de los miasmas absorvidos, sino en razon de la intension de la inflamacion; y paso á probárselo á Vm. con hechos irrecusables. El individuo en quien el miasma no produce inflamacion, soporta su accion por mucho tiempo sin experimentar todos estos esfuerzos, miéntras que el que está dispuesto á la inflamacion, no tiene necesidad mas que de esponerse un momento á la impresion del miasma para coger una fiebre de las mas violentas; y, aunque cuide de librarse inmediatamente de la influencia que la ha producido, alejándose del receptáculo de infeccion, lo que equivale á decir, aunque ya no reciba miasma nin-

guno, no dejará de correr todos los periodos del mal, si ninguna cosa ataja su curso; mientras que el primero continuará esponiéndose ileso á la influencia del miasma.

Este es el primer hecho en favor de mi opinion. He aquí ahora el segundo: si los esfuerzos del estado febril dependieran de los miasmas por espeler, no se terminarian jamas en un enfermo que permanece en el receptáculo, supuesto que estos miasmas estarian renovándose continuamente; sin embargo se terminan semejantes esfuerzos, y el convaleciente prosigue inficionándose sin experimentar recaida ninguna, á no ser que contraiga una nueva inflamacion. Si la cosa fuera de otro modo, ningun paciente se hubiera curado en el recinto de Barcelona, ninguno se curaria en el navío, en el hospital en que hubiera contraído su enfermedad.

Añádase á estos argumentos otro no ménos perentorio, y que va á conducirnos á la teoría de la curacion.

Si los esfuerzos febriles fueran absolu-

tamente necesarios para la espulsion de los miasmas, todos los enfermos en quienes á los principios se desgraciaran estos esfuerzos, serian víctimas infaliblemente de los progresos de la corrupcion. Ahora bien, se observa cabalmente lo contrario. Queda absorbido el miasma, que produce la inflamacion; una copiosa hemorragia accidental, tal como un flujo menstrual, un desangramiento de narices ó la inmersion en el agua fria (1), atajan la inflamacion, y el paciente se restablece con prontitud, aun en medio de un receptáculo de infeccion que prosigue suministrando miasmas.

Todos los cuales hechos eran conocidos ántes de la doctrina fisiológica, pero como no eran explicados, no se sacaba fruto ninguno de ellos para la práctica. En cuanto á nosotros, nuestras conclusiones son fáciles: supuesto que la presencia de los miasmas en la economía no presenta indicacion ninguna particular, la curacion

(1) Se vieron varios apestados, personas atacadas de la fiebre amarilla, curarse arrojándose en un rio ó en el mar.

de las fiebres producidas por los receptáculos de infección es la de la inflamación en general; y supuesto que la flemasia tiene su asiento en los órganos digestivos, esta curación es análoga á la de las gastritis y gastro-enteritis promovidas por cualquiera otra causa diferente de los miasmas pútridos.

EL SABIO.

Podría tener Vm. razón: pero sus curas por inmersión en el agua fría me parecen debidas á la acción fortificante del frío; porque he leído en los mejores autores que el frío es soberanamente tónico.

EL MÉDICO JÓVEN.

Esos autores, Caballero, le han engañado á Vm., como se engañan á sí mismos. El frío, tanto en lo exterior como en lo interior, disminuye la irritación; fortifica al que tiene mucha, y debilita al que no tiene la suficiente. Es tónico en la enfermedad de que se trata, como la sangría; pero sus efectos son menos seguros á causa de ser menos permanentes.

EL SABIO.

¿Admite Vm. pues debilidades por exceso de irritación?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sin duda; y cuantas son producidas por la inflamación, pertenecen á este número. Haga Vm. memoria de las *fiebres adinmicias*; y conoce las consecuencias de este gran principio.

EL SABIO.

Compréndolas; pero ¿no tiene Vm. para luchar contra las inflamaciones de las fiebres esenciales, que, en su concepto, no lo son, mas remedios que las sangrías, las bebidas refrigerantes, y el baño frío? Supuesto que Vm. rehusa algunos específicos para las flemasias miasmáticas, que Vm. llama también, creo, *tifos*, substitúyalos á lo ménos con algunos medios vigorosos, y que no oiga yo hablar siempre de debilitantes.

EL MÉDICO JÓVEN.

Quedará Vm. satisfecho, Caballero;

ejercemos á veces, en estas flemasias, ciertas irritaciones que llamamos *revulsivas*.

EL SABIO.

Efectivamente, oigo hablar, poco hace, de revulsion; pero he puesto poca atencion en esto, á causa de que me parece que los antiguos maestros del arte no hacian mucho caso de ello.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hacian sin embargo uso de la revulsion, pero era sin conocer el modo suyo de obrar.

EL SABIO.

*Revellere*, arrancar con fuerza, por consiguiente mudar de lugar; ¿no le aplica Vm. este sentido?

EL MÉDICO JÓVEN.

Eso es por cierto: irritamos una parte con la intencion de destruir la irritacion de otra. Así es como oponemos dolor contra dolor, inflamacion contra inflamacion, cuando aplicamos vejigatorios, cauterios,

etc.; pero los antiguos, que tenian por única mira la evacuacion de los humores, llamaban esta práctica *derivacion*.

EL SABIO.

Pues bien, no valia esa espresion la de Vms.?

EL MÉDICO JÓVEN.

Espresa ella el mismo hecho, pero aplicándole una teoría diferente. Me esplico: al poner ellos un vejigatorio, querian llamar hácia la piel los humores que se dirijan hácia los órganos interiores; empleando este medio nosotros, nos proponemos, como he tenido la honra de decírselo á Vm., substituir una irritacion exterior á otra interior.

EL SABIO.

¿En qué está pues la diferencia? Vms. han mudado la teórica; pero permanece una misma la práctica.

EL MÉDICO JÓVEN.

Falta mucho, Caballero, para que sea una misma. Hay que distinguir dos cosas en la accion de los revulsivos sobre la piel,

de los vejigatorios, por ejemplo : la irritacion, y la evacuacion de los humores. Los antiguos que no hacian atencion mas que á esta postrera, tiraban á llamar los humores hácia lo exterior, para desviarlos de los órganos internos; pero como, irritando la piel, se irritan siempre estos órganos, aumentaban frecuentemente la congestion humoral interna, en vez de disminuirla. Para obtener este último efecto, es preciso que semejante irritacion se haya debilitado por medio de las sangrías; que ella no sea inveterada, ni haya desorganizado las vísceras. Los modernos, que hicieron este reparo, no colocan los irritantes sobre la piel mas que despues de haber debilitado suficientemente con la sangría la irritacion interior; en cuyo caso la que ellos promueven en la piel se vuelve la mas fuerte, y se verifica la revulsion; es una de las grandes perfecciones que nuestra teoría introdujo en la curacion de las dolencias inflamatorias.

EL SABIO.

Pero ¿ como sucede que esta tan ma-

nifiesta irritacion de los vejigatorios y aquel crecimiento de la fiebre que debe seguirsele, no se hayan echado de ver por los maestros del arte?

EL MÉDICO JÓVEN.

Lo echáron de ver con tiempo; pero esto no corrigió á los médicos; los cuales no halláron en ello mas que un medio de reparar las fuerzas abatidas, y creyéron hacer prodigios aplicándole á la curacion de las calenturas que ellos llamaban adinámicas. Pero he hecho ver á Vm. el mal efecto de los estimulantes internos en esta enfermedad; los de los vejigatorios son con corta diferencia los mismos, y el partido mas prudente es el de abstenerse de ellos.

EL SABIO.

Algunos quéhaceres me precisan á dejarle á Vm.; pero prométame qué me dará mañana algunas luces sobre las enfermedades del pecho.

EL MÉDICO JÓVEN.

Contraigo ese empeño con sumo gusto.

## DIALOGO TERCERO.

*Inflamaciones de los pulmones.*

EL SABIO.

Me ha pedido Vm., Caballero, la teoría de las enfermedades del pecho; las que mas importa conocer, son las inflamaciones. ¿Quiere Vm. que hable yo de las agudas ó de las crónicas?

EL SABIO.

De unas y otras. Sin embargo, no pienso que tenga Vm. que censurar en nada la curacion de las primeras; porque las fluxiones de pecho, que Vm. llama, creo, *peripneumonias* y *pleuresias*, se conociéron en todos tiempos, y se curáron acertadamente siempre con las sangrías.

EL MÉDICO JÓVEN.

Carecemos de todo espíritu censorador, Caballero; abrazamos la práctica antigua cuando es buena, y proseguimos curando

las fluxiones de pecho con el auxilio de las sangrías.

EL SABIO.

Me llena de gozo el verle á Vm. acorde con Sydenham, Tissot, y todas las mas respetables autoridades.

EL MÉDICO JÓVEN.

Un momento, Caballero; me ha interrumpido Vm. Iba á decirle que hemos perfeccionado mucho el uso de este medio en las enfermedades de que se trata.

EL SABIO.

¿En qué pues?

EL MÉDICO JÓVEN.

Pocos médicos llegaban en las sangrías bastante adelante para atajar las inflamaciones agudas del pecho; y ciñéndose á disminuir la fuerza del pecho, dejaban á la naturaleza la incumbencia de consumar la cura.

EL SABIO.

¿Carecian de razon? quiere agotar Vm. á un paciente para sanarle?

## DIALOGO TERCERO.

*Inflamaciones de los pulmones.*

EL SABIO.

Me ha pedido Vm., Caballero, la teoría de las enfermedades del pecho; las que mas importa conocer, son las inflamaciones. ¿Quiere Vm. que hable yo de las agudas ó de las crónicas?

EL SABIO.

De unas y otras. Sin embargo, no pienso que tenga Vm. que censurar en nada la curacion de las primeras; porque las fluxiones de pecho, que Vm. llama, creo, *peripneumonias* y *pleuresias*, se conociéron en todos tiempos, y se curáron acertadamente siempre con las sangrías.

EL MÉDICO JÓVEN.

Carecemos de todo espíritu censorador, Caballero; abrazamos la práctica antigua cuando es buena, y proseguimos curando

las fluxiones de pecho con el auxilio de las sangrías.

EL SABIO.

Me llena de gozo el verle á Vm. acorde con Sydenham, Tissot, y todas las mas respetables autoridades.

EL MÉDICO JÓVEN.

Un momento, Caballero; me ha interrumpido Vm. Iba á decirle que hemos perfeccionado mucho el uso de este medio en las enfermedades de que se trata.

EL SABIO.

¿En qué pues?

EL MÉDICO JÓVEN.

Pocos médicos llegaban en las sangrías bastante adelante para atajar las inflamaciones agudas del pecho; y ciñéndose á disminuir la fuerza del pecho, dejaban á la naturaleza la incumbencia de consumar la cura.

EL SABIO.

¿Carecian de razon? quiere agotar Vm. á un paciente para sanarle?

EL MÉDICO JÓVEN.

No los agota esta práctica; recuperan ellos sus fuerzas prontísimamente; mientras que aquellos en quienes se respetaron las emisiones sanguíneas, conservan á menudo una leve inflamacion en los pulmones, que los conduce á la tisis insensiblemente. Pero hay un medio de economizar la sangre de semejantes enfermos, afianzando su cura; el de aplicar sanguijuelas al pecho, despues de haber sacado sangre del brazo.

EL SABIO:

¿En qué consiste la superioridad de este método?

EL MÉDICO JÓVEN.

En que prolongado el corrimiento de las picaduras de las sanguijuelas despues de caidos estos animales, obra sobre el receptáculo de inflamacion de un modo mas directo y mucho mas durable que la sangría del brazo, que no dura mas que un instante, tras el que la dolencia toma un nuevo vuelo.

EL SABIO.

Esa razon me parece satisfactoria, y confieso que yo no habia caido en ella. Pero ¿no teme Vm. perder mas sangre con las picaduras de las sanguijuelas que con la sangría?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; las sangrías superficiales de la piel, que nosotros llamamos *capilares*, debilitan ménos que las de los vasos mayores. Por otra parte, ¿no es dueño uno de atajar la sangre cuando está producido el efecto? El médico debe velar sobre ello; y este su negocio. Esta precaucion es particularmente importantísima en los niños, cuyas hemorragias pueden ser excesivas; y no debemos perderlos de vista nunca mientras que corre la sangre, apliquense las sanguijuelas por la enfermedad que se quiera.

EL SABIO.

Esos preceptos son muy prudentes. Pero ¿no tiene Vm. mas que las sangrías para curar las perineumonías y pleuresias?



## EL MÉDICO JÓVEN.

Puestos los vejigatorios sobre el punto dolorido del pecho á continuacion de las sangrías, son aquí de la mayor eficacia; pero si hacemos uso de ellos ántes de haber sangrado suficientemente, aumentan la inflamacion de los pulmones, ó bien la encubren llevándose el dolor, miéntras que la inflamacion, no atajada, efectúa la destruccion del órgano, y conduce á la tisis. Debemos añadir á estos medios la abstinencia de los alimentos, de los caldos, y el uso de las bebidas temperantes, sin adiccion de ácido ninguno. Importa mantener un calor dulce alrededor del cuerpo. Aplicadas al pecho las cataplasmas emolientes, contribuyen á calmar el dolor, ya ántes, ya despues de los vejigatorios, y son los mejores remedios de la tos por irritacion.

## EL SABIO.

No tengo nada que objetar contra una tan juiciosa práctica. Pero he leído en los autores que hay perineumonías y pleure-

sias biliosas, pútridas, malignas; ¿ como las curan Vms. ?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Las biliosas de los autores no dependen de la bilis : puede tener uno atestada de este líquido la sangre, sin experimentar inflamaciones pulmoniacas; la ictericia presenta la prueba de ello. Lo que se llama perineumonía biliosa, pleuresía biliosa, no es mas que la complicacion de la inflamacion del estómago con la de los pulmones : en cuyo caso ponemos sanguijuelas en el pecho y estómago, y la cura es tan pronta como en los casos simples. En cuanto á las perineumonías pútridas y malignas, dependen ellas de que la inflamacion aguda, no atajada en sus principios, devora á un mismo tiempo el pulmon, las vias digestivas y la cabeza : los cuales casos exigen que se dé guerra á la inflamacion por medio de sanguijuelas locales en cuantos lugares ella se halla.

## EL SABIO.

La doctrina de Vm. es consiguiente. Pero

ha dicho Vm. que la perineumonía podia producir la tisis; lo cual me parece una paradoja. ¿No traen acaso los tísicos al nacer la raiz de su enfermedad?

EL MÉDICO JÓVEN.

Las tísicas no son mas que unas inflamaciones crónicas, es decir lentas, de los pulmones. Algunos niños pueden traerlas, á causa de que el feto puede experimentar todas las flemasías; pero no tardan mucho en rendirse. En cuanto á los individuos que llegan hasta la adolescencia, virilidad y vejez, ántes que se declare semejante enfermedad, es de hecho que ninguno de ellos trae su raiz del seno de la madre.

EL SABIO.

¿Qué cosa se lo prueba á Vm.?

EL MÉDICO JÓVEN.

Las aberturas de cadáver de todas las personas mas dispuestas á la tísica: las cuales no muestran jamas alteraciones pulmoniacas, cuando se rindiéron á otras enfermedades.

EL SABIO.

Lo que Vm. me dice ahí me parece cosa fuerte, porque tengo numerosos ejemplos de tísicas hereditarias.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es muy natural que las criaturas hereden la complexion de sus padres. Nacen pues, igualmente que ellos, con pulmones irritables y encerrados en un pecho estrecho; lo cual las espone á contraer inflamaciones pulmoniacas; pero los niños que llegaron á la edad adulta, no naciéron con estas inflamaciones; y aun es posible preservarlos de ellas durante una dilatada vida, tomando las necesarias precauciones, es decir preservando del frio á los enfermos y curando los dolores de pecho y esputos de sangre, luego que se declaran.

EL SABIO.

¿Qué precauciones quiere Vm. que se tomen contra unos cuerpecillos blancos, llamados *tubérculos*, que toman de sí mismos progreso en el tejido de los pulmones? No contaba Vm. casi con esta objecion;

pero sepa Vm. que he leído sus tratados mas modernos y estimados sobre la tisis pulmoniac, y visto en ellos que los tubérculos son innatos, y que su formacion antecede á todos los síntomas tísicos.

EL MÉDICO JÓVEN.

¿Ha leído Vm. la *Historia de la flemastias*?

EL SABIO.

No, Señor; no he consultado con la obra del maestro de Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Peor que peor, Caballero, peor que peor, porque hubiera hallado Vm. allí la prueba de lo que acabo de sentarle: que los tubérculos no se encuentran nunca en el pulmon de los que no experimentaron la inflamacion de este órgano.

EL SABIO.

¿Atribuye Vm. pues la formacion de los tubérculos á la inflamacion?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor; y presentamos la prueba de ello precaviendo su formacion en las per-

sonas que están mas dispuestas á ellos, con la cura completa de sus perineumonias, de sus pleuresías, de sus resfriados, y de sus esputos de sangre, que llamamos, en términos técnicos, *hemoptisias*.

EL SABIO.

¿Coloca Vm. pues los resfriados en la clase de las inflamaciones pulmoniacas? los miraba yo, por mi parte, con arreglo á algunas autoridades, como enfermedades mucosas ó catarrales, producidas por la traslacion del humor de la transpiracion á la garganta y bronquios.

EL MÉDICO JÓVEN.

¿No leyó Vm. pues la *Nosografia* de Mr. Pinel, que hacia autoridad ántes de la doctrina fisiológica?

EL SABIO.

Sí, Señor; pero la palabra *flemasia mucosa*, me los hacia considerar como enfermedades muy diferentes de las inflamaciones.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero Tissot, al que cita Vm. con tanta complacencia, dijo que todo resfriado debía mirarse como una ligera fluxion de pecho.

EL SABIO.

Tiene Vm. razon; estos cortos errores son perdonables á un hombre que no es del arte. Por lo demas ¿ como concibe Vm. que los resfriados puedan producir tuberculos?

EL MÉDICO JÓVEN.

¿ No vió Vm. nunca hincharse las glándulas del cuello por efecto de una inflamacion de la garganta?

EL SABIO.

Lo ví.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien, de este modo se forman los tubérculos del pulmon. Son unas glandullas que tienen su progreso en los pulmones, alrededor de los bronquios y en las demas regiones de esta víscera, que son despojo de una dilatada inflamacion. Estas

glándulas crecen, se deshacen, supuran, y forman úlceras que destruyen estos órganos. El tejido de los pulmones entra tambien á veces en supuracion sin previos tubérculos. Esto se verifica, cuando la inflamacion camina mas pronto, y la tisis es su resultado á veces.

EL SABIO.

Con arreglo á la teoría de Vm., no podrian curarse jamas las tísicas bien caracterizadas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Esta cura es dificultosa en extremo, si logramos algunas veces sin embargo; pero lo mas seguro es curar las inflamaciones del pulmon ántes que hayan ocasionado úlceras, induraciones, y otras desorganizaciones parciales en los principios, porque estas alteraciones se propagan en todo el órgano y acaban destruyéndole completamente.

EL SABIO.

Esa sentencia no es muy consolatoria para nosotros pobres gentes del mundo, que no sabemos distinguir el momento en

que estas enfermedades son todavía curables.

## EL MÉDICO JÓVEN.

No es de Vms. la culpa, sino de los médicos de la doctrina antigua, que les dicen que un resfriado no es nada, que él pasará abrigándose bien; ó bien que aseguran á Vms. que la tos y dolores de pecho que les quedan á continuacion de las pleuresias y perineumonias, se desvanecerán luego que Vms. hayan recuperado sus fuerzas; que les aseguran que sus toses son nerviosas y reumáticas, y no requieren mas que algo de éter ú opio; que se contentan, finalmente, con hacerles tomar leche de burra despues de sus hemotipsias, bajo el pretesto de que no se trata mas que de serenar la sangre.

## EL SABIO.

Es mucha verdad que se nos dan esos consuelos; pero ¿querria Vm. que, en el estado de debilidad en que nos hallamos entónces, nos pusieran al agua de goma, á la dieta y sangrias? No recobraríamos

nunca nuestras fuerzas, y sabe Vm. que la debilidad es suficiente para hacer pulmoniacas á las gentes.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Es un nuevo error que han inculcado á Vm. La debilidad no produce la tísica; aun es necesario llevarla hasta un cierto punto con las sangrias locales y la dieta, como lo ha dicho Vm. muy bien creyendo mofarse de nosotros, para destruir las inflamaciones de los pulmones. Pero, mientras que uno está débil, le es necesario preservarse contra la influencia del frio y de los irritantes; y, por medio de estas precauciones tomadas en oportuno tiempo, se precaven todas las tísicas.

## EL SABIO.

¿No hace Vm. pues caso ninguno de los vejigatorios y cauterios?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Perdone Vm., Caballero mio; los empleamos despues de las sangrias y con el régimen, para destruir por revulsion las reliquias de una irritacion pulmoniacas; en

lo cual diferimos de los antiguos médicos. Estos, si tiene Vm. una tos crónica, es decir de larga duracion, le prescriben la leche de burra, el líquen y un vejigatorio, como medios específicos del ente-tísica que le amenaza á Vm., sin insistir en la sangría y severidad del régimen. Dejan subsistir pues la inflamacion; y luego que ella ha producido la desorganizacion del pulmon, dicen á Vm. que cuantos accidentes le han asaltado, dependian de los tubérculos preexistentes: «¿Como habríamos curado á Vm., esclaman, á Vm. que tenia en sí mismo la inevitable causa de su muerte?» Retenga á lo ménos el comun de las gentes esta verdad, que los tubérculos y úlceras del pulmon son el efecto de una inflamacion prolongada, que hubiera sido fácil de extinguir en los principios. Con ello las gentes no se dejarán llevar ya de una falaz seguridad; se harán curar tempranamente, y evitarán la tísica pulmoniaica.

EL SABIO.

¿Necesita la inflamacion ó irritacion

de mucho tiempo para producir los tubérculos y úlceras?

EL MÉDICO JÓVEN.

Eso depende de los temperamentos La destruccion es mucho ménos tardía en los individuos delicados que en los que son robustos; y cada uno debe estar prevenido de esta diferencia, á fin de tomar sus precauciones. No puedo estenderme á especificar las señales que denotan la incurabilidad: basta que Vm. sepa que con frecuencia puede esperarse la cura cuando quedan todavía fuerzas, alguna robustez, y que aun en muchos casos la expectoracion purulenta no trae consigo siempre la destruccion.

EL SABIO.

Si el sistema de Vm. no es verdadero, es consolatorio á lo ménos. Le abrazo en este punto, porque mas quiero admitir que la tisis es el efecto de una inflamacion curable por mucho tiempo, que creer que todas las personas delicadas y de reducido

pecho estén condenadas á perecer, tarde ó temprano, víctimas de esta dolencia; y le deseo á Vm. triunfos que justifiquen este modo de ver.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hemos conseguido, y conseguimos todos los días, esos triunfos; y las familias asistidas por los médicos fisiologistas tienen tan pocas tísicas como fiebres pútridas, y malignas; lo precavemos todo esto, cuando nos llaman con tiempo y siguen nuestros consejos.

EL SABIO.

Son Vms. realmente admirables, Señores fisiologistas; y si Vms. ejercieran la misma dominacion sobre la apoplejía, comenzaria yo á creer en su nuevo sistema.

EL MÉDICO JÓVEN.

Si no ejerciéramos esa dominacion sobre la enfermedad que Vm. acaba de nombrar, nuestro sistema seria falso, y le daria yo á Vm. por dispensado de darle crédito;

pero si Vm. me acuerda una nueva conferencia, espero demostrarle que la doctrina fisiológica ha corrido el velo que ocultaba la calidad real de la apoplejía.

EL SABIO.

Doy mil gracias á Vms., porque esta dolencia me atemorizó en extremo siempre.

## DIALOGO CUARTO.

*Apoplegia.*

EL SABIO.

Y bien, hábleme Vm. pues de la apoplegia. ¿Tiene Vm. algunos medios, no digo para curarla constantemente, porque ella es á menudo mortal en algunos minutos, sino á lo ménos para precaverla? La atribuyen á la muy copiosa cantidad de sangre. Ví á muchas personas que se sangraban cuatro ó cinco veces al año, que no bebían sino agua, que vivían sobriamente, y que, no obstante esto, se viéron asaltadas de la apoplegia.

EL MÉDICO JÓVEN.

Créolo por cierto, Vm. no añade que muchas de esas personas vivían habitualmente con una gastritis que alimentaban con píldoras ó sales purgativas; y que, á pesar de su sobriedad, no se imponían

privaciones bastante grandes y continuadas para acabar de destruir esta irritacion.

EL SABIO.

Eso podría suceder; pero ¿quiere Vm. que uno se muera de hambre, por miedo de engendrar mucha sangre?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; sino que quiero que se destine un periodo de tiempo á la cura de un punto de irritacion de cualquiera especie, que nos tiene atacados. Logrado este triunfo, se resarce uno satisfaciendo su apetito, y alguna sobriedad es suficiente entónces para impedir la recaída.

EL SABIO.

¿Cree Vm. pues que una irritacion habitual del estómago dispone á la apoplegia?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor, créolo, á causa de que lo demostró la esperiencia. No sostengo que todas las apoplegias dependan de esta causa: la plenitud ó plétora sanguínea, las pasiones vehementes, el estudio y la meditacion,



son indubitablemente causas muy capaces de acarrear este funesto accidente; pero estas causas son conocidas, todos los médicos recomiendan evitarlas, miéntras que ninguno de ellos, ántes de la doctrina fisiológica, habia advertido á las gentes del mundo que podian encerrar en sí mismas una leve inflamacion del estómago capaz de determinar la apoplejía.

EL SABIO.

Recomendaban ellos sin embargo el régimen.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí; pero era con la intencion de impedir la excesiva generacion de sangre, ó, como ellos se espresaban, un estado de enardecimiento é irritacion general: sospechaban tan poco la posibilidad de una inflamacion crónica del estómago en las personas dotadas de fuerza y robustez, que prescribian los purgantes para precaver la plétora y los cúmulos de sangre en el cerebro.

EL SABIO.

Como! ¿no tienen los purgantes esa propiedad? ¿No alivian un vaso de agua de Sedlitz, una toma de sal de Epsom, ó una pildora laxativa; no alivian, digo, la cabeza proporcionando algunas evacuaciones? Va Vm. á indisponerme de nuevo con su nueva doctrina.

EL MÉDICO JÓVEN.

Me pesaria sumamente, Caballero, el perder la confianza de Vm.; por lo mismo le ruego que me dé oídos por un momento.

Obrando los purgantes, como revulsivos, y desviando la irritacion y la sangre que la sigue de las partes superiores, producen un alivio instantáneo; pero no se llevan consigo la causa de los males de cabeza, de los dolores de estómago ó empeine; mas bien la aumentan por cierto, supuesto que ellos no pueden obrar mas que irritando el punto de inflamacion que los produce. Los que no son del arte, que no conocen la estructura ni las propiedades vitales de los órganos de que es-

tán formados, no atienden mas que á la evacuacion que consiguen; y se guardan bien de parar la consideracion en el mecanismo que la produce. Pues bien, se pan que los purgantes producen su accion irritando el estómago, y el canal de los intestinos que tiene siete veces la longitud del individuo. Irritan ellos estas partes como el tabaco irrita las concavidades nasales y la boca. ¿Ha notado Vm. que un hombre haya moqueado ó escupido ménos, desde que abrazó el uso del tabaco de polvo ú hoja? ¿No acaece, por el contrario, que uno se suena y saliva tanto mas, quanto mas frecuente uso hace de este vegetal? Ahora bien, la misma cosa se verifica en el canal de la digestion; quanto mas nos purgamos, tanto mas necesitamos de purgantes; y la estimulacion del purgante se convierte bien pronto en una necesidad como la del tabaco. Esto va bien mientras que no está muy viciado el órgano digestivo; pero si alguna parte de su larga travesia llega á ser asaltada de la inflamacion, el purgante se vuelve perjudicial,

como el tabaco en las inflamaciones de la boca y narices. ¿No ha notado Vm. que los que fuman y toman tabaco de polvo, suspenden sus hábitos, cuando tienen un mal de garganta, ó aquella inflamacion de las concavidades nasales que llamamos *coriza*, particularmente cuando ella llega á un grado supremo? Pues bien, haga Vm. la aplicacion de esta observacion, que debe serle familiar, al canal digestivo; y deducirá de ello la conclusion muy natural, que los purgantes no convienen á las personas que tienen dolor, inflamacion, en una palabra, una irritacion en este órgano.

EL SABIO.

Pero ¿es bien exacta la paridad? Tengo dificultad en creerlo, porque ví con frecuencia desaparecer para siempre los males de estómago y cólicos en virtud de los purgantes.

EL MÉDICO JÓVEN.

La paridad es exacta en los dos casos que comparo, y si Vm. vió desaparecer para siempre las irritaciones del canal digestivo

á continuacion de los purgantes, es cuando eran ligeras, ó que dependian de una causa accidental y pasagera, como una mala digestion, una plenitud de escrementos; pero cuando semejantes irritaciones son fortísimas ó habituales, no sucede esto ya así. En el primero de estos dos casos, la exasperan los purgantes, y la inflamacion, de crónica, pasa á ser aguda, lo que produce las calenturas de que llevamos hecha ya mencion; en el segundo, no hacen los purgantes mas que paliar la enfermedad. Vuelve esta, los purgantes parecen otra vez tambien; pero habiendo aumentado estos medicamentos al cabo de un cierto tiempo la estension y gravedad de la irritacion del tubo digestivo, no pueden ya ni aun proporcionar un instante de alivio, y es preciso renunciar de ellos: son entónces inminentes la apoplejía, la hipocondría, los vómitos tenaces; y muy dichoso aquel paciente que se libra de estos accidentes, si se cura despues de algunos años de régimen; porque á menudo el cirro del estómago, de los intestinos,

la consuncion ó hidropesía, son las resultas suyas.

EL SABIO.

Me atemoriza Vm. Creo estar oyendo al interlocutor de Moliere.

EL MÉDICO JÓVEN.

La diferencia es grande sin embargo entre nosotros. Mr. Diaforo no articulaba estas amenazas mas que para determinar á sus clientes á tomar purgas, miéntras que yo las repito á fin de impedir el abuso de estos medicamentos.

EL SABIO.

Lleva Vm. siempre razon.... Pero suplico á Vm. que me diga, como se forma la apoplejía, supuesto que Vm. no la atribuye á la abundancia de la sangre.

EL MÉDICO JÓVEN.

La plétora, ó superabundancia de la sangre, no produce por sí sola la apoplejía. Cuando la sangre es excesiva, se acumula en los órganos mas irritados; pero no se dirige jamas de sí misma hácia

el cerebro. Se ve una infinidad de personas que tienen robustez, el cuello corto, el rostro coloreado, y que viven muchos años sin experimentar apoplejía ninguna. Esta enfermedad es siempre el producto de una irritación del cerebro, cuyo último grado es ella. Sabe Vm. que esta viscera está siempre en acción. Prescindiendo de los golpes, de las caídas que pueden alcanzar el cráneo, de las erisipelas de la cabeza, de las insolaciones, y de cuantas causas locales pueden exaltar su acción, el cerebro obra mucho en el ejercicio del pensamiento; soporta necesariamente una vivísima irritación en el estudio de las ciencias abstractas, el ejercicio de la memoria, el enagenamiento de las pasiones vehementes, de cualquiera naturaleza que ellas sean; pero, además, está sujeto á recibir un influjo muy activo por parte de los órganos que la inflamación tiene asaltados; y el que obra sobre él con más vigor, es el estómago. Cualquiera que sea la causa que determina la irritación del cerebro, si este la soporta por mucho

tiempo, y en un supremo grado, se enardece, experimenta aquella acumulación de sangre que llamamos *congestion*, y acaba con una desorganización que produce la apoplejía. La *congestion* es seguida á menudo repentinamente de una ruptura de los vasos, sin flemasía antecedente; es el caso de las apoplejías ocasionadas por los golpes, caídas, arrebatos de furor, y otras causas violentas; á veces es una inflamación de las membranas que envuelven el cerebro y penetran en sus sinuosidades; produce ella un derramamiento de sangre ó serosidad que le comprime á la larga y destruye sus funciones, en todo ó en parte; otras veces, obrando la irritación sobre un punto de la substancia pulposa de esta viscera, que llamamos también *encéfalo*, ocasiona allí una inflamación que la hincha, y la endurece, para volver á ablandarla, reduciéndola en pus, ó que la inunda con un derramamiento de sangre más ó menos considerable, que tiene siempre por resulta la pérdida del sentido y los síntomas de la apoplejía.

Después de estas esplicaciones, le será á Vm. fácil comprender que para precaver y curar la apoplejía, hay que hacer dos cosas: la primera, impedir ó curar la irritacion propia del cerebro con las sangrias, y la cesacion de las tareas intelectuales y pasiones; la segunda, luchar contra la irritacion de los otros órganos, tanto internos como externos, que alimenta la del cerebro, ó que pudiera reproducirla en el caso que ella hubiese cesado. Es pues cosa importantísima el no dejar subsistir las flemasías de los órganos digestivos en las personas que han padecido ya males de cabeza, atolondramientos, y que, por otra parte, son sanguíneas.

EL SABIO.

Pero ¿no habla Vm. pues de los vomitivos y vejigatorios?

EL MÉDICO JÓVEN.

Los vomitivos son mucho mas nocivos que provechosos. Los esfuerzos que ellos ocasionan, acumulan la sangre en el cerebro, y agravan los accidentes. No pue-

den curar mas que por la revulsion; en las apoplejías ligeras; pero ¿quien se atreveria á contar con semejante resultado, después de haber comprobado con tanta frecuencia los malos efectos de estos medios, en los casos ménos graves?

Los vejigatorios no convienen en los primeros momentos; su accion revulsiva es lentísima; no pueden ser útiles mas que después de las copiosas sangrias. Estas deben ser generales en los principios. La sangría del brazo es provechosa, pero se prefiere la de la yugular ó arteria temporal: la del pie, harto beneficiosa para las personas amenazadas, no obra de modo bastante directo cuando se halla declarada la enfermedad. A las sangrias de los vasos mayores, debemos hacer seguir la aplicacion de las sanguijuelas en el cuello; el corrimiento que resulta de ellas, obra de un modo prolongado que impide la reincidencia. A continuacion de estos medios vienen los pediluvios irritantes, y la aplicacion del yelo en la cabeza. Los vejigatorios, últimamente, hallan su lugar para conservar un punto

de revulsion permanente, que desvíe del cerebro la irritacion que pudiera renovar la congestion. Durante este intervalo, la naturaleza trabaja en el restablecimiento de la desorganizacion que se ha hecho en el encéfalo.

EL SABIO.

¿No teme Vm. pues la postracion que debe resultar de ese sinnúmero de sangrias?

EL MÉDICO JÓVEN.

La postracion no es nada, si se ha tenido cuidado de los órganos digestivos, porque la nutricion repara las pérdidas luego que se vuelve al uso de los alimentos; pero si han dado vomitivos á los pacientes, si les han hecho tomar copiosamente sales purgantes, pildoras drásticas, bebidas estimulantes, como la infusion de arnica, específico ridículo usado con exceso en semejantes casos; si los han atormentado con lavativas de vino emético turbio, los verán inapetentes, desfallecidos, paráliticos, en la convalecencia. Habrá suma dificultad en restablecer la digestion: se

quedarán estúpidos, cacoquimios, y perecerán inevitablemente en una recaída. Le he dicho á Vm. ya que la gastrítis podia determinar los ataques de apoplejía; ve Vm. pues que despues de haber destruido la congestion cerebral, el punto mas importante, tanto en la asistencia preservativa como en la curativa, es curar ó precaver las inflamaciones crónicas de los órganos de la digestion.

EL SABIO.

Me habla Vm. siempre de esas inflamaciones crónicas del canal digestivo; y me parece que no se mientan de modo ninguno semejantes dolencias en los autores que he leído.

EL MÉDICO JÓVEN.

Créolo por cierto; pues no las habian conocido nunca ántes de nuestra época; pero si Vm. hubiera leído la obra de que le he hablado (*Historia de las flemasias crónicas*), tendria una idea de ellas, y seria un grandísimo beneficio para su familia y amigos.

EL SABIO.

Porque eso?

EL MÉDICO JÓVEN.

A causa de que estas enfermedades son muy comunes; que ninguno, ántes de la obra que le cito á Vm., tenía una clara idea de ellas; y que las exasperaban diariamente, queriendo curarlas.

EL SABIO.

¿Abusaría yo de la paciencia de Vm., suplicándole que me las dé á conocer?

EL MÉDICO JÓVEN.

Tan léjos de eso, Caballero, soy quien teme cansar la de Vm. hablándole tan largamente de la medicina.

EL SABIO.

No tenga Vm. ese recelo; ya le he dicho que esta ciencia me gustaba. A mi edad, comienza el hombre á ocuparse de veras en su salud. Por otra parte, soy padre de familia, é interesado por consiguiente en hacer eleccion de un buen médico

He tenido con frecuencia motivos para quejarme del mio, y es una de las principales razones que me inclinaron á la lectura de los libros que tratan del arte de curar. Hable Vm. pues, y veamos lo que es la gastritis crónica.

EL MÉDICO JÓVEN.

En ella nos ocuparémos, supuesto que Vm. lo quiere, en la inmediata conferencia.

## DIALOGO QUINTO.

*Gastritis y enteritis crónicas; hipocondría;  
disenteria.*

EL SABIO.

HE oído proferir á menudo en la sociedad la palabra de gastritis crónica, desde que la doctrina fisiológica corre con aceptación; pero mi médico me aseguraba que esta enfermedad era una pura ilusión, y no he hecho investigación ninguna sobre este particular.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hubiera malogrado Vm. su trabajo. Conocemos nosotros, por las tareas del fundador de la medicina fisiológica, las gastritis y enteritis crónicas, de que he notado á Vm. una ligera modificación al hablar de los achaques que preceden y preparan á menudo la apoplejía. Voy á

presentárselas á Vm. en grados mejor expresados.

El que digiere con dificultad, aunque tenga todavía bastante apetito, ó aun mayor que de costumbre; que experimenta ardores en la region del estómago, eructos, flatos; que siente subirle fuegos al rostro, ó que se queja de males de cabeza, dos ó tres horas despues de haber hecho sus comidas; que resiente en la misma época dolores mas ó ménos punzantes en la boca del estómago ó bajo las costillas falsas, de uno ú otro lado, lugares que llamamos los *hipocondrios*; que experimenta frecuentemente entónces un fuego interior, una impresion de fatiga, y aun una ligera accion de fiebre, está atacado de una gastritis crónica. Aun diré mas: casi cuantos tienen trabajo para digerir, cuyo estómago, muy vigoroso en otros tiempos, se vuelve caprichoso y no soporta ya mas que ciertos sustentos; los que están obligados á pensar de continuo en su estómago; los que no pueden soportar el hambre sin experimentar en él, contra el hábito,



vivos dolores; los que tienen necesidad de pasearse, de beber, para obrar su digestión; los que pasan malas noches con sueños penosos y que se despiertan con la boca mala, los miembros fatigados, la cabeza pesada; casi todos estos individuos, me atrevo á repetirlo, están atacados de una gastritis crónica.

EL SABIO.

Es pues esa enfermedad una de las mas frecuentes que existen; porque conozco á pocas personas que no esperimenten algunas de las desazones que Vm. está indicando. ¿Son esos los únicos indicios de este afecto?

EL MÉDICO JÓVEN.

Si examinamos á estos enfermos con atención, les hallamos comunmente la lengua encendida, ó blanca con manchas hácia su basa; males de garganta, calores y sequedades de gargüero; las conyuntivas, ó blanco de los ojos, empañadas y ligeramente rojizas; las mejillas bañadas con una tintura de encarnado subido, y ma-

culadas y cárdenas á veces; los labios desecados, con visos de fuego en lo interior y hácia las encías. Se quejan de haber perdido sus fuerzas, de no sobrellevar ya la fatiga ni la tarea mental; cogen aversion á las cosas de que eran amantes; de la tristeza, del mal humor; no pueden desentenderse de adversos anuncios interiores, y se ven martirizados á menudo, con el deseo del suicidio: su robustez compatible por harto tiempo con este estado, se menoscaba por último; pierden las ganas, y están amenazados de la consuncion ó espuestos á caer en una violenta calentura que, con mucha frecuencia, toma el aspecto de las que han servido de materia á nuestras conferencias.

EL SABIO.

¿Qué estoy oyendo! He aquí la pintura de una enfermedad que ha traído martirizada á mi muger por espacio de mas de cinco años. Suplícole á Vm. que prosiga.

EL MÉDICO JÓVEN.

El que siente el ardor en medio del vien-

tre, alrededor del ombligo, ó un dolor constante mas ó ménos vivo, y comunicado con frecuencia á la espalda, en uno de los dos hipocondrios; que resiente cortos cólicos sordos, incomodidad, ó aun solamente una molesta comezon, ó especies de picaduras, ya en un punto del vientre, ya en otro; que se ve atormentado de flatos que dilatan dolorosamente sus intestinos, y no salen mas que con sumas dificultades; que está habitualmente estreñado, pero que á veces echa, por medio de una especie de diarrea precedida de largos y fuertes retortijones, flemas difluentes ó concretas, como especies de membranas, este se halla atacado de una inflamacion lenta de los pequeños intestinos, ó intestinos cecenños, enfermedad á que damos el nombre de *enteritis crónica*. Si conserva él las ganas, si la primera digestion se hace sin dolor, es simple la enfermedad; si los señales de la gastritis crónica se asocian con los de la enteritis, se complican estas dos enfermedades; y es bueno que Vm. sepa que la una engendra la otra, y que ámbas pueden

acarrear las fiebras agudas, la consuncion ó la hidropesía.

## EL SABIO.

Hago memoria de haber notado todos los síntomas que Vm. acaba de enumerar en un niño de un amigo mio, de edad de seis años. Murió de consuncion, con una calentura larga y violenta, teniendo el vientre tirante, lleno de tumores duros, y últimamente de agua. Conservó sin embargo un grandísimo apetito hasta el fin. Los médicos declararon que el niño se habia rendido á la obstruccion, enfermedad que atribuian ellos al infarto de las glándulas del mesenterio.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Eso es por cierto. La superficie interna de los intestinos rojea, se pone sensible, se inflama; y las glándulas inmediatas se hinchan, como las ha visto Vm. hincharse en los males de garganta: lo cual constituye la *obstruccion* de los niños segun los autores, enfermedad que asalta tan bien á los adultos como á las criaturas.

## EL SABIO.

Esta enfermedad no empieza pues con la obstruccion de las glándulas, como lo aseguran los antiguos médicos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; tomáron ellos aqui el efecto por la causa, como en la tisis pulmoniaca, porque no conocían las señales de la inflamacion de la superficie interna del canal intestinal.

## EL SABIO.

Esto es pues lo que se llama *obstruccion del empeine ó del mesenterio*.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Sin contradiccion ninguna; pero no son estas las únicas obstrucciones crónicas que produzca la inflamacion del canal digestivo. En la del estómago, llegando á ulcerarse la membrana que cubre su interior, se espesan las ternillas de esta especie de saco, se ponen duras, lo cual constituye el *cirro y cáncer* de esta viscera. Cuando está colocado en la abertura que se llama *piloro*

ó portero, por donde los alimentos deben pasar á los intestinos, se opone á su progresion, y produce vómitos incurables. Cuando ocupa otras regiones del estómago, el enfermo puede vivir por mas tiempo, pero padece mucho, y acaba siempre pereciendo en un estado de consuncion. Si reina inflamacion por espacio de mucho tiempo en el intestino superior que se llama *duodeno*, ó algo mas adelante en los pequeños, participa de su enfermedad el hígado; el que se hincha, se pone dolorido, y á esto se da el nombre de *obstruccion del hígado*.

## EL SABIO.

Y quiere Vm. hacerme creer que se les ocultaban á los antiguos unas enfermedades tan evidentes y palpables.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Eran conocidos los síntomas y desórdenes; pero se apreciaban mal. La hinchazon de las glándulas del mesenterio, la del hígado, se atribuian á la viscosidad de la linfa, á la dificultad de su paso por medio de estos

tejidos; y se creia remediarlo dando estimulantes, bajo el especioso título de *aperitivos, diluentes, desobstruentes*. Estaban destinados á resolver estos infartos; pero, en vez de llenar las intenciones de los médicos, producian un efecto diametralmente opuesto, porque aumentando ellos la inflamacion de la superficie interna del estómago é intestinos, daban nuevo incremento á la causa que habia ocasionado lo que se llamaba las obstrucciones; y esta duplicada exasperacion acarrea mas prontamente la destruccion de las vísceras y la del individuo.

EL SABIO.

¿Es posible, soberano Dios! que hayan incurrido en tales errores Hipócrates, Galeno, y cuantos varones insignes ilustraron el arte de curar desde la restauracion de las letras hasta nuestros dias? Si así fuera, la medicina no habria sido nunca una ciencia, sino un confuso agregado de prácticas mas ó ménos ridículas y perjudiciales.

EL MÉDICO JÓVEN.

Si la enormidad del caso lo hace difícil de creer, no lo hace ella imposible. Daré á conocer á Vm. mas tarde la causa de todos estos errores; pero debo completar la historia de las flemasias crónicas del canal digestivo.

EL SABIO.

En hora buena; pero debo prevenir á Vm. que la tremenda acusacion que acaba de intentar contra la medicina antigua me hará sumamente delicado sobre las pruebas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Resultarán ellas, Caballero, de los aciertos de la curacion preservativa; porque no cuenta Vm., espero, con que dé yo medios de curar tan horrendas desorganizaciones como aquellas cuya pintura acabo de hacerle.

EL SABIO.

Sin duda que no. El público se entretiene con la ilusion de que será posible

deshacer los cirros que tiene en las entrañas; pero si no se acierta á resolverlos en lo exterior del cuerpo ¿como lo conseguirán, cuando están colocados en los órganos interiores? Quedan pues las operaciones quirúrgicas. Alcanzo ciertamente que puedan libertar á un enfermo atacado de una crecida masa cancerosa, ulcerada, supurante, aun gangrenosa, en lo exterior del cuerpo, desembarazándole de estos peligrosos pesos por medio del hierro ó fuego; pero ¿como ir á cortar ó quemar el estómago, los intestinos, el hígado, cuando han llegado al mismo grado de alteracion? Puede vivir uno sin un brazo, sin un pecho, sin un ojo; pero no viviria con una viscera amputada ó cauterizada. Quedaré satisfecho si tiene Vm., para precaver estas horrendas desorganizaciones, algunos medios mas eficaces que los que usáron hasta nuestros dias.

EL MÉDICO JÓVEN.

Los hallarémos, Caballero, en los anti-flogísticos: al que se halle atacado de la

gastritis crónica, le prescribiremos sangrias en la región del estómago; agua ó tisanas refrigerantes por bebida; y echaremos cuidadosamente á un lado todos los medicamentos llamados *estomacales, tónicos, digestivos, corroborantes*. Le privaremos de alimentos durante un tiempo mas ó ménos largo, si tiene alguna calentura, si las digestiones son muy doloridas ó padece vómitos; despues tiraremos á restituirle sus fuerzas, sin exasperar la inflamacion, por medio de los alimentos mas suaves, tales como la leche, los farináceos mas ligeros, verduras tiernas, carnes blancas, y le conduciremos de nuevo gradualmente á su régimen habitual.

EL SABIO.

Deténgase Vm.!.. acaba de hacer casi mi conquista. Mi desgraciada parienta se vió martirizada durante mucho tiempo por los amargos, tónicos, vino, quina, carnes mas fuertes, y aguas minerales. Su flaqueza era estremada; sufría en todas las partes sensibles de su cuerpo; vomitando, sin ex-

cepcion, cuanto entraba en su estómago. La creia yo sin esperanza, cuando me la restituyó un accidente que en mi concepto debia dirigirle el golpe mortal. Mi muger, cuya inalterable dulzura le es á Vm. bien conocida, se volvió repentinamente iracunda, furiosa, y mostró visos de haber perdido el juicio. En su delirio, manifestó una invencible aversion á los médicos, y drogas suyas; aun hizo mas, desechó á su marido, á sus hijos, y quanto le era mas querido, y declaró que estaba muerta y que no debia tomar ya alimento ninguno. Se pasaron tres dias enteros sin que mi muger quisiera consentir en tragar el menor bocado. Cesáron los vómitos, pero la atormentaba una sed voraz; consintió en beber agua; y, por espacio de mas de veinte dias, rehusó cualquiera otra cosa. Pasaba los dias, inmóvil, taciturna, en la obscuridad, afectando la planta de una persona sepultada, y desechando á todos los suyos, excepto una de sus hijas. Quise substituir, por sugestion de los médicos, su bebida de predileccion con leche ó cal-

do; esta superchería encendió su furor, y, desde aquel instante mismo, no consintió ya en recibir agua mas que de las manos de su hija, á la que ella miraba como incapaz de engañarla. Su debilidad llegó á ser excesiva, y la creia yo agonizante, cuando ella recuperó el juicio. Le ofrecimos alimentos; mi muger no aceptó mas que leche; y le fué tan bien con ella, que no vivió, por espacio de tres meses, mas que con este líquido, rogando encarecidamente, pero con su acostumbrada dulzura, que no le hiciesen experimentar contradiccion ninguna. Habia puesto yo este hecho en la clase de los casos raros, inesplicables, que no prueban nada; pero veo que él está enlazado con la teoría de Vm.; y si lo restante corresponde á esto, será presto de los suyos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Esa cura, que le parece tan singular á Vm., Caballero, está bien distante de carecer de ejemplos. Un general romano, en visperas de perecer víctima de los pro-

gresos de una hidropesía, se curó abrazando la resolución de dejarse morir de hambre. Los médicos tuvieron con frecuencia el dolor de ver curados á diversos enfermos, á quienes ellos habian desahuciado, por algunas buenas mugeres que no les hacian tomar mas que bebidas acuosas é insignificativas. Una, entre otras, obraba, á mi entender, prodigiosas curas en las enfermedades crónicas del canal digestivo, alimentando á sus enfermos con un poco de pan empapado en agua pura; pero añadía á esto un sinnúmero de lavativas sin las que hubiera podido pasarse muy bien. Estenuados muchos desventurados con la gastritis, hallaron su cura limitándose á la leche de muger, ó á cualquiera otra, por único sustento; pero no conviene la leche á todos los estómagos. Los casos de esta especie no estaban ignorados de los médicos, pero hacian estos como Vm.: no deducian consecuencia ninguna de ellos, y continuaban emponzoñando con sus drogas á los enfermos. El mismo hecho existia con respecto á la fiebre ama-

rilla. Aunque los médicos sabian que las mulatas tenian la práctica de curar esta enfermedad con la limonada administrada en bebidas, en lavativas, y las fricciones en todo el cuerpo con los cachos de limon, no cesaban sin embargo de atracarlos de quina y bebidas espirituosas. Todo ello se halla bien cambiado actualmente: no hay cura ninguna de empiricos, de buenas mugeres, por mas estraordinaria que ella pueda parecer, sin exceptuar las tan afamadas poco ha del párroco de Vauchassis, que no se enlace con los principios de la doctrina fisiológica. Pero no es todavía tiempo de esplicarle á Vm. todo esto, y voy á acelerarme á terminar lo que tengo que decirle sobre la curacion de las inflamaciones crónicas del canal digestivo.

EL SABIO.

Le ruego á Vm. un instante: dígame, si le es posible, porqué mi muger espermentó desde luego alivio con los tónicos, porqué se puso loca, y porqué su gastritis

crónica no produjo cirro en el piloro ó en cualquiera otra region del estómago.

EL MÉDICO JÓVEN.

Mi respuesta será la continuacion de la materia en que me ocupo. En el principio de las irritaciones crónicas del estómago que no se elevan hasta el grado de la inflamacion, no ha perdido el estómago su aptitud para ser modificado agradablemente por los alimentos, por los tónicos, y para obrar la digestion. No se enardece de un modo que se ponga dolorido mas que hácia el fin de la digestion, dos ó tres horas despues de la comida; pero se enfria despues de terminada esta operacion. Si, en esta época, se dan estimulantes, como vinos fuertes, carnes succulentas, las acoge bien el estómago; y la impresion que recibe de ello, disminuye por el pronto su sufrimiento: los dolores que resentimos en él, se encubren, durante algun tiempo, por una sensacion de fuerza y bienestar; pero habiendo tomado la irritacion un

nuevo incremento al cabo de este tiempo, este órgano rehusa todo alimento, crecen los dolores, y el enfermo comienza á menoscabarse. Los vomitivos, purgantes, y aguas minerales suspenden tambien temporalmente el dolor de esta viscera, evacuando directamente ó llevando á la piel los humores que la irritacion habia acumulado en su interior: pero obran como los tónicos; aumentan al cabo aquella irritacion que habian calmado; ella se eleva hasta el grado de la inflamacion, y queda totalmente suspensa la digestion.

Las suspensiones del dolor del estómago son todavia bastante fáciles de producir, cuando no está irritado mas que en un punto de su estension; porque modificada agradablemente con los estimulantes la parte sana, causa una sensacion de gusto que hace olvidar el dolor de la parte enferma. Esta, sin embargo, se vuelve presto mas sensible; se inflama mas, la irritacion se comunica á lo restante; y se llega al resultado que acabo de espresar á Vm. Estas son las razones por las que produ-



cen los fortificantes un alivio instantáneo.

El enagenamiento mental depende del influjo del estómago irritado sobre el cerebro. Cuantos padecen habitualmente del estómago, tienen, al cabo de un cierto tiempo, mas ó ménos perturbado el juicio; están inquietos, y se figuran experimentar infinitas dolencias: los llaman hipocondriacos. No hay mas que un grado de este estado al de la demencia, y su muger de Vm. le habia pasado; pero esta especie de locura se cura con la causa que la engendró.

Por lo que hace á los afectos cirrosos, no los promueve la inflamacion crónica del estómago mas que con su estremada prolongacion, y mas fácilmente en los individuos linfáticos que en los otros; pero poseemos hechos que nos dan la seguridad de que á puro perseverar en el régimen temperante, se triunfa de los cirros y aun de los cánceres ulcerados internos, con tal que el desórden sea poco profundo, y no se haya comunicado á un gran número de órganos.

## EL SABIO.

Estas son cosas realmente curiosas, y de las que yo no me habia formado idea ninguna. El temor de las calenturas malignas, el del cáncer y tísica pulmoniacá, me tenian acosado de continuo. Me figuraba que estas enfermedades podian caer de repente, como un ave de rapiña, sobre un infeliz, á pesar de las sangrías de precaucion, de los cauterios, de las purgas y mas severo régimen: se me ocultaba que estas enfermedades no eran mas que efectos de inflamaciones abandonadas, y que tenia uno casi siempre lugar para preservarse de ellas.

## EL MÉDICO JÓVEN.

No hay sin embargo mas cierta verdad. Pero déme Vm. su licencia para hablarle de la disenteria; porque ella es naturalmente una continuacion de la gastritis y enteritis.

## EL SABIO.

Pero no ha dicho Vm. nada de la curacion de esa última.

## EL MÉDICO JÓVEN.

A causa de que ella no se diferencia de la de la gastritis, mas que en quanto las aplicaciones de las sanguijuelas deben hacerse sobre la region del empeine en que se dejan sentir el dolor ó calor. Por lo demas, el régimen es uno mismo absolutamente; es verdad que los pacientes digieren mejor que en la gastritis; pero si se satisface su apetito, llegando el producto de la digestion á la superficie inflamada y ulcerada de los intestinos, renueva los accidentes y sirve de estorbo para la cura. Aun puede resultar de ello una gastritis consecutiva, que aumente infinitamente las dificultades de la cura. La curacion de las inflamaciones de los intestinos menores no difiere pues de la de las inflamaciones del estómago. Así en una como en otra, es necesaria á menudo una perseverancia de muchos años; porque los enfermos están sujetos á recaer, quando vuelven muy pronto á los alimentos irritantes, tales como la carne de carnero, la de vaca, la caza, las masas,

las salazones, los guisados, todos los manjares especiados y licores fermentados. Es preciso pues animar á estas clases de enfermos, y persuadirles que la constancia les ayudará á superar todos los impedimentos. Se habitúan al régimen temperante, le soportan bien; en él hallan suficiente sustento para conservar su robustez; porque las substancias farináceas, tales como el pan, arroz, fideos, semola, tapioca, sagú, salep, y las carnes blancas, como las de pollo, ternera, cordero, pescados, contienen una grandísima cantidad de materia nutritiva.

Permíteseles á estos enfermos la hortaliza tierna, quando tienen caliente el estómago y que no están sujetos á los flatos ni diarrea; en estos casos, les son todavía mas provechosas las frutas jugosas; pero no debe prescribirse nunca la leche mas que á aquellos cuyo estómago la digiere sin dificultad. Un ejercicio moderado, en campo raso, les es sumamente útil. Muchos de ellos no pueden digerir mas que en el campo; el aire de las grandes poblaciones da pro-

greso en el estómago de estos pacientes á una irritacion que les roba las ganas y la fuerza asimilatrix. Sin embargo, debemos advertir á los médicos que los ejercicios violentos, los viages largos, la equitacion sobre un caballo cuyo trote es duro, les comunican unas conmociones que exasperan la sensibilidad de su estómago.

Las personas atacadas de la gastrítis y enterítis crónicas deben abstenerse de todo medicamento: las aguas minerales, que se les ordenan communmente, no las alivian mas que cuando la enfermedad es ligera y parcial; obran ellas por revulsion, excitando las orinas, sudores, evacuaciones ó hemorragias; pero en el mayor número de casos, no les proporcionan mas que una cura paliativa; y, á continuacion de un cierto número de recaidas, no pueden soportarlas semejantes personas. Se prefieren las aguas ligeramente salinas, y especialmente las gaseosas; las sulfúreas exasperan por lo comun las flemasías crónicas del canal digestivo. El aire de las montañas, el paseo y la distraccion, son

con frecuencia mas útiles que las aguas mismas. Las bebidas que convienen á estas especies de enfermos, son las limonadas ligeras para los que tienen algun calor en las vias gástricas; los que no las soportan, lo pasan bien con agua azucarada, coimiento de grama, infusion de regaliz, y otras preparaciones de igual virtud. El agua pura es á veces el mejor remedio de todos; sabe Vm. el beneficio que su muger sacó de ella. En las gastrítis crónicas del mas alto grado de sensibilidad, nos va bien en reducir á los enfermos á esta sola bebida, y dejarlos en ella, si notamos que se conservan y reponen las fuerzas, hasta que la apetencia á los alimentos gelatinosos, feculentos y lacticinosos esté bien declarada. Por lo demas, no pertenece mas que á un hábil médico fisiologista el determinar los casos, en que cada uno de los medios que acabo de indicar debe ponerse en práctica con preferencia á cualquiera otro. No he intentado pues mas que trazar á Vm. el plan general curativo de las flemasías crónicas del canal digestivo.

EL SABIO.

Doy á Vm. mil gracias por todas esas individualidades. Hábleme Vm. ahora de la disenteria : es uno de los azotes del género humano. Hace cada año ella sumos estragos en las aldeas hácia la estacion del otoño ; deja asoladas las ciudades sitiadas , y despuebla todos los países en los años de hambre : aun aseguran que, en las expediciones que hicieron los Franceses á Italia y Egipto, se llevó esta enfermedad mas soldados de sus banderas que el acero y fuego de los enemigos. Estoy curioso de saber lo que Vm. discurre de ella.

EL MÉDICO JÓVEN.

Las disenterias, Caballero, por mas diferencias que creemos ver entre ellas, no son mas que la inflamacion de la última porcion del canal intestinal, que sirve de depósito, durante algun tiempo, á las materias fecales. Su naturaleza estaba bien conocida de los médicos, supuesto que Mr. Pinel las habia considerado como flemasías mucosas; pero la curacion que se le

aplicaba, era mala. El fundador de la medicina fisiológica la redujo á un corto número de principios invariables; y la disenteria , aquel azote tan formidable en otros tiempos, es en los nuestros la enfermedad mas benigna y fácil de curar.

EL SABIO.

Es posible! ; Habria hecho su maestro de Vm. mas que Zimmermann, que es, discurre, el autor clásico sobre la disenteria?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor, y la obra de Zimmermann no es ya mas que un libro viejo. Atajamos nosotros, en veinte y cuatro horas, la disenteria con sanguijuelas aplicadas al ano, y á veces en el empeine, con la dieta y agua gomada por única bebida.

EL SABIO.

¿No hace Vm. vomitar pues con la ipecacuana; ni purga tampoco, para evacuar el receptáculo de putridez que llena las primeras vias?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Si algunos enfermos levemente atacados se curan con este método, les va mal á los mas con él; miéntras que nuestra curacion no acarrea peligro ninguno, y tiene buen éxito siempre.

## EL SABIO.

¿Y los tónicos y astringentes, tan necesarios para estreñir el vientre? no hace Vm. pues caso ninguno de ellos, despues de haber calmado la inflamacion?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Recurrimos al opio, si la diarrea persiste, pero no hay necesidad de este socorro con mayor frecuencia. Algo de arroz, algunas féculas y ligeras dósis de vino, cuando la inflamacion está calmada, bastan casi siempre para terminar la cura.

## EL SABIO.

¿Son acaso tambien inflamatorias aquellas diarreas que estenuan á los pacientes?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Sin duda ninguna, Caballero; su cura-

cion no difiere en nada de la precedente, y los aciertos son los mismos.

## EL SABIO.

Si yo estuviera bien convencido de lo que Vm. está diciendo ahí, me formaria un alto concepto de su doctrina. El haber hecho de la disenteria una enfermedad simple y fácil de curar, seria ser el bienhechor del género humano, y le escusaria yo á Vm. su entusiasmo por el nuevo catedrático de quien es secuaz; pero soy mal contentadizo. He leído en Zimmermann que la fiebre pútrida acompañaba siempre á la disenteria, y que ámbas dependian de un réceptáculo de corrupcion residente en las primeras vias: de ello la necesidad de los purgantes en una y otra dolencia. — ¿No posee Vm por ventura, para oponer contra esta complicacion, mas que las sanguijuelas en el ano y la tisana de arroz?

## EL MÉDICO JÓVEN.

La fiebre pútrida, como todas las fiebres esenciales de los autores, es la inflamacion de la region superior del canal

digestivo : se lo tengo probado á Vm. La disenteria es la inflamacion de la region inferior : dignese Vm. pues de traer á la memoria lo que he tenido la honra de decirle sobre las fiebres esenciales y curacion suya, y de ello deducirá Vm. mismo la conclusion que, cuando la inflamacion del estómago se une con la de los intestinos, las sangrías locales deben practicarse á un mismo tiempo en el estómago, empeine y ano. Si se hubiera seguido esta práctica siempre, no hubieran sido nunca tan mortíferas las disenterias epidémicas; porque no pasan á ser tales mas que con la mala curacion, que añade la gastritis, la gastro-enteritis, y resultas suyas, á la inflamacion disentérica que llamamos *colitis*, en atencion á que ella tiene su asiento en el intestino dicho colon.

EL SABIO.

Eteme aquí satisfecho sobre este punto. Me ha dicho Vm. como se curan las gastritis, las enteritis, y las disenterias; podria instruirme Vm. tambien sobre el modo con que nos preservamos de ellas?

EL MÉDICO JÓVEN.

Esa cuestion es precisamente la de las causas; porque no se preserva uno de una dolencia mas que removiendo las causas que la producen; y para removerlas, es preciso conocerlas. Las inflamaciones de la membrana interna del canal digestivo dependen casi siempre de un régimen muy irritante.

EL SABIO.

Ah! por esta vez, va Vm. muy adelante; mi muger, en la que Vm. ha reconocido una gastritis, no tuvo que reconvenirse jamas de ninguna intemperancia; vivió siempre muy sobriamente, y se desordenaron las funciones del estómago en el momento de la mas floreciente salud.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero, Caballero, si Vm. me hubiera dejado acabar, le hubiera dicho yo que los afectos morales, tales como la ira, inquietud, tristeza, y que las variaciones repentinas de la temperatura atmosférica, pue-

den ciertamente determinar á veces de repente, y sin otro influjo ninguno, gastritis y gastro-enteritis agudas; pero estas causas no hacen mas que preparar las crónicas. En efecto, todas estas causas tienen la propiedad de hacer el estómago é intestinos mucho mas irritables que lo eran ellos ántes. Ahora bien, si en este estado, sobrevenido de repente, pensamos en tomar los mismos alimentos que en la vispera, el estómago no puede soportarlos ya, y contrae irritacion; y si perseveramos, pasa él al estado inflamatorio; si este es agudo, se declara una calentura, y la disenteria se deja ver; si es lento y poco declarado, llega Vm., á la larga, á las gastritis, enteritis, y diarreas crónicas. De ello, la precision de disminuir uno sus alimentos, siempre que ha experimentado alguna conmocion insólita, tanto moral como fisica, y de aguardar su restablecimiento para volver al régimen acostumbrado. Este es el arte de preservarse contra las dolencias del canal digestivo.

## EL SABIO.

No sé si Vm. tiene razon; pero noto efectivamente que poquissimas personas toman esas precauciones.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Hacen ellas precisamente todo lo contrario. Si llega á faltarles el apetito, tratan de estimularle con alimentos mas sabrosos; y si se vuelve lenta la digestion, los vemos excitar su estómago con buenos vinos, elixires, amargos, ó tomar vómitivos y purgas. Con arreglo á lo que he tenido la honra de decir á Vm. sobre los principios curativos de las enfermedades del estómago é intestinos, debe juzgar que semejante conducta es mas acomodada para promoverlas que para precaverlas.

## EL SABIO.

Eso puede ser; pero cuando nos sentimos débiles, es cosa muy natural que tratemos de fortalecernos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Si, Señor; pero no se fortalece una per-

sona enferma como una sana. Los tónicos son útiles á las que carecen de lo necesario y á varias personas estenuadas, con evacuaciones, y que están faltas de sangre ó son naturalmente linfáticas; su digestion puede desgraciarse por falta de vigor, y le restablecen los tónicos: en todos los demas casos, la abstinencia y reposo de los órganos restituyen las fuerzas, y atajan los progresos de una dolencia en sus principios.

EL SABIO.

¿No tienen las de las vías digestivas otras causas?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor, por cierto. El estado de embarazo, el de parto, los golpes, heridas, operaciones de cirugía, etc., etc., pueden introducir tambien la irritacion en estos órganos; pero la esplanacion de estas causas y de algunas otras mas, de que no he hablado á Vm., me llevaria muy adelante.

EL SABIO.

Lo comprendo, y no solicito de Vm.

un tratado de medicina. Me quedan sin embargo todavía algunas dudas que proponerle á Vm., ¿me promete una nueva conferencia para mañana?

EL MÉDICO JÓVEN.

Con sumo gusto, Caballero; porque veo que las preocupaciones de Vm. no le impiden tener inclinacion á nuestra doctrina.



## DIALOGO SESTO.

*Peritonitis.*

EL SABIO.

Le dije á Vm. ayer que me quedaban algunas dudas sobre las enfermedades de que Vm. me ha hablado. Ha llamado Vm. inflamaciones agudas del estómago é intestinos, los embarazos gástricos febriles, las disenterias, las fiebres biliosas, pútridas, malignas, pituitosas, ardientes, y hasta las pestes; y ha dado las digestiones dificultosas, los males habituales de estómago, el sumo calor que sube del estómago á la garganta, las hipocondrias, las diarreas, por inflamaciones lentas ó crónicas de estos mismos órganos, asegurándome siempre que los autores que precedieron á Vms. no conocieron el verdadero carácter de estas dolencias. Acuérdome muy bien sin embargo de haber leído en muchas obras de

medicina la descripción de lo que llamaban ellos las *inflamaciones del empeine*; pues bien, el empeine está ocupado, en gran parte, por el estómago é intestinos: luego era conocida la inflamacion de estos órganos.

EL MÉDICO JÓVEN.

¿Podria traer Vm. á la memoria los síntomas de esas inflamaciones del empeine que halló en los autores?

EL SABIO.

Me hicieron tanta impresion, que no he podido ménos de retenerlos. Vivísimo dolor en toda la estension del vientre, á que la mas leve presion da nuevo incremento, vómito, fiebre ardiente; estos son los síntomas: y semejantes inflamaciones son, aseguran los autores, con mayor frecuencia superiores á los recursos del arte, mientras que Vm. se lisonjea de atajar desde los primeros dias el curso de sus gastritis.

EL MÉDICO JÓVEN.

La enfermedad que Vm. acaba de indi-

car, Caballero, es la que llamamos la *peritonitis*.

EL SABIO.

Me acuerdo efectivamente de haber leído esa palabra en la nosografía de Mr. Pínel.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hubiera podido leerla Vm. en los mas de los clasificadores de enfermedades, ó en los nosologistas que le antecediéron.

EL SABIO.

Pase; pero ¿en qué se diferencia esta enfermedad de las gastro-enterítis de Vm.?

EL MÉDICO JÓVEN.

En que la inflamacion está colocada en la superficie esterna del canal digestivo, en vez de ocupar su superficie interna, como en la gastro-enterítis.

EL SABIO.

Como! ¿serian capaces esos intestinos, que son tan cenceños, de experimentar en una de sus superficies, una inflamacion de que la otra no participara?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor. El estómago é intestinos están colgando en la cavidad del empeine; tienen una superficie interna, cubierta con la continuacion de la membrana que Vm. ve en la boca, y que, despues de haber recorrido toda su longitud, se termina en la estremidad del colon recto. En esta superficie interna se reciben y digieren los alimentos; ella conserva su residuo hasta el momento de su salida, que llamamos *defecacion*. La membrana que forma esta superficie, se llama *mucosa*; y las inflamaciones á que ella está sujeta, componen todas las calenturas de los autores, y las demas enfermedades de que he hecho mencion á Vm: en cuanto á la otra superficie, la que se presenta á la vista, luego que se acaba de abrir el abdómen de un animal, la membrana que la constituye, que es lisa, transparente, escurridiza, lleva el nombre de *peritóneo*. No se limita ella al canal digestivo; sino que tambien cubre el hígado, bazo, y los demas órganos del empeine,

tales como el útero, vejiga urinaria, y aun lo interior de las ternillas musculosas del empeine. La humedad untuosa de que esta membrana está cubierta le comunica la propiedad de facilitar la mudanza de lugar de las vísceras que están colgando en la cavidad del abdómen y sujetas á continuos rozamientos. Como ella no es sensible en el estado normal, estas colisiones no son dolorosas, y no tenemos conciencia ninguna de ellas: pero esta membrana puede contraer la inflamacion, en cuyo caso se cambia todo: de lisa, delgada y transparente que ella era, se vuelve encarnada, espesa, cubierta de asperezas; la extrema sensibilidad que se forma en ella hace experimentar dolores abraçados, punzantes ó como de tortura, lo cual imposibilita para toda especie de movimiento. Por lo mismo el vientre se vuelve inmóvil; y la respiracion no se hace ya mas que con los movimientos del pecho. La tos y estornado son intolerables; no se hace ya la defecacion, y las materias que se tragan se vuelven por medio de los vómitos con dolores y una

angustia de que únicamente estos pacientes se forman idea. Si se toca el empeine, se le siente caliente, resistente, contraido; y por poco que se apriete, se aumentan mucho los dolores del paciente. Aun hay casos en que este no puede soportar que se conmueva, con el paso, el suelo de su habitacion. Añádanse á todos estos males una calentura violenta, la inquietud, los pervigilios mas crueles, temblores convulsivos, y se tendrá la pintura de la inflamacion del *peritóneo*, enfermedad mucho mas rara que la gastritis y enteritis, y que, casi siempre, es mortal, si no nos aprovechamos de las primeras horas del asalto para destruir la accion inflamatoria.

EL SABIO.

¿Cuales son las causas de esa enfermedad?

EL MÉDICO JÓVEN.

La impresion del frio, los golpes, las caidas que lastiman el abdómen, la traslacion de cualquiera otra inflamacion. La de la superficie interna del estómago, y

con mas frecuencia la de los intestinos, atraviesan las ternillas de estos órganos, llegan á dilatarse en la porcion del peritóneo que los cubre, y se propagan despues en toda la estension de esta membrana; lo que substituye en breves instantes la enteritis con la peritonitis. Un mecanismo análogo engendra la peritonitis que se sigue al parto. En efecto, el útero experimenta siempre, despues del alumbramiento, de resultas de la separacion del feto y secundinas, una inflamacion cuyo pus natural son las purgaciones de sangre; pero á veces esta inflamacion, en vez de limitarse á la membrana interna de la matriz, atraviesa esta viscera, y llega á la superficie peritoneal. Este accidente es de los mas formidables; le avisan de ello al hombre del arte el dolor, la elevacion del empeine, la fiebre, la aridez cutánea, la supresion de la leche, de las purgaciones de sangre, de la transpiracion; y si no se pone impedimento al curso de la inflamacion, no tardan en caracterizar la peritonitis todos los demas síntomas que llevo ya mentados á Vm.

La inflamacion, primitivamente formada en el hígado, bazo, riñones, vejiga, puede abrazar tambien el peritóneo; pero este modo de propagacion es mucho ménos comun que los dos anteriores.

EL SABIO.

¿Luego es preciso atribuir á la peritonitis aquellas muertes violentas de las recién paridas de que oimos hablar á cada momento?

EL MÉDICO JÓVEN.

Las paridas pueden experimentar todas las otras inflamaciones; pero la del peritóneo es la mas peligrosa; y la mayor parte de las infaustas catástrofes que llegan á oídos de Vm., depende de este acerbo afecto.

EL SABIO.

¿Seria acaso esa dolencia la que los autores designan con el nombre de *fiebre puerperal*?

EL MÉDICO JÓVEN.

Diéron ese nombre á todas las enferme-

dades agudas de las recién paridas; pero hoy día los más de los médicos que se sirven todavía de esa denominación, vaga en extremo, no la aplican ya más que á la inflamación de la matriz y peritóneo.

EL SABIO.

Muchas personas atribuyen las inflamaciones del empeine, de las recién paridas, á la traslación de la leche, ó á las purgaciones de sangre. Que le parece á Vm. de esta opinión.

EL MÉDICO JÓVEN.

Que esas personas tomaron el efecto por la causa. La leche no es un humor capaz de producir inflamación ninguna; la leche, por otra parte, no es más que la cólera y purgaciones de sangre un ente dotado de voluntad, de caprichos, y dueño de abandonar el seno de una muger, para echarse como furioso sobre su empeine. Este líquido se elabora por las glándulas de los pechos; pero si se manifiesta una vivísima irritación en alguna parte, en el peritóneo por ejemplo, se suspende la elaboración

lactífica. La poca leche que estaba ya formada, se vuelve á la sangre, de la que no tarda en salir por la transpiración ú orinas; y no se forma ya otra nueva hasta la cesación de la irritación perturbadora.

Lo mismo sucede con las purgaciones de sangre. Desde que ellas cesan de ser sanguíneas, no son otra cosa más que la escreción purulenta de la llaga que la separación de la placenta y membranas de la criatura dejó. Esta supuración, que sirve al mismo tiempo para despejar el útero, debe disminuirse, y agotarse por último, como la de cualquiera otra llaga bien acondicionada; pero si la inflamación que la ocasiona, en vez de ser superficial y disminuirse poco á poco, se exaspera, atraviesa las ternillas del útero y llega al peritóneo, la evacuación de las purgaciones de sangre debe suspenderse como la secreción de la leche y como todas las demás evacuaciones.

EL SABIO.

Pero ¿qué cosa puede hacer llegar hasta  
8\*

el perit6neo esa inflamacion que Vm. dice existir en el 6tero despues del parto?

EL M6DICO J6VEN.

El frio podria ser suficiente para producir esta traslacion; por lo mismo es ella mas comun durante el invierno; pero muy 6 menudo tambien la ira y otros afectos morales, los caldos fuertes, los alimentos restaurativos, el vino, y otras muchas preparaciones incendiarias, son las causas de la peritonitis puerperal. La leche y la evacuacion de las purgaciones de sangre no hacen nunca mas que un papel pasivo en esta dolencia.

EL SABIO.

Aseguran sin embargo haber hallado crecidos c6mulos de leche en el empeine de algunas mugeres muertas de resultas del parto.

EL M6DICO J6VEN.

Inflamado el perit6neo, supura como todos los demas tejidos; pero esta membrana es un saco sin abertura: as6 el pus que se forma en ella, cuando no se ataj6

la inflamacion, se acumula all6 en much6sima copia. Tomaron este pus por leche, en atencion 6 que 6l tiene frecuentemente la consistencia y color de esta. Conocer6 Vm. lo rid6culo de semejante opinion, cuando sepa que las peritonitis de los hombres presentan esta supuesta leche tan bien como las de las mugeres; y que en 6mbos sexos, acaece con frecuencia que el pus de las peritonitis, en vez de ser blanco y cremoso, es seroso, cetrino, rogizo, sanguinolento, y aun 6 veces reducido 6 una conecrecion membraniforme.

EL SABIO.

¿No da Vm. pues antilechosos 6 las paridas atacadas de peritonitis?

EL M6DICO J6VEN.

Se les administraban vomitivos y reiterados purgantes en otros tiempos, con la mira de abrir una puerta 6 la leche, 6 la b6lis, y 6 los humores de toda especie que las gentes se figuraban puestos en movimiento para arrojarse sobre el empeine. Muchos m6dicos, secuaces de los sistemas

antiguos, tienen todavía la costumbre de curarlas así; pero iluminados los buenos espíritus con la doctrina fisiológica, echaron de ver que la mortandad, mucho tiempo hace tan notable, de las recién paridas, era el único efecto de esta viciosa práctica. Ataque la peritonite á un hombre, á una muger ó criatura, su cura es siempre una misma. Es una inflamacion, es preciso acelerarse á atajarla, y esto tanto mas cuanto el pus que ella produjera no hallaría salida ninguna. Tiénese acierto en ello cubriendo de sanguijuelas el empeine; suprimiendo todo alimento, y vedando toda especie de movimiento; pero para esto conviene ser llamado en el primer día, porque con mucha frecuencia es mortal esta enfermedad desde el tercero. Mas tarde, no está perdida toda esperanza de triunfo, cuando la peritonitis es moderada, pero es cosa muy dudosa; y cuando se logra librar de la muerte al doliente, le queda frecuentemente, en el peritóneo, una coleccion de pus que requiere particulares medios.

Algunos médicos quieren que se cure la peritonitis puerperal, que las sanguijuelas no pudieron atajar, por medio del calomel ó mercurio dulce. Obra este purgando y haciendo salivar. Cuyo medio les parece el mas seguro, cuando la muger está muy débil para soportar las sangrías. Algunos aciertos pudieron recomendar esta práctica, que es una verdadera revulsion; pero ella no precave siempre la coleccion del pus en el peritóneo.

Aun á veces hay precision de practicar la puntura para disminuir la masa del líquido derramado. Pueden sanar estas especies de pacientes, despues de un larguísimo tiempo, cuando se hallan asistidos por un médico fisiologista; pero si son indóciles, ó están confiados á un buen doctor á lo antiguo, que, no pensando mas que en la evacuacion del líquido derramado, se dedica pertinazmente á purgarlos, á hacerlos sudar, á promover las orinas, no dejan nunca de caer en la languidez, de ponerse completamente hidrópicos, y terminan casi siempre con

una temprana muerte. Juzgue Vm., con arreglo á esto, quanto importa conocer bien la peritonitis, y saber abrazar una resolucion luego que se advierten los primeros indicantes de esta inflamacion.

## EL SABIO.

Por cierto, éteme aquí bien penetrado de esas verdades, y le agradezco sumamente á Vm. el habérmelas comunicado; porque veo ahora que el comun de las gentes no tiene conocimiento ninguno de esta dolencia.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Añada Vm. que los médicos mismos no tienen el suficiente todavía sobre ella. Muchos la toman por un cólico durante las primeras horas, y dejan pasar el momento propicio para atajarla. Aun con frecuencia la exasperan por medio de pociones de opio y éter, que ellos llaman calmantes, y que son simplicísimamente muy irritantes; algunos, últimamente, no la reconocen, mas que cuando llegó ella al supremo grado de intension. Por otro lado, en

quanto á los médicos que conocen esta enfermedad, sirvió y sirve ella todavía diariamente de obstáculo para la propagacion de la doctrina fisiológica, á causa de que muchos de ellos la toman por tipo único de las inflamaciones del empeine, y no quieren reconocerla en donde no hallan las calidades suyas. Si se les dice que un febricitante está asaltado de gastritis ó enteritis, le palpan; y si la fuerte presion que le hacen experimentar no produce vivisimos dolores, aseguran que no hay inflamacion; hablan de bilis, nervios, debilidad ó putridez, y se funda sobre estos falsos indicantes su curacion. Importa pues sobremanera el hacer saber á todas las personas instruidas, sean de la clase y profesion que se quiera, que con mucha frecuencia la inflamacion de la superficie interna de los órganos digestivos no es dolorosa; que los dolores permanentes que se aumentan con la presion, pertenecen á la inflamacion de su superficie esterna ó peritoneal; que la falta de apetito, la sed, el ardor de la garganta, el calor acre de



la piel, los dolores contusivos de los miembros, y el mal de cabeza, bastan siempre para justificar la gastritis y enteritis; que, por este duplicado motivo, es perfectamente inútil el martirizar á estos pacientes estrujándoles el empeine para descubrir un punto dolorido que no existe.

EL SABIO.

Está muy bien; me formo una idea del modo con que Vm. considera las inflamaciones de las principales vísceras; pasemos á las enfermedades de las estremidades.

Ha contraído Vm. el empeño de hablarne sobre la gota; ¿como la mira Vm.?

EL MÉDICO JÓVEN.

Se lo diré á Vm. en nuestra próxima conferencia.

## DIALOGO SEPTIMO.

*De la gota y reumatismo.*

EL SABIO.

SEA Vm. bien venido, querido doctor mio. Me prometió Vm. hablarme hoy de la gota; me estoy consumiendo por oírle; porque, despues de haberlo reflexionado bien, no puedo figurarme qué rumbo va Vm. á tomar para poner la gota en la misma línea que todas las enfermedades cuya historia me tiene hecha.

EL MÉDICO JÓVEN.

La gota, despues de haberse mirado como un humor acre, como una resulta de la descomposicion de los huesos, como un flato, como una enfermedad nerviosa, como un humor craso, espeso, producido por la transpiracion suprimida, y que, para el mayor bien del paciente, debe espelerse por la via de las articulaciones, fué puesta

la piel, los dolores contusivos de los miembros, y el mal de cabeza, bastan siempre para justificar la gastritis y enteritis; que, por este duplicado motivo, es perfectamente inútil el martirizar á estos pacientes estrujándoles el empeine para descubrir un punto dolorido que no existe.

EL SABIO.

Está muy bien; me formo una idea del modo con que Vm. considera las inflamaciones de las principales vísceras; pasemos á las enfermedades de las estremidades.

Ha contraído Vm. el empeño de hablarne sobre la gota; ¿como la mira Vm.?

EL MÉDICO JÓVEN.

Se lo diré á Vm. en nuestra próxima conferencia.

## DIALOGO SEPTIMO.

*De la gota y reumatismo.*

EL SABIO.

SEA Vm. bien venido, querido doctor mio. Me prometió Vm. hablarme hoy de la gota; me estoy consumiendo por oírle; porque, despues de haberlo reflexionado bien, no puedo figurarme qué rumbo va Vm. á tomar para poner la gota en la misma línea que todas las enfermedades cuya historia me tiene hecha.

EL MÉDICO JÓVEN.

La gota, despues de haberse mirado como un humor acre, como una resulta de la descomposicion de los huesos, como un flato, como una enfermedad nerviosa, como un humor craso, espeso, producido por la transpiracion suprimida, y que, para el mayor bien del paciente, debe espelerse por la via de las articulaciones, fué puesta

definitivamente por los autores en el número de las inflamaciones. Así es como la clasificaban en la escuela parisiense, ántes de la época de la doctrina fisiológica.

EL SABIO.

¿Es Vm. de ese dictámen?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor.

EL SABIO.

En ese caso, no ha mudado Vm. en nada la teoría de esta dolencia.

EL MÉDICO JÓVEN.

Perdone Vm., Caballero. El fundador de la medicina fisiológica hizo desaparecer las inconsecuencias y contradicciones de los autores, quienes, al mismo tiempo de mirar el afecto articular como una flema-sia, le curaban como si hubiera sido de una naturaleza muy diferente, y consideraban los accidentes que le acompañan como fenómenos nerviosos, humorales, ó como productos de la debilidad.

EL SABIO.

No concibo lo que está Vm. diciendo ahí.

EL MÉDICO JÓVEN.

Va Vm. á concebirlo : digo que ellos no curaban la gota como una inflamacion, á causa de que no luchaban contra ella con sangrías locales harto multiplicadas para destruirla. Querian que la gota recorriera todos sus periodos, y dejaban padecer á los enfermos por espacio de meses y años enteros.

EL SABIO.

¿Y de qué proviene esa inconsecuencia?

EL MÉDICO JÓVEN.

De que mudando los modernos la denominacion de la gota, no habian mudado lo substancial de su teoría : si la gota no era ya un humor *sui generis*, era á lo ménos un ente particular que no tenia de las inflamaciones mas que el título, á fin de poder ser admitida en un plan nosológico, pero que debia ser mirada siempre como un ente totalmente particular y curada

como tal. En efecto, los antiguos decian : La gota es un humor de que la naturaleza se desembaraça por las articulaciones; guardémonos pues de turbar esta obra saludable. Los modernos dijéron sucesivamente : La gota es una inflamacion que es menester respetar de miedo, de que suceda algo peor. Ve Vm. que no habian hecho mas que mudar la denominacion.

EL SABIO.

¿ Y los accidentes de la gota ?

EL MÉDICO JÓVEN.

Esos accidentes son unas irritaciones de las vísceras, semejantes en todo á las que no dependen de la gota. Son irritaciones é inflamaciones del cerebro, de los pulmones, de las vias gástricas, del hígado, de los riñones, de la vejiga, etc. Los antiguos veian en ello la traslacion del humor gotoso ó el producto de la debilidad, y pretendian remediarlo por medio de depurativos, de antiespasmódicos y tónicos. Olvidando los modernos que la gota es una inflamacion, le decian á Vm. que estos ac-

cidentes requerian los mismos medios que los antiguos habian aconsejado; pero como todos estos medios son irritantes, daban nuevo incremento á semejantes males en vez de disminuirlos : de modo que los modernos, despues de haber curado malísimamente, como los antiguos, la inflamacion articular, exasperaban, como ellos, las irritaciones de los órganos interiores de que estas dolencias van acompañadas.

EL SABIO.

Quiere Vm. pues que se dé guerra á la gota con las sanguijuelas en cuantas partes ella se refugie, y que los gotosos estén sujetos al régimen refrigerante y debilitante, como los que tienen inflamaciones de la cabeza, del pecho ó empeine.

EL MÉDICO JÓVEN.

Si, Señor, queremos eso; y lo practicamos con acierto todos los dias de nuestra vida.

EL SABIO.

En cuanto á la articulacion, pase; pero cuando la gota se dirige hácia el pulmon

ó estómago ¿ no vale mas llamarla hácia los pies ó manos por medio de una aplicacion de mostaza, que poner sanguijuelas en el pecho ó epigastro?

EL MÉDICO JÓVEN.

Una y otra operacion son convenientes entónces; y cuando se ha conseguido hacer parecer de nuevo la gota en su primitivo asiento, conviene luchar allí contra ella hasta haber destruido la inflamacion, sin miedo de ocasionar su traslacion á lo interior: porque es bueno que sepa Vm. que sangrando una articulacion, y dando temperantes en lo interior, no es temible esta repercusion. No acaece ella mas que á los médicos que dan excitativos purgantes, ú otros en lo interior, al mismo tiempo que debilitan la inflamacion articular con el frio ó locales sangrías. Así los revulsivos no tienen mas que una utilidad momentánea para obviar á lo mas ejecutivo, miéntras que los antiflogísticos son los únicos medios de conseguir una completa cura.

EL SABIO.

Así, cuando un anciano gotoso, asmático, cacoquimio, implore la asistencia de Vm., le sangrará hasta dejarle sin sangre, pondrále á dieta, y le atestará de bebidas frias. Con cuya admirable curacion, soy de parecer que en efecto le libraré en breve Vm. de sus dolores. Se lleva mucha razon en decir que Vms. están dominados de una idea esclusiva, y que su predileccion á la inflamacion les cierra los ojos sobre la calidad real de una infinidad de enfermedades. Veo bien que la gota no es su triunfo.

EL MÉDICO JÓVEN.

Un instante, Caballero, se lo suplico á Vm.: se trata de considerar la cuestion como debe serlo. ¿No me ha dicho Vm. mismo que no exigia de mí que yo curase las desorganizaciones de las vísceras?

EL SABIO.

Se lo he dicho á Vm.: pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestion en que nos ocupamos?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Mucho, Caballero, mucho, asegúroselo á Vm. Déme su licencia para esplanar todo mi pensamiento.

La gota es una inflamacion que ataca primitivamente un pulgar del pie, un dedo; que, de allí, se propaga á las demas articulaciones, recorre los tejidos de los miembros, daña los huesos del tronco, y aun llega hasta los mas nobles órganos. La gota, al modo de todas las flemasias, llama los humores hácia cuantos tejidos tiene irritados ella; los atiesta primeramente de sangre, despues de linfa; hácelos inflamarse, supurar, cuando es aguda, y los pacientes gozan de robustez; los espesa, endurece, reblandece, y ulcera, cuando es ménos activa, y obra sobre personas ancianas, linfáticas, poco sanguíneas; en breves palabras, vicia los diferentes tejidos de un modo conforme con su organizacion, y con el grado de fuerza, de vitalidad, de calor, de vigor finalmente, con que se hallan dotados. Así, en las articu-

laciones, producirá ella depósitos inflamatorios á veces; mas tarde, tumores blancos, nodos, concreciones petrosas; en las vias urinarias, engendrará supuraciones, cálculos; en el cerebro, frenesies en el uno, locuras y apoplegias en el otro; en el pulmon, fluxiones de pecho en el hombre sanguíneo, catarros é infartos linfáticos en las personas gastadas, pituitosas ó escrofulosas; en el empeine; hará manifestarse, á los principios, gastritis y gastro-enteritis agudas esto es fiebres; y mas tarde, cuando los pacientes estén gastados, gastritis, enteritis, y disenterias crónicas. Los tejidos celulares que circundan las vísceras irritadas, podrán condensarse y degenerar. Tantos males traerán consigo dolores, convulsiones, espasmos, y todos los aprestos de los síntomas nerviosos. Los enfermos se volverán irritables, iracundos; estarán privados del sueño, del apetito; se anonadarán sus fuerzas; y quedará descolorido, abotagado, contrahecho y aun mutilado su cuerpo.

He aquí sin duda muchos males; pero

¿qué suponen ellos? que no se atajaron los progresos de una inflamacion que dió principio por las mas pequeñas estremidades del cuerpo : es un fenómeno único y local primitivamente, que, habiendo tomado intension, se estendió, y obrando sobre tejidos de un diferente temperamento, produjo aquellas diversas formas de alteraciones orgánicas que Vm. acaba de contemplar.

Pero, si en vez de *dejar caminar* este fenómeno único, primitivo, la inflamacion del pulgar de pie ó mano, le hubieran atajado, destruido en sus principios, es cosa clarísima que no hubieran ocurrido semejantes desórdenes. Se dirigen pues las sanguijuelas, bebidas acuosas, y dieta, á la inflamacion incoativa, ó cuando ménos á la que, aunque algo inveterada ya, no ha producido todavía todas estas alteraciones orgánicas, y no á las alteraciones ya consumadas. Convino Vm. en este principio, cuando se trató de la tísica, de las obstrucciones del empeine, del hígado, etc. Pues bien, Caballero, crea Vm. que es apli-

cable á la gota. Cese Vm. de figurarse que hay, para esta enfermedad, un principio diferente del que dirige todas las otras inflamaciones; y si los médicos pensaron diferentemente hasta aquí nace de que no habian hecho los necesarios cotejos.

Ve Vm. que ya no se trata de curar á un anciano gotoso, cacoquímio, por medio de las sanguijuelas y dieta. Era preciso impedirle llegar al grado de desorganizacion en que se halla; pero supuesto que finalmente llegó á semejante grado, no se trata ya de otra cosa mas que de calmar sus dolores, y sostener sus fuerzas sin irritarle mucho. Esto requiere mucha sagacidad y paciencia; y el profundo conocimiento de los medios con que se desempeñan todas estas indicaciones, no pertenece mas que á los médicos doctos y consumados en la práctica de su arte. Me atrevo á esperar en adelante que Vm. no me dirigirá ya el cargo de obcecacion y esclusismo sobre el capítulo de la gota.

EL SABIO.

Me tiene admirado la destreza con que

Vm. compagina sus argumentos; pero es-  
triban estos sobre un principio que indubi-  
tablemente no abrazan todos sus compa-  
ñeros. Supone Vm. siempre la existencia  
de la inflamacion en los achaques que  
acompañan á la gota; y si le controvir-  
tieran á Vm. este principio, le veriamos  
bien embarazado.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero ese principio, Caballero, le he be-  
bido en nuestros antecesores: ¿no formá-  
ron estos de la gota una inflamacion?

EL SABIO.

No lo niego; pero Vm. me ha dicho  
tambien que no reconocian ya este fenó-  
meno en los accidentes consecutivos de la  
gota.

EL MÉDICO JÓVEN.

A causa de que no habian observado  
suficientemente; pero va á juzgar Vm. mis-  
mo del valor de su teoría, luego que yo se  
la haya dado á conocer.

Los autores admitian jaquecas gotosas,  
locuras gotosas, anginas gotosas, catarros

gotosos, pleuresias y perineumonias go-  
tosas, males de estómago gotosos. Si se les  
preguntaba lo que esto significaba, res-  
pondian que estos males se producian por  
la presencia de la gota en la cabeza, gar-  
ganta, pulmones, estómago: pues bien, si  
la gota es una inflamacion en las articula-  
ciones, debe serlo igualmente en los otros  
órganos á que ella se traslada; luego cuan-  
tas enfermedades dependen de la gota no  
son otra cosa mas que inflamaciones. Por  
lo demas, si pudiera dudarse todavía sobre  
esto, el exámen de los órganos despues de  
la muerte, y el modo curativo durante la  
vida, lo probarian suficientemente: el exá-  
men de los órganos, supuesto que los des-  
órdenes que en ellos se hallan, son seme-  
jantes en un todo á los que la inflamacion  
produce; el modo curativo, supuesto que  
está bien demostrado que no es posible pre-  
caver estos desórdenes mas que con el au-  
xilio de las sangrias locales, de los antiflo-  
gísticos y revulsivos: medios igualmente  
aplicables á todas las demas dolencias in-  
flamatorias.



## EL SABIO.

Es Vm. concluyente; y gusto mas de dar á esos Caballeros el encargo de responder á Vm. por sí mismos, que de proseguir por mas tiempo este exámen. Instrúyame Vm. solamente sobre el modo de preservarse uno contra la gota.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Las inflamaciones articulares á que se da el nombre de *gota*, pueden declararse en todos los temperamentos con la sola influencia del frio: el frio es pues la causa mas poderosa de esta enfermedad. Pero, como la observan mas particularmente en los individuos, algo adelantados ya en la virilidad, que son robustos, sanguíneos, corpulentos, que comen regaladamente y hacen poco ejercicio, se considera la plétora sanguínea como una de las causas principales de esta enfermedad: hablo todavía en esto con arreglo á los autores.

## EL SABIO.

Su opinion sirve de sumo apoyo á la de Vm.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Y de tanto mayor, Caballero, cuanto las mismas causas que dan origen á esta enfermedad, engendran igualmente, y aun con mayor frecuencia todavía, todas las otras inflamaciones. ¿No hemos visto mas arriba la plétora y gastritis producir la apoplejía, etc.? Concluirá Vm. fácilmente de lo que acabo de decirle, que, para preservarse de la gota, es preciso vivir sobriamente, desembarazarse de la mucha sangre y de las irritaciones del estómago, hacer ejercicio, evitar los afectos morales, moderarse en las tareas del estudio, en los deleites del amor, y abrigarse contra el frio.

## EL SABIO.

He oido hablar de un autor ingles que atribuye la gota á la bilis, y á la obstruccion del hígado.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Ese autor se llama *Scudamore*. Sostiene que la inflamacion gotosa tiene su origen, y se elabora, en cierto modo, poco á poco

en el hígado y órganos digestivos. Al cabo de un tiempo mas ó ménos largo sale de estas vísceras, en sentir de nuestro autor, una inflamacion enteramente particular que él llama gotosa, que se derrama en todo el cuerpo, no siendo el afecto articular mas que una de sus numerosas formas. Los principales medios que él opone contra esta singular especie de inflamacion, son los purgantes, opio, algunos otros supuestos antiespasmódicos, y tónicos. Pero se engaña en la teoría, supuesto que la gota se declara con harta frecuencia en las personas que no tienen irritacion ninguna en el estómago é hígado; se engaña igualmente en la práctica, supuesto que los purgantes no son propios, como lo llevamos visto, para curar las inflamaciones del estómago é hígado; supuesto, por otra parte, que estos remedios bastarian, en muchos casos, para mudar de lugar la flemasia articular, y llamarla hácia estos órganos, con detrimento del paciente.

EL SABIO.

Si sus adversarios de Vm. no tienen,

sobre la gota, teoría ninguna mas satisfactoria que esa, me atendré á la de Vm. Esa inflamacion enteramente particular, que brota en los cúmulo biliosos del hígado y estómago, para comunicarse desde allí á todos los órganos, me parece un parto de la imaginacion.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es eso ciertamente, Caballero; es una entidad quimérica. Habia otras muchísimas en medicina: existian algunas parecidas sobre las irritaciones de casi todos los órganos. Las separaban desde luego, en su naturaleza primitiva, como enfermedades independientes entre sí; despues, las transformaban segun la necesidad del caso unas en otras, haciéndolas obrar como otros tantos entes maléficis sobre nuestros órganos. Pero la teoría fisiológica hizo justicia de todos estos errores; no hay ya entes imaginarios en medicina; y los médicos, de ontologistas que eran, pasaron á ser realistas, ó racionales por mejor decir.

EL SABIO.

Confieso que hasta aquí ha hablado Vm. á mi razon. Pero ¿qué diferencia hay entre el reumatismo y la gota?

EL MÉDICO JÓVEN.

Cuando la inflamacion ataca las articulaciones mayores, ó un sinnúmero de las pequeñas, la llaman reumatismo gotoso; y se reserva el nombre de gota para la que comienza por una articulacion menor solamente. Pero esta distincion es vana. Ambos casos son idénticos. Cuando la inflamacion de los músculos se halla promovida por el frio, la llaman simplemente reumatismo; pero pasa ella frecuentemente de los músculos á las articulaciones, y *vice-versá*. Por lo demas, todas estas irritaciones obran como la gota propiamente dicha, y exigen la misma curacion.

EL SABIO.

Veo que pueden referirse todas las enfermedades en que nos hemos ocupado á la inflamacion de los órganos; pero ¿qué

hace Vm. de los herpes, de los afectos escrofulosos, y de lo que comunmente llaman *enfermedades de nervios*? Si Vm. me satisface sobre estos diversos puntos, me parece que me quedará que desear po- quisimo.

EL MÉDICO JÓVEN.

Celebro infinito, Caballero, que no haya comenzado Vm. haciéndome preguntas sobre estas enfermedades; porque, para darle una idea de ellas, me hubiera visto precisado á hacerle conocer desde luego las que han servido de materia á nuestras conferencias, tanto es el enlace que liga á unas con otras: en efecto, con suma frecuencia los herpes y enfermedades nerviosas que los autores llaman *nevrosis* son el producto de la inflamacion de los órganos internos; y si el afecto escrofuloso no depende siempre de ella, acaba, en muchos casos, produciéndolos. Todos estos afectos son igualmente debidos á la irritacion, cuyos efectos varían segun la vitalidad de la estructura orgánica.

EL SABIO.

Ha salido Vm. tan bien del estrecho siempre que le he hecho el cargo de ser esclusivo, que no tengo valor ya para dirigirsele : confesaré á Vm. sin embargo que hallo dificultad en creer que Vm. pueda explicar los herpes y escrófulas, de otro modo que con la presencia de humores viciados introducidos en la sangre y tejido de los órganos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Espero sin embargo conseguirlo ; pero como hay precision de estenderse á diversas particularidades, suplicaré á Vm. que me acuerde muchas conferencias para ello. Darémos principio con los herpes, si Vm. quiere, de los que pasarémos á los afectos escrofulosos ; pero las nevrosis exigirán otras sesiones.

EL SABIO.

Le aguardaré á Vm. mañana.

## DIALOGO OCTAVO.

*Herpes ; escrófulas ; raquitismo.*

EL MÉDICO JÓVEN.

ETEME aqui pronto, Caballero, á poner el humor herpético en su lugar, esto es, al lado del humor gotoso, cuya destruccion, discurro no le pesa á Vm.

EL SABIO.

No me pesa, es cierto ; pero me parece que la acrimonia herpética es mas difícil de destruir. Por lo demas, póngome á oír á Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Basta con ver originarse los herpes en muchos casos, para convencerse de que no dependen de un virus introducido en la economía. Un sugeto llega á saber la noticia de la muerte de su amigo ; resiente un vivo dolor en la mejilla ; lleva á ella la mano, y se han declarado allí ya

EL SABIO.

Ha salido Vm. tan bien del estrecho siempre que le he hecho el cargo de ser esclusivo, que no tengo valor ya para dirigirsele : confesaré á Vm. sin embargo que hallo dificultad en creer que Vm. pueda explicar los herpes y escrófulas, de otro modo que con la presencia de humores viciados introducidos en la sangre y tejido de los órganos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Espero sin embargo conseguirlo ; pero como hay precision de estenderse á diversas particularidades, suplicaré á Vm. que me acuerde muchas conferencias para ello. Darémos principio con los herpes, si Vm. quiere, de los que pasaremos á los afectos escrofulosos ; pero las nevrosis exigirán otras sesiones.

EL SABIO.

Le aguardaré á Vm. mañana.

## DIALOGO OCTAVO.

*Herpes ; escrófulas ; raquitismo.*

EL MÉDICO JÓVEN.

ETEME aqui pronto, Caballero, á poner el humor herpético en su lugar, esto es, al lado del humor gotoso, cuya destruccion, discurro no le pesa á Vm.

EL SABIO.

No me pesa, es cierto ; pero me parece que la acrimonia herpética es mas difícil de destruir. Por lo demas, póngome á oír á Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Basta con ver originarse los herpes en muchos casos, para convencerse de que no dependen de un virus introducido en la economía. Un sugeto llega á saber la noticia de la muerte de su amigo ; resiente un vivo dolor en la mejilla ; lleva á ella la mano, y se han declarado allí ya

unos herpes supurantes. Tomando otro un baño en el río, espone sus hombros á los rayos del sol; siente ardor en aquellos; y le declaran que ha contraído aquella especie de erisipela que se llama *insolacion*. Se ha disminuido la inflamacion al cabo de algunos dias : y le quedan unos herpes bien caracterizados. Un tercero experimenta una copiosa pérdida de sangre por la nariz ó hemorroidas; suprímese repentinamente esta evacuacion : y está cubierto de herpes en el siguiente dia. El mismo fenómeno se nota en las mugeres cuyo flujo periódico se interrumpe por un espanto. ¿Qué corrupcion puede resultar de semejantes causas? No vemos en ello mas que una deviancion de la sangre ocasionada por la irritacion. Los herpes acompañan tambien á las inflamaciones del canal digestivo, á las del hígado; ellos pueden substituir la de los pulmones, la de los riñones, y otras amas que no dependen de la corrupcion de los humores, y que, por consiguiente, no deben producirla tomando la forma de afecto herpético. Cuyos casos

prueban hasta la evidencia que los herpes no son otra cosa mas que una de las numerosas formas de la inflamacion cutánea, que tan pronto acompaña como substituye á la irritacion de otro órgano de cualquiera especie.

## EL SABIO.

Pero ¿no podria decirse que, en ese caso, el humor herpético existia en lo interior, y que se ha llamado hácia la piel?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Si lo dijéramos, lo supondríamos; porque ninguna cosa puede ni siquiera hacerlo sospechar. La sangre de los herpéticos es tan pura, ántes ó despues de la erupcion, como la de las otras personas; y el humor que un herpético arroja, ni aun tiene la propiedad, inoculándose, de comunicar la enfermedad. Este humor no es mas que una especie de pus procedente de pequeños órganos situados en el tejido de la piel, y destinados á producir la transpiracion y la materia crasa, oleosa, de que esta tela está cubierta siempre. Se irritan

estos pequeños órganos, experimentan una inflamacion evidente, y supuran de un modo que les es privativo: aquí está todo. Esta especie de irritacion se llama por los médicos fisiologistas una *subinflamacion*. La curamos como todas las demas irritaciones.

EL SABIO.

Es decir, con sanguijuelas, aplicaciones emolientes, régimen y bebidas acuosas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Añada Vm. á ello los baños: esto surte siempre buen efecto, cuando los herpes no están inveterados.

EL SABIO.

¿No admite Vm. pues la necesidad de los depurativos, y purgantes?

EL MÉDICO JÓVEN.

Hacemos tambien uso de esos medicamentos en los herpes que han durado por mucho tiempo, que han perdido su propiedad inflamatoria, con tal que no sean muy irritables los órganos interiores. No los damos con la mira de depurar, su-

puesto que no hay corrupcion ni extraño humor en la sangre, sino para destruir un hábito orgánico vicioso, y para desviar la irritacion de la piel, esparciéndola sobre muchos órganos. Es una verdadera revulsion.

EL SABIO.

¿No teme Vm. llamando la irritacion cutánea hácia algun órgano importante?

EL MÉDICO JÓVEN.

Celebro que me haga Vm. esa pregunta; la cual prueba que tengo la dicha de ser comprendido de Vm. Sí, Señor, los humoristas y ontologistas determinan á menudo esas funestas traslaciones; porque, no llevando mas mira que la evacuacion de los humores, no calculan los resultados de la irritacion que hacen experimentar al estómago con sus purgantes, diluentes, y supuestos depurativos. Dan origen á una gastritis que substituye la irritacion cutánea, se desembara el paciente de los herpes á costa de su facultad digestiva: pero como los dolores del

estómago se comunican á todos los otros órganos, vemos con frecuencia que á la cura de los afectos herpéticos se siguen las enfermedades del cerebro, las del pulmón y vias urinarias. Aun estos funestos trueques son tan comunes en la práctica de los antiguos médicos, que apenas se encuentra un herpético, entre muchos centenares, cuya salud no se haya deteriorado enteramente. Pero es evidente que los herpes no son la causa directa ó material de estos accidentes. No sirvieron ellos mas que para presentar á los médicos la ocasion de atormentar con estimulantes los órganos internos.

EL SABIO.

Se vale Vm. de esos estimulantes sin embargo.

EL MÉDICO JOVEN.

Si, Señor; pero como conocemos de qué modo ellos obran sobre los órganos, no los administramos mas que con suma circunspeccion, y sabemos abandonarlos, luego que el canal digestivo presenta vi-

sos de sufrir con ellos: lo cual no acaece nunca á los médicos humoristas y ontologistas, que no ven mas que las evacuaciones, sin pensar en la irritacion que las promueve. Es necesario admitir como principio que la irritacion herpética es poquísima cosa en sí misma; que ella no lleva su accion mas allá de la piel, en la que debemos destruirla sin ejercer una fuerte estimulacion en lo interior. Si esta existe ántes de los herpes, es una razon mas para no irritar las vísceras; si los herpes perseveran despues de la destruccion de toda irritacion interna, podemos obrar sobre las vísceras, pero jamas hasta el grado de fatigarlas. En general, un médico hábil puede curar todos los herpes, sin estimular los órganos interiores con purgantes y supuestos depurativos.

EL SABIO.

¿No es el azufre un específico de los afectos herpéticos?

EL MÉDICO JOVEN.

Administrado el azufre en forma de ba-



ños y vapor, exaspera siempre los herpes, mientras que la inflamacion está declarada en la piel, ó engendra alguna irritacion en las vísceras. Cometten todos los ontologistas esta falta. Pero despues de la curacion con los antiflogísticos, tales como las aplicaciones de sanguijuelas, hechas alrededor de los herpes, las bebidas emolientes, los baños de la misma virtud y el régimen vegetal, el azufre termina la cura, pero no es útil jamas en lo interior.

## EL SABIO.

¿Como esplica Vm. los buenos efectos del azufre en lo exterior, supuesto que, irritante él mismo, es puesto sobre un tejido irritado?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Con el encogimiento ó astricción que él hace experimentar á la piel; cuya astricción la deseca y repele los humores de su tejido; pero únicamente cuando la inflamacion que los atrae allí, no es vivísima. Surten los otros astringentes el mismo

efecto, pero el azufre es el mas eficaz de todos.

## EL SABIO.

Acaba Vm. de abrimme los ojos. Tengo ahora repugnancia en creer que la sangre se convierta en una especie de salmuera, por la sola razon de que existe unos herpes en la piel. Seria muy de desear que se pudiera tranquilizar á todos aquellos infelices, que se creen condenados á caer tarde ó temprano en apoplegía, en perlesía; á ponerse ciegos, tísicos, asmáticos, á causa de que tuvieron unos herpes en otros tiempos. No es su vida mas que un continuado martirio.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Únicamente el miedo de esos males hace su desgracia: porque, cuando no encuentran á médicos bastante condescendientes para purgarlos, depurarlos, hacerlos sudar, ó llenarlos de cauterios, recurren á los curanderos, ó bien á varias recetas que ellos hallan en algunos libracos; se estimulan, desmesuradamente, los órganos de la di-

gestion, y acaban casi siempre terminando su vida en medio de los achaques de que estaban temerosos; no se libentan á lo ménos de la gastro-enteritis crónica, acompañada de una tumefaccion dolorosa del higado; porque el abuso de los purgantes acarrea tarde ó temprano estas resultas.

EL SABIO.

Ya me lo tiene dicho Vm., y no lo he olvidado. Pasemos á los afectos escrofulosos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hay en nuestra economía un cierto número de tejidos que están penetrados de poca sangre: tales son las glándulas, los huesos, en las articulaciones especialmente. Cuando estos tejidos están irritados, se hinchan, se ponen doloridos, se llenan de la parte linfática de nuestros humores que existe mas ó ménos en todos los hombres, y que vió Vm. formando una especie de agua alrededor del cuajaron de la sangre, despues de la sangría. Las partes atestadas de linfa se diluyen y supuran á su modo,

es decir lentamente, porque ellas tienen poca accion vital. Esto es lo que lleva el nombre de *lamparones* ó *escrófulas*. Podemos observarlas en todos los individuos; pero esta especie de irritacion se encuentra mas particularmente en los niños, y entre ellos, en los mas débiles y ménos sanguíneos.

EL SABIO.

Qué! ¿se limita el afecto escrofuloso á atacar las glándulas y huesos?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; estos mismos individuos que he designado, tienen mas linfa que sangre en los órganos exteriores, tales como la piel y el tejido craso que ella cubre. Si experimentan pues alguna irritacion en estas partes, se acumula allí la linfa, en vez de la sangre propiamente dicha, y lo exterior de su cuerpo se cubre de tumores duros y úlceras, que supuran lentamente así como las glándulas y articulaciones. Todo esto forma parte del afecto escrofuloso, que los médicos de la escuela fisiológica llaman

*subinflamacion escrofulosa*, para distinguirla al mismo tiempo de la propiamente dicha, de los herpes y lepra.

EL SABIO.

¿No ataca ella por ventura los órganos interiores, tales como la cabeza, pulmones y órganos digestivos?

EL MÉDICO JÓVEN.

Muy difícilmente, porque esos tejidos son mas calientes y sanguíneos. Sin embargo, como el cerebro contiene mucha linfa, si él llega á irritarse, se pone excesivamente abultado en los niños tiernos cuyos huesos del cráneo no son sólidos todavía. Vuélvese monstruosa la cabeza, lo cual produce una enfermedad que se llama *hidrocefalo*. En cuanto á los pulmones, pueden contraerla tambien cuando el frio determina en ellos la inflamacion catarral, la perineumonía ó pleuresía; pero quedan sanísimos á menudo por espacio de muchos años, aunque lo exterior del cuerpo esté cubierto de tumores y ulceraciones escrofulosas; lo mismo sucederia

con los órganos digestivos, si el uso inconsiderado de los tónicos no diera progreso allí á la inflamacion. Pero cuando esta se formó en ellos, las glándulas del mesenterio experimentan la misma alteracion que las de lo exterior; lo que acarrea la obstruccion, en que hemos tenido ya ocasion de ocuparnos.

EL SABIO.

¿Quiere Vm. pues siempre el concurso de una causa irritante para el progreso de la subinflamacion escrofulosa?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor. El frio la determina comunmente en lo exterior; él suprime la transpiracion; é inmediatamente las glándulas que están colocadas bajo la piel se irritan, se llenan de linfa, y caminan hácia la supuracion. El mismo fenómeno se verifica en el tejido de la piel especialmente en la nariz, labios, y mejillas, que se abultan y se ponen doloridos; si los individuos propensos á la escrófula contraen, con el frio, un resfriado de las concavidades nasales,

que llamamos *coriza*, y el vulgo muy impropriamente fluxion de cabeza, ó un catarro de las encías, toma la piel de la cara inmediatamente el aspecto escrofuloso. Lo mismo sucede con los párpados, cuya estrechidad contrae una flemasia crónica que los espesa, hace caer las pestañas, y aun á veces llega hasta hacer perder al ojo su transparencia. Participan tambien de esta dolorida hinchazon los oidos, en los que se manifiestan varios corrimientos costrosos, que son tambien subinflamaciones. En todos los cuales casos, cuando las glándulas del cuello no estaban infladas en los principios, lo están bien pronto, y se desfigura el rostro en extremo. Note Vm. bien, le suplico, que estas inflamaciones lentas y linfáticas sobrevienen mas particularmente hácia el fin del invierno, cuando el calor del día llega á formar un contraste con el frio de las noches, de la madrugada y tarde; y repare que esta época es aquella en que reinan tambien las inflamaciones catarrales en los demas individuos; pero como estos no tienen los vasos linfáticos

tan irritables como los escrofulosos, no resultan de ello hinchazones glandulosas. La irritabilidad ó inflamabilidad pues de los tejidos linfáticos, y no un humor particular, acre ó corrupto, constituye la disposicion ó diatésis escrofulosa.

## EL SABIO.

Si en eso consiste la disposicion escrofulosa, los individuos que la poseen deben experimentar tambien infartos ó subinflamaciones de esta especie, cuando cualquiera otra causa que el frio determina una inflamacion en ellos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Se me ha adelantado Vm., y era mi ánimo colocar esas causas á continuacion de las alternativas de calor y frio. En efecto, si un individuo dispuesto así, pero que no tiene actualmente ninguna escrófula, ó que presenta ya algunas señales suyas en la figura, recibe una contusion en una de las partes que llevo indicadas, en la rodilla, por ejemplo, en el pie, en un dedo ó pulgar, inmediatamente estas articulaciones

se inflan, pónense doloridas, calientes; la piel que las cubre, parece como morada, y está declarada la inflamacion escrofulosa.

EL SABIO.

¿No se origina ella nunca en esas regiones mas que por semejantes causas?

EL MÉDICO JÓVEN.

La única impresion del frio puede determinarlas tambien; por ejemplo, cuando los escrofulosos, despues de haber experimentado un enfriamiento dolorido en los dedos, en los pies, se aceleran á dar calor á estas partes, ó cuando ellas permanecen cubiertas por mucho tiempo con vestidos húmedos, que se secan á costa del calor del cuerpo. En todos los cuales casos, se precipitan hácia allí la sangre y la linfa; y como predomina esta postrera, no tarda la inflamacion en tomar la forma *estrumsa*, porque estrumoso es sinónimo de escrofuloso.

EL SABIO.

¿Se limita el afecto escrofuloso de los huesos á lo exterior del cuerpo?

EL MÉDICO JÓVEN.

Los huesos que forman la articulacion del muslo con el bacinete, están con frecuencia atacados de ella á continuacion de las caidas; lo cual produce una inflamacion lenta que acaba supurando, desencajando el muslo, acortándole, y produciendo la claudicacion. Es lo que se llama *lujacion espontánea*.

EL SABIO.

Pero he visto esa dolencia en algunos adultos robustísimos, y sin sospecha ninguna de escrófula.

EL MÉDICO JÓVEN.

No hay cosa mas cierta; es un efecto del reumatismo ó de la gota, que son tambien inflamaciones articulares ocasionadas por el frio. Aun á veces este afecto del muslo se produce por una violenta contusion sin el concurso de estas enfermedades. Pero, aquí, el afecto del sistema linfático es mucho ménos profundo que en los escrofulosos. Todas las partes de nuestro cuerpo pueden inflamarse bajo el influjo de

los golpes, caídas, frío, calor, en una palabra de cuanto irrita; pero cuando ellas no pertenecen á individuos que tienen muy irritables los vasos linfáticos, la parte blanca de nuestros humores se acumula en ellas con ménos facilidad, lo cual hace tambien ménos dificultosa su cura. Esta es la única diferencia que existe entre las enfermedades articulares de las personas fuertes y las de los individuos linfáticos. Profundamente situados los demas huesos, y cubiertos de una gran cantidad de carne, están atacados mucho ménos frecuentemente de la subinflamacion escrofulosa que los de las estremidades, que son mas frios, ménos protegidos, y mas linfáticos. Participa de ella sin embargo á veces la columna vertebral. Los huesos que la constituyen, se reblandecen, flaquean con el peso del cuerpo, lo cual hace gibosos y raquíticos á los niños. El mismo reblandecimiento es posible en los huesos de las estremidades, que se ponen torcidos; y, algunas veces, ciertos puntos de estos diferentes huesos se reblandecen, supuran, se carcomen, y co-

munican la subinflamacion á las partes blandas que los rodean. Así es como el raquitismo se une con las escrófulas, por el mero y simple efecto de la irritabilidad de los vasos linfáticos.

## EL SABIO.

Hágame Vm. conocer, ahora, porque ciertos niños tienen mas irritable que otros el sistema linfático: quiero decir las causas de la disposicion escrofulosa y raquítica.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Contaba yo con esa pregunta.

Se nota esa disposicion en los niños que se crian en una atmósfera fria, húmeda, y que están privados de la influencia vivificante del sol. La notamos con mas frecuencia en los pobres que en los ricos; de lo que sacamos la ilacion que los alimentos vegetales, los farináceos, y la falta de limpieza concurren, con el frío, humedad, y escasez de luz, á engendrar esta disposicion. En efecto, estas causas reunidas se oponen al progreso de los músculos, de la fuerza corporal, del calor de la sangre,

hacen la nutricion lánguida, irregular, y producen aquella surabundancia de linfa que obstruye las partes poco sanguineas, y las dispone á contraer subinflamaciones escrofulosas, desde que venga á atormen-  
 tarlas una causa irritante. Por lo mismo las encontramos en las ciudades populosas, en aquellas que tienen casas elevadas, y calles angostas; en los valles profundos, húmedos, cercados de montañas encumbradas; en las llanuras pantanosas, en los sitios sombríos y que selvas espesas hacen húmedas: miéntras que son desconocidas estas enfermedades en los países secos, áridos; en las faldas de las montañas espuestas á los vientos del norte: en una palabra, en cuantos parages es vivo y libre el aire, abundante la luz, puras las aguas, y en cuantas el suelo no está muy cargado de los productos de una feraz vegetacion. Por lo demas, las causas que acabo de asignar á las escrófulas son tan poderosas, que no limitan su accion á los niños, y vemos todos los dias que diversos adultos, encerrados en estrechas prisiones, contraen estas

enfermedades, aunque en su niñez no se hayan visto nunca atacados de ellas.

## EL SABIO.

Resultaria de cuanto Vm. acaba de decir, que las escrófulas no pudieran asaltar jamas á las personas robustas. Tenemos sin embargo varios ejemplos de lo contrario; y, á pesar de la precaucion que ciertas familias poderosas toman de criar á sus niños en los sitios mas propicios para el progreso corporal, las vemos afligidas con la enfermedad escrofulosa.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Establecida una vez la disposicion escrofulosa por las causas que acabo de esponer, es capaz, como todas las demas, de transmitirse por la via de la generacion; y, á pesar de todas las cautelas higiénicas mejor entendidas, persiste ella á veces por espacio de algun tiempo, aunque el cuerpo haya adquirido mucha fortaleza y vigor. Por lo mismo le he dicho á Vm. que podia observarse esta dolencia en todos los individuos; pero si nos obstináramos en librar á todos

los niños de estas familias de las causas que la producen, acabaria ella desapareciéndose totalmente. Aun puede afirmarse que ella es rara vez tan rebelde, y que es casi siempre posible destruirla en el curso de una ó dos generaciones, especialmente si, despues de haberse esmerado en la educacion física de los niños de los escrofulosos, se tiene el cuidado de enlazarlos con familias sanas.

## EL SABIO.

Esa última precaucion me parece muy sospechosa. Tendria yo siempre repugnancia en contraer enlaces con una familia inficionada con el vicio escrofuloso.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Sin embargo, le aseguro á Vm. que es sumamente difícil el librarse de ello; hay poquissimas familias numerosas, en las poblaciones crecidas con especialidad, en que no se hallen algunos escrofulosos. Basta que se haya engendrado una criatura en un momento en que uno de sus autores, aunque sanísimo por otra parte, estaba in-

dispuesto, tal seria una muger que concibiera muy pronto en una convalecencia ó á continuacion de un flujo, para que semejante criatura nazca con la diatésis escrofulosa, que esté cubierto de glándulas, que sea tuerto, cojo, raquítico, mientras que sus hermanos gozarán de la salud mas lucida, y presentarán el mas regular progreso. Este solo hecho debe bastarle á Vm. para abandonar enteramente la idea de un humor particular, de un vicio material, ó de una infeccion escrofulosa; y le aseguro á Vm. que él es la suma verdad. Por otra parte, le diré á Vm. sobre el pus de las ulceraciones escrofulosas lo que le he dicho sobre el de los herpes; no tiene él de modo ninguno la virtud de propagar la enfermedad; y lo restante de la sangre está tan puro y bien acondicionado, que las llagas de los escrofulosos se curan tan fácilmente como las de los demas individuos. Basta que la inflamacion ordinaria se mantenga allí dentro de sus justos limites, para que la inflamacion escrofulosa no se deje ver. Esta advertencia es aplicable á todas



las irritaciones incoativas de los escrofulosos, y va á conducirme ella á las máximas de la curacion.

## EL SABIO.

Le oiré con gusto á Vm. ; me ha aliviado de un gran peso, probándome que las escrófulas no dependian de un humor acre, corrupto, que inficiona toda la masa de la sangre; y estoy dispuesto en extremo á verle á Vm. aplicar á la curacion de esta dolencia los principios que le han guiado en la de las anteriores.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Notará Vm. primeramente que la curacion preservativa se deduce muy naturalmente del conocimiento de las causas. Crie Vm. á un niño, para el que teme esta enfermedad, en una aldea, en un parage seco, bien ventilado, bien alumbrado; déle un ama rolliza; hágale hacer mucho ejercicio en campo raso, sin abrumarle de vestidos; acostúmbrele así á soportar las vicisitudes atmosféricas; no se apresure especialmente á sacarle de semejante parage para encer-

rarle en un colegio, y precisarle á penosos estudios, en un sitio húmedo, á cubierto contra el sol: mas tarde, cuando se ocupe Vm. en su educacion moral, tenga sumo cuidado de proporcionarle algun ejercicio y recreaciones de su gusto, tomadas siempre al aire descubierto; haga de modo que su alimento sea sano sin ser copioso; y crea que con semejantes precauciones impedirá el progreso de esta enfermedad.

Cuando aparece una subinflamacion escrofulosa, debemos luchar contra ella como contra todas las irritaciones inflamatorias; una aplicacion de sanguijuelas se lleva la hinchazon estrumosa de la nariz, labios, oidos, y hace desaparecer las glándulas que la acompañan. Podemos repetir este medio tan frecuentemente como la dolencia se reproduce. Tan léjos de estimular con los tónicos á esta clase de individuos, es preciso hacerles tomar una bebida refrigerante, y que promueva ligeramente las orinas; disminuir los alimentos, no sustentarlos mas que con vegetales, carnes ligeras, y sobre todo no llenarlos de vinos

generosos. Los niños sanan pronto. Luego que están repuestos, se les permiten mas substanciosos alimentos, salvo el volver á los primeros medios si, en otra estacion, se reproduce la subinflamacion escrofulosa.

## EL SABIO.

He aquí unos preceptos bien opuestos á los de los médicos antiguos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Convengo en ello; pero ¿son peores por eso? Con la simple aparicion de una leve irritacion escrofulosa, se ordenan á unos niños, muy sanos por otra parte, carnes negras, caza, chuletas de carnero, vino puro, el mas generoso que es posible agenciarse; hácenles tomar vino de ajenos, de geniana, elixires amargos, en que se hace entrar á mas, para hacerlos mas estimulantes, una buena dosis de un cáustico de los mas violentos que llaman *carbonato de potasa*. Pero ¿quiere saber Vm. lo que resulta de esta curacion incendiaria? Primeramente notará Vm. el inconveniente moral de este régimen, que comunica á

todos los niños el gusto de la golosina y borrachería. Además, bajo el aspecto físico, observará Vm. con suma frecuencia un apetito excesivo, y un momentáneo aumento de fuerza y bienestar; despues, calor en el estómago, encendimiento de la lengua; mas tarde, incomodidad, calentura, tristeza; últimamente, una inflamacion de las vias digestivas, que se caracteriza, si es aguda, con los síntomas de una supuesta fiebre esencial; si es crónica, con una fiebre lenta, que á menudo viene á parar en el marasmo. El vientre se pone caliente, sensible al tacto, duro; ínflanse las glándulas de los intestinos; está formada la obstruccion, y el médico ha acertado á trasladar al tejido de las vísceras aquel afecto escrofuloso, que hubiera podido permanecer limitado á lo exterior, y que espelido siempre por la curacion antiflogística despues de haberse reproducido mas ó ménos allí, hubiera acabado desapareciéndose, sin perjudicar, en cosa ninguna, al progreso general del individuo. Además, si esta curacion sanara siempre lo exterior,

podria hacerse alarde á lo ménos de un aparente triunfo; pero, por el contrario, cuanto mas se estimulan los órganos de la digestion, tantos mas progresos hacen las inflamaciones escrofulosas de la cara, cuello, y miembros; supuran, desorganizan, mutilan toda la superficie del cuerpo, y se rinden los pacientes en el mas lastimoso estado.

EL SABIO.

¡Qué horrenda pintura! Temo que esté cargada, porque ví á diversos niños curados con ese método, y que no acabaron sin embargo del modo que Vm. indica. ¿No contaria Vm. algo demasiadamente con la repugnancia que le he manifestado de renovarle la censura de ser esclusivo?

EL MÉDICO JÓVEN.

Le he dicho á Vm., Caballero, que las consecuencias físicas de esta curacion eran frecuentemente tales como acabo de mostrárselas, lo cual supone que ellas son diferentes á veces. En efecto, algunos individuos jóvenes linfáticos, poco irritables

sujetos por otra parte á ejercicios violentos, tales como los de la caza, esgrima, baile, resisten á esta especie de *medicacion*, ó aun les va tan bien con ella, que se curan de sus afectos escrofulosos, y toman mucha fuerza y progreso. Estos hechos son incontrovertibles; y me proponia citárselos á Vm., cuando me ha interrumpido. Sin embargo no impiden ellos que la pintura que le atemoriza á Vm., sea una pura verdad; pero hay un medio que debo dar á conocer tambien á Vm. Infinitos niños soportan la estimulacion de los supuestos antiescrofulosos, sin experimentar en las vías gástricas una inflamacion capaz de producir la calentura y obstruccion; toman un progreso mas pronto, quizas, que el que hubieran tomado, pero no con mas tranquilidad; porque contraen una flemasía crónica, sin fiebre de los órganos digestivos, que les causa frecuentes males de garganta, que se vuelve habitual, y que, muy á menudo, no los abandona jamas. Mientras crecen y se aumentan en corpulencia, es llevadera; pero cuando estos in-

dividuos llegaron al término de su progreso, experimentan los síntomas todos de la hipochondría; están sujetos á las convulsiones, lo que se observa mas particularmente en las personas del sexo femenino, cuyo flujo menstrual se desordena con la mas leve causa. Convertida en constitucional su gastro-enteritis crónica, se eleva á menudo hasta el grado de las pretensas *fiebres esenciales*, y no se desvanece mas que despues de la terminacion del estado febril. Finalmente estos infelices siguen del mas lastimoso modo la carrera de la vida, acabándola frecuentemente mucho tiempo ántes del término que al parecer su complexion originaria les afianzaba.

## EL SABIO.

Empiezo á reconciliarme con Vm., y preveo que podrá deducir, de estos tres efectos de los tónicos, indicaciones satisfactorias para la cura.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Harélo, diciendo á Vm. que los individuos escrofulosos deben distinguirse, bajo

este aspecto, en dos clases. Los unos dotados de un estómago irritable, y que, con pretesto ninguno, no pueden usar de los estimulantes, pero deben curarse como se curan las demas personas atacadas de flemasías; los segundos, linfáticos, que tienen órganos digestivos frios, y capaces de soportar todos los tónicos; pero creo poder añadir que, aun en estos postreros, se puede abusar fácilmente de estos medios. Conviene suspenderlos pues, luego que se advierte que fatigan ellos las vias digestivas, para volver á los refrigerantes; últimamente, seguir la variacion de los síntomas tanto esternos como internos; pero no olvidar jamas que el ejercicio en campo raso es la condicion *sine qua non* del triunfo á que se aspira.

## EL SABIO.

Alcanzo que efectivamente los excitativos pueden perjudicar al estómago de los escrofulosos como al de las personas exentas de esta dolencia; pero últimamente ¿qué hace Vm. cuando estos medios engendrán

ron la gastritis, la enteritis ó la perineumonía, igualmente que en los casos en que las subinflamaciones escrofulosas de lo exterior del cuerpo no se atajaron en sus principios?

EL MÉDICO JÓVEN.

En todos los casos, seguimos las indicaciones sacadas del actual estado de los órganos irritados, tanto interior como exteriormente, sin perseguir una supuesta entidad escrofulosa con pretensos específicos siempre los mismos. Esplicome. Cuando está declarada la inflamacion en lo exterior, la moderamos, no pudiendo suprimirla, con sangrias locales y emolientes; si los tumores escrofulosos ó las ulceraciones que resultan de ellos, han caido en la inercia, los excitamos con tópicos irritantes; si de ello se siguen desorganizaciones irresolubles, las destruimos con el hierro ó fuego. Todo ello puede hacerse, sin inconveniente ninguno, en la periferia: porque puede vivir uno, como lo ha dicho Vm. mismo, á pesar de la supresion de una glándula, de la destruccion de una cierta

porcion de la piel, ó de la amputacion de un miembro; pero no sucede lo mismo con las vísceras, las que es menester conservar intactas. Aun cuando el hierro y fuego pudieran alcanzar á ellas, no podrían convenirles. No les convienen mas los cáusticos é irritantes que se hacen tomar con tanta frecuencia interiormente. En una palabra, siempre que la irritacion, despues de haber destruido lo exterior, se repitió en la cabeza, pecho ó empeine, no hay ya antiescrofuloso ninguno que dar, supuesto que todos ellos están sacados de los medicamentos estimulantes. No queda pues ya mas que la curacion antiflogistica, que es aqui enteramente semejante á la que se opone contra las demas inflamaciones. Los tónicos no pueden ser pues útiles en los afectos escrofulosos, mas que en cuanto la irritacion no ha penetrado en lo interior, y siempre bajo la condicion muy espresa de que ellos se soportarán por los órganos digestivos, sin causar surexcitacion ninguna en estos; pero los médicos fisiologistas, los cuales solos conocen la

gastritis, son tambien los únicos que pueden juzgar de esto, y que sepan pararse á tiempo.

EL SABIO.

¿Es la curacion del raquitismo la misma?

EL MÉDICO JÓVEN.

No vemos casi diferencia ninguna en ella. Los tónicos no logran reanimar la fuerza asimilatriz, y concurrir á la corroboracion de los huesos, mas que en cuanto los soportan las vísceras sin irritarse con ello; pero tenemos para el raquitismo algunas prácticas particulares que nos son comunes con los médicos de todos los tiempos; como hacer tender á los enfermos sobre el helecho, sobre plantas aromáticas; ejercer sobre la piel fricciones con un linimento fortificante; hacer uso de los baños frios con los necesarios miramientos; hacer obrar los músculos del lado débil; finalmente, enderezar los huesos con máquinas apropiadas.

EL SABIO.

Estoy contento, y en lo sucesivo presu-

mo que no tendré ya la ocasion de llamarle esclusivo á Vm.; quiero suspender sin embargo mi juicio, hasta que yo haya oido á Vm. esplanar su teoría sobre los afectos nerviosos. Espero que será para mañana.

EL MÉDICO JÓVEN.

Quedará Vm. servido, Caballero, asegúroselo.

## DIALOGO NONO.

*Idea de los nervios; nevrosis en general; nevrosis de relacion en particular.*

EL SABIO.

Nunca he aguardado á Vm. con mas impaciencia. Me parecen tan misteriosas las enfermedades de los nervios, que estoy consumiéndome por saber como las consideran en la teoría fisiológica de Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Déme Vm. primeramente su licencia para preguntarle si sabe lo que es un nervio.

EL SABIO.

No he estudiado la anatomía, pero sé que se llaman *nerviosas* las personas que tienen muy exaltada la sensibilidad, y que están sujetas á extraordinarias sensaciones, y convulsiones. He leído en algunos autores que los nervios están destinados á las sen-

saciones; pero no tengo una idea clara de ello.

EL MÉDICO JÓVEN.

Los nervios son unos cordones ó cilindros blancos ó parduscos, esparcidos en todas las partes del cuerpo. Hay dos especies de ellos muy distintas entre sí. Los primeros, que se llaman cerebrales, parten del cerebro ó de su prolongacion encerrada en la columna vertebral, y pasan á todos los órganos para comunicarles el sentimiento y movimiento. Son muy multiplicados, supuesto que no hay parte ninguna que no los reciba. Pero abundan mas particularmente en dos especies de órganos; en los de los sentidos esternos, los ojos, oídos, concavidades nasales, boca y cútis; en los del movimiento voluntario, los músculos que se fijan sobre los huesos.

Los nervios de la segunda especie, que se llaman nervios *esplánicos*, lo que quiere decir *viscerales*, se designan tambien colectivamente con la palabra *gran nervio simpático*, porque los consideramos como si no formaran mas que un solo aparato ner-

vioso. Estos nervios son mucho ménos multiplicados que los antecedentes, supuesto que no se hallan mas que en lo que llamamos vísceras; es á saber: los pulmones, corazon, estómago, intestinos, hígado, bazo, riñones, y órganos sexuales. Lo son bastante sin embargo para que estas vísceras estén llenas de ellos. Se comunican con los de la primera especie en los órganos de los sentidos, en los músculos respiradores, y aun llegan hasta dentro del cerebro.

Los nervios cerebrales tienen por centro la masa pulposa del cerebro. Le traen las impresiones de la vista, oído, olfato, gusto y tacto; y por medio de ellos hace ejecutar el cerebro todos los movimientos voluntarios. Por el mismo medio podemos recibir ideas, y despues pensar, hablar, andar, coger los objetos, etc. Están destinados pues á nuestras relaciones con los cuerpos esteriore.

Los nervios esplánicos, que designaré en adelante con la de *gran simpático*, tienen por centros un sinnúmero de pequeños cuerpos rogezios, llamados ganglios, profun-

damente situados á lo largo de la columna vertebral, y detras del estómago. De allí parten cordones que se dirigen hácia todos los puntos, ven á abrazar los vasos, y penetran con ellos en todas las vísceras. Arreglan sus movimientos y los hacen independientes de la voluntad. Quanto mas sensibles son los primeros, tanto ménos lo son estos. Pero recibiendo las vísceras algunos nervios del cerebro, pueden dirigirle tambien algunas sensaciones, son estas sin embargo ménos vivas que las que experimentamos en las partes en que los nervios del cerebro existen solos; y aun hay vísceras en que las sensaciones son casi nulas. Así podemos experimentar dolor ó gusto en estas vísceras, pero nunca excitar en ellas movimientos, ni suspender los que se hacen en las mismas. Con estas breves nociones preliminares, espero que me entenderá Vm., cuando le hable de las enfermedades nerviosas, que llamamos tambien *nevrosis*.

EL SABIO.

Preveo que va Vm. á distinguir dos cla-



ses de nevrosis: nevrosis de los nervios cerebrales ó de relacion; nevrosis de los nervios viscerales ó de las funciones interiores.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Sin duda, Caballero; pero es preciso que se las haga yo á Vm. sensibles, y palpables en algun modo; dignese de oirme.

Todas las nevrosis se producen por la accion de las causas irritantes; es decir por la irritacion. Esta proposicion le hace á Vm. comprender desde luego sus relaciones con las inflamaciones; porque cuando la inflamacion, que es una especie de irritacion únicamente, existe en un órgano de cualquiera género, los nervios que pertenecen á semejante órgano, se resienten de ella, y hay nevrosis. Por consiguiente, siempre que la inflamacion se verifique en el cerebro ó medula espinal, estarán atacados los nervios cerebrales y los espinales. Habrá en primer lugar sensaciones dolorosas en los órganos de los sentidos y músculos; en segundo, convulsiones en estas visceras; y últimamente, luego que la in-

flamacion haya acumulado mucha sangre y humor en el cerebro, en la médula espinal, ó que los haya desorganizado, cesarán los dolores y movimientos convulsivos, y habrá perlesía. Esta es la idea general de la primera seccion de las nevrosis de relacion; las llaman nevrosis cerebrales. Esplañemos su teoría.

Sabrá Vm. desde luego que el cerebro puede experimentar inflamaciones violentas, agudas, con calentura, é inflamaciones lentas ó crónicas, sin calentura. Las primeras son conocidas de los médicos con el nombre de *frenesias* ó *calenturas celebras*; llamándolas *calenturas malignas* á veces. En estos casos, hay delirio, convulsiones, rechinamientos de dientes, estremecimientos en los miembros; los ojos son muy sensibles á la luz, los oidos al ruido, etc. Pues bien todo esto forma fenómenos nerviosos, y verdaderas nevrosis dependientes de la inflamacion aguda del cerebro ó membranas suyas.

Las segundas, ó las inflamaciones crónicas de los mismos tejidos, se caracteri-

zan con dolores continuos de la cabeza que pueden ser generales ó parciales, corresponder á la frente, á la coronilla de la cabeza, al colodrillo, á uno de los lados, resonar en un oído, etc. : estos son los indicantes locales. Cuando son permanentes, testifican la inflamacion de una porcion del cerebro ó membranas suyas. Los fenómenos nerviosos que dependen de ello, son los siguientes :

Los pacientes se quejan de pesadez de cabeza, de aturdimiento, de desvanecimiento, de una insuperable propension al sueño, de flaqueza de memoria; tienen movimientos convulsivos habituales en un párpado, en un brazo; y este á veces permanece en un estado perpetuo de contraction; experimentan ilusiones de óptica, de acústica, zumbidos de oídos; medio cuerpo suyo está débil, desfallecido, ó bien experimentan en esta mitad movimientos convulsivos que los obligan á hacer ridículos ademanes, cuando quieren andar, coger algo, ó llevar alimentos á la boca, lo cual se llama *corea*; otros tienen

ataques de epilepsia; muchos, despues de haber sufrido por largo tiempo de la cabeza, y experimentado jaquecas, se ponen enteramente locos. Ahora bien, todos estos fenómenos nerviosos, que los autores ponen en la clase de las nevrosis, son efecto de la inflamacion que irrita una parte del cerebro. Esta irritacion turba desde luego las funciones intelectuales; y comunicándose ella despues á los nervios que el cerebro dirige á sus diferentes partes, ocasiona en ellos todos los accidentes cuya pintura acaba Vm. oirme.

EL SABIO.

Me deja Vm. temblando. Qué! ; cuantos acaba Vm. de mentar, tienen inflamado el cerebro!

EL MÉDICO JÓVEN.

Le tienen irritado únicamente en los principios; pero si esta irritacion va prosiguiendo por mucho tiempo, pasa ella al estado inflamatorio, y de resultados de estas nevrosis de irritacion, que podemos llamar *activas*, sobrevienen otras nevrosis

de abirritacion que pueden decirse *pasivas*, y cuya aparicion indica la excesiva obstruccion del cerebro, el derramamiento de la sangre en esta víscera, su supuration ó desorganizacion, son las *perlesias*.

En efecto, al cabo de un tiempo mas ó ménos largo, cuantas funciones nerviosas estaban exaltadas, caen en la inercia. Así el delirio se muda en idiotismo, estupidez, cuando toda la porcion del cerebro que dirige las facultades intelectuales, está desorganizada; cuando no lo está mas que en parte, no pierde el doliente mas que una de sus facultades, como la memoria; si la parte del cerebro que corresponde á un sentido, se desorganiza, la excitacion de semejante sentido es seguida de su supresion. Así es como la ceguera, la sordera se substituyen á la excesiva sensibilidad de la vista y oido; y la perlesia de los párpados, al estado convulsivo que ellos experimentaban mucho tiempo hacia. Cuando la desorganizacion cerebral se verifica en un lugar correspondiente á algunos músculos, á los de un brazo, de una pierna, estos

miembros, despues de haber estado convulsivos, pierden todo movimiento y se ponen perláticos; pero si todo un lado del cerebro, que no estaba mas que irritado en los principios, como en ciertas *coreas*, se vicia despues en su organizacion, la perlesia asalta el lado del cuerpo que está sujeto á las convulsiones, y es siempre el opuesto al afecto del cerebro. Esta perlesia lleva el nombre de *hemiplegia*.

EL SABIO.

¿De qué proviene eso?

EL MÉDICO JÓVEN.

De que los nervios que parten del cerebro para pasar á los músculos de los miembros, se cruzan ántes de salir de la cavidad del cráneo; pero permitame Vm. ir continuando.

Acaba de ver Vm. algunas perlesias parciales, porque no habia mas que parciales desorganizaciones en el cerebro; suponga Vm. ahora que la obstruccion sanguinea del cerebro sea general; que ella exista á un mismo tiempo en la porcion de esta

víscera que corresponde á las facultades intelectuales, á los sentidos, y en aquella de que depende el movimiento de los miembros; se suspenderán todas estas funciones; habrá á un mismo tiempo supresion de la mente, de las potencias esternas, y de los movimientos musculares. Lo cual se llama *apoplegia*, cuando este estado se halla muy declarado, y que no es posible hacer volver al enfermo excitándole; *golpe de sangre*, cuando este accidente no es mas que instantáneo; finalmente, *estado comatoso ó letárgico*, cuando el paciente no perdió enteramente todo sentido y movimiento, y únicamente parece estar sumergido en un profundo sueño. A veces este general entorpecimiento de los músculos es mas profundo en un lado del cuerpo; los miembros de semejante lado no ejecutan movimiento ninguno, y cuando los solevamos, vuelven á caer como los de un cadáver; en una palabra, están totalmente entorpecidos, mientras que los del lado opuesto conservan todavía algun movimiento cuando los picamos ó punzamos.

Esta señal indica que á la obstruccion general del cerebro se agrega un derramamiento de sangre, ú otra desorganizacion en el lado de esta víscera opuesto á la hemiplegia. Esta alteracion hace mucho mas graves los ataques de apoplegia, porque los pacientes están espuestos á perecer; y lo mas comunmente, cuando vuelven, conservan esta hemiplegia por mucho tiempo. Ciertas modificaciones de la obstruccion del cerebro, que no llegan hasta el grado de la desorganizacion, producen la suspension de las funciones y de los movimientos voluntarios; pero con esta particularidad, que los miembros conservan la actitud que se les da; por ejemplo, si se solevanta una pierna ó brazo, en vez de caer otra vez, permanecen en la postura que se les ha dado. Esta nevrosis se llama *catalepsia*; la que, como todas las de esta especie, puede terminarse con las perlesias parciales ó con la apoplegia.

Acaece á menudo tambien que algunos pacientes, despues de haber experimentado excitaciones parciales, perlesias igual-

mente parciales, ya en los sentidos, ya en las facultades mentales, ya finalmente en los músculos; acaban cayendo en una apoplejía; en cuyo caso es mortal esta. Así acaban comunmente los epilépticos, locos, y todos aquellos, en una palabra, en quienes una porción del cerebro pasó sucesivamente de la excitacion parcial á la perlesía de la misma especie, por la simplicísima razon de que el vicio de un punto del cerebro acaba siempre extendiéndose á la totalidad de esta víscera.

Pero hemos mentado la médula espinal: pues bien, sepa Vm. que aquella prolongacion del cerebro, que se estiende desde la cabeza hasta el coccix, puede experimentar tambien alguna inflamacion, y desorganizarse al modo del cerebro. Pues bien, esta inflamacion produce movimientos convulsivos, ó permanentes convulsiones, en los músculos del tronco, especialmente en los de los hombros: tal es el tétanos, cuando esta inflamacion es general; tales son ciertas tensiones y convulsiones de las estremidades inferiores, cuando ella

es parcial y situada hácia los lomos: últimamente, cuando la misma ha desorganizado el punto irritado, cuantos músculos reciben sus nervios de él, como los de los miembros inferiores, la vejiga, el colon recto, caen en perlesía, y resulta tarde ó temprano de semejante estado la muerte.

Ve Vm. pues; Caballero, que las principales nevrosis, las de las funciones de relacion, se enlazan de un modo muy estrecho con el gran fenómeno de la inflamacion. Bien pronto va Vm. á convencerse de que lo mismo sucede puntualmente con las nevrosis de las funciones interiores.

## EL SABIO.

No puedo volver de mi asombro, habia hallado yo en los autores todos estos afectos nerviosos, descriptos separadamente bajo diferentes títulos, como otras tantas enfermedades muy distintas las unas de las otras; no me hubiera sospechado nunca que no eran mas que modificaciones ó grados diversos del mismo afecto; y sobre todo que todas estaban bajo la depen-

dencia de la inflamacion del cerebro y médula espinal, ó aun muy simplemente de la irritacion de estos órganos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Esa separacion de las modificaciones de un mismo afecto, ese hábito de considerarlas como enfermedades diferentes que tienen cada una sus específicos en las boticas, no son otra cosa mas que una ontologia médica.

## EL SABIO.

Está muy bien en cuanto á las nevrosis cerebrales; pero ha formado Vm. de ellas la primera seccion de las nevrosis de relacion; cual es pues la segunda?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Se compone ella de los afectos nerviosos que están limitados á un nervio sensitivo ó motor, sin ninguna intervencion de la irritacion cerebral. He aquí varios ejemplos: el nervio acústico, que está encerrado en una cavidad ahondada en el hueso de las sienes, puede inflamarse solo, por

haber sido obligado á mucho, ó por cualquiera otra causa irritante: en cuyo caso hay excesiva sensibilidad del oido, percepcion de confusos sonidos; el mas ligero estremecimiento del aire fatiga tanto este sentido como lo haria la esplosion de una batería de artillería, en un hombre sano; últimamente, el nervio, despues de haber sido muy excitado, se entorpece, y se pierde sin remedio ninguno el oido. Lo mismo sucede con el sentido de la vista: surirritado con diferentes agentes de excitacion, especialmente con una luz vivísima, el nervio óptico que está cargado de ella, no puede soportar la impresion de los rayos luminosos; piérdese la vista durante el dia, y vuelve á parecer á una luz artificial de noche. Pero el nervio óptico se debilita bien pronto; se vuelve insensible á la luz artificial; es necesario todo el resplandor del dia claro para hacer distinguir los objetos; últimamente, este nervio, ó por mejor decir su expansion membranosa, situada en lo interior del ojo, y que se llama *retina*,

se desorganiza, y queda totalmente destruida la vista.

EL SABIO.

¿No hay tambien algunas ilusiones de la vista que los médicos ponen en la clase de las nevrosis?

EL MÉDICO JÓVEN.

Muchas personas se discurren estar viendo revolotear moscas. Esto depende con frecuencia de la obstruccion de la retina, que experimenta alguna irritacion; pero semejante ilusion puede ser tambien un efecto del delirio, y se refiere ella entónces á las irritaciones del cerebro. La obstruccion de la retina determina tambien la sensacion de ciertas líneas negras semejantes á telarañas que interceptaran la vision; la inflamacion de lo interior del ojo hace ver un globo de fuego. En ciertas modificaciones de los afectos cerebrales, no se ve mas que la mitad de los objetos. Aquellas ilusiones de estas que dependen de un vicio de la retina ó de las membranas que

secretan los humores del ojo, se dirigen á producir la ceguera; pero las que reconocen por causa la obstruccion irritativa del cerebro, pueden ademas seguirse de perlesías parciales, ó terminarse con la apoplegia.

EL SABIO.

¿Qué entiende Vm. por gota serena?  
¿No es tambien una nevrosis?

EL MÉDICO JÓVEN.

La gota serena, que los médicos llaman *amaurosis*, consiste en una ceguera de la que el ojo está ageno: este órgano se halla tan limpio y transparente como de costumbre. Unicamente el cerebro es atacado de una irritacion que le obstruye en la region correlativa con el sentido de la vista. Es pues la gota serena una enfermedad del cerebro, que se enlaza con las que llevamos ya mentadas.

EL SABIO.

¿Deben, las personas que miran bizco, esta deformidad al afecto del ojo ó al del cerebro?

## EL MÉDICO JÓVEN.

El *estrabismo* (asi llamamos esta dolencia) puede depender de la excesiva sensibilidad de un ojo que se vuelve, con el influjo del instinto, para evitar una luz que le fatiga, es decir que le irrita; otras veces, es el efecto de un hábito contraido por los niños tiernos cuando se hallan colocados en su cuna de un modo que reciben oblicuamente los rayos luminosos. En cuyos casos todos, la enfermedad está limitada á los músculos propios del globo del ojo; y no es bastante intensa para acarrear su perlesía; pero se causa á veces el estrabismo por una irritacion del cerebro que se manifiesta á continuacion de la supresion de una hemorragía. Así es como ciertas tier-nas doncellas cuyo flujo menstrual se suspende, se vuelven bizcas y deformes repentinamente. Aun es posible que este mismo afecto sea resulta de una irritacion del útero ó de las vias digestivas que se comunica de rechazo al cerebro, sin que esta viscera se vicie profundamente.

Todo ello puede aplicarse á las convulsiones de los párpados. La irritacion del cerebro que produce estas diferentes convulsiones, puede no ser mas que pasagera; si ella se vuelve permanente, acarrea la desorganizacion del punto cerebral atacado, y de resultas la perlesía de los músculos que estaban agitados de convulsiones; pero esto se refiere tambien á las irritaciones parciales del cerebro, de que llevo hecha mencion ya. La excesiva sensibilidad de la retina, sin afecto de esta viscera, es ahora el objeto que nos ocupa. Ve Vm. que ella trae consigo la obstruccion irritativa, acompañada de ciertas ilusiones de óptica, y de resultas, la pérdida de la vista. Tal es la principal nevrosis, la nevrosis esencial y meramente local del ramo nervioso que está encargado de la vision.

## EL SABIO.

Entiendo á Vm.: me parece efectivamente cosa muy razonable el admitir que la irritacion de un nervio sensitivo puede venir á parar en su desorganizacion y pér-



dida de un sentido, supuesto que la irritacion del cerebro, que es el centro de los nervios sensitivos, puede, desorganizándole, acarrear la pérdida de todos los sentidos de una vez. ¿Son estas todas las nevrosis de relacion esternas y parciales?

EL MÉDICO JÓVEN.

Lo que acaece á los nervios de los sentidos, puede verificarse en los de los músculos, por una causa meramente local; así á veces el tronco nervioso, que suministra ramos á todas las partes de un miembro, está irritado, inflamado, y se dejan sentir los mas vivos dolores, siguiendo la direccion de estos ramos, al mismo tiempo que los músculos á los que se distribuyen ellos, experimentan movimientos convulsivos; pero cuando la inflamacion ha desorganizado este tronco, se desaparecen la sensibilidad y convulsion, para hacer lugar á la perlesía. Este es el curso general de semejantes nevrosis locales; pero fijada la irritacion, en innumerables casos, sobre la travesía de un

nervio, no es bastante intensa para desorganizarle, y se pasa la vida casi entera en unos dolores, que serian intolerables á ser continuos; pero lo mas comunmente no vuelven mas que por intervalos los dolores y convulsiones, aunque la inflamacion que los causa sea continua. Tales son las dolencias que los médicos designan con el nombre de *nevralgias*. Las observamos en los ojos, rostro, quejadas, brazos, muslos, y piernas; en una palabra, en todos los ramos nerviosos que comunican el sentimiento y movimiento á los músculos de las partes esternas del cuerpo. La irritacion que las causa, no se limita siempre á un punto del nervio; la mayor parte del tronco, y aun la de sus ramos, pueden participar de ella, y ser despojo de una inflamacion real.

Otras veces la irritacion que las atormenta, no llega hasta este grado. Puede ceder ella enteramente, y volver por una especie de hábito inesplicable. Hay casos en que la nevralgia depende únicamente de que uno de los ramos de los nervios está

ingerido en un órgano inflamado. Así es como un diente enfermo puede causar dolores en todo el rostro, etc.

EL SABIO.

¿Cuales son las causas de esas nevralgias?

EL MÉDICO JÓVEN.

Todas las de las flemasías, sin excepcion ninguna; una causa irritante obra sobre una parte del cuerpo; en vez de engendrar allí un flemon, erisipela, reumatismo, etc., da progreso á una nevralgia; el frio es una de las causas que las produce con mas frecuencia. Las vemos presentarse á veces tras el repentino desaparecimiento de una inflamacion, como si esta última hubiera viajado; así es como las nevralgias pueden seguirse á las erisipelas, herpes, gota, reumatismos, y aun á la supresion de las hemorragias habituales. Se han supuesto humores particulares, para producir todos estos fenómenos; pero se han tomado los efectos por la causa manifiestamente. Los humores que se ven sobre una superficie inflamada, son efectos de la

inflamacion, y no existen mas que en la parte en que los engendra ella.

EL SABIO.

¿No hay pues caso ninguno en que la perlesía se produzca inmediatamente por la accion de las causas irritantes, sin previa inflamacion?

EL MÉDICO JÓVEN.

Existen esos casos, Caballero. Vemos á veces que una violenta conmocion, moral ó fisica, suprime el movimiento y sensibilidad en un muslo, brazo, etc., en tanto grado, que es necesaria la mas viva excitacion para restablecer las propiedades vitales. El frio produce tambien semejantes efectos. Todas estas causas pueden obrar del mismo modo sobre el cerebro, á lo que se sigue la muerte algunas veces: en cuyos casos, parece cierto que la substancia cerebral esperiméntó una desorganizacion que no le permite ya desempeñar las funciones que le están destinadas.

EL SABIO.

¿Son esas todas las nevrosis de las funciones de relacion?

EL MÉDICO JÓVEN.

No he descripto á Vm. todas las formas suyas; pero pueden enlazarse con las dos secciones cuyo bosquejo acabo de presentar á Vm. Déme ahora su licencia para completar la pintura de las enfermedades nerviosas, hablándole sobre las nevrosis de las funciones interiores.

EL SABIO.

Con sumo gusto: esa materia me interesa. Aquellas espresiones, males de nervios, resuenan con tanta frecuencia en mis oídos; me hallo fastidiado en tanto grado de oír á los médicos repetir á porfía que estas dolencias salen de la clase ordinaria, y son desconocidas en su esencia; y ha sabido Vm., finalmente, estimular tan bien mi curiosidad, que le prometo toda mi atención. Veamos pues cuales son las nevrosis de las funciones interiores.

EL MÉDICO JÓVEN.

La esplanacion de la teoría fisiológica de esas enfermedades nos llevaria muy adelante en este dia; permítame Vm. pues diferir hasta mañana el satisfacer su curiosidad.

EL SABIO.

Lleva Vm. razon; porque tambien no siento el reflexionar despacio sobre lo que acabo de oír.

## DIALOGO DECIMO.

*Nevrosis de las funciones interiores.*

EL MÉDICO JÓVEN.

Y bien, Caballero, ¿está Vm. dispuesto á oír la historia de las nevrosis de las funciones interiores, á que damos tambien nombre de nevrosis viscerales?

EL SABIO.

Dispuesto en extremo: y lo deseo tanto mas quanto creo tener necesidad de conocerlas para formarme una cabal idea de las que me esplicó Vm. en nuestra última conferencia.

EL MÉDICO JÓVEN.

Efectivamente, la historia de las nevrosis interiores está preparada por la de las de relacion; y va Vm. á verlas partir como ellas de la inflamacion, ó de la irritacion de los órganos á lo ménos.

Del mismo modo que la inflamacion del cerebro ó médula espinal determina un desórden en las funciones de sus nervios, y produce nevrosis de relacion, así tambien la flemasía de las demas vísceras le ocasiona en la accion del gran simpático, y promueve nevrosis en las funciones interiores. Así es como la inflamacion del corazon causa palpitaciones; la de los pulmones, sufocaciones que se llaman *asmas*; la del estómago, dilataciones con flatos, constricciones, fenómenos que designamos con el nombre de *espasmos*, y vómitos; la de los intestinos, movimientos estraordinarios de este canal, que se hincha, se contrae, se agita de todos los modos, y á veces la trabazon de una porcion de intestino con otra, lo cual se llama *invaginacion*; últimamente evacuaciones alvinas ó cámaras precipitadas y convulsivas.

He aquí muchos desórdenes nerviosos; los cuales ocurren en las fibras musculosas de las vísceras que el gran simpático pone en movimiento, y que no pueden atribuirse mas que á la irritacion de este nervio; pero

hablemos de las sensaciones que los acompañan.

Sepa Vm. desde luego que uno de los nervios del cerebro (el octavo par) tiene ingeridas sus raíces en el tejido de las vísceras. Pues bien, este nervio da cuenta al alma de la irritacion que experimentan semejantes órganos. De ello, en primer lugar, en el caso de inflamacion de la superficie interior de estas vísceras, dolores abrasados, punzantes, erosiones, comezones que se perciben distintamente en los bronquios, estómago, é intestinos; de ello, en segundo lugar, percepciones ménos claras, pero á menudo mas penosas, procedentes del estado convulsivo de las tónicas musculosas de estas mismas vísceras; por ejemplo, la sensacion de sufocacion y angustia en los ataques de asma, y en las palpitaciones; dolores mas ó ménos vivos ó muy oscuros en los espasmos del estómago, y en los vómitos; cólicos, retortijones, tenesmo, en los movimientos convulsivos de los intestinos, y en las diarreas.

Ve Vm. que el cerebro hasta aquí no ha

hecho mas que un papel pasivo en estos fenómenos nerviosos; el cual se ha limitado á proporcionar la percepcion suya al alma; va Vm. á verle ahora participar de ellos activamente, sin que nos apartemos todavía de los fenómenos de las nevrosis viscerales.

Esta asociacion se manifiesta en la parte que toman en los movimientos nerviosos de las vísceras del pecho y empeine, los músculos del tronco que sirven de cubierta á estos órganos. Estos músculos que Vm. ha podido ver en la figura desollada que sirve para la instruccion de los pintores y estatuarios; estos músculos, repito, no pueden moverse sin el influjo del cerebro: la voluntad puede disponer de ellos, como lo hace, para hablar, cantar, concurrir á los esfuerzos y locomocion, etc.; pero es bajo la condicion de que las vísceras á que ellos están destinados primitivamente, no reclamen la accion suya. Pues bien, las vísceras necesitan de ellos para los movimientos de la respiracion, para la deglucion, para la espulsion de las materias fe-

cales, para el parto, etc.; en todos los cuales casos, está obligada la voluntad á abandonárselos: lo que quiere decir que no podemos hablar cuando es urgentísima la necesidad de respirar. Lo propio sucede con las enfermedades en que estamos ocupándonos. En virtud de esta ley, se agita el pecho convulsivamente para satisfacer á la necesidad de toser y estornudar, y en los ataques asmáticos; se contrae en el vómito, con los músculos del vientre; estos últimos se dilatan y encogen para seguir las variaciones que los intestinos experimentan, cuando la inflamacion de estos produce hinchazones flatulentas, constricciones, retortijones, tenesmo, diarrea. Estos extraordinarios movimientos de los músculos respiradores (porque los de las ternillas abdominales son de este número) forman parte necesaria, integrante, de las nevrosis de las funciones interiores; pero las determina la irritacion visceral obrando sobre el cerebro por medio de sus nervios. He aquí otras que no forman necesariamente parte de estas nevrosis; á las que no se

agregan mas que por una verdadera complicacion que asocia las nevrosis cerebrales con las de las funciones interiores: y las observamos mas especialmente en las inflamaciones de las vísceras del empeine, á que damos el nombre de *abdómen*.

Cuando la superficie interna del estómago é intestinos está atacada de una inflamacion aguda, como en las pretensas fiebres esenciales, participa el cerebro de la irritacion que ella experimenta, lo que produce delirio, dolores en los músculos respiradores, y aun en los de los miembros; y si el paciente es muy irritable, convulsiones. Son tan intensos á veces estos fenómenos, que distraen la atencion del médico de la causa que los determina. Así es como dejan abandonada la gastritis en lo que llaman ellos calenturas malignas, para no ocuparse mas que en el delirio, incomodidad, movimientos convulsivos; y debo, con este motivo, recordarle á Vm. la enfermedad de mi padre, en que cometí semejante error. Esto es en cuanto al estado agudo.

En las gastritis ó gastro-enteritis crónicas, no es ménos notable el influjo de las vias digestivas sobre el cerebro; cuando una persona irritable en extremo es atacada de estas inflamaciones, su efecto sobre lo moral se manifiesta con la zozobra, tristeza, adversos anuncios interiores, como se nota en todos los hipocondriacos. Llega él á veces hasta el grado de hacer perder el juicio totalmente, como lo acaeció á su muger de Vm. Pero no se modifican ménos los músculos; la irritacion que el cerebro recibe de las vias digestivas causa dolores en los hombros, lomos, ternillas del pecho, en las del empeine, y en los miembros. Rara vez se fijan estos dolores, que mudan de lugar; lo que hace creer en la existencia de un reumatismo concomitante. Se sienten en estas partes ciertos estremecimientos, movimientos como los de un animalejo que se agitara en medio de las carnes; unas veces se experimentan allí calambres ó convulsiones reales; otras, alternativas de fuerza y debilidad que hacen á los dolientes ya con-

fiados y festivos, ya pusilánimes hasta el punto de creerse imposibilitados para ejecutar movimiento ninguno. Los sentidos no pueden dejar de tener parte en la irritacion del cerebro estimulado con la inflamacion gástrica ó intestinal; de ello lesiones de la vista que se obscurece, zumbidos de oido, percepciones mas ó ménos extravagantes de frio, de calor, presencia de un cuerpo extraño en la piel de la cabeza, de la cara y demas regiones del cuerpo. Si á estos fenómenos nerviosos simpáticos, es decir promovidos por el influjo de las vias digestivas, les añade Vm. los que dependen de la nevrosis de estos órganos, como los dolores en las diferentes épocas de la digestion, las hambres extraordinarias, los eructos, los vómitos, las distensiones, las opresiones, los flatos, las sensaciones de una bala, gusano, animal, fuego, agua, de una mano ó garra que desgarras las entrañas, de un peso que las comprime, etc., tendrá la esplicacion de la hipocondría, de que hemos hablado en otro lugar, y que no es en efecto otra cosa mas que una flemasía

gastro-intestinal crónica, en un individuo cuyo cerebro y nervios son muy irritables.

Desea Vm. ahora tomar una idea de la asma? Figúrese una inflamacion en la membrana interna del canal ó tubo brónquico que sirve de continuacion á la traquiarteria para conducir el aire al pulmon, y en los diversos ramos que se desprenden de este canal para sumergirse en estos órganos; ahora bien, no será necesario mas en un individuo nervioso, para que él tenga afecto de sufocacion, elevacion penosa del pecho, impresion de una ligadura que le comprime, respiracion silbante, continuos y vanos esfuerzos para toser y espectorar, fuertes palpitations del corazon. Estos son los fenómenos locales: otros dependen del influjo de los pulmones sobre el estómago; tales son los flatos y algunos otros síntomas de la hipocondria. En cuanto á los que resultan de la accion ejercida sobre el cerebro por los bronquios y pulmones, son ellos ménos notables aquí que en la hipocondria; se limitan á la congoja, tristeza; pero no vemos nunca añadirseles el

delirio y convulsiones, á ménos de una predominante irritacion gástrica ó intestinal. Despues de esta causa de asma, la irritacion de los bronquios, debe colocarse, sin vacilar, la de todos los demas tejidos que componen los pulmones, los derramamientos que reducen el espacio que les está destinado en la cavidad del pecho, las irritaciones del estómago, últimamente las enfermedades del corazon. El influjo de estas últimas sobre los ataques de asma es tan considerable y frecuente, que muchos médicos de Alemania, Ginebra é Inglaterra, y, á imitacion suya, algunos médicos franceses, osáron sostener que todas las asmas eran resultas de un afecto de cualquiera especie de esta viscera.

Las nevrosis del corazon, como las de los pulmones, traen su origen de una irritacion fijada en su tejido; de ello, palpitations mas ó ménos fuertes, y á veces la suspension de la accion del corazon por espacio de algunos segundos, lo que causa una insoportable angustia con suspension del acto respiratorio, inmovilidad dolorosa



del pecho, temor y pavor de la muerte. A veces el dolor que resulta de estas constricciones espasmódicas del corazón parece partir de la parte inferior del esternon, y propagarse á la espalda, brazo, y aun mano del lado izquierdo, lo cual obliga al enfermo á pararse. De esta modificación de la irritación simultánea del corazón, pulmones y músculos inmediatos, se formó una enfermedad particular, con el nombre de *angina de pecho*. Si la irritación del corazón, que produce estas diferentes especies de sufrimiento es aguda, inflamatoria, violenta, de aquellas, en una palabra, que se llaman *carditis* ó *pericarditis* agudas, el paciente está amenazado de una muerte repentina, que justifica bastante la desorganización del corazón. Si esta irritación es ménos viva, y no llega hasta el grado de la inflamación, la llaman *nerviosa*; á causa de que puede ceder y volver. Pero el médico fisiologista, que sabe que toda irritación frecuentemente repetida pasa á ser por último continua, y acarrea tarde ó temprano la desorganiza-

ción del tejido atacado, no se estrañará de ver que la *hipertrofia* del corazón, la *neurisma* de esta víscera, su endurecimiento, su degeneración tuberculosa, la osificación de sus arterias, el desgarró de sus columnas, las vegetaciones de sus orificios, y otras alteraciones se sigan á las supuestas *nevrosis* del corazón: considerará todos estos desórdenes como efectos de la irritación, y dirá en su interior: « Miétras que la irritación obraba sobre este órgano, producía en él un duplicado efecto: el de llamar la sangre y linfa hácia allí, alterando la nutrición al modo de las inflamaciones crónicas; y el de descomponer la regularidad de sus latidos, y la de la respiración con ello. Ahora bien, añadirá, miétras que los otros médicos no atienden mas que á este último efecto, llaman la enfermedad *nevrosis* del corazón, asma, palpitación, *angina de pecho*; cuando por último advierten las resultas del primer efecto, profieren las palabras de *neurisma*, *vicio orgánico*; esta es la causa de la diversidad de sus opiniones. »

Me seria posible esplanar mas esta materia; pero le he dicho á Vm. bastante en ella, para darle á conocer las relaciones que asocian las nevrosis del pecho con las inflamaciones de los órganos encerrados en esta cavidad.

EL SABIO.

No, Señor. Me ha hablado Vm. sobre las neurismas del corazon; y desearia yo algunas esplicaciones acerca de esta enfermedad que se ha hecho célebre despues de la obra del doctor Corvisart.

EL MÉDICO JÓVEN.

Quedará Vm. satisfecho, Caballero; pero déme su permiso para hacerle la pintura de las nevrosis de las funciones interiores, y darle á conocer sus conformidades con las nevrosis cerebrales. Acabamos de ver las de las principales funciones viscerales, la digestion, respiracion y circulacion; me resta darle á Vm. una idea de las nevrosis que pertenecen á la funcion reproductiva; me contentaré con hablarle de la histeria, aquella enfermedad privativa de las mu-

geres; tan comun en las clases mas elevadas de la sociedad, y que el comun de las gentes designa regularmente con el nombre de *flatos*. La colocaremos aquí perfectamente, porque esta nevrosis se compone de fenómenos comunes á todas aquellas de que hemos hablado.

EL SABIO.

Oiré gustoso disertar á Vm. sobre ese capitulo, porque esta enfermedad me pareció á menudo muy sospechosa.

EL MÉDICO JÓVEN.

No es ella, Caballero, sino muy real; pero como está compuesta de fenómenos de dos especies, hay algunos que son capaces de simularse. Lo juzgará Vm. mismo despues de haber echado una ojeada sobre la pintura que estoy para hacerle.

EL SABIO.

Le esperaré á Vm. pues mañana á la misma hora.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## INDICE

### DEL TOMO PRIMERO.

---

PROLOGO.	Pág. 1
DIALOGO PRIMERO. Fiebres esenciales, biliosas, gástricas, mucosas, pútridas, malignas, atáxicas, adinámicas.	9
DIALOGO SEGUNDO. Influjo del calor sobre el estómago; peste; fiebre amarilla; cólera-morbo; tifo; contagio; infección.	62
DIALOGO TERCERO. Inflamación de los pulmones.	94
DIALOGO CUARTO. Apoplegia.	112
DIALOGO QUINTO. Gastritis y enteritis crónicas; hipocondría; disentería.	128
DIALOGO SESTO. Peritonitis.	162
DIALOGO SEPTIMO. De la gota y reumatismo.	179
DIALOGO OCTAVO. Herpes; escrófulas; raquitismo.	199
DIALOGO NONO. Idea de los nervios; nevrosis en general; nevrosis de relación en particular.	234
DIALOGO DECIMO. Nevrosis de las funciones interiores.	260

---



**CATECISMO**

**DE LA MEDICINA FISIOLÓGICA.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Indocti discant, et ament meminisse periti.

# CATECISMO

DE LA

**MEDICINA FISIOLÓGICA,**

ó

**DIALOGOS**

ENTRE UN SABIO Y UN MEDICO JOVEN,

DISCIPULO DEL CATEDRÁTICO BROUSSAIS;

QUE CONTIENEN LA SUCINTA NARRACION DE LA NUEVA DOCTRINA MEDICA, Y LA REFUTACION DE LAS OBJECIONES QUE SE LE Oponen;

Obra destinada á facilitar el estudio de esta doctrina á los pasantes de medicina, á los prácticos que no hubieran cuidado de ocuparse en ella, y propio para dar una cabal idea suya al comun de las gentes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**PARIS,**

IMPRESA DE J. SMITH, CALLE MONTMORENCY, n.º 16.



1827.



# CATEGISMO

DE LA

## MEDICINA FISIOLÓGICA.

### DIALOGO UNDECIMO.

*Histeria; convulsiones simuladas.*

EL SABIO.

LLEGA Vm. muy oportunamente. Salgo de casa de un amigo cuya muger es de las mas flatuosas; pero, acá entre nosotros, sospecho alguna superchería, porque he notado que los ataques le dan siempre cuando quiere alcanzar algo de su marido. Querría yo que todos los casados hicieran un particular estudio de la histeria.

EL MÉDICO JÓVEN.

Los ataques de histeria se producen absolutamente como cuanto se llama *enfermedad de nervios*. Es siempre un órgano irritado que perturba los otros. Aquí, es el útero; pero

es preciso sentar una distincion : el útero puede irritarse y aun inflamarse en una muger poco nerviosa , sin que haya histeria ; la enferma se queja solamente de dolores mas ó ménos fuertes en las partes sexuales , y puede tener una evacuacion de cualquiera especie. No sucede lo propio con las mugeres cuyos nervios son irritables y movibles ; siempre que el aparato genital se halla en un estado de sufrimiento , en las últimas , participan de ello los demas órganos : y ni aun es necesaria una inflamacion real para esto ; la congestion sanguinea que antecede y prepara el flujo menstrual , los deseos no satisfechos , el abuso de los placeres , en una palabra toda especie de orgasmo extraordinario basta para irritar el útero hasta el punto que él obre sobre los nervios y produzca los ataques.

El primer influjo del útero irritado se ejerce sobre las vísceras del empeine y pecho ; y obrando el segundo sobre el cerebro , resuena en los nervios locomotores. Estos influjos mismos son irritaciones : la

del empeine produce fenómenos que tienen mucha analogía con los de la hipochondría ; así , sensacion de una bola que rueda mas ó ménos pronto en el abdómen , y se eleva dirigiéndose hácia el pecho ó garganta. Esta bola parece comprimir el diafragma , corazon , y pulmones ; reduce la garganta , y hace temer la sufocacion. Las mugeres tienen flatos que á menudo arrojan ellas con ruido ; dan suspiros , tienen hipos , se sienten infladas , sufocadas ; buscan el aire con solicitud , y se aceleran á aflojarse los vestidos que comprimen el pecho y estómago. En algunas ; se dilata y encoge , se eleva y baja el vientre con la rapidez de unos fuelles , ó se mueve circularmente al modo de una muela de molino ; tienen violentas palpitations y con frecuencia llevan la mano hácia el corazon como para contener este órgano , que tiene visos de arrojarse fuera del pecho.

Cuyos fenómenos nerviosos se producen del modo que sigue :

Sabe Vm. que el nervio gran simpático está compuesto de una infinidad de cordo-

nes esparcidos en todas las vísceras, y que se comunican entre sí por medio de un cierto número de puntos centrales que se llaman *ganglios*. Pues bien, los cordones que están en el útero, transmiten la irritación de este órgano á todo lo restante del nervio, y hacen participantes del dolor de uno de ellos á todas las vísceras. No vemos hasta aquí todavía mas que una nevrosis de las funciones interiores; pero he aquí la complicación :

Percibiéndose esta tumultuosa irritación de las vísceras inferiores por el alma con la ayuda del cerebro, resulta de ello primeramente un estado de incomodidad y angustia que tiene inmóviles á estas mugeres, y les impide hablar. ¿Como hablarían, cuando apenas pueden respirar? Pero la irritación transmitida al cerebro se eleva bien presto á tanto grado, que la voluntad pierde todo su influjo sobre los músculos; los cuales no obedecen ya mas que á esta irritación, y la muger se agita convulsivamente por todos los estilos, al modo de los epilépticos : entonces se observan contrac-

ciones violentas en los miembros y en los brazos especialmente; la torsion del espinazo, la tension tetánica que hace duro é inflexible el cuerpo, la flexion del tronco hácia diversos puntos, el movimiento de los ojos, las contorsiones del rostro, violentos estremecimientos ó especies de saltos que solevantan todo el cuerpo, y otros mil movimientos convulsivos mas ó menos extraordinarios. ¿ Quien puede desconocer en esto la complicación de las nevrosis de relacion con las de las funciones interiores.

Puede Vm. juzgar ahora, Caballero, con facilidad, hasta qué punto le está acordada á la muger la simulación de los ataques histéricos. Puede imitar ella cuanto depende de la voluntad; es pues dueña de agitar su pecho, vientre, y contraer sus miembros con mas ó menos fuerza; pero un médico versado distinguirá siempre estos movimientos de las convulsiones reales: no tienen aquellos la vehemencia ni duración de estas. Lo que es imposible simular, en la serie de las convulsiones musculares,



es la torsion del espinazo y las tensiones tónicas.

En cuanto á los fenómenos nerviosos propios de las vísceras, como la voluntad no ejerce dominacion ninguna sobre estos órganos, la muger no puede mas que acusarlos, ó aparentar experimentarlos; puede decir ella muy bien que siente la bola histérica, y que se ahoga; pero no puede inflar ni contraer sus intestinos, formarse gases, ejecutar el movimiento circular imitando la muela de molino, de que he hablado. No depende tampoco de su voluntad el presentar un punto de hinchazon y calor, ya en la boca de la madre, ya en la cavidad del bacinete, ni tener flores blancas ó flujos.

En algunos casos, los desórdenes nerviosos del abdómen, en vez de promover convulsiones, producen una total suspension de las funciones cerebrales, y el entorpecimiento de muchas vísceras. La muger se queda inmóvil, pierde sus potencias; se le suspende la respiracion; y

los movimientos de su corazon están tan poco declarados, que no es posible ya sentirlos, desapareciéndose totalmente el pulso.

Reducidas muchas mugeres á este deplorable estado, pasaron por estar muertas, y su repentina vuelta al estado de salud debió parecer una resurreccion; otras fueron amortajadas y aun enterradas, advirtiéndose muy tarde el yerro; y algunas fueron fecundadas, á las cuales mismas pudo parecerles milagroso su embarazo.

Sucede harto frecuentemente que los ataques histéricos se terminan con gritos, llantos, carcajadas de risa desmesuradas, y flujo de una orina cristalina y copiosísima. Es en balde añadir que este postrer fenómeno no es capaz de simulacion por estilo ninguno.

Ha visto Vm. que la irritacion del útero producía la de todas las otras vísceras: sepa ahora que el influjo es recíproco, y comprenderá porqué los afectos morales, las indigestiones, en una palabra todas las irritaciones de la cabeza, pecho y órganos

digestivos, despiertan la actividad adormecida del útero y determinan varios ataques, por obrar inmediatamente este órgano sobre los que le han puesto en ejercicio. Los primeros ataques proceden siempre del útero; pero cuando las mugeres contrajeron el hábito de ellos, toda especie de irritacion puede promoverlos: por lo mismo los vemos dejarse ver á menudo despues del uso de los alimentos excitativos, de las bebidas espirituosas y café, particularmente si el estómago es irritable en extremo tambien.

EL SABIO.

Estos son preciosos documentos sobre el afecto histérico. Me parecen sumamente acomodados para dar una idea de las nevrosis de toda especie; porque esta enfermedad se compone de todos los fenómenos nerviosos imaginables; y vislumbro, con la distincion que Vm. acaba de hacer de los fenómenos capaces de simulacion, hasta qué punto los visionarios y fanáticos pudieron llevar la ficcion en algunas circunstancias particulares.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es cosa inútil tambien, Caballero, el hacer saber á Vm. que excitándose uno vivamente el cerebro con la voluntad, y simulando las convulsiones, puede contraerlas ciertamente verdaderas, que se vuelven habituales, y cuya cura puede presentar tantas dificultades como la de las espontáneas. Juzgue Vm. hasta qué grado este hecho puede iluminar sobre aquellas especies de contagios convulsivos, de que los tiempos de fanatismo y barbarie presentaron tan multiplicados ejemplos.

EL SABIO.

¿De qué medios se vale Vm. para luchar contra cuantas nevrosis acaba de describirme?

EL MÉDICO JÓVEN.

Servirán de materia, si gusta Vm., á una nueva conferencia.

## DIALOGO DUODÉCIMO.

*Plan general de la curacion de las nevrosis.*

EL SABIO.

DEBE Vm. hablarme hoy sobre la curacion de las nevrosis. Presumo que va á esplanar Vm. nuevas consideraciones; porque, si he comprendido bien, habrá algo diferente del éter, del agua de azahar ó tilo, que oponer contra unas irritaciones tan graves como aquellas cuya triste pintura me tiene Vm. hecha.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es menester asegurarse desde luego del asiento de la irritacion; cuando le hemos reconocido, debemos darle guerra con los medios apropiados. Si el órgano irritado se halla en un verdadero estado de inflamacion, le curamos primeramente con los emolientes, sangrías locales, régimen dicho antiflogístico, en una palabra con los

mismos medios que convienen á las inflamaciones sin nevrosis. Esta simple curacion sale acertada siempre, si la abrazamos francamente en los principios de estas dolencias. Si la irritacion no llega hasta el grado de la inflamacion, convienen tambien los mismos medios, pero hay necesidad de ménos sangrías; siendo comunmente suficientes los emolientes y el régimen.

Quando la inflamacion ó irritacion local está destruida, se ataja el hábito convulsivo, que le sobrevive á veces, con ciertos irritantes particulares á que dan los médicos nombre de *antiespasmódicos*; tales son el alcanfor, éter, almizcle, opio, asa-fétida, valeriana, zinc, y otras infinitas substancias cuya especificacion y modo de administracion nos llevarian muy adelante; pero importa añadir que rara vez son estos medios de una permanente y decisiva utilidad; que la mayor parte del tiempo no hacen mas que disimular el mal, ejerciendo una revulsion pasagera; que le agravan con mucha frecuencia; últimamente, que despues de los antiflogísticos, los me-

dios mas eficaces son el ejercicio de los músculos, la distraccion, los viages, y particularmente la firme y constante voluntad de no dejarse llevar de los impulsos que determinan las convulsiones.

EL SABIO.

¿Como puede ser el ejercicio corporal un remedio de los dolores y convulsiones?

EL MÉDICO JÓVEN.

Forzando uno los músculos á obrar bajo el influjo de la voluntad, los hace ménos capaces de obedecer á las estimulaciones de las vísceras; hace ménos irritables estas; y aumenta la digestion, nutricion, depuracion de la sangre, al mismo tiempo de embotar la actividad nerviosa; porque se halla bien probado que cuando un individuo espende mucha accion vital para el movimiento voluntario, le queda poca para la sensacion y movimiento involuntario; en una palabra, los ejercicios del cuerpo en campo raso acercan al hombre á su constitucion primitiva, y dan ménos cabida á las causas que se dirigen á

formar aquella incómoda sensibilidad, comun madre de todas las nevrosis.

Cuando el estado de perlesia ha sucedido á la surexcitacion nerviosa, los estimulantes, tales como los vejigatorios, aplicacion del fuego, etc., convienen sobre las partes que han perdido el movimiento y sensibilidad; pero si el ramo de nervio perlático puede excitarse con provecho, no sucede así con el tronco desorganizado ni con el cerebro, cuando él es el asiento del mal. Hemos visto que estaba alterado entónces á consecuencia de una prolongada inflamacion. Esta desorganizacion consiste en el reblandecimiento, supuracion ó endurecimiento de un punto de su substancia, á veces en un desgarró causado por la extravasacion de la sangre, etc. Cuando estos desórdenes no son muy estensos, trabaja en su cura la naturaleza; pero le es necesario mucho tiempo para ello: importa pues no turbarla irritando el cerebro, promoviendo un nuevo derramamiento, una nueva irrupcion de fluidos, en una palabra, una nueva inflamacion en las partes cuya

cicatriz iba á efectuarse. Ahora bien, todos los supuestos específicos que se administran en lo interior, no dejan nunca de surtir estos incómodos efectos; y cuando se cura durante su uso una perlesía, se logra esta felicidad á pesar, pero no con ayuda de ellos. Así, afuera elixires antiapopléticos, cocimiento de arnica, nuez vómica, aguas minerales, sulfúreas ó ferruginosas. Irritando las drogas el estómago, irritan el cerebro é impiden la consumación de la cura; ocasionan ellas á menudo una recaída. Desterramos tambien las aguas salinas y purgativas, las pildoras aloéticas, los granos de salud, y todas las preparaciones drásticas destinadas á mantener una ligera diarrea, bajo el pretexto de que conviene llamar los humores de la cabeza hácia el canal intestinal. El resultado de estas prácticas es producir una inflamacion crónica del estómago é intestinos, sin disminuir en nada la que obra la disolucion del cerebro, y disponer á los enfermos para un ataque de apoplegia, contra el que no habrá ya recurso ninguno. Lo mas seguro es no

usar de irritantes en lo interior, ceñirse á un severo régimen que pueda sostener al paciente sin causarle la surexcitacion, alejarle de las tareas intelectuales, y hacerle gozar del beneficio del aire descubierto, auxiliado de un ejercicio proporcionado con las fuerzas que pueden quedarle. La intemperancia y abuso de las bebidas fermentadas no dejan nunca de ocasionar, al cabo de un cierto tiempo, una recaída siempre mortal á los perlatícos que la apoplegia habia respetado.

Aplicados los revulsivos cerca del cerebro, en la nuca, por ejemplo, son útiles despues de los antiflogísticos; podemos poner pues allí un sedal, un cauterio, quemar ajenjo de la China. Cuyos medios convienen, con las mismas precauciones, cerca del tronco nervioso que la inflamacion crónica amenaza de desorganizar; así los aplicamos á la cadera en las ciáticas nerviosas; al brazo, codo, antebrazo, en las nevralgias de estas partes; á las sienes, en las de los ojos, párpados, y así consecutivamente.

Los prácticos saben tambien oponer

contra estas postreras enfermedades ciertos estimulantes vigorosos, cuya accion puede mirarse como revulsiva; tales son las fricciones mercuriales llevadas hasta la salivacion, las ventosas secas, escarificaciones, chorros de aguas minerales, y otros muchos tópicos mas ó ménos irritantes y rubificantes.

## EL SABIO.

Estoy pasmado en extremo de ver tantas conformidades entre las inflamaciones y las nevrosis; sin embargo, el modo con que Vm. ha enlazado los hechos relativos á estas dos clases de enfermedades, me parece muy natural, á lo ménos no me reconozco con suficiente instruccion médica para impugnarle; pero hábleme Vm. francamente, supla á mi ignorancia, y hágase á sí mismo las objeciones que un médico podria hacerle.

## EL MÉDICO JÓVEN.

La única que podria hacerse con algunos visos de fundamento, aunque no es mas que especiosa, es que siendo movibles mu-

chas nevrosis, no podemos atribuir las á un punto de inflamacion. Pero dejemos para mañana la solucion de esta cuestion; porque, para conducirle á Vm. á ella, me es preciso recordarle una buena parte de las cuestiones que llevamos tratadas anteriormente.

## DIALOGO DECIMO TERCIO.

*Consideraciones generales sobre las irritaciones movibles; las cuales son tambien causas de nevrosis.*

EL SABIO.

¿Y bien, doctor, como va Vm. á salir del estrecho en que tuvo á bien ponerse ayer por compasion de mi ruin ignorancia?

EL MÉDICO JÓVEN.

Saldré de él, Caballero, diciendo á Vm. que la irritacion, que exalta el movimiento, el sentimiento, y que llama los humores hácia cualquiera parte de nuestro cuerpo, no es siempre de una naturaleza que prosiga en sus estragos hasta la supuracion, gangrena, induracion, desorganizacion en una palabra. Cuando ella tiene estas propiedades, la llamamos *inflamacion* ó *subinflamacion*, segun nuestra lengua; en la cual nos ocupamos desde el principio de nuestras

conferencias. Pero á veces la irritacion es movible; de modo que despues de haber obrado por un cierto tiempo sobre un tejido, le deja para manifestarse en otro, ó bien vuelve constantemente al mismo, despues de haberle dejado en un estado normal. Pues bien, estas irritaciones movibles, ambulantes, ó que atacan siempre el mismo asiento, no se diferencian sino poquisimo de las irritaciones fijas; están producidas por las mismas causas, ceden á los mismos medios curativos; y si se exasperan con los estimulantes, se confunden enteramente con ellas.

EL SABIO.

Medio veo confusamente una nueva serie de proposiciones, que se derivan de la doctrina fisiológica de Vm.; pero no sé con qué hechos enlazarlas: tenga Vm. á bien, se lo ruego, espresarse en un language que se acomode á mis alcances.

EL MÉDICO JÓVEN.

Estas irritaciones, que digo á Vm. capaces de trasladarse de uno á otro tejido,

parecen con nombres diferentes en los autores. Elijo, para dar á Vm. una idea de ellas la gota y reumatismo : Sabe Vm. que los médicos los miran como inflamaciones, á pesar de su estremada movilidad, porque, durante la mansion que ellas hacen en una articulacion, notamos allí encendido, calor, y dolor. Ahora bien, esta irritacion movable se vuelve á veces fija en uno de los asientos que ella tenia costumbre de abandonar, ó en una nueva parte; y desde entónces obra como si no hubiera sido nunca movable. Sea movable ó fija la irritacion gotosa, depende ella siempre de las mismas causas; y sea movable ó fija, debemos atajarla con los mismos medios. Ve Vm. pues que hay una suma analogía entre las irritaciones fijas y las movibles; y observe ahora las relaciones de estas últimas con las nevrosis. Cuando una semejante irritacion muda de lugar, produce fenómenos nerviosos diferentes, segun los diversos tejidos que ataca ella. Sea la gota, todavía por ejemplo : en un pie, la irritacion causará dolores, temblores nerviosos

de todos los músculos del miembro; si ella se dirige hácia la cabeza, tendremos una ó muchas de las nevrosis cerebrales; si pasa al tejido del estómago, contemos con las nevrosis de las funciones interiores, y así consecutivamente.

## EL SABIO.

Le sigo á Vm. sin dificultad. Pero ¿porqué me conduce Vm. de nuevo á los fenómenos de la gota, en que ya nos hemos ocupado tanto?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Para hacerle partir á Vm. de un hecho que le es conocido, á fin de hacerle mas comprensible lo desconocido, y para probarle que no hay cosa ninguna separada en los fenómenos de las enfermedades cuyo conjunto constituye lo que se llama la patologia; va Vm. á comprenderme.

No es necesario que una irritacion háya empezado por las articulaciones, y llevado el nombre de gota, para ser movable y poder volverse fija despues de haber sido ambulante. Se declaran diariamente, con



el influjo del frio, del calor, de las pasiones, de los alimentos; de las bebidas y medicamentos estimulantes; á continuacion del desaparecimiento de los herpes, de la supresion de las hemorragias, etc., etc.; se declaran, repetimos, diversas irritaciones que comienzan con una gastritis, y de allí á breves dias, se substituyen con las apariencias de una inflamacion cerebral, que cede sucesivamente el puesto la de los riñones, de la vejiga, del útero, á la que suceden los síntomas observados ya en la gastritis. Ahora bien, como estas irritaciones son ligeras, desaparecen prontamente, y no se tiene á la vista el órgano que ellas ocupan, se cesa bien presto de considerarlas como se hacia en los principios; no se ven ya inflamaciones en ellas. Por cierto que si los prácticos hubieran podido ver el órgano que ellas ocupan, como ven la articulacion que padece con la gota, no cabe duda en que hubieran dicho: «Este órgano está inflamado,» supuesto que lo dijéron de un pulgar gotoso del pie. Pero, finalmente, no teniendo ellos

este órgano á la vista, no pudieron reconocer en él, mirando y palpando, hinchazon, encendimiento, y calor; ni estimar su estado mas que por medio del dolor, y movimientos convulsivos espasmódicos. Pero es rara vez vivo un dolor colocado en una víscera; obtuso ó vivo, va siempre acompañado de otros dolores que se refieren á órganos mas ó ménos distantes, y con frecuencia á lo exterior del cuerpo, en los músculos, piel, huesos; á estotros dolores, que son comunmente mas fuertes que los de la víscera, se agregan frecuentemente movimientos convulsivos en los músculos inmediatos: y todo esto forma un cúmulo de síntomas que no da la idea del verdadero estado del órgano atacado primitivamente. El médico califica de nevrosis la enfermedad. En el siguiente dia, si el punto de irritacion interior no es ya el mismo, han cambiado los dolores, convulsiones, y sensaciones extraordinarias de los enfermos, porque cada víscera, y aun cada parte de esta están ligadas por relaciones particulares con otras ciertas visc

ras, y con diferentes regiones exteriores del cuerpo. Bajo este aspecto el práctico, que no ve mas este segundo punto de irritacion visceral que vió el primero, cree estar curando una segunda nevrosis: se habitúa despues á esta movilidad y variacion de síntomas; considera estos de un modo colectivo, y forma de ello una enfermedad de dolores y movimientos, que coloca en los nervios generalmente, llamándola *nevrosis*.

## EL SABIO.

He seguido bien el hilo del raciocinio de Vm.; pero conozco que está dispuesto á escapárseme, y que no retendré nada de su teoría, si Vm. no me la hace mas palpable con algunos ejemplos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Aquí están; son unos hechos análogos á los de la gota, que acabo de poner á la vista de Vm. No precedida aquí de ataque de gota la irritacion, se establece en lo anterior del estómago; esta viscera está caliente, encendida, hinchada sensible co-

mo el dedo gordo del pie de un gotoso; entónces, dolores en la frente, en los brazos, entre los hombros; fatiga en los miembros; la irritacion de esta viscera predomina en el piloro (estremidad derecha del estómago); dolor bajo el seno derecho, en la espalda, apariencia de una enfermedad en el pulmon derecho; pasa él al cardia (estremidad izquierda del estómago); dolor bajo el hipocondrio correspondiente, propagado á la espalda, al omoplato izquierdo; apariencia de una pleuresia de este lado: la irritacion está situada en el intestino que sirve de continuacion al estómago (el duodeno); dolor en el hígado, que se comunica tambien á la espalda; la bilis no corre ya; ictericia; el hígado acaba en efecto viciándose, si persiste este punto de irritacion: esta se traslada al corazon, que se infla de sangre, hace experimentar dolor, congoja; palpitaciones, dificultad de andar; ella ocupa los bronquios; estos canales se ponen encendidos, calientes; se encogen; se respira jadeando; ataque de asma; la irritacion predomina en el cerebro; aturdimientos,

dolores diversos, movimientos convulsivos de los músculos correspondientes al punto mas atacado, como lo hemos visto; delirio, y, si esto continúa, locura; la irritacion salta de repente sobre los riñones; cólico nefrítico con vomitos; dolor comunicado al muslo, convulsion del cremasterio correspondiente; retencion de orina, y, si esto continúa, mal de piedra; la irritacion va á fijarse en la vejiga; esta se enciende, se hincha, se pone tan irritable, que ella obliga al paciente á estar orinando á cada momento; dolores, comazon en la estremidad del púbes. Si se trata de una muger, la irritacion se echa sobre el útero, manifestará este los fenómenos nerviosos que le son propios, y se notarán ataques histéricos. Figúrese Vm. despues la irritacion volviendo muchas veces á los mismos asientos, variando de intension á cada uno de estos regresos; y tendrá una idea de las nevrosis movibles; de aquellas enfermedades á las que los médicos no assignan ningun asiento particular, que colocan vagamente en los nervios, y

que sobre todo se guardan bien de comparar con la inflamacion.

## EL SABIO.

Ahora, entiendo grandemente á Vm.; y creo poder hacerle una objecion de mi cabeza. ¿ Quien le asegura á Vm. que todos esos fenómenos nerviosos dependen de un punto de irritacion de las vísceras, supuesto que no las tiene á la vista? ¿ Como ve Vm. en ellas mas claramente que los médicos que le precedieron?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Contaba yo con esa pregunta. Hemos llegado á estas conclusiones por medio de la comparacion de los casos semejantes, por el de la observacion de los medios curativos y la abertura de los cadáveres. Por ejemplo, irritando nuestros adversarios la víscera que sospechamos estar ya muy irritada, y que miramos como el móvil de la nevrosis, nuestros adversarios, repito, aumentan diariamente los accidentes nerviosos, miéntras que refrigerando y calmando los nuestros, hacen desaparecer

esta misma nevrosis : últimamente, siempre que la muerte nos proporciona la facultad de ello, comprobamos las señales de la presumida inflamacion.

EL SABIO.

Pero ; no me ha dicho Vm. que las inflamaciones movibles, tales como las que producen las nevrosis, eran ligeras? No pueden ellas volverse pues mortales.

EL MÉDICO JÓVEN.

Son ligeras al principio ; pero, cuando en vez de curarlas las exasperamos con los tónicos, antiespasmódicos y otros medios intempestivos, tienen ellas la suerte de la gota, se vuelven fijas : quiero decir que una irritacion ligera, despues de haber mudado de lugar por mucho tiempo, se hace mas fuerte, en una viscera, y no puede ser mudada del sitio de esta ; la desorganiza pues de un modo lento y crónico, produciendo los fenómenos nerviosos que dependen de las relaciones ó simpatías de esta viscera con los demás órganos.

EL SABIO.

¿No echaban de ver eso los antiguos médicos?

EL MÉDICO JÓVEN.

Miéntas que la irritacion era ligera y movible, no pensaban mas que en los diferentes cúmulos de síntomas que ella ocasionaba, no trataban de curar mas que una nevrosis, es decir los efectos de la irritacion local, y casi siempre con medios propios para aumentarla. Cuando la irritacion se habia vuelto fija y desorganizadora, decian que la nevrosis habia producido un vicio orgánico ; ó, si eran mas sutiles, que habia solamente coincidencia de un vicio orgánico con una nevrosis.

EL SABIO.

He aquí unas cosas muy pasmosas ; Vm. me hace temer adquirir la certeza de que la medecina merecia los cargos que se le hicieron siempre por los que cultivan las ciencias exactas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Tendria yo todavía otras muchas prue-

bas que presentar á Vm. de la futilidad de la antigua medicina. ¿Me da Vm. licencia para continuar la esplanacion de mi materia, hablándole de las irritaciones movibles que afectan volver al mismo asiento?

EL SABIO.

Deséolo sobremanera, porque espero que se esprese Vm. de un modo que no deje nada vago en mi espíritu.

EL MÉDICO JÓVEN.

Haré todo lo posible para ser claro.

EL SABIO.

Hasta mañana pues, si Vm. gusta.

---

## DIALOGO DECIMO CUARTO.

*Fiebres intermitentes.*

EL SABIO.

EN balde he escudriñado en mi memoria : pues mi erudicion médica no me ha suministrado dato ninguno sobre lo que Vm. llama irritaciones movibles que afectan volver al mismo asiento. Tenga Vm. á bien sacarme del apuro.

EL MÉDICO JÓVEN.

Tiene Vm. sin embargo una idea de las fiebres intermitentes.

EL SABIO.

Seguramente : me basta, para ello, el traer á la memoria que sufrí con ellas por mucho tiempo en mi juventud. Pero la cuestion de Vm. me recuerda tambien lo que mi doctor me ha dicho de estas enfermedades : sostiene que desconciertan enteramente el nuevo sistema de medicipa.

bas que presentar á Vm. de la futilidad de la antigua medicina. ¿Me da Vm. licencia para continuar la esplanacion de mi materia, hablándole de las irritaciones movibles que afectan volver al mismo asiento?

EL SABIO.

Deséolo sobremanera, porque espero que se esprese Vm. de un modo que no deje nada vago en mi espíritu.

EL MÉDICO JÓVEN.

Haré todo lo posible para ser claro.

EL SABIO.

Hasta mañana pues, si Vm. gusta.

---

## DIALOGO DECIMO CUARTO.

*Fiebres intermitentes.*

EL SABIO.

EN balde he escudriñado en mi memoria : pues mi erudicion médica no me ha suministrado dato ninguno sobre lo que Vm. llama irritaciones movibles que afectan volver al mismo asiento. Tenga Vm. á bien sacarme del apuro.

EL MÉDICO JÓVEN.

Tiene Vm. sin embargo una idea de las fiebres intermitentes.

EL SABIO.

Seguramente : me basta, para ello, el traer á la memoria que sufrí con ellas por mucho tiempo en mi juventud. Pero la cuestion de Vm. me recuerda tambien lo que mi doctor me ha dicho de estas enfermedades : sostiene que desconciertan enteramente el nuevo sistema de medicipa.

Si le he de dar crédito, los partidarios de la doctrina fisiológica no las esplicaron de un modo satisfactorio; de modo que muchas personas que abrazaron su sistema sobre otros puntos, no quedaron convencidas sobre este, y siguen todavía la antigua práctica.

EL MÉDICO JÓVEN.

Cuanto siguiéron las lecciones del catedrático de Val de Grace, ó que á lo ménos meditáron sus obras, se convenciéron tanto sobre este punto como sobre todos los otros. Los médicos que no han examinado mas que superficialmente, son los únicos que hacen objeciones todavía; pero ellas son fáciles de refutar, como Vm. mismo va á juzgarlo.

EL SABIO.

¿Querria designar acaso Vm. las fiebres intermitentes con las irritaciones movibles de que se trata?

EL MÉDICO JÓVEN.

Cabalmente, Caballero; eso mismo es. Las vemos sin embargo mudar de lugar

en algunos casos; pero voy á esplicarme.

Supuesto que Vm. ha tenido una fiebre intermitente, sabe que cada accesion comienza con bostezos, dilatacion de miembros acompañada de cansancio, que llamamos *pandiculaciones*, y calofrio.... No ignora que, durante el calofrio, se experimenta una sensacion de compresion é incomodidad en lo interior, especialmente en la boca del estómago, ó á lo ménos en el punto central del tronco, por debajo del pecho.

EL SABIO.

Sin duda que sí; he experimentado todo eso.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien, esto significa que la sangre se acumula con abundancia en las vísceras del pecho y empeine, principalmente en la region del estómago, y que ella se disminuye otro tanto en los miembros y toda la periferia. Pero, lo que llama la sangre hácia las vísceras, es la irritacion: quiero decir que aumentándose de repente

la accion vital en los órganos interiores; la sangre se precipita en ellos, y abandona las partes exteriores, que se vuelven mas sensibles á la accion del frio, y deben por consiguiente enfriarse y temblar como si efectivamente no fuera bastante caliente el aire para mantener la ordinaria temperatura de la piel. En otros términos, robando esta congestion visceral la sangre á la piel, hace friolento al hombre, y le causa el temblor.

EL SABIO.

Pero ¿no hay en eso una esplicacion hipotética?

EL MÉDICO JÓVEN.

La prueba de que no la hay es que, siempre que se verifica esta misma congestion, por ejemplo en los principios de las inflamaciones continuas, á continuacion de una gran comida, en ciertos afectos morales vehementes, como el miedo, se manifiesta el mismo despeluzamiento.

EL SABIO.

Concibo bien eso; pero si la esplicacion

de Vm. es justa, los despeluzamientos de que habla no deben verificarse cuando la temperatura del aire es muy elevada; por ejemplo, si se quiere hacer nulo el periodo de frio de una calentura, basta meter al paciente en un baño muy caliente; en cuanto al aire, lo está rara vez bastante para impedir el calofrio febril; pero se observa siempre que este fenómeno es incomparablemente mas intenso en invierno que en verano; por la mañana y tarde, que en medio del día; en una cama fria, que en una calentada con un calentador. Lo mismo sucede con el calofrio de la digestion: es casi siempre nulo en verano; y si, durante el invierno, nos quedamos en un lugar bien caliente, no le experimentamos, mientras que es fortisimo si nos esponemos al aire fresco luego que la comida está terminada. Todo esto se dirige á probar á Vm. que el calofrio febril depende de una congestion de sangre en las vísceras; y como la sangre no se mueve de sí misma, sino que se dirige constantemente hácia donde la llama la irritacion,



estos hechos le prueban igualmente que la congestion de que tratamos está producida por una irritacion visceral. Veamos lo que se sigue á esta primera modificacion.

La irritacion de los órganos interiores y especialmente de las vias gástricas, excita vivamente el corazon; la circulacion se acelera mucho mas que en el estado natural, que es mas conveniente llamar *normal*. La sangre es repelida hácia lo exterior, y la impresion de frio desaparece para hacer lugar á una sensacion enteramente opuesta; la piel se vuelve coloreada, abrasada hasta que la violencia del impulso sanguíneo haya forzado sus poros á dilatarse y dejar correr el sudor, que se lleva consigo toda la irritacion y termina la accesion. Ahora comprende Vm. como esta terminacion puede acelerarse por medio de la inmediata aplicacion del calor sobre la piel.

EL SABIO.

Si, Señor, alcanzo eso, pero no alcanzo porqué la irritacion, que Vm. dice sobrevenir de repente en las vísceras al princi-

pio de las accessiones, no calienta desde luego la piel, supuesto que hace palpar el corazon con mas celeridad.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es porque la sangre obedece á la primera irritacion que se manifiesta; que es la de las vísceras; luego los primeros turbiones de sangre que son impelidos por el corazon, deben dirigirse hácia ellas; pero cuando las vísceras están llenas de sangre, impelida esta siempre con mas violencia por el corazon, refluye hácia las partes exteriores y las calienta poco á poco. Es preciso tener tambien en consideracion el influjo simpático, transmitido por medio de los nervios de las superficies viscerales, especialmente de las vias digestivas, á la piel; porque está demostrado en patología que las irritaciones de estas superficies se repiten bien pronto en el tejido cutáneo.

EL SABIO.

¿Porqué da Vm. á las vias digestivas el primer lugar en la produccion de los fenómenos de las fiebres intermitentes?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Porque el estómago está mas vivamente atacado que las otras vísceras en las intermitentes ordinarias; en efecto, luego que ha dado principio la accesion, se desaparece el apetito y se manifiesta la sed: pues bien, esto prueba que la superficie del estómago se enciende y experimenta un principio de inflamacion: porque tambien, en los casos en que las fiebres intermitentes ordinarias se vuelven continuas, se confunden ellas con las gastrítis agudas ó fiebres continuas de los autores; y porque finalmente, cuando las fiebres intermitentes duran por mucho tiempo, se deterioran las funciones digestivas, y el estómago, igualmente que los intestinos, están en el mismo estado en que se hallan á continuacion de las gastrítis crónicas.

EL SABIO.

Pero ¿no experimentan las otras vísceras algunas modificaciones análogas?

EL MÉDICO JÓVEN.

En los casos mas comunes, se hallan

poco desordenadas sus funciones; pero hay algunas fiebres intermitentes en que la congestion es mas fuerte en los pulmones ó cabeza que en los órganos digestivos. Estos casos son muy fáciles de reconocer por el dolor, ardor, y plenitud que se resienten en estos órganos; y, si no se ataja el curso de estas calenturas, la congestion pasa á ser permanente en estos mismos órganos, los cuales experimentan, como acabo de decirlo á Vm. de las vias gástricas, una verdadera inflamacion continua: en cuyo caso la fiebre intermitente se transforma en neumonía, pleuresía, inflamacion del cerebro, como se transforma en gastrítis ó gastro-enterítis aguda, cuando se perpetúa la congestion en los órganos digestivos.

EL SABIO.

¿Qué cosa justifica ese modo de pensar?

EL MÉDICO JÓVEN.

Los aciertos de la sangría y antiflogísticos, ó bien las aberturas de los cadáveres, que hacen ver aquí los mismos desórdenes que á continuacion de las inflamaciones

que no fuéron precedidas de intermitencia ninguna de irritacion.

EL SABIO.

Entiendo eso perfectamente; pero le suplico á Vm. que me diga, como se enlazan las fiebres perniciosas con las esplicaciones que acaba de hacerme.

EL MÉDICO JÓVEN.

Déme Vm. licencia para preguntarle qué concepto se ha formado de estas fiebres en sus lecturas.

EL SABIO.

Me las han dado por unas fiebras cuyas accesiones van acompañadas de tan graves síntomas nerviosos, que los pacientes se rinden comunmente á la tercera accesion, la quina no ataja la dolencia.

EL MÉDICO JÓVEN.

Esa teoría es inexacta, como Vm. va á verlo.

Siempre que la irritacion que determina una accesion febril, es excesiva, el órgano que es asiento suyo experimenta una con-

siderable congestion; se descomponen mucho las funciones de semejante órgano; el enfermo resiente sumos dolores en él, igualmente que en los tejidos que le son más simpáticos; la reaccion hácia lo exterior, que debe acarrear la solucion de la accesion se efectúa con mucha dificultad. Si las accesiones se repiten, acaba ella no verificándose; el órgano atacado guarda la irritacion; pasa á un estado de congestion inflamatoria continua; si esta es violenta, el órgano se destruye; si él es importante, su destruccion acarrea la de todos los otros, y la muerte se realiza ántes que la inflamacion haya tenido lugar de recorrer todos sus periodos; pero si la irritacion es ménos intensa ó el órgano ménos importante, esta inflamacion se prolonga, y se confunde tambien con las que no manifestaron intermitencia ninguna en sus principios.

Voy á hacer palpable esto á Vm. con algunos ejemplos: una muy viva congestion en el estómago causa nauseas, vómitos, horribles dolores en el epigastro; en los

intestinos, produce cólicos atroces, diarrea; participada por el hígado, ocasiona dolores en esta region, flujos ó vómitos de cólera: muy fuerte esta congestion en los pulmones da origen á la tos, á los síntomas de catarro ó fluxion de pecho; en la cabeza, ocasiona el delirio, el furor, los síntomas de la apoplejía; en el corazon, retiene el curso de la sangre y causa síncope, un frio glacial en la piel, con angustia en la region del corazon. Si esta congestion predomina por un estilo hemorrágico, da flujos de sangre por la nariz ú órganos que acabo de mentar. No está todo en esto: la irritacion de una accesion puede salir de los tejidos en que está mas comunmente, y manifestarse en otros, lo cual ocasiona síntomas diferentes; por ejemplo, en la pleura, los de una pleuresía; en el peritóneo, los de una verdadera peritonite; en el tronco nervioso de un miembro, dolores nevrálgicos, etc. Ahora bien, estos son los fenómenos que caracterizan las fiebres perniciosas de los autores; ve Vm. que ellas no difieren de las benignas mas

que por un mas elevado grado de intension en la irritacion periódica de las visceras ú otros tejidos: conciba Vm. estas congestiones permanentes, y el enfermo se rendirá á ella ó tendrá una inflamacion continua.

EL SABIO.

Pero ¿como conciliar esa teoría, que está fundada enteramente sobre la inflamacion, con los tan decantados aciertos de la quina en las calenturas de que tratamos?

EL MÉDICO JÓVEN.

Esos aciertos, Caballero, están muy léjos de ser constantes. Sucede con mucha frecuencia que la quina convierta la irritacion intermitente en continua, en verdadera inflamacion aguda; ó bien suprimiendo la quina la accesiones, deja una inflamacion crónica que tiene todas las consecuencias de las de esta especie que no fuéron intermitentes.

EL SABIO.

Ah! declara Vm. por falsa la obser-

vacion de los mas ilustrados médicos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Porqué no? supuesto que hablan contra ellos los hechos. La historia que los mismos nos dejaron de las epidemias de fiebres intermitentes, hormiguan de casos en que estas enfermedades degeneraron en fiebres pútridas, y malignas, en inflamaciones sumamente peligrosas de la cabeza y pulmones; y si miramos á los mas de los enfermos que sanaron de las fiebres perniciosas á puro quina, los vemos pálidos, cacoquímios, teniendo abultados bazos, un hígado disforme, opresion, tos; ó bien los encontramos en un estado de hidropesía y escorbuto. Ahora bien, todos estos achaques son el producto de las inflamaciones crónicas de las vísceras, con que la accion estimulante de la quina substituyo las irritaciones periódicas en los principios. Estas enfermedades formaron siempre la desesperacion de los médicos; y, desde la mas remota antigüedad hasta nuestros tiempos, pusiéron en tormento su mente para espli-

car las obstrucciones de las vísceras, para determinar si ellas eran los efectos de estas fiebres ó de los febrifugos, y si no valia mas abandonar una fiebre intermitente á si misma que atajarla; se esforzaron igualmente á indagar remedios para los residuos de estas fiebres; y fué siempre en balde su trabajo.

EL SABIO.

¿A qué atribuye Vm. esas obstrucciones del hígado, bazo, pulmon, y mesenterio?

EL MÉDICO JÓVEN.

Cuando la irritacion intermitente se vuelve continua con fiebre en el estado agudo, se convierte ella, hemos dicho, en inflamacion aguda; cuando se vuelve continua sin fiebre, ó en el estado crónico, es una inflamacion ó subinflamacion crónica, que perpetua las congestiones viscerales en otros tiempos pasageras, y las transforma en lo que llamamos *obstrucciones*. En efecto, la sangre y linfa permanecen acumuladas en el hígado, bazo, mesenterio, y tejidos pulmoniacos, no ya con un vivo

calor, sino con una obscura irritacion cuya destruccion es entónces sumamente dificultosa; y todo ello no acaece mas que á causa de que en vez de aplacar la irritacion en sus principios, la dejáron fijarse, ó bien la fijáron en las vísceras con la quina.

EL SABIO.

¿ Quiere Vm. pues curar todas las fiebres intermitentes, sin exceptuar las perniciosas, con la sangría, dieta, y emolientes ?

EL MÉDICO JÓVEN.

Nos hallamos bien distantes, Caballero, de menospreciar los frutos de la esperiencia. Sabemos que la quina puede administrarse acertadamente en estas fiebres, quando las circunstancias son propicias; pero se trata de engendrar estas circunstancias, y nos lisonjemos de sobrepujar sobre este punto á nuestros antecesores. Les llevamos ademas esta superioridad, que los medios, de que nos valemos para ello, nos dispensan con suma frecuencia de recurrir á este remedio. Voy á esplanarle á Vm. nuestra

teoría, y me atrevo á creer que ella le dejará satisfecho.

Subo desde luego ó las causas de la intermitencia de irritacion :

He demostrado á Vm. que cuantas irritaciones se manifiestan repentinamente en las vísceras, producen el calofrío, y consecutivamente, por una verdadera reaccion, el calor de lo exterior del cuerpo; pues bien, sepa Vm. ahora que cuanto enfria directamente la piel, obstruye tambien las vísceras, y comprenderá que el frío debe producir las fiebres intermitentes y flemasías. En efecto, si, producido una vez el estado de obstruccion, él persiste, es una inflamacion; si se termina con el sudor, y vuelve al cabo de uno, dos, ó tres dias, es una fiebre intermitente. Pero, entre las numerosas causas de las congestiones viscerales inflamatorias, hay una que las produce con mas frecuencia intermitentes que todas las otras : son las vicisitudes frecuentes del frío al calor, y de este á aquel. Serán pues frequentísimas las fiebres intermitentes en las estaciones de

primavera y otoño; en los países pantanosos, en que el aire se carga, durante la noche, de una humedad que forma contraste con el calor del día. Pero, ántes de verse atacadas de estas enfermedades, las personas que las experimentan, estuvieron sujetas muchas veces al influjo de estas vicisitudes; se enfriaron muchas veces despues de haber tenido calor, y se calentaron repentinamente despues de haberse enfriado. En los principios, suportaron ellas estas alternativas sin padecer con esto; pero, al cabo, estas alternativas pasan á ser mórbidas. La congestion visceral, inseparable de todo enfriamiento, se convierte en una irritacion enfermiza, que produce un calofrio de la misma naturaleza; y el calor que le sucede cesa de ser el de la salud, para transformarse en otro realmente febril. Si este calor continúa, es una flemasía; si cede para volver, es una fiebre intermitente. La contingencia es incierta á la primera vista, porque no hay epidemia ninguna de fiebre intermitente que no esté acompañada de innumerables flemasías. Sabe Vm.

que, en este caso, las causas de todas estas enfermedades son las mismas; ha visto mas arriba que la irritacion febril intermitente se convertia frecuentemente en costumbre, es decir en inflamacion: la analogia, que existe entre estos dos modos de irritacion no puede ocultársele á Vm. pues en adelante. Esto supuesto, llegamos al modo de curacion.

El primer cuidado del médico debe ser eximir del influjo de las vicisitudes atmosféricas á los enfermos; y es tanta la eficacia de este primer socorro, que la mitad, por lo ménos, de las personas que se pusieron febricitantes en una laguna, se hallan curadas, si las obligan á dejar este sitio luego que han contraido su enfermedad.

La segunda atencion que el médico debe poner, es asegurarse de si, á continuacion de la accesion, esto es despues del sudor, queda alguna irritacion en las vísceras. Si no queda ninguna absolutamente, y que la congestion no sea muy violenta, muy próxima á la inflamacion, puede dar la quina en el intervalo de las accesiones, que

llamamos la *apirexia*; por cuyo medio produce una irritacion artificial que precave la de la futura accesion: es una revulsion. Puede luchar tambien contra la primera accesion que se presenta, con la sangría practicada durante el tiempo del calor, lo mas cerca posible de la víscera en que se hace la congestion; y, en los mas comunes casos, es el estómago. Por lo mismo vemos á menudo que las fiebres intermitentes ceden á una primera aplicacion de sanguijuelas en el epigastro. Muchos médicos fisiologistas la repiten tantas veces cuantas se renueva la congestion, y curan perfectamente la enfermedad. No obstante esto, si semejante medio no tiene un buen éxito, debemos llegar á la quina, que surte tanto mas efecto, quanto mas atrevidamente se ha administrado la curacion antiflogistica. Esto es en quanto á las fiebres intermitentes mas ligeras.

Si aunque la *apirexia* es bien completa, se hacen las congestiones con una estrema violencia, la curacion antiflogistica merece tener todavia la iniciativa. Es el caso

de una infinidad de fiebres que pasan por perniciosas, y ceden sin embargo muy bien á las sangrías; miéntras que, si el práctico las acoge con la quina, forma de ellas calenturas pútridas y malignas, asombrándose de haber sido embaucado por los autores que le han servido de modelos. Si, despues de terminada la accesion, esto es despues del sudor, queda en las vísceras alguna irritacion, no hay que escoger; son de rigor las sangrías y antiflogisticos. La quina podria convertir la irritacion periódica, en continua; esponamos estos casos. Lo que se observa con mas frecuencia entónces, es una irritacion del sistema gástrico, que persiste despues de la accesion, y que se señala con sintomas que son ya conocidos de Vm.; son el amargor de la boca; el encendimiento de la punta de la lengua, que está comunmente puerca y mucosa en su centro; la repugnancia á los alimentos; dolor en la cabeza, cansancio en los miembros, debilidad, abatimiento; una tez pálida y amarillenta, mezclada á veces con un encarnado cárdeno. No son



estos los indicantes del embarazo gástrico de los autores?

EL SABIO.

Sin duda ninguna, y los reunia yo todos despues de mi primera accesion de fiebre; pero me los quitáron todos por medio de un emético.

EL MÉDICO JÓVEN.

Ah; ¿qué resultó de ello?

EL SABIO.

Que esperimeté dolor en el estómag, sed, y que las accesiones se volviéron mas violentas; lo que obligó á dejar caminar la fiebre por espacio de siete dias ántes de darme la quina.

EL MÉDICO JÓVEN.

¿Se llevó ella repentinamente, cuando se la diéron á Vm., la calentura?

EL SABIO.

Se la llevó; pero no recobré las ganas. Las accesiones volviéron muchas veces despues de haber cedido al febrífugo, y

no sané mas que yendo á tomar leche en una aldea. La enfermedad duró seis meses.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien, Caballero, si, en vez de darle á Vm. un emético, le hubieran aplicado una treintena de sanguijuelas en la boca del estómago, que llamamos *epigastro*, hubiera desaparecido la fiebre; ó la hubieran atajado las primeras dosis de quina que le hubieran administrado á Vm. Tambien hubiera logrado Vm. el beneficio de recuperar las ganas á continuacion de la sangría local.

EL SABIO.

No tengo razon ninguna para afirmar lo contrario; sin embargo ví á varias personas en quienes surtió el vomitivo buenos efectos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es preciso por cierto que haya algunas en las que esta curacion los surta, por que de otro modo estaria abandonado el emético hace ya mucho tiempo; pero son aquellas cuyo estómago no está mas que débilmente irritado. La cura, en se me-

jantes casos, se verifica por revulsion; pero no hay práctico ninguno que pueda salir por garante de ella á la primera entrada, aun en los casos en que el estómago no se halla en un estado de inflamacion. En cuanto á los casos en que este estado existe realmente, el menor mal que puede suceder á los enfermos que han tomado un vomitivo, es una prolongacion de la enfermedad á menudo mucho mas considerable, que la esperimentó, Vm. Si á lo ménos se hubieran ceñido los médicos á no dar el emético mas que en los primeros casos, no habria graves cargos que hacerles; pero como ignoraban que los embrazos gástricos, son irritaciones inflamatorias del estómago, les oponian indistintamente la misma curacion, y de este modo hacian tan dificultosa la cura de las fiebres intermitentes.

Acaba de ver Vm. lo que es preciso hacer siempre que los indicantes de embrazo gástrico sin fiebre se presentan en los intervalos de las accesiones; pero hay una infinidad de casos, en que la irritacion que

produce este embarazo llega á un grado bastante considerable para mantener una accion febril. Los pacientes reunen á la inapetencia, á la mala boca, etc., la frecuencia del pulso, el calor de la piel, el quebranto de las fuerzas; en una palabra, la apirexiano es completa: lo que no impide que al cabo de uno ó dos dias vuelva á parecer el calofrio, seguido de un aumento muy considerable del calor, y de un sudor, á continuacion del cual los enfermos conservan todavia, como la primera vez, la frecuencia del pulso y las señales de la irritacion inflamatoria de las primeras vias.

EL SABIO.

He aquí unos casos estrañamente complicados.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pueden serlo mas todavia; porque en la modificacion que acabo de describir á Vm., unicamente la irritacion gástrica conserva la fiebre entre las accesiones: pero hay algunas otras en que la cabeza, el pulmon, ó cualquiera otra víscera se hallan

tambien, durante la remision, en un estado de verdadera inflamacion, que se une á la de las vias gástricas para mantener la fiebre entre las accesiones. Juzga Vm. bien que en semejantes circunstancias estas accesiones deben adquirir un elevadísimo grado de intension. Por lo demas, las señales que dan á conocer estas diferentes congestiones no deben detenerme, supuesto que son siempre, tanto en las accesiones como en la apirexia, las mismas que las de las inflamaciones viscerales continuas, que hemos examinado ya.

EL SABIO.

No he oido hablar nunca de esas especies de complicaciones.

EL MÉDICO JÓVEN.

Perdone Vm., Caballero; las ha hallado Vm., en los autores, con el título de *remitentes*, *hemitriteas*, *subintrantes*. Danles estos nombres, á causa de que la fiebre no cesa completamente, y se limita á experimentar una disminucion que se llama

*remision*. Los autores supusieron que habia, en estos casos, complicacion de una fiebre intermitente con una continua de los géneros bilioso, mucoso, pútrido ó maligno; y como la curacion que ellos les aplicaban no era nada propia para conseguir su cura, las temian mucho, y las referian con la mayor frecuencia á las perniciosas.

EL SABIO.

Efectivamente, he hallado fiebres remitentes en los autores; aun me estrañaba mucho de que Vm. no me las hubiera mentado; é iba yo á preguntar lo que Vm. pensaba de ellas, cuando me ví conducido á esto sin recelarlo. Y bien, como cura Vm. estas enfermedades.

EL MÉDICO JÓVEN.

Su curacion sirve naturalmente de continuacion á la de los supuestos embarazos gástricos; pero debe ser mas vigorosa. Es preciso sangrar ampliamente abriendo la vena, si la plétora es considerable, y si la sangre se acumula en la cabeza ó pecho. Se acaba, despues de esto, de atajar la irri-

tacion de las vísceras con las sangrías puestas cerca de las que sufren mas; se suprime todo alimento, para limitarse á las bebidas acuosas y emolientes, y se destierra todo medicamento irritante. Este método es comunmente seguido de un pronto acierto, cuando la irritacion no ha durado por bastante tiempo para desorganizar las vísceras; pero si no logra suspender las accesiones, hace á lo ménos mucho mas dulce la remision. En cuyo caso, habiendo comprobado el médico que no hay ya vestigio ninguno de inflamacion permanente entre las accesiones; habiéndose asegurado, por la palidez y anchura de la lengua, por la vuelta del apetito, por la cesacion de la incomodidad, de que, á pesar de la frecuencia del pulso, la mucosa del estómago no está flogoseada en la remision; el médico, repito, administra con atrevimiento la quina ó cualquiera otro estimulante, y la cura se hace rara vez esperar mas de dos ó tres dias.

EL SABIO.

Esa teoría me parece muy racional; no

hubiera recelado yo que se hubiera podido llegar hasta ese grado de precision y claridad en el caos de las calenturas intermitentes y remitentes; lo que habia leído sobre esto, me dejó mucho que desear. Se atribuia, creo, la resistencia de estas enfermedades á la malignidad de ciertos miasmas que se exhalan de las lagunas; y cuando la quina tardaba en triunfar de ellas, se hallaban en el mayor apuro los médicos. Pero, suplico á Vm. que me diga, cuales son los febrífugos con que puede substituirse la quina.

EL MÉDICO JÓVEN.

La quina es el remedio mas eficaz que puede oponerse á la periodicidad de irritacion, especialmente cuando le administramos en forma de sulfato de quinina; pero está muy distante de ser el único. Los antiguos, que no le conocian, curaban con los amargos estas fiebres. Se les oponen con acierto el vino, licores alcohólicos, aromas, opio, éter, emético combinado con el opio; en una palabra, cuanto puede

estimar el estómago. Luchamos tambien contra ellas con los irritantes exteriores, tales como los sinapismos, vejigatorios, fricciones con la tintura espirituosa de quina, con el opio, emético, etc. Estos tópicos están reservados para los casos en que la irritabilidad del estómago repele los estimulantes; entónces es necesario limitarse á hacer tomar en lo interior temperantes, y prescribir un régimen apropiado. Nos va bien igualmente, en semejantes circunstancias, desvaneciendo el frio con baños ó vapores calientes, y moderando el periodo del calor con las aplicaciones de hielo, de agua fria en el epigastro; pero es preciso para esto que el pulmon no esté irritado; porque, si lo estuviera, el frio engendraría una perineumonía ó pleuresia.

## EL SABIO.

¿ Que sucedería si, en vez de calmar las inflamaciones de las vísceras que persisten entre las accesiones, y que producen la remitencia, se administrara inmediatamente la quina?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Sucedería que la fiebre remitente se convertiría en continua, y he aquí porque: la fiebre no experimenta remision ninguna sino porque la irritacion visceral se disminuye en intension por algun tiempo. Pero si Vm. estimula las vísceras que son el asiento suyo, eleva entónces su irritacion á un grado de actividad que no le permite ya experimentar una disminucion periódica, es decir que Vm. forma de ella una inflamacion continua consecutiva, que difiere en nada de las inflamaciones igualmente agudas que no presentáron nunca intermision ni remision: cuyo hecho testifica la analogía que hay entre estas dos especies de irritaciones. Hay sin embargo casos en que la flemasía visceral intermitente ó remitente á la que no se opusieron los anti-flogísticos, pierde su estado agudo con el influjo de la quina, pero es para convertirse en una flemasía crónica continua, que acarrea bien presto la obstruccion del hígado, bazo, pulmon, y aun la de las ternillas del

canal digestivo. Este duplicado resultado es sumamente frecuente en la práctica de los ontologistas: le notamos igualmente en las fiebres en que la apirexia es completa, es decir en las intermitentes completas de todos los tipos, cuando se da la quina en muy cortas dosis para hacer cesar la periodicidad de irritacion, porque hay precision de prolongar el uso suyo por mucho tiempo. Las vias gástricas, á puro ser estimuladas con este medicamento, contraen una flemasia crónica que hace lánguida la nutricion, que á menudo se repite en las demas vísceras, y que aun causa al cabo la hidropesia. Para curar bien las fiebres de crecimientos periódicos, es menester apresurarse pues á desvanecer el estado inflamatorio que persiste entre las accesiones, y dar despues la quina en dosis apuradas, durante el tiempo de las apirexias. Este método disipa la calentura ántes que el medicamento haya tenido lugar de inflamar las vias gástricas; y si se destierran las causas determinantes, no es temible la reincidencia.

## EL SABIO.

Está muy bien; pero ruego á Vm. que me diga, como se conduce cuando una fiebre intermitente, mal curada, ha producido infartos, obstrucciones, y ese estado de languidez de que Vm. me habló. Si me acuerdo bien de mis autores, creo que recurren á los diluentes aperitivos, y aun tónicos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Le ha servido á Vm. su memoria grandemente, Caballero; pues efectivamente hacian ellos uso de todas esas drogas; pero como estas son irritantes, no surtian nunca buenos efectos. Siendo siempre flemasias crónicas los afectos de que habla Vm., es preciso atajarlos siempre con los antiflogísticos, salvo el agregarles las fricciones sobre la piel con la tintura de quina, y los demas medios externos que llevo indicados á Vm., si no está enteramente destruida todavia la periodicidad de irritacion.

## EL SABIO.

De cuanto acabo de oir, concluyo que

si la teoría de Vm. es verdadera con respecto á las enfermedades de quienes hemos hablado anteriormente, debe serlo igualmente en cuanto á las fiebres intermitentes; porque veo claramente que es siempre una misma: hallo en ella á lo ménos los elementos de una ciencia, lo que no existia en los antiguos sistemas. Pero no he olvidado que me prometió Vm. darme una idea de las neurismas del corazón; y persisto mucho en ello, tanto á causa de la gravedad de estas enfermedades, como á fin de ver si Vm. puede enlazarlas con las que sirvieron hasta ahora de materia á nuestras conferencias.

---



---

## DIALOGO DECIMO QUINTO.

*Enfermedades del corazón.*

EL SABIO.

SEA Vm. bien venido, querido doctor. Despues de nuestra postrera conferencia, he recorrido la obra de Corvisart; la cual me ha llenado de espanto. Tengo necesidad de que Vm. me tranquilice. Está presente siempre su epigrafe en mi ánimo: *Heret lateri lethalis arundo*. Resentí algunas palpitations á veces: ¿estaria ya herido de la mortal flecha yo?

EL MÉDICO JÓVEN.

Lo juzgará Vm. en seguida de nuestra conferencia. Es el corazón un crecido músculo situado en medio de la cavidad del pecho, y ahondado con cuatro cavidades. Está alternativamente en contraccion y relajamiento. Relajado, recibe la sangre que le traen las venas; apénas la ha reci-

si la teoría de Vm. es verdadera con respecto á las enfermedades de quienes hemos hablado anteriormente, debe serlo igualmente en cuanto á las fiebres intermitentes; porque veo claramente que es siempre una misma: hallo en ella á lo ménos los elementos de una ciencia, lo que no existia en los antiguos sistemas. Pero no he olvidado que me prometió Vm. darme una idea de las neurismas del corazón; y persisto mucho en ello, tanto á causa de la gravedad de estas enfermedades, como á fin de ver si Vm. puede enlazarlas con las que sirviéron hasta ahora de materia á nuestras conferencias.

---



---

## DIALOGO DECIMO QUINTO.

*Enfermedades del corazón.*

EL SABIO.

SEA Vm. bien venido, querido doctor. Despues de nuestra postrera conferencia, he recorrido la obra de Corvisart; la cual me ha llenado de espanto. Tengo necesidad de que Vm. me tranquilice. Está presente siempre su epigrafe en mi ánimo: *Heret lateri lethalis arundo*. Resentí algunas palpitations á veces: ¿estaria ya herido de la mortal flecha yo?

EL MÉDICO JÓVEN.

Lo juzgará Vm. en seguida de nuestra conferencia. Es el corazón un crecido músculo situado en medio de la cavidad del pecho, y ahondado con cuatro cavidades. Está alternativamente en contraccion y relajamiento. Relajado, recibe la sangre que le traen las venas; apénas la ha reci-



bido, cuando se comprime, se condensa estrechando sus cavidades (es lo que llamamos su *contraccion*), y la impele hácia las arterias, que la distribuyen entre las diferentes partes del cuerpo. Mas amplias individualidades sobre la estructura de esta viscera serian en balde para nuestro objeto; pero es bueno añadir que este músculo está lleno de nervios; recibe algunos que le son comunes con todas las partes del cuerpo; los tiene del cerebro, como tambien del gran simpático. Ahora bien, como los nervios están destinados á transmitir la irritacion de los órganos de los unos á los otros, concibe Vm. que el corazon debe participar de cuantas toman progreso en la economía. No se pasmará Vm. pues de saber que todas las inflamaciones despiertan la actividad del corazon, le fuerzan á precipitar sus contracciones, y acelerar mucho el movimiento de la sangre, lo cual aumenta el calor de todas las partes. Esto es lo que constituye el fenómeno fundamental del estado que se llama *fiebre*.

## EL SABIO.

El corazon debe estar pues prodigiosamente martirizado en las personas que tienen á menudo enfermedades inflamatorias.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Por lo mismo lo está; y es una de las principales causas de sus enfermedades. Repare Vm. desde luego que las mismas influencias que producen las inflamaciones del pulmon, de la pleura, del peritóneo y músculos, quiero decir el repentino tránsito del calor al frio, y las violencias esteriore, pueden engendrar en él una inflamacion aguda que le asalta comunmente por su superficie esterna, y que se llama *pericarditis*. Esta flemasia se caracteriza con el dolor, calor de la parte enferma, é irregularidad del pulso; con el temor de la sufocacion, del síncope y aun muerte; todo ello con fiebre ardiente, aunque el pulso tenga un escaso progreso. No tarda ella en volverse mortal, si no la atajan en sus principios; acompaña á veces á las pleuresías del lado izquierdo; siendo

ménos intensa, puede hacerse crónica y mantener una sufocacion que es seguida de accidentes análogos á los de la neurisma completa, de la que hablaré bien pronto.

En los casos en que el corazon no está desde luego inflamado por las causas de flemasias, acaba, á puro participar de la irritacion de los otros órganos, contrayendo él mismo la irritacion. Despues de haberla recibido prestada, la conserva, y á veces no puede desembarazarse ya de ella. Esta es pues una segunda causa de las enfermedades del corazon. He aquí otras:

Se irrita vivamente el corazon con los afectos morales, supuesto que recibe nervios del cerebro, y particularmente con ciertas pasiones, como el miedo, ira, amor, etc. Todo esto produce palpitaciones, y las palpitaciones suponen la irritacion de este órgano. Irritante ademas los ejercicios violentos que le hacen llegar una extraordinaria cantidad de sangre, la tos, los gritos, los cantos forzados, cuantos esfuerzos continuados retienen la sangre en

los pulmones, y, de resultas, en las cavidades del corazon; finalmente, aquellas convulsiones que son tan frecuentes en ciertas nevrosis.

A esta tercera serie de causas irritantes del corazon, es necesario añadir la traslacion de la irritacion crónica de los otros órganos, como la gota, reumatismo, herpes, etc., que con frecuencia abandonan las articulaciones, los músculos, la piel, para trasladarse al tejido del corazon, con arreglo á la ley notabilísima en patología, que cuantas irritaciones se prolongan en lo exterior del cuerpo, miran á dirigirse hácia los órganos internos mas activos y vivos.

Habiendo contraido el corazon la irritacion con el influjo que sobre él ejercen los demas órganos, debe experimentar necesariamente la suerte de todos los tejidos irritados: tiene sus vasos propios, su circulacion particular; atrae pues mas sangre que de costumbre, y puede desde luego experimentar una pericarditis consecutiva mas ó ménos semejante á la primitiva que ya llevó mentada. Cuando evita esta infla-

macion, está atacado de otros modos; se infla, se pone irritable en tanto extremo, que se agita, forcejea, palpita, causa sufocaciones, congoja, inquietud cada vez que el individuo experimenta alguna conmoción física ó moral.

Las alteraciones que estos desórdenes ocasionan en la circulación de la sangre, producen accidentes todavía mas extraordinarios: unas veces, detienen repentinamente la marcha, con un dolor en el lado izquierdo del pecho, mas ó ménos prolongado en los hombros y brazo, lo que lleva el nombre de *angina de pecho*; otras resultan sueños penosos, despertándose de sobresalto el paciente, ó la total pérdida del sueño. Ultimamente, uno de los mas comunes accidentes de este embarazo de la circulación, es un ataque de asma, como he tenido la ocasion de decírsele á Vm. al hablar de las nevrosis del pecho.

Siendo el corazón un órgano robustísimo, puede sobrellevar por mucho tiempo la irritación sin desorganizarse: por lo mismo acaece muy á menudo que los sín-

tomas de que acabo de hablarle á Vm., se desvanecen cuando se ha disminuido la cantidad de sangre por medio de una sangría, ó cuando se consigue suspender la irritación del órgano que producía y mantenía la suya. Así es como los hipocondriacos, las mugeres histéricas, se libentan de sus palpitaciones, de sus sufocaciones, recuperan un sueño apacible, y pueden andar con facilidad, cuando, por medio de una curación sabiamente dirigida, se han desterrado las inflamaciones del estómago y útero que desordenaban las funciones del corazón. Importa notar esta circunstancia, á fin de desvanecer las inquietudes de una infinidad de infelices que se creen atacados de la neurisma del corazón, á causa de que experimentan, hace algun tiempo, una parte de los síntomas que acabo de referir.

Pero si sin embargo no se aplica remedio ninguno contra la irritación del corazón, esta víscera acaba experimentando varios desórdenes orgánicos. Dan principio estos desórdenes á veces con la infla-

macion de su membrana interna, que se condensa, se endurece, se vuelve oseosa, y se cubre de vegetaciones que se llaman *pólipos*. Estas producciones reducen las aberturas del corazon, y retienen en sus cavidades la sangre que las irrita de continuo. En otros casos, las condensa la inflamacion lenta de las arterias mayores inmediatas al corazon, limita su capacidad, y opone resistencia á la sangre que el corazon les envía, lo que produce ademas la irritacion de las ternillas de esta viscera. La estimulacion permanente del corazon produce tambien la inflamacion crónica de sus arterias propias, dichas *coronarias*, que acaban osificándose.

Atormentado el tejido muscular del corazon con todas estas causas de irritacion, adquiere al principio mas fuerza y vigor que de costumbre: es lo que se llama *hipertrofiado*; despues se reblandece, pierde su vigor, y se dilata: no puede contraerse ya con bastante eficacia para mantener la regular progresion de la sangre. Se queda estancado este fluido en el tejido de los

pulmones; y los ataques de asma, que otras veces eran pasajeros, se vuelven permanentes. Los pacientes se ven martirizados con la tos; algunos escupen materias parecidas á pus, aunque no tengan úlcera ninguna en los pulmones; la irritacion de la membrana mucosa brónquica, obstruida con la sangre, da este producto, semejante al del catarro. Otros espectoran sangre en mayor ó menor copia; pierden totalmente el sueño, aunque se sienten continuamente necesitados de él; no pueden ejecutar ya movimiento sin experimentar un nuevo incremento de sufocacion, en atencion á que toda contraccion muscular hace llegar un nuevo incremento de sangre hácia el corazon. Pónese cárdeno su rostro, lo que con mas especialidad se nota en los labios, que á menudo tienen visos de casi negros; su cuerpo se abotaga, y se ponen hidrópicos; pierden el apetito, ó bien, si le conservan, no pueden satisfacerle, por aumentar cada bocado de alimento la congoja que los martiriza. Perecen por último en el mas lastimoso estado; porque esta especie de

muerte es, sin contradiccion ninguna, la mas horrenda de todas aquellas á que está sujeto el género humano. El endurecimiento de las ternillas del corazon, el progreso de los tubérculos en su condensacion, son tambien unos resultados de subinflamaciones crónicas, que tienen las mismas consecuencias que la neurisma. Es preciso decir otro tanto de las hernias y fracturas de esta viscera.

EL SABIO.

¡Ah! qué lúgubre pintura! ; Intenta tranquilizar Vm. por ese estilo á las personas atemorizadas con la obra de Corvisart?

EL MÉDICO JÓVEN.

Haga Vm. memoria, Caballero, de que puede conservar el corazon por mucho tiempo la irritacion sin desorganizarse, y volver despues á su estado normal. Esto es cabalmente lo que no se espresa en la obra de que hace mencion Vm. En ella se consideran los afectos del corazon como el primer grado de la neurisma ó de las otras alteraciones de esta viscera; de mo-

do que el que los experimenta tiene por única perspectiva la muerte. Le hablan sin embargo á Vm. de afectos nerviosos del corazon capaces de desvanecerse; pero es con tanta confusion, que Vm. no puede reconocerlos. Unicamente la cura los caracteriza; no queda consolado el lector con la idea de que la irritacion del corazon se asemeja á la de los otros órganos, que puede ceder y volver como ellas; ni con la de que bien dirigido este órgano, resiste, por su vigorosa constitucion, á las desorganizaciones durante el curso de una dilatadísima vida. Este punto es sin embargo de la mas alta importancia. Corvisart sabia bien que muchas asma dependen de la neurisma del corazon; pero no sabia que los asmáticos, sin tener el corazon neurismático, le tienen muy irritable, y que esta irritabilidad, y aun la hipertrofia que la acompaña con la mayor frecuencia, pueden persistir hasta la vejez, sin producir el estado neurismático; ignoraba igualmente que la inflamacion crónica de las visceras de la digestion y la del útero

mantienen una excesiva irritabilidad del corazón, que puede desvanecerse con estas flemasías; y, ciertamente, no hay cosa más común que esta especie de curas. Una desorganización, cosa mortal; una nevrosis del corazón, cosa mal definida, especie de entidad inesplicable, y que no les parecía más que un subterfugio, un pretexto para disimular la verdad y aquietarlos: esto es cuanto los pacientes tenían á la vista estudiando la obra del doctor Corvisart. Debe conocer Vm. ahora cuan descomunal diferencia hay entre esta teoría y la de la doctrina fisiológica. Decimos pues con suma razón haber rectificado las nociones que se tenían sobre los afectos del corazón, y suministrado á las personas atormentadas con ellos motivos muy reales de consuelo y esperanza. Haga Vm. memoria de que nuestra doctrina hizo el mismo servicio á las personas que se creían condenadas á la tísica pulmoníaca; sepá al mismo tiempo que las que temen el cáncer le serán deudas de los mismos favores; y se verá precisado á confesar que esta doctri-

na es uno de los mayores beneficios que se haya acordado á los mortales por el cielo.

## EL SABIO.

Convendré en todo eso, si Vm. me proporciona los medios de conocer que los afectos del corazón no han llegado á la desorganización, y me enseña á curarlos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Como el corazón, á no experimentar una inflamación aguda, resiste por mucho tiempo á la desorganización; no es probable esta más que cuando padeció uno por espacio de muchos años. Pero hay otros medios de asegurarse de que el corazón no ha degenerado todavía: cuando las palpitaciones, las sufocaciones durante la marcha, y, en la cama, los pervigilios, los ataques de asma, no son continuas y ceden fácilmente á la sangría, al reposo, á los revulsivos; cuando todavía no hay ninguna hidropesía, ó que se desvanece en escasos dias con los mismos medios, debe creerse que no está esencialmente

viciado el tejido del corazon. A menudo la irritacion de este órgano se mantiene por la del estómago ó útero; en cuyos casos, los síntomas privativos del corazon quedan desterrados luego que se ha atajado la dolencia que los producía; y podemos estar tranquilos sobre el artículo de las alteraciones ó vicios orgánicos del corazon.

EL SABIO.

Ah! me reconozco en esa pintura; porque tengo bien observado que no sufro del corazon mas que despues de haber hecho uso de los excitativos, y del café con especialidad. ¿Cree Vm. que esta bebida puede desordenar las funciones del corazon?

EL MÉDICO JÓVEN.

No lo dude Vm., Caballero; el café estimula desde luego el estómago, y, si uno tiene gastritis, las impide curar: introduce él igualmente la irritacion en el corazon; le agita, le hace palpitar, y así es como el café *bate la sangre*, para valerme del lenguaje vulgar. Por medio de esta excitacion, que supone la del género nervioso, inter-

rumpe él tambien nuestro sueño y nos tiene inquietos durante la noche. No hay persona ninguna nerviosa, sensible ó atacada de una inflamacion interna, que pueda usar del café sin castigo. Debemos mirarle particularmente como muy perjudicial para las funciones del corazon; y supuesto que tiene Vm. algo sensible este órgano, obrará muy prudentemente en privarse de semejante bebida para siempre.

EL SABIO.

Lástima es, porque el sabor del café es delicioso; y su primera impresion produce una excitacion sumamente agradable, que da actividad al ánimo, y facilita las tareas intelectuales. Por lo mismo le nombraron *la bebida de los literatos*. Pero, supuesto que este néctar ataca el corazon, seguiré el consejo de Vm., y tendré cuidado de desterrarle de mi uso. Dígame Vm. ahora cuáles son las demas precauciones que es preciso tomar para impedir los progresos de los afectos del corazon.

## EL MÉDICO JÓVEN.

No usar mas que de alimentos ligeros, por miedo de engendrar una muy copiosa cantidad de sangre, porque cuantos están con plétora tienen irritado el corazón; evitar los esfuerzos y ejercicios violentos; moderarse en todos los placeres, y en los del amor mas especialmente; preservarse tanto contra el frio como contra el estrechado calor, y huir de los sitios en que se hallan reunidas muchas personas en un estrechísimo espacio; últimamente, sangrarse cuando los indicantes de la irritacion del corazón son continuos.

EL SABIO.

¿No posee Vm. algun específico que sea capaz de obrar directamente sobre este órgano? Me gustan los específicos por mi parte; y me dan tentaciones de cogerle á Vm. ojeriza, por no haberles dado entrada ninguna en la cura de las enfermedades que han sido objeto de nuestras diversas conferencias.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Por esta vez, Caballero, quedará Vm. satisfecho. Hay una planta que se llama la *dedalera purpúrea*: el influjo que este medicamento ejerce sobre el corazón, es diametralmente opuesto al del café; porque amortigua los latidos de este órgano casi tan prontamente como el café los acelera.

EL SABIO.

Qué fortuna! No tendré ya pues nada que temer bajo el aspecto de las enfermedades del corazón. ¿Ha visto Vm. obrar algunas curas sólidas con la *dedalera purpúrea*?

EL MÉDICO JÓVEN.

Es bien entendido que ella no tiene ninguna eficacia en las desorganizaciones ya consumadas. No es posible recurrir á ella sin peligro, cuando el corazón experimenta una inflamacion aguda: las sangrías, los antiflogísticos y revulsivos son entonces los únicos recursos que nos quedan. Pero, en los casos de hallarse irritado el corazón



sin estar inflamado ni desorganizado, la dedalera, auxiliada de un régimen acomodado, obra curas portentosas, y cuyos ejemplos ví muchas veces.

## EL SABIO.

Me llena de gozo este descubrimiento; voy á aconsejar la dedalera á cuantos conocidos míos me hagan sospechar que tienen un *mal corazón*.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Alto ahí, Caballero, alto ahí! no he tenido lugar para decir á Vm. que es necesario que el estómago esté exento de inflamación, para que la dedalera obre de un modo conveniente sobre el corazón; porque, siempre que exista una modificación de gastritis, este remedio acelera las palpitaciones del corazón en vez de amortiguarlas. Su efecto es el mismo cuando el corazón está conmovido con otra inflamación, especialmente con la de los pulmones. En todos estos casos, la dedalera es un veneno; y haría Vm. un malísimo servicio á sus amigos persuadiéndoles el uso de ella.

Puedo decir á Vm. otro tanto del ácido hidrocianico, llamado *prúsico* en otros tiempos, y de algunos otros narcóticos usados muy generalmente. Es menester ser un médico, y aun médico fisiologista, para dirigir con confianza semejantes medios: lo probó la esperiencia bien; porque, ántes que el fundador de nuestra doctrina hubiese explicado el modo de acción de la dedalera, no cesaban los prácticos de controvertir unos con otros sobre los efectos de este medicamento eficaz: el cual suministró materia para muchos volúmenes, en los que se tomaba la inútil fatiga de explicar porqué su uso en unos era seguido de un efecto sedativo del corazón, y en otros de una acción contraria en un todo,

## EL SABIO.

Hallo un sumo concierto en los principios de Vm. Lucha Vm. desde luego contra las irritaciones del corazón con la sangría, severidad de régimen, y bebidas refrigerantes: cuyo método debe calmar la inflamación de las vísceras; despues de lo

cual la dedalera, tan distante de ser peligrosa, es útil, y consuma la cura sin inconveniente ninguno.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Ha cogido Vm. grandemente mi idea. Se trata de calmar la irritacion del corazon, para impedir que ella engendre la desorganizacion; pero cuando está efectuada, no queda ya cosa ninguna que aplicar á los enfermos del corazon, mas que aquella medicina paliativa que tengo ántes mentada á Vm., que conviene á todos los casos desesperados, y cuya individualizacion creo deber omitir á Vm.

## EL SABIO.

Tiene Vm. razon, doctor; no quiero hacerme práctico, sino únicamente conocer bien la teoría de la doctrina fisiológica; por esto le rogaré á Vm. que me diga si las hemorragias, de que no me ha hablado todavía, no dependen de un impulso muy violento comunicado por el corazon á la sangre. Esta esplicacion me parece naturalísima; y me daría yo á mí mismo el para-

bien de haber hecho; de mi cabeza, una justa aplicacion de la doctrina de Vm.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Hay algo parecido en ciertas hemorragias; pero como van enlazados otros hechos con ese, debemos diferir esta materia hasta una nueva conferencia.

## DIALOGO DECIMO SESTO.

*De las hemorragias en ambos sexos.*

EL SABIO.

Las últimas palabras que profirió Vm. ayer, querido doctor, me pusieron en un tormento la mente. Ningun humor, dije en mi interior, se mueve por su propia fuerza; me lo tienen probado: ahora bien, supuesto que el corazon impele la sangre hácia todas las partes del cuerpo, no alcanzo porqué su impulso muy violento no pudiera romper los vasos y causar las hemorragias.

EL MÉDICO JÓVEN.

Para convencerle á Vm. de que esa causa no es la única, basta con observar lo que pasa en Vm. cuando hace un ejercicio algo fuerte ¿no siente Vm. que se contrae con precipitacion su corazon? que su pulso late con una extrema vio-

lencia? No experimenta Vm. sin embargo hemorragia ninguna.

EL SABIO.

Cuando era yo jóven, las experimentaba en semejante caso; y el ejercicio me causaba á veces sangre de narices.

EL MÉDICO JÓVEN.

No lo dudo; pero ¿no la tenia Vm. igualmente cuando estaba en el descanso?

EL SABIO.

Me acaeció eso con harta frecuencia.

EL MÉDICO JÓVEN.

Luego hay otra causa diferente del impulso del corazon, que promueva las hemorragias. ¿No ve Vm. que en las mugeres vuelve á parecer en determinadas épocas el flujo menstrual, sin que sobrevenga aumento ninguno en la fuerza de las pulsaciones del corazon?

EL SABIO.

Es verdad eso. Pero cual es pues estotra causa? Va á decirme Vm. sin duda que es la irritacion; pero ¿Porqué obra la irrita-

cion mas fuertemente sobre el tejido que da la hemorragia que sobre todos los demas?

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero ¿porqué obra ella tambien mas fuertemente sobre un tejido inflamado que sobre lo restante de la economía? Es siempre por la misma razon: y esta razon es que nuestros tejidos no pueden estar todos irritados en un mismo grado. No se alteran siempre las fuerzas de la vida á un mismo tiempo en todos los órganos. Si así fuera, no seríamos lo que somos, y no podemos concebirnos diferentes de lo que nos hizo el cielo. Todas nuestras funciones presentan este desigual repartimiento de las fuerzas; pero cuando se lleva él muy adelante, resultan de ello irritaciones mórbidas ó enfermizas. Pero las irritaciones, no de la sangre, sino de los vasos sanguíneos, pueden existir en todos los puntos del ámbito circulatorio. Si ellas residen en su centro, que es el corazon, resultan de ello enfermedades de que hablábamos ayer; y si tienen su asiento en los troncos

y ramos arteriales ó venosos, producen neurismas y varices. Pero si su asiento está en los vasos menores que componen lo que llamamos el sistema capilar, llamarán estas irritaciones allí la sangre en tanta copia que no podrá caber ella ya en estos mismos vasos; se extravasará pues. Si no se realiza la extravasacion mas que en lo interior del tejido que experimenta la irritacion, y que no se agregue á ello un calor inflamatorio, se le dará el nombre de equimosis; si este calor existe, la congestion será una inflamacion real, en la que podrá formarse todavía ó una efusion de sangre, que llevará el nombre de apoplegia, ó una materia purulenta que causará un absceso si la parte es celulosa y bastante flexible, para prestarse á la coleccion del pus: últimamente, si la sangre acumulada en los capilares sanguíneos se abre camino en lo exterior, será una hemorragia.

Pero no se figure Vm. que la efusion se forme con la rotura de los vasos: sino que la sangre es espelida por la dilatacion de los tejidos, y por una verdadera exsuda-

cion. Stahl habia anunciado este modo; le comprobáron otros observadores, que en balde buscáron en el útero las cicatrices de los supuestos desgarros. M. Pinel abrazó formalmente esta teoría desde el año de 1798; Bichat la enseñaba á sus discípulos, y la doctrina fisiológica no pudo ménos de conformarse con esta esplicacion. La irritacion determina el desigual repartimiento de la sangre; y la parte que está sobrecargada de ella, se desembaraça por medio de una verdadera exhalacion. La violencia de la accion del corazon no rompe pues los vasos, como lo creían los antiguos.

EL SABIO.

Así las causas de las hemorragias serian siempre las de la inflamacion.

EL MÉDICO JÓVEN.

No lo dude Vm. de modo ninguno. Pero no nos lisonjeamos de esplicar á Vm. por qué una congestion sanguínea, promovida por la irritacion, produce en el uno una hemorragia, y en el otro una inflamacion. Sabemos únicamente que, en la juventud,

las congestiones vienen á parar con frecuencia en efusiones sanguíneas dirigidas hácia lo exterior del cuerpo, y que preservan á estos individuos contra las inflamaciones; que, hácia la vejez, habiendo desaparecido, ménos algunas excepciones, la disposicion á las hemorragias, mientras que estotra á las congestiones persiste todavía, estas, en vez de curarse espontáneamente por medio de evacuaciones de sangre, se transforman en flemasías. Notamos tambien que, en todas las épocas de la vida, las hemorragias é inflamaciones se suceden y substituyen recíprocamente ya en un mismo órgano, ya en órganos diferentes. Ultimamente, si examinamos bajo qué influjos exteriores parecen producirse las hemorragias, reconocemos que estos influjos son puntualmente los que dan origen á las inflamaciones.

EL SABIO.

Pero ¿cuales son por último esos influjos?

EL MÉDICO JÓVEN.

Un régimen muy suculento, que produce

una superabundante cantidad de sangre; el abuso de los licores, café, manjares especiados, que sobre irritan el estómago y con él el cerebro, y todos los tejidos por los que se hacen comunmente las hemorragias; el calor, que impele, ó, si á Vm. le gusta mas, atrae la sangre hácia la cabeza; las pasiones vehementes que la acumulan, por medio de una repentina congestión en la cabeza, pulmones, órganos digestivos; ciertos placeres que la llaman constantemente hácia los órganos sexuales; el frio, que la repele de lo exterior y la precipita en los órganos profundos, en una palabra, cuanto puede irritar una, dos, ó tres partes de las mas activas, y aumentar su porcion de vitalidad disminuyendo la de las demas, es decir, romper el equilibrio y llevar fuera de los límites del estado normal aquel desigual repartimiento de fuerzas de que le hablaba á Vm. ahora mismo: estas son las causas de las hemorragias; y estas son tambien las de las inflamaciones y nevrosis.

## EL SABIO.

¿Está el corazon por ventura ageno de todos esos desórdenes y rompimientos de equilibrio?

## EL MÉDICO JÓVEN.

El corazon recibe tambien irritaciones que le son propias, como he tenido la honra de decírselo á Vm. Pero, cuando la cólera promueve una congestion de sangre en la cabeza, y que ve Vm. encenderse, tumefacerse el rostro, y salir la sangre por las ventanas de la nariz, no acumula el corazon este fluido en semejantes partes, sino que la irritacion causada por la pasion le atrae y retiene por fuerza en el cerebro, en el rostro, en las ventanas de la nariz, de donde se escapa él á veces al traves de los poros exteriores de la membrana mucosa. Lo mismo sucede con las espectoraciones, vómitos de sangre, hemorroidas, etc. En todos estos casos, la irritacion llega por los nervios á un tejido lleno de capilares sanguíneos; atrae ella y acumula allí la sangre; y el modo con que el tejido infartado obra de nuevo sobre

este líquido, determina la inflamacion, la hemorragia, ó una estravasacion de las moléculas sanguíneas, que produce la desorganizacion: el corazon no es pues de modo ninguno la causa primera del infarto sanguíneo, y todavía ménos la de los diferentes resultados que se derivan de él. Y en efecto ¿por qué predileccion enviaria el corazon sangre mas bien á una parte que á otra? Su accion es general; él impele ciegamente la sangre en todas las arterias sin dirigirla hácia ninguno de sus ramos en particular; si las hemorragias estuvieran en razon directa de su impulso, se verificarian ellas siempre en las arterias que se hallan mas próximas al corazon, y en los lugares en que semejantes arterias son mas multiplicadas; miéntras que las vemos manifestarse, igualmente que las inflamaciones en cuantas partes tienen vasos sanguíneos.

EL SABIO.

Así Vm. admite que la sangre puede atraerse hácia acá y acullá por una irritacion nerviosa, y producir allí cuantos des-

órdenes me ha mencionado Vm., sin que tome en ello la menor parte el corazon.

EL MÉDICO JÓVEN.

No digo precisamente eso, sino que la irritacion, ó, si á Vm. le gusta mas, la estimulacion producida por una causa irritante, acumula la sangre en una parte dotada de vasos sanguíneos; pero esto supone que este fluido se halla en la proximidad de la parte irritada, y no puede estar allí mas que en cuanto la accion del corazon le ha hecho llegar. Porque si, por ejemplo, el corazon estuviera retenido en un estado de constriccion por una pasion depresiva, tal como el miedo, ó se hallara en una inercia instantánea, como en el síncope, en una palabra, si no enviara sangre á los vasos de la parte que supongo sujeta al influjo de un agente de irritacion, este agente no podria engendrar allí una congestion sanguínea.

EL SABIO.

Discurro ciertamente que ninguno pensará en controvertirle á Vm. esa verdad.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien, esta verdad va á producirnos otra, que es la que sigue: siempre que haya mucha sangre en los vasos inmediatos á la parte irritada, será mas fácil la congestion; y, si suponemos que esta sangre esté en un movimiento rápido y prontamente suministrada de nuevo por los vasos de que la haya sacado la irritacion, la congestion será mas fácil de efectuar todavía. Resulta necesariamente de estas dos verdades que, quanto mas vigor y precipitado movimiento tenga el corazon, tanto mas facilidad tendrán las causas locales, que obran sobre los capilares sanguíneos, para producir congestiones sanguíneas, y, de resultas, las flemasías y hemorragías. Ve Vm. ahora porqué le he dicho que el impulso del corazon no es la causa única de las hemorragías. Concorre á estas él seguramente; y por esta razon los individuos jóvenes, y los que tienen el corazon muy voluminoso, hipertrofiado, están mas espuestos á las hemorragías que todos los demas, cuando

obran sobre su sistema sanguíneo las causas de irritacion.

## EL SABIO.

Le comprendo á Vm.: en su modo de ver, la irritacion haria el papel principal, y el impulso del corazon el secundario para la produccion de la congestiones sanguíneas, que, en dictámen de Vm., son la raiz tanto de las inflamaciones como de las hemorragías. Está muy bien, estimado doctor; pero me hallo todavía con una leve dificultad. Dice Vm. que diversas causas irritantes perturbadoras producen siempre las hemorragías, y que estas son, excepto la efusion de sangre, la misma cosa que las inflamaciones: pero ¿cuales son, le suplico á Vm., las causas irritantes que promueven la primera menstruacion en la tierna doncella inocente?... y ¿porqué, en vez de una hemorragía menstrual, no vemos parecer de cuando en cuando una inflamacion en infinitas mugeres?

## EL MÉDICO JÓVEN.

La causa irritante de que Vm. se informa,



Caballero, es la vida misma del órgano. Dándole ella progreso, llama hácia él mas sangre que la necesaria para su nutricion; y esta sangre, que trasuda al traves de los poros de la membrana interna, produce la primera hemorragia, es decir la primera menstruacion.

EL SABIO.

Eso me parece, no le desagrada á Vm., doctor, algun tanto hipotético.

EL MÉDICO JÓVEN.

De ningun modo, Caballero. Miétras que el aparato genital debe permanecer inactivo en la muger, no recibe mas que la cantidad de accion vital y de fluidos que es indispensable para su nutricion; pero cuando su progreso llegó al término, esta misma accion vital, esta misma sangre, que no pueden servir ya para su acrecentamiento, tienen otro destino entónces: suministran ellas materiales disponibles para la formacion de nuevo ser; y lo que serviria para alimentarle, se desecha como su-

perfluo hasta el momento en que sean llenados los deseos de la naturaleza.

EL SABIO.

Eso parece cosa muy racional; pero ¿porqué están desprovistas tantas hembras, en la serie de los brutos, de ese superfluo tan necesario en nuestra especie? y ¿porqué no se desecha semejante superfluo, cuando existe, mas que de un modo periódico, y aun á tan considerables distancias?

EL MÉDICO JÓVEN.

Deme Vm. su licencia, Caballero, para hacerle reparar que esos porquées son intempestivos. . . Si no obstante esto no halla todavía los suficientes, me uniré á Vm. para preguntar al autor de lo criado porqué un animal es mas sanguíneo que otro; porqué el uno suda por el cútis, miétras que otro, tal como el perro, no trasuda más que por la boca; porqué, entre los monos, hay algunas especies cuyas hembras tienen la honra de pagar un tributo parecido al de nuestras damas; porqué no nos está acor-

dado el desembarazarnos á cada instante, como á innumerables animales que viven á nuestra vista, de muchas escreciones infinitamente mas incómodas que las de las mugeres; porqué el preñado, niñez, virilidad, vejez, y la vida en una palabra tienen ciertos limites determinados. La solucion de todas estas cuestiones, y de otras mil que yo pudiera añadirles, seria muy curiosa sin duda ninguna, pero como no conocemos á ninguno que sea capaz de darnosla, nos contentarémos con notar los hechos, y deducir de ellos las ilaciones que se convierten en provecho nuestro.

Así pues, en quanto al caso de que se trata, nos acordarémos de que, todos los meses, se manifiesta la irritacion en el útero; que ella atrae hácia allí mas sangre que la que cabe en él; que esta sangre debe derramarse por afuera; últimamente que, si el órgano está animado con un colmo de irritacion, es decir con la accion de las causas perturbadoras que llevo mencionadas á Vm., la hemorragia se convierte en una inflamacion real. Notemos igualmente

que, cuando el útero ha cesado de ser propio para las hemorragias, debe perder, segun el orden de la naturaleza, la aptitud para las congestiones sanguineas, que no dejaria de terminarse con hemorragias; y, de todas estas observaciones, deducirémos las siguientes consecuencias, que no serán una teoría hipotética, sino resultados de hechos reducidos á principios:

1º Que es necesario, para preservarse de las hemorragias, como de otras infinitas enfermedades, proporcionar la cantidad de nuestro alimento con los ejercicios corporales á que nos entregamos.

2º Que, cuando uno falta á este precepto, engendra mas sangre que la necesaria para la nutricion.

3º Que esta sangre superflua se atrae por las causas irritantes hácia los principales órganos, que son siempre los mas sanguineos, y que determina congestiones en ellos.

4º Que las mugeres, los jóvenes, y ciertos adultos tienen la facultad de desem-

barazarse de ella por medio de hemorragias, lo cual los preserva de accidentes mas graves; pero que esta facultad cesa con el tiempo en ámbos sexos, y que entónces, en vez de estar espuestos á las hemorragias, están sujetos á inflamaciones mas ó ménos peligrosas, segun la importancia del órgano atacado, la violencia del impulso irritativo, y el modo de curarle.

5º Que la curacion de las hemorragias estriba sobre las mismas basas que la de las inflamaciones; lo cual explica porqué la sangría, que destruye las congestiones, es el mas eficaz remedio de las hemorragias, y porqué la revulsion es tan provechosa despues de las evacuaciones sanguíneas artificiales.

6º Que últimamente la sobriedad es una cosa indispensable para las personas que estuviéron sujetas á las hemorragias durante su juventud, á fin de que las congestiones, que no pueden producir ya hemorragias exteriores y saludables, no las produzcan interiores, que son peligrosas

siempre, tales como la apoplegia, ni den lugar á inflamaciones que no son ménos funestas.

Este último punto nos explica como las hemorragias parecen convertirse en gota, reumatismos, herpes, histeria, infartos linfáticos, dichos obstrucciones, tísicas pulmoniacas, etc. En efecto es menester ver, en todas estas mudanzas, no, con los humoristas, la degeneracion de la sangre; todavía ménos, con los ontologistas, la transformacion de una inesplicable entidad en otra igualmente incomprensible; sino la traslacion de la irritacion de un órgano á otro que ella modifica segun su grado de vitalidad.

EL SABIO.

Me agrada su teoría de Vm.: veo que que se derivan de ella, para la curacion, unos preceptos que no pueden ménos de ser muy favorables para las buenas costumbres.

EL MÉDICO JÓVEN.

No tenga Vm. la menor duda en ello:

resulta de esto que el medio mas eficaz para preservar á las mugeres contra cuantos males se siguen á la cesacion normal del flujo menstrual, es sujetarlas al ejercicio y sobriedad, en vez de infundirles, con el uso de los canterios, una falsa confianza que las anima para entregarse á una vida regalona y ociosa; que los jóvenes que están sujetos á la sangre de narices, y á los esputos de sangre, no pueden evitar enfermedades mas graves, tales como la tisis y gastritis crónicas, mas que renunciando con tiempo de los excesos de la mesa y de la estragada vida á que estaban habituados; que los hombres acostumbrados al flujo hemorroidal no deben contar con la regularidad de esta evacuacion para conservar su salud, sino que deben temer verla suprimida, si no renuncian de los excesos de la mesa, y de la vida sedentaria.

EL SABIO.

Ah! doctor, estos últimos tienen á lo ménos la ventaja de desembarazarse de sus

achagues promoviendo la vuelta de sus hemorroidas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Está muy bien para un cierto tiempo; aplicadas algunas sanguijuelas al ano, pueden librarlos á veces de sus achaques; pero no deben contar con que este medio salga siempre acertado.

EL SABIO.

Le entiendo á Vm.; cuando la edad les haya hecho perder la aptitud para el flujo hemorroidal, deberán, al modo de las mugeres de una cierta edad, precaver la plétora para evitar las congestiones de las vísceras mayores.

EL MÉDICO JÓVEN.

Esa razon es excelente; y, al dármele Vm., me prueba que efectivamente ha alcanzado lo que llevo dicho; pero no es la única que deba inducírlos á la sobriedad: tenga Vm. á bien prestarme alguna atencion.

## EL SABIO.

Le oigo á Vm. con tanto mas empeño, cuanto yo mismo soy hemorroidario.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien, haga Vm. memoria, Caballero, de que cuando estamos espuestos á eficaces causas de irritacion, se dirige esta á tomar progreso en los órganos que tienen mas vitalidad: ahora bien estos organos son las visceras, el cerebro, los pulmones, el corazon, el estómago. Miétras que la irritacion de estos importantes tejidos no es excesiva, la despide la fuerza vital hácia los de la periferia, y salimos del aprieto por medio de hemorragias é inflamaciones exteriores; pero si esta irritacion de las visceras mayores llega hasta el supremo grado, ó, sin ser intensa, toma un aspecto de pertinacia, lo cual acaece siempre cuando persistimos en abusar de los estimulantes, la naturaleza no puede producir ya cosa ninguna eficaz en la periferia; se suspenden nuestras hemorragias é inflamaciones exteriores: y aquellos insultos de gota, aque-

llos diviesos, aquellas erisipelas, con que teníamos costumbre de recuperar el equilibrio, no se verifican ya; ó, si se presentan todavía estas flemasías, no consiguen ellas ya mudar de lugar las irritaciones viscerales; y, desde la flor de la edad, somos despojo de unos achaques que preparan nuestra destruccion.

Aquí era defectuosa frecuentemente la medicina antigua respecto á las hemorragias en que estamos ocupándonos. Aconsejaba ella á los hemorroidarios á quienes no parecia que la edad condenara á perder el flujo, y á las mugeres todavía jóvenes cuyos periodos se suspendian, les aconsejaba ella, repito, algunos excitativos para renovar la suprimida hemorragia. Se ordenaba el acibar á los primeros; el azafran, los ferruginos y pretensos emenagogos á las personas del otro sexo. Pero como estos medicamentos no pueden obrar sobre el ano y órganos sexuales mas que irritando primeramente las visceras mayores, estas, que lo estaban mucho ya, guardaban la irritacion en vez de despedirla hácia el órgano indi-

cado por el rótulo de la receta, y tomaba la intension de todos los accidentes un nuevo incremento. La doctrina fisiológica dió á conocer ya á los médicos que en semejante caso, su primer cuidado debe dirigirse á atajar la inflamacion de la cabeza, del pecho ó empeine; y que únicamente despues de haberla desterrado, ó debilitado á lo ménos, pueden probar el restablecimiento de la hemorragia habitual. Pero el comun de las gentes, que no pudo seguir los adelantamientos de la ciencia, se conforma todavia con la práctica antigua, y toma excitativos para impeler la sangre hácia sus vias acostumbradas, sin pensar en que hace uso de los medios mas acomodados para fijarla mas fuertemente en lo interior; porque espero que no ha olvidado Vm., que la sangre se dirige siempre hácia los órganos que se hallan mas irritados.

## EL SABIO.

Estas son unas rigurosas consecuencias de los principios de Vm.; y hubiera debido deducirlas yo de los antecedentes, si no

me hallara imbuido con las antiguas preocupaciones. Conozco que Vm. debe tener razon; y veo ahora porqué tantos médicos malogran el tiempo prescribiendo algunas aplicaciones de sanguijuelas, tanto al ano como á las partes sexuales, en las suspensiones de hemorragias: es á causa de que no han tenido la paciencia de destruir la irritacion predominante que retiene la sangre en lo interior. ¡Dichosos los hemorroidarios cuyo flujo, perfectamente regular, los dispensa de implorar la asistencia de semejantes doctores! Pueden usar de alguna mayor libertad en su régimen; y les basta el preservarse contra las irritaciones internas algo muy vivas. Tengo la fortuna de pertenecer á este número, ¡pero puede Vm. contar con que no abusaré de ello, pues temo mucho esas tremendas irritaciones; y mis hemorroidas se me hacen mas queridas que nunca.

## EL MÉDICO JÓVEN.

El mas copioso flujo hemorroidal, el mas regular, no dispensa, á los que de él se

jactan, de las precauciones higiénicas, y de la sobriedad particularmente. No eche Vm. en olvido que la hemorragia está fundada sobre la irritacion : ántes que corra la sangre, es indispensable una congestion á orilla del ano; está precedido de ella pues cada flujo; pero si es sumamente impetuosa en su formacion, puede convertirse en inflamacion, y es lo que no acaece mas que con mucha frecuencia : he aquí porque los mas de los hemorroidarios acaban teniendo tumores inflamatorios alrededor del ano. De lo cual resultan primeramente dolor, estreñimiento, hendiduras ó fisuras que hacen trabajosísima la defecacion; unas veces la inflamacion se apodera del tejido celular inmediato, y se forma un depósito que viene á parar en una fistula; otras, sube la flemasía al intestino, en el cual produce desorganizaciones muy estensas, sin hablar de las varices que pueden ocasionar muy copiosos flujos de sangre, y fungosidades que se vuelven tan incomodas que hay precision de estirparlas. En general, podemos sentar como principio que el flujo hemor-

roidal es lo peor que puede suceder, y que seria uno muy feliz en poderse pasar sin ello : luego no conviene fomentarle nunca con un régimen intemperante. Es raro este flujo en los aldeanos, y soldados, hombres que viven sobriamente y hacen mucho ejercicio; prueba cierta de que él no es mas que un esfuerzo penoso que hace la naturaleza para espeler un colmo de sangre con que la constitucion tendria que sufrir. Los mas de los que le padecen, tienen que quejarse al mismo tiempo de una cierta irritacion de las vias digestivas, que se desvanece por medio suyo periódicamente. De ello concluyo que las personas que mas tienen que darse el parabien de sus hemorroidas, deben evitar la plétora que las hace necesarias. Con cuanta mayor razon es indispensable esta cautela para las que no tienen mas que la irritacion y congestion hemorroidales, sin gozar de los beneficios anejos á la efusion sanguinea : las hinchazones, calores, picazones que ellas experimentan, no dejan nunca de acarrear algunas de las desorganizaciones locales que

acabo de mentar, si estas personas perseveran en el género de vida sobreexcitante á que están habituadas?

EL SABIO.

Como! ¿no basta con preservar los órganos principales? ¿Qué exige Vm. pues de los infelices hemorroidarios? Esplíquese Vm., por favor; añada algunas particularidades, y no me deje en esta confusion.

EL MÉDICO JÓVEN.

Exijo, Caballero, que cuanto hombre está propenso á una irritacion de esta especie, tanto con flujo como sin él se tenga por muy alimentado y estimulado; que en su consecuencia disminuya la cantidad de las carnes de que hace uso; que se contente con las ménos irritantes, como las de ternera, pollo, y tome poquisimo de las que se llaman carnes hechas; que coma muchos vegetales y frutas, á fin de tener libre el vientre; que se prive de las preparaciones culinarias picantes, de las especias y salazones; que se abstenga del vino puro y licores espirituosos; que beba agua entre sus

comidas, lo cual contribuirá á facilitar mas la defecacion; que haga un ejercicio moderado, en campo raso, lo mas á menudo que le sea posible; que remedie, con la curacion antiflogistica, toda irritacion excesiva que se manifestara ya en las principales vísceras, ya en el podex; que se preserve así de una obesidad incómoda, y de una plétora sanguinea siempre peligrosa; últimamente, que haga de modo que disminuya poco á poco, y destierre al fin la desagradable necesidad de estar sujeto á la irritacion hemorroidal. Pero lo que le recomiendo con mas instancias, es el no recurrir nunca al acibar y demas purgantes violentos, que se llaman drásticos, para renovar las hemorroidas suprimidas. Lo que he dicho á Vm. sobre la importancia de calmar las irritaciones viscerales, debe servirle de norma en esta especie de casos.

EL SABIO.

No contaba yo, confiésoselo á Vm., con verle transformar un flujo hemorroidal regular en una enfermedad. Pero me ha dado



Vm. tan buenas razones, que no hallo cosa ninguna que replicarle; el flujo hemorroidal no es natural, es lo peor que puede suceder; sí, concibolo..... Pero, á lo ménos, no hará Vm. este cargo al flujo periódico de las mugeres.

EL MÉDICO JÓVEN.

No, señor; pero formaré el deseo de que ellas no se pongan, por su intemperancia, ociosidad, y ciertos excesos, en la necesidad de tener muy copiosas reglas: porque la congestión sanguínea que precede siempre á la erupción, y que se anuncia con las señales ordinarias de la irritación, podría elevarse á un grado tan alto, que no se desvaneciese enteramente por medio de la efusión, que persistiese entre las épocas, y fuese el núcleo de una peligrosa inflamación. Me alegro de decir á Vm. que los cirros y cánceres de nuestras damas se preparan siempre por una irritación de la boca de la madre, que había estado desconocida ó abandonada durante un cierto número de años; y la que señalo

hoy dia á Vm. es mucho mas comun que infinitas gentes lo piensan.

EL SABIO.

He seguido bien á Vm., doctor; su sistema sobre las hemorragias me parece seductivo: me queda sin embargo una duda que rogaré á Vm. que me aclare. He visto ciertamente el vigor vital figurar de un modo activo en la producción de las efusiones sanguíneas de que me ha hablado Vm.; pero no he distinguido los efectos de la falta de este mismo vigor. Lei, en muchos autores, que se habian distribuido las hemorragias en activas y pasivas: Vm. no me ha hablado mas que de las primeras; no hay pues ninguna que deba enlazarse con las segundas? experimentamos siempre flujos de sangre por un exceso de vitalidad?

EL MÉDICO JÓVEN.

Siempre que las hemorragias son espontáneas no pueden depender mas que de aquella desigual repartición de fuerzas sobre la que he creído deber fijar fuertemente la atención de Vm. Se queria, con

arreglo á Brown, que las hubiera pasivas; y las atribuian á la debilidad, á la relajacion de los vasos que no tenian ya fuerzas para retener la sangre que los penetra. Por cierto es evidentísimo que un tejido relajado dejara mucho mas pronto rezumar la sangre que el que está mas cerrado; pero es menester siempre admitir una causa estimulante; porque si bastara la debilidad para producir las hemorragias, veríamos este fluido escaparse de todos los vasos en el momento de la muerte; y los miembros perláticos, durante el curso de la vida, experimentarían abundantes hemorragias, si llegaran á ser heridos. Pues bien, se nota cabalmente todo lo contrario: aléjase de los tejidos la sangre á proporcion que va disminuyéndose su vitalidad, para retirarse á las partes que conservan mas vigor. Pero he aquí otros hechos: las hemorragias pasivas de los autores son los flujos de las mugeres á continuacion del parto; las que acompañan al cirro y cáncer del útero; las espectoraciones sanguíneas (hemotipsias) de las per-

sonas que tienen úlceras en el pulmon; los vómitos de sangre que se califican de hematemesis, de melenas, y que se encuentran á veces en los hipocondriacos y melancólicos; el flujo sanguíneo muy copioso de los hemorroidarios, de que ya hemos hablado; la sangre de narices incoercible de algunos individuos cacoquimios; las hemorragias, cualesquiera que sean, de las personas que estos autores creen estar atacadas de una fiebre dependiente de la debilidad (fiebre adinámica); los flujos de sangre de los escorbúticos. Ahora bien, todas estas hemorragias están fundadas sobre una inflamacion: la irritacion del parto produce la congestion sanguínea del útero; la flemasía cancerosa atrae la sangre al útero y determina su efusion; las hemoptisias no se verifican sino á causa de que la inflamacion de los pulmones llama la sangre hácia unos vasos en que ella no deberia penetrar nunca con abundancia; los vómitos de sangre (hematemesis) y las melenas no parecen nunca, mas que cuando las irritaciones gástricas

han durado harto tiempo para dar progreso á los vasos del estómago y ensanchar sus orificios; el flujo hemorroidal no sería jamas excesivo, si la repetición de las congestiones sanguíneas no hubiera desfigurado los vasos de las partes por las que se manifiesta él; la sangre de narices, las evacuaciones sanguinolentas de las personas atacadas de las supuestas fiebres adinámicas, son efecto de la violenta excitación producida por la gastro-enterítis, y á menudo son ellas su mejor remedio; los individuos cacoquímicos que se estenuan con perpetuas epistaxis (sangre de narices) encierran, sin excepcion, en su cuerpo una inflamación crónica de la cabeza, pecho, ó empeine; los escorbúticos, últimamente, no están sujetos á copiosos flujos de sangre mas que en los tejidos en que tomó la inflamación progreso, tales son las encías, y á veces algunas regiones del canal intestinal; los escorbúticos son unas gentes debilitadas con una asimilación imperfecta; sin embargo hay necesidad siempre de la acción de una flemasía, ó de la de una

lesion exterior, para determinar la sangre á salir de sus vasos; en tanto grado es difícil el hallar una hemorragia espontánea que sea independiente de la irritación.

Pero ¿no sabe Vm. porqué todas las hemorragias que acabo de pasar en revista fueron atribuidas á la debilidad? es porque las personas que las experimentan, se hallaban en un estado de debilidad; era una misma la teoría para las inflamaciones y nevrosis. He aquí como se discurría en aquellas épocas de tinieblas: «este hombre es fuerte; luego todas sus enfermedades dimanar de su fortaleza; Estotro es débil, luego todas sus dolencias proceden de su debilidad.» El gefe de nuestra doctrina dió á conocer toda la fragilidad de semejante argumentación; probó que los fuertes y los débiles podían verse atacados igualmente de enfermedades por irritación; pero demostró que esta irritación, ya se presentase bajo la forma de flemasía, ya se manifestase con efusiones sanguíneas, ya se mostrase con convulsiones y dolores,

no dejaba de ser de una misma naturaleza, cualesquiera que fuesen la edad, sexo, temperamento, fuerza ó debilidad de los pacientes. En efecto, las producen las mismas causas en todos los casos; y la curacion que sale mas acertada siempre, consiste en calmar la irritacion local por medio de temperantes, ó llamarla hácia otra parte con los revulsivos; únicamente es menester establecer entre los fuertes y los débiles esta diferencia, que los primeros sobrellevan bien las sangrias, mientras que los segundos podrian padecer con ellas: lo cual es causa de que, en estos, se prefieran los calmantes, que no les hacen perder las fuerzas, y especialmente los revulsivos, que dan á semejantes fuerzas una direccion mas provechosa para el equilibrio normal.

Así, Caballero, ve Vm. que al trazarle yo la teoría de las hemorragias activas, le he dado la de las pasivas espontáneas de nuestros antiguos y modernos secuaces de Brown. Impida Vm. en efecto que un re-

ceptáculo de inflamacion se invetere y convierta en crónico; y precaverá las hemorragias dichas pasivas.

EL SABIO.

Pero ¿no es preciso tambien valerse de los astringentes para cerrar los vasos cuya relajacion se presta á las hemorragias?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, señor. Ese método tiene buen éxito, á lo ménos por algun tiempo, cuando se halla muy estenuado el individuo: porque, aun suponiendo que los astringentes aumentaran la irritacion de la parte, y llevaran hasta el grado mas capaz de esponer la existencia, esta inflamacion seria siempre ménos peligrosa que la repentina pérdida de toda la sangre. En este caso, el arte opone enfermedad contra enfermedad; comunica una menor para precaver los efectos de otra mas grave: esta es la verdadera explicacion del triunfo de los astringentes y estimulantes aplicados en los tejidos por los que se hacen las hemorragias en que estamos ocupándonos. El mé-

sobre los pulmones en la preñez, ó por una grande masa de serosidad acumulada en la cavidad del empeine, forman parte de las hemorragías pasivas, porque reconocen por causa una violencia ejercida sobre los tejidos que suministran la sangre. Pero como estas causas son al mismo tiempo irritantes, pueden dejar ellas tras sí una flemasía; y la hemorragia, de pasiva que era al principio, no tarda en volverse realmente activa, si persiste despues de la supresion de su causa. Los debilitantes, sangrías, y revulsivos están indicados entónces, como en las hemorragías primitivamente activas. Me sería posible corroborar estos asertos con numerosos ejemplos; pero como las particularidades descriptivas y menudencias de la curacion no hallan entrada en el plan que me he propuesto seguir, creo deber omitírsela á Vm., y ceñirme á la esencia de la teoría fisiológica.

EL SABIO.

Doy gracias á Vm., Caballero, por todas esas ilustraciones. Son las suficientes para

mí, y hacen resplandecer á mi vista una luz mas agradable que la que de modo ninguno hubiera podido esperar yo. Veo que hay una absoluta necesidad de que todas nuestras enfermedades sean fundadas, y conozco que el método de Vm. es acomodado en extremo para facilitarnos los medios de ello. Desearia yo ahora que tuviera Vm. á bien darme una idea del cáncer; porque veo que reuniendo Vm. el del útero con las hemorragías de la muger, le ha hecho depender de la irritacion; y discurro que él debe ser de la misma naturaleza, tenga su asiento en los órganos que mas se quiera.

EL MÉDICO JÓVEN.

Será la materia de nuestra inmediata conferencia.

dico no debe perderla nunca de vista ; porque , dando un nuevo impulso al receptáculo de inflamacion crónica que alimenta la hemorragia , se prepara nuevas dificultades para la ulterior curacion de semejante inflamacion. Pero me toca hacer reparar á Vm. , que dando los tónicos mas particularmente progreso , á alguna irritacion en una parte mas ó ménos remota del asiento de la hemorragia , logran atajar su curso , quiero decir obrando una revulsion : asi es como estimulamos el estómago para suspender la sangre de narices , las hemotipsias , los flujos uterinos , y les oponemos con mas acierto todavía la aplicacion de los vejigatorios en la piel ; lo que concurre á probar la naturaleza irritativa de las hemorragias dichas pasivas.

EL SABIO.

¿ No ataja el frio tambien las hemorragias ?

EL MÉDICO JÓVEN.

Los triunfos de ese medio son una nueva prueba de la irritacion de las hemorra-

gias reputadas como pasivas , supuesto que él no puede obrar mas que disminuyendo la vitalidad del lugar en que le aplicamos. Sin embargo , como la fuerza vital obra de nuevo contra la accion sedativa del frio , no consigue este atajar la efusion de sangre , mas que en los casos en que la violencia de la circulacion se disminuyó mucho con la hemorragia ó sangrias artificiales.

EL SABIO.

De modo que Vm. no admite ninguna hemorragia pasiva.

EL MÉDICO JÓVEN.

Únicamente las que no son espontáneas , sino que dependen de una violencia ejercida sobre la parte que suministra la sangre , ó de un poderoso obstáculo para el curso de este fluido , merecen ponerse en esa serie : así las equimosis determinadas por las contusiones , las hemoptisias y hematemesis producidas por los golpes , caídas , esfuerzos violentos , ó por la neurisma del corazon ; los esputos de sangre ocasionados por la presion que la matriz ejerce

## DIALOGO DECIMO SEPTIMO.

*Cirros, cánceres, y afectos orgánicos en general.*

EL SABIO.

ESTOY esperando á Vm. con la confianza de verle justificar mas y mas el buen concepto que he formado de su doctrina.

EL MÉDICO JÓVEN.

En vista de las esplanaciones que le tengo hechas á Vm. sobre las enfermedades de irritacion, seria totalmente superflua una difusa disertacion sobre el cáncer; me ceñiré á decirle que este último es siempre el producto de una flemasía ó subinflamacion crónica ocasionada por las ordinarias causas de estas enfermedades: tales son las violencias exteriores, golpes, caidas, la accion de los cuerpos irritantes, sean de la naturaleza que se quiera, la exageracion de la funcion de un órgano; como la superabundancia de leche para los pechos,

la de las reglas, los excesivos gozos y trabajoso parto para el útero, la inflamacion accidental para los órganos genitales del sexo masculino, el abuso de los medicamentos irritantes en los herpes, escrófulas, sífilis, y en todas las flemasias de lo exterior del cuerpo. La irritacion que persiste por mucho tiempo en los tejidos, llama á ellos la linfa que los endurece; una inflamacion secundaria que toma progreso allí, produce al cabo una ulceracion que los destruye; y la repeticion de la accion inflamatoria, en los principales órganos, vias gástricas, pulmones, cerebro, corazon, acarrea por último la muerte del doliente.

De cuya teoría, enteramente fundada sobre los hechos mejor observados, resulta que, si los médicos saben atajar con las sangrias locales, dieta y révulsivos, las inflamaciones de los pechos, del útero, de la cara, de los órganos sexuales, etc., ántes que ellas hayan producido infartos linfáticos muy endurecidos, estará precavido el cáncer; resulta de la misma ademas que se-

mejantes infartos son capaces á veces de ceder á los mismos medios, ó que á lo ménos haciendo uso de ellos, se evita la propagacion de la flemasia á las vísceras; lo que proporciona á los enfermos el beneficio de llevar sin lesion ninguna sus tumores hasta la vejez; resulta últimamente, y es un hecho muy digno de la atencion general, que los cánceres exteriores, aunque ulcerados ya, pueden ceder á los medios locales, ó atajarse acertadamente por el cirujano, con tal que la irritacion no haya penetrado hasta las vísceras.

Pero ¿qué teníamos en lugar de estos satisfactorios datos? una vaguedad insoportable, una dolorosa fatalidad. El cáncer provenia no sé de qué; atribuiánle á una causa oculta que obraba sobre la economía no sé como; porque no se atrevian ya, á imitacion de los antiguos, formar de él un virus ó humor corrupto. Si en lo exterior del cuerpo existia un tumor indolente glanduloso ú otro, luchaban contra él con estimulantes, que no dejaban casi nunca de exasperarle. ¿Se trataba de determinar si

esta induracion se convertiria en una úlcera cancerosa? se aguardaba el éxito para responderle á Vm. Si el tumor se desvanecia, le decian á Vm. que él no tenia el destino de producir un cáncer. Si llegaba á ulcerarse su superficie, le respondian que ningun socorro humano hubiera sido capaz de resolver semejante tumor. Si hacia Vm. la misma pregunta sobre la ulceracion, le satisficaban del mismo modo, ninguna señal sacada del aspecto de la superficie ulcerada suministraba calidades positivas sobre su naturaleza, Si Vm. sanaba, le aseguraban atrevidamente que ella no estaba cancerosa. Si el enfermo se rendia á ella, le juraban los médicos que, por mas que hubiera podido hacerse, no se hubiera evitado nunca esta infausta terminacion. Cuando se repetia la irritacion en las vísceras, se veia en ello un ente llamado *diatesis* ó *caquexia cancerosa*; y bien léjos de remediarla por medio de los antiflogísticos, agravaban este estado, y le hacian incurable con específicos é irritantes de toda especie. Este era el deplorable estado en



que se hallaba la ciencia ántes de la época de la doctrina fisiológica. El cáncer era realmente el espanto del género humano, el oprobrio de la medicina, y ninguna cosa infundía esperanzas de que se pudiera salir jamas de semejante laberinto, cuando la teoría de la irritacion vino á introducir la luz en él, y enlazar esta enfermedad con los principios que dirigen todas las otras.

No le hablo á Vm. de los cánceres reputados como primitivos de los órganos interiores; son el fruto de sus irritaciones prolongadas, y los he mencionado al tratar de estas enfermedades.

Resulta evidentemente de lo que Vm. acaba de oír que las perlesías, apoplegias, tísicas, neurismas y alteraciones del corazón; cirros y alteraciones de las vias digestivas, cánceres de lo exterior del cuerpo, no son enfermedades particulares á las que uno esté condenado desde el nacimiento, ó entes maléficos, genios del mal que caen sobre los mortales, sin motivos ni causas apreciables, para sacrificarlos; son unos resultados de irritaciones inflamatorias ó

subinflamatorias, siempre curables en los principios, y que, por consiguiente, no se verificarían jamas, si los enfermos reclamaran harto pronto los auxilios del arte, y si los médicos supieran administrarlos conforme á los principios de la doctrina fisiológica.

## EL SABIO.

He cogido bien el plan de su doctrina de Vm.; la hallo satisfactoria para cuantas enfermedades me hace presentes; pero hay otras muchas que Vm. no ha mentado de modo ninguno. Concibo que las enfermedades de los órganos de una importancia secundaria, como la garganta, boca, ojos, oídos, traquiarteria, riñones, vejiga, órganos sexuales, deben enlazarse con aquellas de que Vm. me ha hablado, y temeria yo abusar de la paciencia de Vm. rogándole que me hiciera su historia: pero le confesaré que me quedan algunas dudas, que tengo por bien fundadas, sobre la similitud de todas estas enfermedades con la rabia.

¿No podría Vm. á lo ménos, en nuestra primera conferencia, añadir todavía dos palabras sobre este afecto?

EL MÉDICO JÓVEN.

Contraigo ese empeño con gusto.



## DIALOGO DECIMO OCTAVO.

*Rabia; mordedura de los animales venenosos; gusanos.*

EL SABIO.

He solicitado de Vm. la teoría de la rabia; pero como temo que dé Vm. bien presto fin á este artículo, le preparo algunas otras cuestiones á fin de alargar algo nuestra conferencia, y resarcirme de la brevedad de la postrera, si las ocupaciones de Vm. le dejan lugar para responderme.

EL MÉDICO JÓVEN.

Estoy á las órdenes de Vm. , Caballero; mis aprestos de partida se hallan terminados casi, y no me quedo sino para aprovecharme de la ocasion que Vm. me presenta de propagar los principios de la verdadera medicina.

EL SABIO.

Dé Vm. pues principio hablándome sobre la rabia.

¿No podría Vm. á lo ménos, en nuestra primera conferencia, añadir todavía dos palabras sobre este afecto?

EL MÉDICO JÓVEN.

Contraigo ese empeño con gusto.



## DIALOGO DECIMO OCTAVO.

*Rabia; mordedura de los animales venenosos; gusanos.*

EL SABIO.

He solicitado de Vm. la teoría de la rabia; pero como temo que dé Vm. bien presto fin á este artículo, le preparo algunas otras cuestiones á fin de alargar algo nuestra conferencia, y resarcirme de la brevedad de la postrera, si las ocupaciones de Vm. le dejan lugar para responderme.

EL MÉDICO JÓVEN.

Estoy á las órdenes de Vm. , Caballero; mis aprestos de partida se hallan terminados casi, y no me quedo sino para aprovecharme de la ocasion que Vm. me presenta de propagar los principios de la verdadera medicina.

EL SABIO.

Dé Vm. pues principio hablándome sobre la rabia.

## EL MÉDICO JÓVEN.

La rabia es una de las enfermedades mas formidables; no pudo escaparse sin embargo de los cotejos de los médicos fisiologistas. Nuestro catedrático no cesa, hace ya diez años, de meditar cuantas observaciones se publicáron, y se publican cada año, sobre este tremendo azote, y de ello ha sacado las conclusiones que siguen :

La rabia es lo mas comunmente, en nuestra especie, el producto de una irritacion particular comunicada á la economía con la mordedura de un animal del género *canis* (perro, lobo, hiena, chacal, ó zorro) que está atacado de ella. Depende al parecer de la inoculacion de la saliva del animal : esta saliva se ha vuelto venenosa con la excesiva irritacion de las glándulas que la producen, y que se hallan situadas alrededor de la boca; y esta irritacion misma es correspondiente á la de la membrana interna de la boca y garganta. Esta última irritacion coincide, sucesivamente, con la del estómago, y se comu-

nica mas ó ménos al cerebro y pulmones. Es cosa muy difícil de determinar cual de estos órganos es atacado el primero, y comunica la irritacion á los otros. Hay sin embargo fundamentos para creer que la de la garganta es fundamental, supuesto que allí se manifiestan los primeros síntomas con un sentimiento de constriccion y el horror de los líquidos, fenómenos que con mucha frecuencia se encuentran en las flemasías del gárgüero, que se llaman *anginas* ó *esquinancias*. El papel que la inoculacion de la saliva hace en el progreso de esta enfermedad, parece apoyar esta opinion; la apoyan tambien los efectos de la cólera exasperada, supuesto que está bien averiguado que algunas personas furiosas, contra las que no habia sospecha ninguna de rabia, comunicáron con sus mordiscos esta enfermedad; y es sabido que el furor obra fuertemente sobre el faringe, calienta la garganta, agita la quijada inferior con temblores convulsivos (rechinos de dientes), estimula la secrecion de la saliva, y llena de espuma la boca.

Podría sospecharse pues que depravada la saliva con esta irritacion local, es un verdadero veneno para el que la recibe en la llaga ocasionada por la mordedura del rabioso ó furioso; que ella introduce la irritacion en las estremidades nerviosas que están situadas en esta llaga, y de allí en los mismos órganos que estaban atacados en el hombre ó animal que suministraron esta saliva. Sin embargo no puede dudarse de que la irritacion del centro epigástrico, y especialmente del estómago, coincide constantemente con la de la garganta; aun es permitido poner en duda si, en ciertas circunstancias, la gastritis no puede obrar bastante vivamente sobre la garganta, para producir en ella el grado de irritacion que deprava la secrecion salival y la convierte en veneno. ¿No es sabido que toda irritacion de órgano puede ser tan pronto primitiva como secundaria?

EL SABIO,

En vista de lo que Vm. me ha dicho de las nevrosis, me parece que el cerebro

debe tener mucha parte en la produccion de la rabia.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sin duda ninguna, Caballero. En las rabias comunicadas, recibe la estimulacion de la saliva inoculada, y la despide hácia la garganta; y cuando se halla inflamada esta última, obra ella fuertemente sobre el cerebro. Pero en los casos en que la rabia es espontánea y producida por la cólera, obra el cerebro sobre la garganta para encenderla, inflamarla, y exaltar con exceso su sensibilidad: despues cuando aquella está en este estado, recibe de ella la irritacion, que él dirige hácia todos los tejidos nerviosos, particularmente hácia el aparato muscular, de que resultan las convulsiones. Ultimamente, si la flemasía del estómago es bastante intensa para producir la rabia, como se tienen buenas razones para sospecharlo, observando su progreso en el perro, esto no puede verificarse mas que á causa de que irritado el cerebro con la gastritis, obra sobre la garganta, y da

progreso allí á la inflamacion y espasmo, cuya percepcion contribuye despues á aumentar su propia irritacion. En general, las estimulaciones se despiden y repelen de las demas partes hácia el cerebro, y de este hácia aquellas, con tanto mas vigor quanto mas nerviosas y sanguíneas son. Ahora bien, la membrana interna de la garganta y de las vias digestivas reúne ámbas condiciones en supremo grado; no es pues cosa estraña que irritado el cerebro, forme en ellas y reciba continuas estimulaciones, que despide hácia los músculos produciendo convulsiones mas ó ménos fuertes.

EL SABIO.

¿ Se sabe como la rabia espontánea tiene origen en el perro?

EL MÉDICO JÓVEN.

Toma ella progreso durante los calores, y se piensa que comienza entónces con una gastritis, acompañada de la irritacion de la garganta; porque se nota siempre alguna irritacion en estas dos partes, cuan-

do se tiene ocasion de abrir un perro rabioso. Seria pues la rabia una de las formas de la gastritis en este animal; pero, para adquirir la certeza de ello, seria menester comunicar á estos animales gastritis artificiales. Se sabe que el perro no suda nunca; que, cuando está acalorado, jadea, y que se aumenta la secrecion de la saliva. Participa sin duda el estómago de esta irritacion; y la rabia podria dimanar de esta duplicada causá. Pero la conversion de la saliva en un virus capaz de inficionar á otro animal, no es ménos por ello un fenómeno muy peregrino.

EL SABIO.

Así Vm. sostiene que la saliva puede volverse, con la irritacion de la garganta, bastante venenosa para producir la rabia.

¿ Tiene Vm. otros hechos análogos capaces de apoyar este aserto?

EL MÉDICO JÓVEN.

¡ Sí, Señor; cuantos órganos están encargados de fabricar humores particulares, y que llamamos *órganos secretores* ó *gldn-*

*dulas*, pueden, cuando están fuertemente irritados, dar á sus fluidos un grado de virulencia mas ó ménos elevado, aunque la sangre sea tan pura como de costumbre. Así es como llevado un arrebató de cólera hasta el furor, comunica á la bilis una acrimonia que la hace capaz de inflamar el canal de la digestion, y convierte la leche de un ama de cria en un veneno peligrosísimo para la criatura á la que da de mamar. Pues bien no se verifica todo esto mas que á causa de que el influjo que el cerebro ejerce sobre el hígado y pechos, es excesivamente irritante. Todas las inflamaciones de una profunda intension pueden depravar el pus de una superficie supurante, y convertirle en una ponzoña capaz de atacar el principio de la vida, si llega á ser absorbido, y á entrar en las vías de la digestion. ¿Porqué pues estrañarse de que la cólera que enardece la garganta y provoca la secreción de la saliva, pueda obrar sobre las glándulas que dan este humor (1)

(1) Estas glándulas están colocadas alrededor de la boca. La mas gruesa es la parótida, situada en la parte

con bastante vigor para formar de él un veneno capaz de dar progreso á alguna irritacion en los que le reciben, por inoculacion, en las mordeduras? Lo que hay de incomprendible en este hecho es, repítolo, que la irritacion vaya á predominar en el organo salival del animal mordido, y haga tan venenosa su saliva como la del animal mordedor. Notará Vm. sin embargo que la saliva no adquiere esta virulencia en todos los animales: el hombre y las diferentes especies de perros son los únicos que hayan presentado ejemplos de rabia no comunicada. La cólera y gastrítis no la producen en los demas animales; pero estos pueden recibirla de los precedentes, del perro particularmente, porque no hay ejemplos de que un hombre haya comunicado la rabia por mordedura á los animales. Pero no es ménos digno de atencion que, cuando estos últimos han contraído semejante enfermedad con la mordedura de un per-

superior y lateral del cuello, detras de la quijada inferior, de cada lado; las demas están mas cerca de la lengua.

ro, su garganta deja rara vez de contraer alguna irritacion.

## EL SABIO.

Es cosa sensible que no pueda determinarse mejor cual es el órgano en que brota el principio de la rabia, esto podria suministrar datos para la curacion de esta cruel enfermedad.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Sea lo que quiera del primitivo asiento de la rabia, es siempre cierto que los rabiosos no se rinden nunca sin que la irritacion se haya hecho excesiva en los principales órganos, el estómago, cerebro, pulmones y corazon: este hecho puede suministrar, siempre basas para la curacion; le demuestran las aberturas de cadáveres, que hacen ver estos órganos atestados de sangre y endurecidos en el grado que corresponde á la inflamacion: prueba cierta de que la irritacion de sus nervios llamó allí fuertemente y reconcentró este fluido. Los rabiosos se rinden ménos á la desorganizacion inflamatoria que á las congojas

y esfuerzos convulsivos que experimentan. Otras muchas enfermedades presentan la misma particularidad; y citaré particularmente el tétanos, las inflamaciones de las membranas del cerebro, y ciertas gastritis que obran vivamente sobre esta víscera. Cuanto mas vivas son las convulsiones, en todos los casos, tanto mas pronto está estinguida la vida; de ello el escaso tiempo que tenemos para remediar estas enfermedades.

Cada uno sabe que se precave el progreso de la rabia, dicha *hidrofobia*, á causa del horror del agua, que sin embargo no existe en todos los enfermos (1), por medio de la profunda cauterizacion de la llaga; pero cuando lossíntomas característicos de esta enfermedad, el horror del agua, la imposibilidad de tragar, el calor y espasmo de la garganta, del estómago, los pavores, los enagenamientos del furor, la agitacion

(1) Ella no existe mas que cuando la irritacion es excesiva en el faringe. Si predomina en las demas vísceras, la hidrofobia ú horror del agua no se verifica, y no por ello es ménos peligrosa la rabia.



convulsiva del rostro, las convulsiones generales, se han declarado, es cosa sumamente rara que se puedan salvar los enfermos.

EL SABIO.

¡Deplorable sentencia! ¿No suministra la nueva doctrina de Vm. medio ninguno de templarla?

EL MÉDICO JÓVEN.

Quizas, Caballero; va Vm. á juzgarlo.

Antes de la época de la doctrina fisiológica, no oponían contra la rabia casi nunca otra cosa mas que los estimulantes. El opio, almizcle, alcanfor, fricciones mercuriales, llevadas hasta la salivacion; una infinidad de preparaciones farmaceuticas, compuestas de aromas e ingredientes los mas incendiarios; las bebidas alcalinas, los baños frios de sorpresa, los chorros de aguas minerales sobre la cabeza, tales eran los medios, todos excesivamente estimulantes, á que se creia haber precision de recurrir, y se rendian los pacientes en medio de las mas horrendas congojas y convulsiones. Si sangraban á algunos enfermos, se acele-

raban despues inmediatamente á estimularlos con el opio, almizcle, y alcanfor. El profesor de la medicina fisiológica alzó fuertemente el grito, desde el año de 1814, contra esta furibunda práctica, recordó los aciertos, en verdad escasos, logrados en otros tiempos por Boerhaave, y mas recientemente por los Ingleses y algunos médicos europeos que practicaban en las Indias, con el socorro de las sangrías llevadas hasta el desfallecimiento. Pensó que este medio podia tener algunos inconvenientes, como muy debilitante; pero que era necesario suplirlo aplicando muchas sanguijuelas en el epigastro, en la travesía de las venas jugulares que bajan á lo largo de las partes laterales del cuello, alrededor de la garganta, y aun en lo interior de la boca, como se practica en las anginas. Comparó, bajo este aspecto, la rabia con todas las irritaciones locales acompañadas de una fuerte nevrosis: porque cuando los dolores y convulsiones han agotado las fuerzas, se sigue á las emisiones sanguíneas una prontísima muerte. Por lo demas, fué de pare-

cer que se introdujera con abundancia agua fria pura, acidulada ó hecha emoliente con un mucilago, por la boca, despues de haber desterrado el espasmo de la garganta; y por el ano, con el auxilio de lavativas y chorros ascendientes: quiso que á ello se añadiera la constante mansion del paciente en un baño tibio, luego que el horror del agua se calmara por medio de las sangrias locales y de las inyecciones de agua en el estómago é intestinos: prohibió toda especie de medicamento estimulante, con cualquiera nombre especioso que se imaginaran condecorarle, á no ser que se tratara de proporcionar una excitacion instantánea, y aconsejó fuertemente á sus discípulos que no malograsen las primeras ocasiones que se presentasen para probar, sin titubear, estas experiencias, asegurando constantemente que, si se conseguia calmar la irritacion de la garganta y estómago, debia contarse con inesperados triunfos: aun manifestó muchas veces el deseo de que se pudiera introducir agua en la circulacion por una via mas directa que la de la absorvencia;

pero como no tuvo la ocasion de curar á rabiosos, no pudo presentar ejemplos en apoyo de su teoría.

Estos eran los preceptos que nuestro catedrático no cesaba de difundir en el público hacia ya siete años, quando un hábil experimentador tuvo la idea de inyectar agua en las venas de una perraza de presa, atacada de rabia: este animal se puso sosegado; pero no dejó de rendirse. Este triunfo, aunque incompleto, era propio sin embargo para fomentar otros nuevos. Se acaba de hallar una ocasion de repetir esta experiencia en un hombre admitido en el hospital general, y sospechado de rabia. Aunque este nuevo ensayo no haya salido acertado, pienso que los médicos no deben renunciar de él. La inyeccion de la solucion de opio en las venas ha logrado desvanecer ya violentas convulsiones; parece bastante razonable creer que el agua, cuidando de no emplearla mas que destilada, á la temperatura del cuerpo y en cortas dosis, debe tener todavia ménos inconvenientes: es un medio de rigor que debe

tentarse en los tétanos y violentos ataques convulsivos.

EL SABIO.

Así los beneficios de la doctrina de Vm., con respecto á la rabia, no son todavía mas que en perspectiva : es siempre algo, cuando se trata de una enfermedad de esta gravedad. Pero hábleme Vm. de la mordedura de los animales venenosos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pensamos que el veneno que introducen ellos en las llagas, no puede obrar sobre la economía mas que irritándola. Los fenómenos que se manifiestan, son siempre los de la irritacion, tales como congoja, convulsiones, dolor en el epigastro, una sensacion de calor acre con llamamiento de fluidos hácia la region que recibió la ponzoña. Se le oponen comunmente estimulantes, el amoniac (alcalí volatil), y algunas plantas aromáticas, la raiz de serpentaria, la de contrayerba, etc. : cuyas substancias deben obrar por revulsion. Quizas los antiflogis-

ticos hallarian allí su aplicacion ; pero los efectos de estos venenos son tan rápidos ; la irritacion que determinan desvanece las fuerzas con tanta celeridad , que no se ha osado todavía aventurarse á aumentar la debilidad de los dolientes con las sangrías locales y los refrigerantes. Conviene tener tambien en consideracion la descomposicion de los fluidos ; pero estos venenos son mas particularmente infaustos con la irritacion del sistema nervioso. Deseamos nuevas esperiencias sobre esta importante materia, y formamos especialmente el deseo de que las hagan médicos penetrados de los principios de la medicina fisiológica.

EL SABIO.

Es sensible que Vm. no tenga ninguna otra cosa mas precisa sobre esta especie de dolencias. Deseo que Vm. posea en breve hechos que puedan llenar los deseos de los filántropos. Dos palabras todavía, por favor, sobre las lombrices.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es difícil de determinar la causa primera

de las lombrices : se sabe que habitan en lo interior del canal digestivo, especialmente de los intestinos menores, y que se reproducen allí por generacion; pero todos no llevan la semilla suya. La opinion de los antiguos era que haciendo la debilidad de la complexion abundar la mucosidad ó pituita en los intestinos, era la causa indirecta de las lombrices : pero el fundador de la doctrina fisiológica enseña que esta mucosidad, tan favorable para la generacion de semejantes animales, es más bien un efecto de la inflamacion que de la debilidad de los intestinos. Se funda en que los individuos mas vigorosos tienen lombrices en todos los periodos de la vida, cuando están atacados de gastro-enteritis, ya agudas, ya crónicas; pero no se lisonjea de explicar porqué las lombrices no existen en todas estas enfermedades. Queda por descubrir cuales son los alimentos, las influencias atmosféricas que son causa de que ciertas epidemias las presenten con abundancia, mientras que no la presentan otras. No poseemos sobre ello mas que da-

tos aproximativos : por ejemplo, se sabe que se encuentran las lombrices á menudo en las gastro-enteritis de los años lluviosos, y en las personas que hicieron uso de alimentos malsanos, de vegetales acuosos que no habian llegado á una completa madurez; pero, repitámoslo, es imposible decir porqué todos los pacientes no se ven atacados de ellas en semejantes circunstancias, y porqué las lombrices se presentan en algunos individuos que hacen uso de alimentos sanos y que viven en una atmósfera propicia para la salud. Con arreglo á lo cual, debe presumirse que, prescindiendo de la inflamacion, existe en ciertas personas una disposicion á alimentar las lombrices y en otras una idiosincrasia ó disposicion particular totalmente opuesta.

Sea lo que quiera de ello, la doctrina fisiológica ha dado las mayores luces sobre la curacion de los afectos verminosos. En otros tiempos, luego que se habia comprobado, ó únicamente sospechado la existencia de las lombrices en el canal digestivo, se administraban tan inmediata como

profusamente ciertos estimulantes, condecorados con el título de *vermífugos* ó *antelmínticos*: el ruibarbo, los amargos todos, los ajenos, la atanasia, el cipresillo ó polvo contra lombrices, el musgo de Córcega, el ajo, el asa-fétida, el mercurio, los purgantes mas violentos, se administraban en fuertes dosis, sin dignarse de hacer atencion á la inflamacion del estómago é intestinos: por lo mismo acaecia con suma frecuencia que la enfermedad se agravaba con el influjo de semejantes medios, y se volvia incurable. Lo cual acontecia á los niños, cuyas irritaciones gástricas todas se curaban con los vermífugos; y esto los conducia á la enteritis crónica, que se designaba entónces con el nombre de *obstruccion*.

En la actualidad, quantos médicos han observado segun el espíritu de la doctrina fisiológica, se guardan bien de caer en semejantes yerros: la experiencia les ha enseñado que, en la grandísima mayoría de los casos, se espelen las lombrices por la naturaleza, cuando se atajó la inflamacion

que las alimentaba. Dan principio pues dirigiendo sus arbitrios curativos contra esta flemasía, limitándose á asociar con los temperantes que le convienen, algunos vermífugos no irritantes, tales como los oleos mezclados con los ácidos; y reservan los vermífugos irritantes para los casos en que el afecto verminoso persiste á pesar de la destruccion de la flemasía intestinal; y aun no se obstinan nunca en el uso suyo, si sobreviene algun nuevo síntoma de irritacion. A cuyo método se sigue el mas completo triunfo.

EL SABIO.

Pero en quanto á la lombriz solitaria ¿no tiene Vm. medios particulares que oponer contra ella?

EL MÉDICO JÓVEN.

La tenia, que se designa incongruentemente con el nombre de *solitaria*, es una lombriz chata, formada de una reunion de anillos harto parecidos á las pepitas de melon: su longitud de muchas varas á veces; habita en los intestinos menores, y se

halla tan distante de ser constantemente única, que nuestro catedrático halló hasta siete en el canal digestivo de un individuo. En general, la curacion de esta lombriz era empírica en la antigua doctrina; se esforzaban á evacuarla por medio de violentos purgantes, dados en crecidísimas dosis, y que dejaban frecuentemente en el canal digestivo una irritacion que no se destruía mas que con suma dificultad. Es necesaria toda la prudencia de un médico fisiologista para curar este afecto sin causar un considerable menoscabo á la complexion de los pacientes. El plan que debe seguirse, es este: despues de haber atajado la inflamacion, si ella existe, debemos atestar de alimentos mucilaginosos, leche y bebidas temperantes, al paciente; y se promueven despues copiosas evacuaciones por medio de purgantes oleosos. El modo con que los órganos de la digestion soportan la impresion de estos últimos medios, sirve de guia al práctico; porque jamas debe insistir este en el uso suyo hasta el grado de fomentar

una inflamacion crónica que pudiera terminarse con la desorganizacion. Unas mas estensas individualidades no pertenecerian sino á un tratado de medicina práctica: discuro pues que tendrá Vm. á bien darme por dispensado de ellas, por no ser mi fin mas que presentarle algunos documentos para juzgar del influjo que la doctrina fisiológica ejerce sobre la curacion de las enfermedades. Espero que ahora está Vm. bien convencido de que no las hay cuya teoría no se haya rectificado por ella del modo mas beneficioso para la humanidad.

EL SABIO.

Hay todavía algunas enfermedades de que Vm. no me ha hablado; le perdono á Vm. las que puedo enlazar con su teoría; pero le confesaré á Vm. que no alcanzo como la hidropesía puede coordinarse con los afectos que hemos pasado en revista. El público no cesa de repetir que en esta enfermedad la sangre se ha vuelto agua; las personas instruidas la atribuyen á la debilidad: desearia saber yo lo que Vm.

piensa de esto, y si se halla en el caso de hacerme ver alguna conformidad entre la hidropesía y la inflamacion.

EL MÉDICO JÓVEN.

Esa conformidad, Caballero, es grandísima; sin embargo todas las hidropesías no se enlazan con la inflamacion indistintamente. Haré por dar á Vm. una idea de estas enfermedades en nuestra primera conferencia.

---



---

## DIALOGO DECIMO NONO.

*Hidropesias.*

EL SABIO.

CADA vez que me deja Vm. en la espectacion de una nueva enfermedad, no ceso de estar cavilando en ella, y buscando en el recuerdo de mis lecturas el concepto que yo me habia formado de la misma al principio. Confiésolle á Vm. que no hallo ninguno satisfactorio sobre la hidropesía. En efecto, querria yo, para conformarme con los principios de Vm., poder referirla á la irritacion; pero ¿qué medio para explicar por este fenómeno la formacion de aquellos cúmulos de agua que estienden y desfigurán todas las partes del cuerpo? despues de haber reflexionado en ello, no puedo ver otra causa suya mas que la supresion de la transpiracion y orinas; pero me fatigo en balde la cabeza para descubrir como esta supresion se convierte en hidropesía.

piensa de esto, y si se halla en el caso de hacerme ver alguna conformidad entre la hidropesía y la inflamacion.

EL MÉDICO JÓVEN.

Esa conformidad, Caballero, es grandísima; sin embargo todas las hidropesías no se enlazan con la inflamacion indistintamente. Haré por dar á Vm. una idea de estas enfermedades en nuestra primera conferencia.

---



---

## DIALOGO DECIMO NONO.

*Hidropesias.*

EL SABIO.

CADA vez que me deja Vm. en la espectacion de una nueva enfermedad, no ceso de estar cavilando en ella, y buscando en el recuerdo de mis lecturas el concepto que yo me habia formado de la misma al principio. Confiésolle á Vm. que no hallo ninguno satisfactorio sobre la hidropesía. En efecto, querria yo, para conformarme con los principios de Vm., poder referirla á la irritacion; pero ¿qué medio para explicar por este fenómeno la formacion de aquellos cúmulos de agua que estienden y desfigurán todas las partes del cuerpo? despues de haber reflexionado en ello, no puedo ver otra causa suya mas que la supresion de la transpiracion y orinas; pero me fatigo en balde la cabeza para descubrir como esta supresion se convierte en hidropesía.



Hable Vm. pues; y veamos lo que su doctrina hace de notable y realmente útil en esta singular enfermedad.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Si Vm. no concibe la hidropesía, es á causa de que carece de datos sobre la estructura íntima y funciones de los órganos. En otros tiempos la medicina se hallaba bastante remota del cuerpo humano, para que el comun de las gentes pudiera lisonjearse de compenderla sin tener idea ninguna de la anatomía. No sucede así ya en la época en que vivimos: no son las enfermedades ya cúmulos de impuros humores que tengan sus correctivos y evacuentes en nuestras farmacias, ni abstractas colecciones de síntomas, realizadas y consideradas como potestades que obran sobre el principio vital; no son ellas otra cosa mas que el desórden de los órganos, y para comprenderlas bien, es preciso á lo ménos poder representarse estos órganos, y el ministerio que desempeñan ellos.

## EL SABIO.

Conozco que lleva Vm. razon; y estoy dispuesto á recibir una nueva leccion de anatomía, con condicion sin embargo de que la acomode Vm. á mis alcances.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Es menester primeramente que sepa Vm. cual es el asiento de las hidropesías. Este asiento es doble: se reduce él á las membranas que Bichat, célebre fisiologista, llamó *serosas*, y al tejido celular.

Las membranas serosas son unos tejidos sumamente tenues y finos, aunque dotados de una harto grande resistencia. Ellas cubren todas las superficies internas de nuestro cuerpo que están libres, y que no se comunican con lo exterior: estas superficies son poco conocidas del comun de las gentes, es menester sin embargo darle á Vm. una idea de ellas. Hace Vm. memoria del peritóneo, de que le hice mencion al tratar sobre su inflamacion, conocida con el nombre de peritonitis.

## EL SABIO.

Acuérdome de haber oído á Vm. decir que el estómago, intestinos, hígado, útero, vejiga estaban colgando en la cavidad del empeine; y cubiertos con una membrana lisa que Vm. llamó el *peritóneo*.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Cogió Vm. grandemente la cosa. La misma membrana, que los cubre y tiene colgando, se repliega por uná y otra parte, abandonándolos, hácia la superficie interna de los músculos y huesos que forman las ternillas del abdómen, imitando una especie de saco sin abertura: este saco tiene dos superficies, una interna, lisa y escurridiza, siempre libre, que se corresponde en todas partes consigo misma, supuesto que cubre las vísceras y ternillas que las encierran; una esterna, unida con filamentos celulares á las vísceras y ternillas; de modo que todas estas partes están situadas fuera del peritóneo. Pues bien, la misma disposicion se encuentra en el pecho y cráneo. Una membrana, formada por el mis-

mo plan que la que acabamos de mentar, se despliega, por una parte, hácia cada uno de los dos pulmones, que ella sigue hasta su raiz, y que deja libre en las demas partes: habiendo llegado esta membrana á la raiz de cada pulmon, los deja y se repliega hácia la superficie interna de las costillas y diafragma; la llamamos *pleura*. Ella es doble, supuesto que los pulmones lo son, y la de un lado no se comunica con la otra. La misma disposicion para el corazon; le envuelve una membrana que, despues de haberle abrazado, le abandona en su basa, y le deja colgando para replegarse hácia la superficie interna de un saco particular, llamado *pericardio*, en que está encerrado este órgano, y esto sin experimentar ninguna perforacion. Ultimamente, el cerebro mismo, libre en la grandísima mayoría de su circuito, está encerrado tambien en la superficie esterna de un saco sin boca que, despues de haberle abrazado, le abandona en su basa, para replegarse hácia la superficie interna de la caja oseosa que le contiene. Comparada esta membrana por

su finura con una telaraña, se llama *aracnoide*.

Entre estas diferentes membranas, hay dos que forman muchos pliegues, de los que unos son libres, y otros siguen las irregularidades y diferentes formas de las vísceras: que son la del abdómen y la del cerebro. Pero sería en balde describírselas á Vm. de un modo minucioso; y basta que se forme Vm. un concepto general sobre semejantes membranas. Así, para resumirme, figúrese Vm. un gorro; es un saco sin abertura; su superficie interna se corresponde en todas partes consigo misma, como la superficie libre, escurridiza de una membrana serosa. Cuando el gorro está replegado y puesto en su lugar, una porcion de su superficie esterna abraza la cabeza, como otra de la de una membrana serosa abraza las vísceras; la otra porcion del gorro está libre, pero, en una cavidad visceral, corresponde ella á las ternillas. Debo añadir tambien que la superficie interna de estas membranas está siempre humedecida con un vapor seroso que se exhala y vuelve

á chupar constantemente, y que tiene el destino de facilitar la locomocion y deslíz de las vísceras, ya las unas hácia las otras, ya hácia las ternillas que las encierran. Le deben estas membranas el nombre con que hoy dia las designamos.

Ahora va Vm. á comprender la teoria de las hidropesías de las membranas serosas, y á conocer como se enlazan con sus inflamaciones.

EL SABIO.

Un instante. Le ruego á Vm. que me diga, de donde procede ese vapor seroso que humedece las membranas de que habla.

EL MÉDICO JÓVEN.

Procede de la sangre: le trasudan, como una especie de exhalacion ó transpiracion, ciertos vasillos que forman las membranas serosas: y volviéndole á chupar otras porosidades, le devuelven al torrente de la circulacion.

EL SABIO.

Está muy bien. Veamos ahora como se forman las hidropesías de estas membranas.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Cuando está inflamada una membrana serosa, el vapor que humedece su superficie interna se condensa y vuelve pus. Si la inflamacion se cura, este pus se condensa y organiza; se convierte en un tejido sólido que hace pegarse las dos superficies, y produce así su inmovilidad. Este es el modo curativo de las peritonitis, pleuresías, y pericarditis; porque se dan estos nombres á las inflamaciones del peritóneo, de las pleuras y pericardio. Si la inflamacion no se cura, el vapor, vuelto pus, se acumula, forma una coleccion considerable que constituye la primera hidropesía, la que es consecutiva á la inflamacion: tales son las hidropesías de pecho, que toman este nombre cuando se ha terminado el periodo de fiebre y calor. Así es como se forman la hidropesía del pericardio, á continuacion de las *pericarditis* ó inflamaciones de la superficie serosa del corazon; la del cerebro, que se llama *hidrocéfalo*, despues de las *aracnoiditis* ó *aracnitis* pro-

longadas; últimamente, la ascitis ó coleccion de líquidos en el empeine, á continuacion de las peritonitis vueltas crónicas. Debe conocer Vm. ahora todo el valor del precepto dado mas arriba, con motivo de las peritonitis y pleuresías, de atajar siempre, á cualquiera costa que ello sea, las inflamaciones de las membranas serosas.

## EL SABIO.

Estas son unas cosas de las que no tenia yo idea ninguna, y conozco efectivamente cuan reprehensibles son los médicos que abandonan estas inflamaciones á ellas mismas, ó que las curan con irritantes; porque no pueden ignorar el modo de formarse estas hidropesías; supuesto que saben que una inflamacion puede supurar, y que las membranas serosas no tienen salida ninguna. Pero prosiga Vm.

## EL MÉDICO JÓVEN.

En los casos que acabo de mentarle á Vm., la coleccion encerrada en las membranas serosas es un verdadero pus que está espeso, ó una serosidad purulenta que

ha depuesto lo que ella tenia de concreto sobre la membrana; ¿como lograr la resorpcion de unas materias espesas, tenaces, y sólidas á veces?

Pero hay otros casos en que esta coleccion no es otra cosa mas que el vapor natural de estas membranas, acumulado y convertido en serosidad. Estos casos son de dos especies: los primeros están dependientes todavía de la inflamacion; porque la de las vísceras envueltas en la membrana serosa basta, cuando es crónica, para descomponer el equilibrio natural entre la exhalacion y resorpcion de la serosidad. Llega mas que lo que se resorbe: lo cual basta para producir hidropesías serosas; así es como el vientre se llena de agua en seguida de las inflamaciones de los intestinos, del bazo, del útero, del hígado, y así consecutivamente. Ve Vm. pues que no es cosa ménos importante el atajar estas inflamaciones, que las de las membranas mismas. Tiénese aquí sin embargo la ventaja de que siendo mas acuosa la coleccion, se disipa mas fácilmente por medio de la resorpcion;

pero la desorganizacion de la víscera subyacente persiste, y reproduce incesantemente el derramamiento.

La segunda especie de estas hidropesías meramente serosas es independiente en un todo de la inflamacion: indicaré á Vm. las causas suyas despues de haberle dado á conocer el segundo asiento de las hidropesías, porque estas causas les son comunes á todas indistintamente.

EL SABIO.

Descompone Vm. cuantas ideas tenia concebidas de antemano yo sobre la hidropesía; pero conozco que las rectifica Vm. Así tenga á bien ir prosiguiendo.

EL MÉDICO JÓVEN.

El tejido celular ó areolario es el asiento de que quiero hablar: este tejido está formado de planchillas ú hojuelas, dispuestas de modo que forman celulas multiplicadas, todas las cuales se comunican unas con otras, y están humedecidas con un vapor análogo al de las membranas serosas. En aquel vasto aparato que reúne entre sí

todas las partes de nuestro cuerpo para facilitar sus movimientos, y que abunda mas especialmente por debajo de la piel y en los intervalos de los numerosos músculos que forman la totalidad de los miembros, hay muchas células destinadas á encerrar la grasa que viene tambien de la sangre: dicese que están separadas unas de otras, igualmente que de las células meramente serosas. Pero esta cuestion no hace nada para el objeto en que nos ocupamos; retenga Vm. solamente que el vapor seroso que humedece las celdillas del tejido areolario puede, como el de las membranas de que hemos hablado, acumularse bajo el influjo de infinitas causas, entre las que figura tambien la inflamacion.

En efecto, cuando esta tiene su progreso en el tejido celular, lo que lleva el nombre de *flemon*, se derrama la sangre en las células de su receptáculo, la serosidad en las que le circundan á una mayor ó menor distancia; y si esta inflamacion llega á ser crónica, es muy estensa la hi-

dropesia celular. Se encuentran á menudo algunas de esta especie, que ocupan toda una estremidad, á continuacion de ciertos flemones que se desconociéron ó fuéron mal curados; por ejemplo, despues de los partos, y en ciertas personas que se espusieron al frio en un momento en que se hallaban muy acaloradas, y cuya transpiracion se suprimió. Estas estremidades se vuelven monstruosas por su volúmen y perjudican mucho para la progresion.

En otros casos, la infiltracion serosa de los miembros y aun la de todo el cuerpo, son una resulta de las inflamaciones crónicas de las vísceras, y particularmente de las que produjéron colecciones en las membranas serosas. Así es como la hidropesia general sucede, con el tiempo, á la de las grandes cavidades, producida ella misma por las inflamaciones de las membranas serosas y por las vísceras que ellas envuelven. No existe la inflamacion entonces en el tejido celular general, sino que se limita á las cavidades viscerales; y se descompone por un influjo simpático

de estas en todo lo restante del cuerpo el equilibrio entre la exhalacion y absorvencia.

EL SABIO.

Ese influjo tiene, en mi concepto, visos de una cosa hipotética. ¿No se podría volver, para estos casos, á las teorías humo-  
rales, y decir que el humor de la hidropesía, por ejemplo, el del empeine, se derrama de una parte hácia las otras? Creo que comprendería mejor esto que las irritaciones simpáticas de Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es, Caballero, á causa de que Vm. no ha hecho un estudio especial de la fisiología patológica. Traiga, Vm. primeramente á la memoria que las membranas serosas están sin abertura, y que cuando es absorbida su serosidad, entra esta de nuevo en la sangre, de la que sale por las orinas y sudores; no puede ella pues escurrirse y derramarse en el tejido celular general. Es menester pues explicar con la accion vital las hidropesías de este tejido que son

consecutivas á las de las membranas serosas. En efecto, está demostrado que, si un modo de lesion se establece en un tejido de la economía, se repite él, al cabo de un cierto tiempo, en otros muchos. ¿No vió Vm., en la gota, inflamacion de una articulacion producirse en otras muchas, y de allí propagarse á las vísceras? ¿No marcha la inflamacion de la piel hácia las membranas mucosas de los órganos digestivos, y de estas hácia la piel, en el sarampion, viruelas, erisipelas, herpes? ¿No pasa la oftalmía de un ojo á otro? la angina ó esquinancia, de la agalla derecha á la izquierda? no inflama la gastritis la garganta, y con mas frecuencia todavía el cerebro? no obra este, cuando está inflamado, sobre el estómago é hígado? Son casi infinitos los ejemplos de esta especie; y son comunes á todas estas enfermedades de irritacion. Las hidropesías inflamatorias pertenecen á este número; no es pues de estrañar que la traslacion ó comunicacion simpática de un tejido á otro se encuentre en ellas. Estas traslaciones ó pro-

pagaciones de la irritacion fuéron causa de creer en virus, en humores movibles, que se pasean en el cuerpo, y se echan, como el vulgo se espresa, de una parte sobre otra. Pero le he dicho á Vm. que los humores no eran entes vivientes, que no tenían ningún principio de accion, ninguna voluntad, que no eran, por consiguiente, capaces de capricho ninguno, que no se dirigian, ó por mejor decir no eran dirigidos, mas que hácia la parte en donde los llama la irritacion. Repare Vm., por otra parte, que estos humores se engendran por los tejidos irritados ó inflamados; que no conservan, cuando han vuelto á entrar en la sangre, las calidades que tenían en la parte que los producía; que luego que se hallan absorbidos, están descompuestos y espelidos; y comprenderá Vm. cuan quimérica cosa es el figurárnoslos viajando por medio de los tejidos, nadando en medio de la sangre que está encerrada en una infinidad de estrechos cañones, sin experimentar alteracion, como una bandida de insectos ó peces que atraviesan los

aires ó aguas para irse á precipitar de acuerdo sobre un lugar predilecto. Abandone Vm. todas esas falsas teorías, parto de la imaginacion en aquellos siglos de ignorancia y barbarie, y no vea otra cosa en la traslacion ó estension de un afecto de cualquiera especie, mas que la traslacion ó estension de la irritacion mórbida.

En cuanto á la voz *simpatia*, no debe ella espantarle á Vm., espresa ella, en fisiología; un hecho de los mas evidentes, el enlace que existe entre las diferentes partes de un individuo, la asociacion que las une para concurrir á un fin único, la conservacion de la vida. Un órgano recibe la estimulacion de los agentes exteriores, y la comunica á otros; los actos necesarios para la conservacion del total organizado, como la alimentacion, la exoneracion de lo superfluo, etc., se ejecutan en virtud de esta correspondencia; los nervios son los agentes suyos, así como se lo he dicho á Vm. en otro lugar. Este es el hecho considerado en el estado sano; persiste, como de razon, en el de enfermedad; pero aquí,



aunque destinado á restablecer la salud, lo que él efectúa frecuentemente á pesar de la impericia de los médicos, le vemos servir á veces para la propagacion del mal. No es aquí el caso de investigar como esta perversion puede verificarse; y basta que esté comprobada su existencia, para que tengamos sólidas basas en el arte de curar.

No puede haber mas que esto en las enfermedades que manifiestan alguna actividad; y sin la teoría de la irritacion, apuesto á que ningun médico, por mas erudito que pueda ser, no se comprende á sí mismo, ni dirige la curacion del afecto mas sencillo. Lo probáron ellos suficientemente por el modo tan ridículo como adverso con que curaban nuestras enfermedades hasta la época de la doctrina fisiológica; por su estravagante paciencia en aguardar las crisis que no se efectuan con mucha frecuencia mas que á costa del doliente; por sus diversos específicos aplicados á las modificaciones de un mismo afecto, segun que ellos los dirigian contra esta ó aquella enfermedad; últimamente, por los estragos

que los mismos dejaban hacer á las epidemias, mientras que les hubiera sido tan fácil el atajar sus progresos.

## EL SABIO.

Confieso que no se me habian presentado en el ánimo todos esos cotejos, cuando le hice á Vm. esta objecion. Pero posee Vm. un sistema tan regular y coherente; le proporcióna él á Vm. tanta facilidad para reunir los casos unos con otros, y obligarlos á prestarse recíproco apoyo, que no me reconozco habilitado para estrechar á Vm. con objeciones bien coordinadas; y dejo esta incumbencia á los médicos cuyas doctrinas se han arruinado con los discursos de Vm. Prosiga Vm. pues su materia, y hábleme de las hidropesías que están agenas de la irritacion, si es que hay algunas; porque me ha vuelto Vm. en tanto extremo la cabeza, que bien pronto no veo ya otra cosa mas que, este Proteo en la portentosa diversidad de los males físicos que nos abruma.

## EL MÉDICO JÓVEN.

No es menester, Caballero, llevar las cosas hasta el extremo; me daría Vm. derecho para devolverle el cargo de *esclusismo* que tan á menudo me ha dirigido Vm. de oídas; es escusable Vm. sin embargo, por no haberme oído hablar todavía mas que de irritaciones. Pero tenga Vm. paciencia; hay enfermedades que están ajenas de toda irritacion: bien presto las conocerá Vm. Entre tanto, voy á investigar cuales son, entre las hidropesías que nos quedan por examinar, las que dependen algo todavía de este fenómeno, y las que presentan una calidad diferente.

Se produce á veces la hidropesía sin inflamacion, por la repentina supresion de la exhalacion transpiratoria, que es una materia serosa. En estos casos, los vasos que sirven de depósito á la masa sanguínea, y que no pueden dilatarse bastante para contener la serosidad superabundante, la exhalan repentinamente en los tejidos de que hemos hablado; se forma una especie de lluvia serosa en las membranas de este nom-

bre, en los tejidos areolarios; el cuerpo se tumeface y vuelve monstruoso. Es de toda evidencia que estas hidropesías, aunque bien independientes de la inflamacion, son muy activas, y no deben su existencia mas que al transporte de la irritacion de la piel á las membranas y tejidos en que se hace la coleccion. Ve Vm. que la irritacion debe distinguirse, segun los tejidos ó vasos en que obra ella.

Conviene poner en la misma clase la hidropesía que depende de que se bebió, en poquísimo tiempo, una mayor cantidad de líquido que la que la transpiracion, orinas, y exhalacion pulmoniacca pueden espeler. En esta postrera circunstancia, se divide la irritacion entre los órganos por donde se hacen estas depuraciones, y los tejidos encargados de exhalar la serosidad destinada á facilitar los movimientos.

Estas dos especies de hidropesía tienen esto de comun y notabilísimo, que la superficie del cuerpo, aunque muy inflada, está estremadamente dura y renitente, sin

haber perdido nada de su color y frescura naturales.

Colocarémos al lado de ellas la que sobreviene despues de las primeras accesiones de una calentura intermitente, ántes que el individuo se halle estenuado ó tenga obstruidas las vísceras; las que se siguen al temblor producido por el miedo, á la repercusion repentina de la sarna, herpes, erisipela, etc., porque, en todos estos casos, no vemos otra cosa mas que una suspension de la accion cutánea y el progreso de otra suplementaria, anormal, en los tejidos serosos y areolarios, es decir una traslacion de irritacion.

Tal es la pintura de las hidropesías activas. Las pasivas dependen, ó de un obstáculo presentado á la circulacion de la sangre, ó de estenuacion de las fuerzas.

El obstáculo de que tratamos, puede ser parcial ó general. Sabe Vm. que la sangre recorre un círculo sin interrupcion, supuesto que es impelida continuamente del corazon hácia las diversas partes del cuerpo,

y de estas hácia aquel. Lo cual constituye la circulacion de la *sangre*, de que hemos hablado mas arriba. Los vasos que la reciben del corazon son las *arterias*: las que se distinguen por latidos que se corresponden con la contraccion de este órgano. Los que vuelven á conducirla al corazon, despues que ella ha regado las partes del cuerpo recorriendo unos canales sumamente multiplicados, se llaman *venas*: las cuales no tienen pulsaciones apreciables. Ahora bien, cuando estos postreros vasos se hallan ligados, comprimidos, ó encogidos de cualquier modo, se detiene la sangre en su curso; queda estancada en todos los ramos de las venas que se hallan de la otra parte de la compresion. Estando muy repletas las venas, no pueden admitir ya el vapor seroso que se ha exhalado en las membranas de este nombre, en los tejidos areolarios; y sin embargo las estremidades arteriales no cesan de suministrársele. Este vapor entónces se acumula, condensa, y convierte en serosidad, y se produce la hidropesía. Ella es *parcial*, si la compresion no consiste mas

que en un tronco venoso; en el caso, por ejemplo, en que un tumor ó bien una ligadura comprime, en el pliegue de la ingle, la vena femoral que vuelve á llevar la sangre de una estremidad inferior; es general, si la compresion ú obstáculo obra sobre el tronco de la vena cava que derrama en el corazon la sangre que ella ha recibido de todas las partes del cuerpo, ó si el obstáculo está en el corazon mismo.

Concibe Vm., en vista de esto, como las enfermedades del corazon producen la hidropesía general. En efecto, cuando esta viscera está comprimida por un derramamiento formado en el pericardio, no puede dar ella ya entrada á cuanta sangre se le presenta por la vena cava, ni á la que viene del pecho por las venas pulmoniacas. Permanecen pues llenas estas venas, y los ramos, que ellas tienen en todas las partes del cuerpo, rehusan la serosidad exhalada en las superficies serosas, y en los tejidos areolarios, esto es celulares. Lo mismo sucede cuando el corazon está muy dilatado, porque estando al mismo tiempo reblande-

cido y debilitado, lo que constituye el aneurisma, es incapaz de contraerse bastante completamente para desembarazarse de la sangre que le llena. La que le traen la vena cava y las de los pulmones, no halla salida ninguna; queda pues estancada en todos los ramos, que desaguan en estas venas, y no les deja lugar para dar entrada á la serosidad de las membranas serosas y tejidos areolarios. El mismo fenómeno se verifica, y por iguales motivos, cuando las cavidades del corazon se llenan con algunas estrañas producciones, ó cuando se ponen duras y pierden su contractilidad.

Es verdad que esta hidropesía no acaece luego que el obstáculo comienza á formarse en el corazon; por mucho tiempo todavía la tonicidad de este músculo, el mas robusto de todos los del cuerpo humano, basta, aunque con trabajo, para mantener la circulacion; por mucho tiempo tambien los tejidos areolarios y serosos conservan suficiente facultad contractil para negarse á dejarse dilatar, y forzar las venas á recibir la serosidad que ellos contienen, y las ve-

nas suficiente vigor para chupar la serosidad y obligar al corazon á recibirla. Aun sucede á veces que la forzosa mansion de la sangre en los pulmones y cerebro produce la sufocacion, la apoplegía y muerte ántes que se forme la hidropesía, ó que algunas hemorragías restablecen el equilibrio temporalmente; pero llega por último un término en que todos estos tejidos pierden su resorte ó por mejor decir su tonicidad, y en cuyo caso la hidropesía se vuelve general y fatal á menudo.

Sepa Vm. ahora que esta causa de hidropesía es una de las mas frecuentes; con ella dan fin los mas de los asmáticos, y casi cuantas personas sufrieron del corazon por mucho tiempo. Son estas sin duda unas hidropesías muy pasivas; sin embargo, si trae Vm. á la memoria que las enfermedades del corazon deben su origen á la irritacion, se verá precisado á confesar que estas hidropesías van enlazadas tambien con este fenómeno mayor.

En órden á las hidropesías que se producen por el preñado y abultados tumores

del empeine, como los cirros de los ovarios, por las efusiones que comprimen la masa de los pulmones, pueden depender ellas en parte de la compresion ejercida sobre las venas mayores del abdómen, y del pecho, sobre el corazon; y en parte, de la irritacion mas ó ménos inflamatoria de las vísceras.

Llegamos por último á las hidropesías que no reconocen otra causa mas que la debilidad general, y la pérdida tónica de las ternillas de las venas. Las encontramos á continuacion de los flujos de sangre copiosos y prolongados; aun es menester, para que esta causa sea la única, que la efusion sanguínea no se suministre por un órgano inflamado; lo observamos igualmente á continuacion de las dilatadas hambres en los infelices que permanecieron penosamente famélicos por mucho tiempo, y en los convalecientes que se debilitaron en extremo con sus enfermedades. En todos los cuales casos, da la hidropesía principio por las estremidades inferiores, en atencion á que obligadas las venas de estas partes á

hacer subir la sangre contra su propio peso, tienen que ejecutar mayores esfuerzos que todas las otras, y se estenuan las primeras.

Vemos sobrevenir tambien varias hidropesías tras el abuso del mercurio y otras substancias minerales; pero como estos medicamentos ocasionan casi siempre alguna inflamacion en la membrana mucosa del canal digestivo, no podemos achacarlo á la debilidad esclusivamente.

Ciertos venenos producen tambien la hidropesía, pero les es aplicable la misma observacion.

Finalmente, las hidropesías que se declaran en las personas que sufrieron por mucho tiempo con las fiebres intermitentes, no son siempre el efecto de la estenuacion de las fuerzas, supuesto que á menudo, como lo he notado, estas especies de enfermedades tienen algunas flemasías crónicas é infartos que ponen impedimento á la circulacion de la sangre. Tócale al médico fisiologista el distinguir cual de estos dos causas es la predominante, á fin de establecer bien las indicaciones curativas.

A las hidropesías ocasionadas por la debilidad, particularmente por los flujos de sangre y alimentos poco substanciosos, se acomoda la esplicacion del vulgo, que piensa que la sangre se convierte en agua, á causa de que efectivamente se empobrece este fluido en semejantes enfermedades. La parte encarnada, que llamamos el *cruor*, y aquella linfa plástica que forma el cuajaron en la sangría, se han disminuido prodigiosamente en su proporcion; de modo que la sangre está reducida, por decirlo así, á la serosidad. Pero juzga Vm. bastante cuan defectuosa es esta teoría, cuando la aplicamos á las hidropesías que son una resulta de la inflamacion, ó del repentino desorden de la transpiracion cutánea.

EL SABIO.

Si, Señor, concibo eso; y le confesaré á Vm. que tenia yo necesidad de todos esos documentos para formarme una cabal idea de las hidropesías. No veia en estas mas que una dolencia, la misma siempre, de la que no me era posible hacerme cargo: y como las mas de las veces es

seguida de la muerte, me parecia que su calidad real era tan misteriosa para los sujetos del arte como para mí mismo. Atribuía yo las curas á una venturosa casualidad que proporcionaba el hallazgo, sin que se supiera mucho como, del específico acomodado para la hidropesía. Me asistía tanta mas razon para discurrir por este estilo, quanto veía yo á sus compañeros de Vm. probar sucesivamente, con la mayor perplejidad, todos los remedios con que se creía haber conseguido algun acierto, y que con frecuencia un enfermo, desahuciado por ellos, sanaba con ayuda de una receta que se le comunicaba por alguna comadrera. Ahora, concibo que, quando esta enfermedad es consecutiva á algunas desorganizaciones de vísceras, debe ser incurable, miéntras que podemos triunfar en los casos en que conservaron los principales órganos su integridad. Ve Vm. que me aprovecho de sus lecciones, y que comienzo á hablar ya su lengua.

EL MÉDICO JÓVEN.

Con ello experimento un verdadero gus-

to. Ha cogido Vm. efectivamente la idea principal de la materia en que nos ocupamos; y quanto me toca decir á Vm. sobre la curacion de las hidropesías no puede ser mas que una esplanacion suya.

Hay un hecho curiosísimo, y cuya publicacion es de suma importancia, es que quantos médicos practican segun el verdadero espíritu de la doctrina fisiológica, no ven casi nunca que las personas á quienes ellos curaron desde el principio, caigan en la hidropesía; ni la hallan apenas mas que entre los enfermos que no cuidaron de ponerse en manos de un médico, ó cuya direccion fué confiada á algunos ontologistas; pero, en cambio, estos últimos cuentan siempre un sinnúmero de hidrópicos entre sus enfermos. Esta diferencia es tan prodigiosa, que llama desde luego la atencion de los médicos extranjeros que vienen á Paris para comparar la práctica de unos y otros en los hospitales. Los he visto frecuentemente pasmarse, recorriendo una asistencia de doscientos enfermos curados con las emisiones sanguíneas

y, dieta, de no descubrir allí ni siquiera á un hidrópico, miéntras que los veian con abundancia en las salas de los médicos avaros de sangre y pródigos de alimentos y remedios tónicos. Su pasmo es una de las pruebas mas fuertes que puedan darse del vacío de las doctrinas antiguas, y del perpetuo titubeo de los médicos ántes de la aparicion de la nuestra. La idea predominante, en todas las sectas, era que las enfermedades que se habian atajado con copiosas sangrias, debian seguirse de una larguísima convalecencia, ó que los pacientes debian caer en una hidropesía muy difícil de curar; está demostrado sin embargo lo contrario hoy dia: cuántos enfermos se libraron con tiempo de sus inflamaciones por medio de sangrias precipitadas, y especialmente practicadas cerca del receptáculo de irritacion, se curan prontísimamente y sin hidropesía. Si algunos de los que perdiéron mas sangre, experimentan un leve ataque suyo, se desvanece este con muy pocos remedios, con el único socorro de un régimen acomoda-

do á las facultades digestivas de los convalecientes, y con el uso de algunas bebidas *diuréticas*, es decir propias para dar curso á las orinas; y esto, por la razón muy plausible de que las vísceras están sanas, y pueden soportar con beneficio la estimulación de los alimentos, del buen vino y medicamentos fortificantes. Hallamos la misma facilidad en curar las hidropesías que deben su origen al hambre, á la mansion en un sitio húmedo en estremo, etc. Las sangrias copiosas no acarrear peligrosas hidropesías mas que en las personas atacadas de inflamaciones crónicas con desorganizacion; pero el que incurre en semejantes yerros, no es digno de figurar entre los médicos fisiologistas. Esta es pues la curacion de las hidropesías por debilidad; pasemos á las que dependen de la irritacion.

Siempre que la hidropesía está dependiente de un receptáculo actual de inflamacion que no ha desorganizado las vísceras, se consigue desterrarla luchando contra la enfermedad principal con la san-



gría y régimen antiflogístico; queda absorbida la serosidad en cuantas superficies la contienen, y restablecido el equilibrio. He visto innumerables veces á nuestro catedrático, y á los médicos que siguen sus huellas, obrar estas especies de curas en las personas que tenían una coleccion acuosa en el peritóneo; aplicando sanguijuelas al empeine para extinguir un receptáculo de flemasia establecido en los intestinos, en el higado ó matriz, siempre que los pacientes, aunque hidrópicos, tenían suficientes fuerzas todavía para soportar una evacuacion sanguinea; siendo de todo rigor el agregar á ello la mas severa dieta. En cuanto á las bebidas, no deben ser ellas mas que temperantes hasta la época en que la inflamacion está atajada; mas tarde, nos ceñimos á hacerlas ligeramente diuréticas.

La misma curacion es aplicable, en circunstancias iguales, á las personas atacadas de las hidropesias del pecho, á continuacion de las flemasias de la pleura, á las que damos el nombre de *pleuresias crónicas*; pero cuando los enfermos de que se trata,

han llegado hasta el grado de desorganizacion, lo que no puede comprobarse mas que por un médico de habilidad, no son ya oportunas las sangrias. Hay precision de reducirse á la medicina paliativa, que consiste en un régimen temperante, y en el uso de algunas bebidas diuréticas ó propias para hacer correr las orinas. A veces sin embargo se atajan los progresos de una desorganizacion incoativa, que ha producido ya la hidropesia, auxiliando estos medios con los cauterios, ajenjos de la China, sedales, y otros excitativos revulsivos, colocados lo mas cerca posible de la parte enferma. Esta curacion conviene mas particularmente en las pleuresias, en las hepatitis (inflamaciones del higado), y en las peritonitis crónicas complicadas con collecciones acuosas ó purulentas.

Cuando la hidropesia depende *unicamente* del desorden de la transpiracion, ó de un exceso instantáneo de bebidas acuosas, los enfermos pueden sobrellevar fuertes excitativos, y hallarse bien con ellos. En estos casos los purgantes violentos, como

la jalapa, escamonea, gutagamba, y los diuréticos fortísimos, tales como la escila, vino blanco, bebidas alcohólicas, y muchas plantas muy acres, proporcionaron unas curas que se habían tentado en balde con medicamentos ménos vigorosos. Sin embargo es preciso temer también el abuso de los irritantes, que podrían comunicar á estos enfermos una gastritis ó enteritis que ellos no tenían.

Algunos médicos sumamente atrevidos atajan, con fuertes diuréticos, la hidropesía de las personas atacadas de desorganizaciones viscerales; pero no adelantan nada con ello; pues estos pacientes se rinden bien presto en la estenuacion, con una calentura lenta.

Cuando la hidropesía es el efecto de un obstáculo para la circulacion, situado en el corazón, queda curada con la sangría y algunas bebidas levemente estimulantes, si esta víscera no se halla todavía desorganizada; si lo está ya, no se poseen entonces mas que los precarios recursos de la medicina paliativa.

## EL SABIO.

No habla Vm. de la puntura del empeine, que se practica en las hidropesías de esta cavidad: no me estraño de ello, porque los mas de los que sufren esta operacion, no tardan en ser víctimas suyas. Siempre que oí ordenar esta fatal perforacion, consideré esta sentencia como un decreto de muerte, y por cierto no soy el único de este dictámen.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Es un error, Caballero, esté Vm. bien persuadido de ello. Lo que descreditó tanto la paracentesis, es que se tiene frecuente ocasion de prescribirla á enfermos que padecen una desorganizacion de las vísceras del abdómen, producida por flemasías desconocidas, abandonadas ó mal curadas: tales son, con harta frecuencia, las de los borrachos de profesion; pero cuando la practicamos en las hidropesías independientes de semejantes desórdenes la sigue siempre el mas completo triunfo, si la cu-

ración se acomoda competentemente por otra parte á la calidad de la enfermedad. En general, la puntura no tiene nada de sensible por sí misma: cúrase la llaga sin trabajo ninguno; queda aliviado el paciente con la evacuación de las aguas; sus orinas, suspendidas hasta entónces, recuperan al punto su curso; obran con mucha mas eficacia que ántes los diuréticos; los vasos absorventes y las radículas de las venas se llevan consigo cuanta serosidad queda en el peritóneo; y á no estar muy desorganizadas las vísceras, se efectúa prontamente la cura. Diré mas: aun en los casos en que la desorganización se verifica, los enfermos se modifican siempre provechosamente con la puntura; esta los hace respirar, los preserva contra la sufocación, dales algunas esperanzas, y alarga constantemente su existencia. Aun hay casos en que son curables todavía las desorganizaciones; y por medio de la puntura, reiterada tan frecuentemente como la necesidad lo requiere, proporcionamos á los enfermos el medio de aguardar su cura: porque, sin

ella, peiererean infaliblemente sufocados cuando la colección es muy considerable. Se repitió á veces esta operación con acierto cinco á seis veces por año; por espacio de muchos. Deseche Vm. pues de sí una injusta preocupacion; no atribuya la muerte mas que á las alteraciones ya muy adelantadas de las vísceras; y crea que es provechoso siempre el agregar la puntura á la curación apropiada, desde el principio de las hidropesías abdominales.

EL SABIO.

Quedo sumamente contento con lo que acabo de oír: á cada instante, me deja libre Vm. de una nueva preocupacion. ¿No tiene Vm. ya nada que decirme para acabar de hacerme comprender bien el conjunto de su interesante doctrina?

EL MÉDICO JÓVEN.

He contraído el empeño de hablarle á Vm. sobre la debilidad. Este artículo es importantísimo, porque se afecta hacernos el cargo de que nosotros no vemos mas que la irritación en todas partes. Así, si Vm.

no teme una nueva dosis de fastidio, emprenderé gustoso el desenmarañarle esta famosa cuestion, aunque debiera esponerme yo á quedar inferior á mi materia.

EL SABIO.

Falta mucho ciertamente para que Vm. me haya causado fastidio ninguno, aunque, al principio, me haya sido necesaria toda mi atencion para no perder de vista la consecuencia de sus proposiciones. Ahora me reconozco mas que nunca habilitado para oir á Vm., y seguir sus discursos sin experimentar una fatigosa intension mental; me proporcionará Vm. pues sumo gusto en ventilar esta nueva materia. Aun le confesaré á Vm. que tengo una interior complacencia en pensar que podré embarazar algo á mi doctor, cuando él llegue, segun su costumbre, á declamar contra la nueva doctrina *supuesta fisiológica*.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hasta mañana pues, ya que Vm. lo desea.

## DIALOGO VIGESIMO.

*Enfermedades que dependen de la debilidad.*

EL SABIO.

VAYA, doctor, la debilidad. Tengo necesidad de que me dé Vm. una justa idea sobre ella, para sostener su causa en presencia de sus detractores, porque no cesan de repetir que Vms. dan mucha estension á sus ideas sobre las enfermedades inflamatorias.

EL MÉDICO JÓVEN.

Entre todos los fenómenos de las enfermedades, el que atrae mas la atencion de los pacientes, es la debilidad. Luego que el hombre comienza á sufrir, se queja de la disminucion de sus fuerzas; y le conmueve el dolor á causa de que le debilita. El hombre solicita el fin de sus penas, á fin de recuperar su acostumbrado vigor; le echa ménos de continuo, y en los progre-

no teme una nueva dosis de fastidio, emprenderé gustoso el desenmarañarle esta famosa cuestion, aunque debiera esponerme yo á quedar inferior á mi materia.

EL SABIO.

Falta mucho ciertamente para que Vm. me haya causado fastidio ninguno, aunque, al principio, me haya sido necesaria toda mi atencion para no perder de vista la consecuencia de sus proposiciones. Ahora me reconozco mas que nunca habilitado para oir á Vm., y seguir sus discursos sin experimentar una fatigosa intension mental; me proporcionará Vm. pues sumo gusto en ventilar esta nueva materia. Aun le confesaré á Vm. que tengo una interior complacencia en pensar que podré embarazar algo á mi doctor, cuando él llegue, segun su costumbre, á declamar contra la nueva doctrina *supuesta fisiológica*.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hasta mañana pues, ya que Vm. lo desea.

## DIALOGO VIGESIMO.

*Enfermedades que dependen de la debilidad.*

EL SABIO.

VAYA, doctor, la debilidad. Tengo necesidad de que me dé Vm. una justa idea sobre ella, para sostener su causa en presencia de sus detractores, porque no cesan de repetir que Vms. dan mucha estension á sus ideas sobre las enfermedades inflamatorias.

EL MÉDICO JÓVEN.

Entre todos los fenómenos de las enfermedades, el que atrae mas la atencion de los pacientes, es la debilidad. Luego que el hombre comienza á sufrir, se queja de la disminucion de sus fuerzas; y le conmueve el dolor á causa de que le debilita. El hombre solicita el fin de sus penas, á fin de recuperar su acostumbrado vigor; le echa ménos de continuo, y en los progre-

sos del mal no hace notar mas que los de la debilidad. Este afecto es innato, instintivo, y no cede mas que á la fuerza de la reflexion. Si el hombre no puede digerir, se queja de la debilidad de su estómago; si el movimiento de sus miembros es doloroso, ó que al ejecutarle experimenta una angustia que le inclina al reposo, lo achaca á la disminucion general de sus fuerzas; si su respiracion es penosa, nos dice que no tiene fuerzas para respirar; si está restreñido, acusa la pereza, es decir la debilidad de su facultad exonerativa, porque ha notado que sus esfuerzos no surten efecto ninguno: piensa y se espresa de igual modo sobre la descomposicion de las demas funciones. Es fácil convencerse de esta verdad observando las enfermedades de las gentes del pueblo, que no están imbuidas con sistema ninguno de medicina. En general, cuanto mas se aproxima el hombre á la naturaleza, tanto mas dispuesto se muestra á atribuir todos sus males á la debilidad: debe estar pues inclinado á buscar corroborantes por todas partes; y, como está ha-

bituado, en el estado de salud, á recuperar sus fuerzas con los alimentos y bebidas fermentadas, recurre desde luego, en sus enfermedades, á estos mismos medios.

Despues de los corroborantes, lo que mas él desea, es la evacuacion; pero es siempre con la interior esperanza de que despues de haberla conseguido, se hallará ménos débil, y podrá reparar sus fuerzas con la alimentacion. Esta idea le viene tambien de los reparos que él ha hecho sobre sí mismo en el estado de salud. La necesidad de las evacuaciones naturales y diarias le debilita, le embaraza para desplegar sus fuerzas; las recupera, luego que está exonerado; es menester mas para inclinarle á desear estas evacuaciones, cuando se halla enfermo?

Quieren pues los enfermos, para fortificarse, tónicos y evacuantes; y, en los casos en que, con arreglo á teorías ménos antiguas, desean diluentes, depurativos, específicos de ciertos males, es tambien para hallar en ello corroborantes, ya de todos,

ya de ciertos órganos que les parecen debilitados.

Pero he demostrado á Vm. que todos estos modificadores son estimulantes, y que, supuesto que las enfermedades contra las que los oponemos, dependen de la irritacion, no pueden ellos ménos de prolongar ó aumentar la debilidad: de lo cual concluirá Vm. fácilmente que, siempre que la debilidad depende de la irritacion, no constituye ella una enfermedad primitiva, esencial, y que, por consiguiente, no tiene remedio ninguno que le sea particular. Los fortificantes aplicables á las debilidades de irritacion, son pues evidentemente los remedios de la irritacion, es decir las sangrias, los temperantes, la dieta y medios revulsivos.

No sucede así ya, cuando la irritacion está totalmente aplacada en las vísceras. La debilidad es entonces la única enfermedad que queda por destruir; porque la convalecencia no es otra cosa mas que la debilidad que se sigue á una dolencia de

cualquiera especie. Están indicados entonces los fortificantes del estado sano, tan contrarios á las debilidades de irritacion. Pero como los órganos que acaban de estar irritados, son capaces de estarlo todavía, importa mucho el proceder á la restauracion con prudencia, es decir comenzar por los corroborantes mas ligeros, para elevarse gradualmente hasta los mas vigorosos.

EL SABIO.

Todo eso me parece muy razonable; y me estrañaría yo sobremanera de que se hubiera estado tanto tiempo sin comprenderlo.

EL MÉDICO JÓVEN.

No lo habian comprendido sin embargo, supuesto que luego que algun enfermo habia experimentado alguna pérdida con la sangría ó cualquiera otra evacuacion, se apresuraban á darle fortificantes, con el pretesto de que urgia el reparar sus pérdidas y facilitarle medios para soportar su enfermedad. Ve Vm. que esta estaba rea-

lizada, personificada, considerada como un enemigo en lucha con la economía, que, para vencerle, tenia que recibir ageno socorro. Se sangraba pues para debilitar el *ente enfermedad*; se administraban despues consumados para corroborar al *enfermo*. ¿Qué sucedia? que aumentando el pretense restaurativo la irritacion, corroboraba la enfermedad, y debilitaba á su víctima. Destruíase pues con una mano el bien que se habia hecho con la otra; y la muerte del paciente era el resultado definitivo.

De igual modo se obraba en las convalecencias. Si no sobrecargaban de alimentos al individuo, dábanle á lo ménos vinos generosos, quina, amargos; si sobrevenia una irritacion gástrica, la llamaban *principio de obstruccion*; se daban vomitivos, purgantes, volviendo de nuevo á los tónicos; y cuando el convaleciente no experimentaba una violenta recaída, permanecia desfallecido por espacio de mucho tiempo, y perdía la salud á veces para toda su vida. Ruégole á Vm. que mire alrededor de sí á las gentes, y entre ellas verá una infinidad

de estas víctimas de la ignorancia de las leyes fisiológicas. Pero esos infelices, en vez de acusar la impericia de sus médicos, se les manifiestan tanto mas reconocidos, cuanta mas dificultad esperimentáron en recuperar su salud, á causa de que atribuyen lo lento de su convalecencia á lo grave de la enfermedad únicamente.

## EL SABIO.

Tiene Vm. muchísima razon. Conozco á infinitas personas que se halláron en ese caso; en él me hallé yo mismo á contiuvacion de mi calentura intermitente; pero me hallaba muy remoto de achacarlo á la causa que Vm. acaba de indicar.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Despues de la debilidad que sucede á las enfermedades de irritacion, llegamos á la que es primitiva. Ha visto Vm. un ejemplo suyo en ciertas hidropesías. Los que sufren con el hambre, ó que se sustentan con alimentos de escasa substancia, caen indispensablemente en un estado de debilidad considerable. Son tales sin embargo



las leyes de la economía viviente, que privado el estómago por mucho tiempo de sus estimulantes naturales, los alimentos, contrae por último una irritación que se eleva hasta el grado del estado inflamatorio. Conviene pues distinguir, entre los desdichados que padecieron con el hambre, los que tienen una gastritis; y puedo certificar á Vm. que estos últimos son incomparablemente los mas numerosos.

El frio es, sin contradicción ninguna, uno de los mayores debilitantes á que estamos espuestos, obre él ya por el aire, ya por el intermedio del agua. El frio retarda la circulación, produce el entorpecimiento y debilidad de los miembros; pero obrando así, impele la sangre hácia las vísceras, en las que promueve infartos, acompañados de una irritación que llega muy á menudo hasta el grado de la flemasía. Así, cuando se trata de remediar la debilidad de una persona que ha estado espuesta á la influencia del frio, debe dirigir el médico su primer cuidado á asegurarse de si no conviene luchar desde

luego contra una inflamación visceral.

Los ejercicios violentos y prolongados, los excesos en los placeres del amor, las pasiones tristes, el miedo, deben ponerse sin duda en la clase de las causas mas debilitantes; no obstante esto, hay pocos casos en que la postración que estas causas determinan, no vaya acompañada de una irritación visceral, aun con frecuencia de una verdadera inflamación. Las precauciones indicadas para los anteriores casos son pues igualmente aplicables á estos. Es una verdad que no era conocida ántes de la época de nuestra doctrina. Todos estos enfermos eran vigorosamente estimulados; iban consumiéndose; y se atribuian todos sus males á una debilidad esencial de una tan maligna naturaleza, que no existia tónico ninguno suficientemente eficaz para triunfar de ella.

Los que han experimentado flujos de sangre copiosos, y renovados á menudo, están sujetos, como lo llevamos visto, á la hidropesía por debilidad; pero, sin experimentar esta enfermedad, pueden debili-

tarse hasta el punto de necesitar sumamente de los tónicos. Es preciso sin embargo sentar una distincion entre ellos : los que han perdido su sangre con una llaga, con sangrías llevadas muy adelante, las mugeres que padeciéron considerables flujos á continuacion de un parto, pueden no tener en los órganos digestivos ninguna irritacion que contradiga la indicacion de los corroborantes. No sucede ya así con las personas que son debilitadas por algunas hemorragias no promovidas, y que se repiten espontáneamente, sin lesion ninguna procedente de las causas exteriores; estas tienen, como lo hemos visto, casi siempre una irritacion, ó aun una flemasia visceral, que determina la pérdida de su sangre : tales son los tísicos que escupen la sangre; las gentes atacadas de gastritis ó enteritis crónicas, que la vomitan ó evacuan por la via de las cámaras; las mugeres atacadas de cirro, del cáncere del útero ó de pólipos, que se debilitan con flujos continuos; los jóvenes á quienes atormenta la sangre de narices excesivamente copiosa; los he-

morroidarios á los que un flujo muy abundante mantiene en un estado de languidez, etc. Todos estos enfermos no tienen una debilidad esencial; y, si es importante sostener sus fuerzas con caldos y ligeros alimentos, lo es todavía mas luchar, por los medios apropiados á la inflamacion, contra la irritacion que reside en una viscera particular y mantiene sus hemorragias; aun á menudo tenemos motivos de darnos el parabien por haber osado practicar algunas sangrías locales en la region de la piel mas próxima al punto de irritacion. Ejercida aquí la revulsion por medio de los vejigatorios y rubificantes, proporciona un alivio que se habia solicitado en balde de los otros remedios.

Entre todas las debilidades, la mas evidente, esencial, y directa, es la que se produce por la falta de aire respirable. El oxígeno es el alimento por excelencia de la vida : luego que el aire atmosférico está desprovisto de él, las personas que le respiran, experimentan alguna congoja; hacen vanos esfuerzos para respirar; el aire que

ellas inspiran, no suministra pasto ninguno á sus pulmones; su sangre deja de rojearse al atravesar estos órganos, se debilitan, se pierde su calor, su pecho cesa de moverse, y su corazón no hace sentir ya sus latidos: todas las señales de la vida cesan de hacerse percibir; y, por poco que este estado persista, es bien presto real la muerte. La extrema debilidad que resulta de la privación del oxígeno lleva el nombre de *asfixia*: la cual es realmente esencial; ella constituye la enfermedad principal, la única enfermedad del paciente, y debe dirigirse todo contra ella: están pues perfectamente indicados los tónicos de toda especie. El médico debe introducir desde luego en los pulmones aire provisto de oxígeno, es decir el de un sitio sano y bien ventilado; porque el oxígeno es el estimulante particular y específico de estas especies de debilidades. Se poseen, para efectuar una respiración artificial, diversos instrumentos ingeniosísimos, unos fuelles ordinarios, adaptados á un cañon que se dirige en la laringe, puede suplirlos. A falta suya, se hace uso

de cuantos medios se hallan á mano; pero, como la irritación general está muy disminuida, se debe tirar á reanimarla estimulando al individuo en las regiones mas sensibles del cuerpo. Se irritan pues, por medio de diferentes operaciones, la boca del estómago, la palma de las manos, la planta de los pies, la garganta, y se hacen penetrar lavativas estimulantes en los intestinos. Por medio de este método, se logra con mucha frecuencia restituir al asfixiado bastante irritabilidad para que sienta la influencia del aire oxigenado, para que sus pulmones se le apropien, le absorban, y comuniquen á la sangre la propiedad vivificante que ella ha perdido. Aplicado el calor artificial con prudencia á lo exterior del cuerpo, es un medio de estimulación que surte buenos efectos.

Hay tambien ciertos gases que ponen á los que los respiran en la debilidad de la asfixia. Los unos, por esto solo que están desprovistos de oxígeno: tal es el ácido carbónico puro, el azoe, el hidrógeno puro; en cuyo caso la curación es la misma.

Los otros, porque, al mismo tiempo de privar los pulmones de este *pabulum vitæ* (el oxígeno), ejercen sobre ellos, y sobre el sistema nervioso en general, una irritación de una estremada rapidez; llámanlos gases mortales; tales son el gas hidrógeno carbonado, sulfurado, fosforado, el ácido hidrocórico, el vapor de azufre en combustion; el amoniaco ó alcali volatil libre, el humo que resulta de la combustion de ciertos venenos vegetales, como el tabaco, y en general todos los humos; el vapor del carbon abrazado, el de las letrinas, etc. En estos casos, la debilidad no es el único estado mórbido para cuyo remedio sea llamado el médico; porque, cuando este ha tenido la fortuna de restablecer la funcion respiratoria, quedan una flemasia en los bronquios, en el pulmon, y una irritación del cerebro y nervios, que exigen los mismos medios que aquellas en que nos hemos ocupado antecedentemente.

La asfixia ocasionada por la estrangulación exige primeramente el oxígeno, y los estimulantes acomodados para despertar

la irritabilidad general; pero luego que se ha remediado la debilidad, la irritación de las vísceras en que la sangre ha sido forzada á pararse (el cerebro y pulmones), y la de las partes fracturadas ó contusas, deben llamar la atención del facultativo. La debilidad no es pues pura y simple en esta especie de asfixia.

La que depende de la inmersión en el agua, presenta desde luego la debilidad en el supremo grado, supuesto que la acción del frio se reúne con la privación del oxígeno; pero, luego que los pulmones han recuperado su acción, el infarto irritativo de las vísceras presenta, como á continuación de la estrangulación, una indicación antiflogística que debe llenarse siempre con toda la posible brevedad.

Vemos tambien asfixias reales á continuación de las convulsiones excesivamente violentas, particularmente cuando ellas han atacado los músculos del tronco destinados á ejecutar los movimientos necesarios para la respiración. Este caso ocurre á veces en los violentos ataques de histé-

rico; las enfermas no respiran ya, parece anonadado el movimiento de su corazón, presentan ellas, en una palabra, todos los indicantes de la muerte. Es clarísimo que aquí la debilidad se ha vuelto el afecto principal; y que debemos curarla como dependiente de la privación de oxígeno. El médico debe tener entendido que el espasmo histérico puede, acumulando la sangre en el cerebro, producir una apoplejía que simula la debilidad de que hablamos: pero la acción del corazón y la respiración no están entonces interrumpidas enteramente; quedan vestigios suyos que, con la coloración de las pacientes, bastan para indicar las evacuaciones sanguíneas. Puede acaecer también que vuelta una histérica de su asfixia, conserve un infarto irritativo del cerebro y demás vísceras, que substituye con la indicación de los antiflogísticos la de los estimulantes y tónicos.

Ciertos gases procedentes de la descomposición de las materias animales, tales son los que se exhalan de los sepulcros imprudentemente abiertos, de los muladares, y

de todas las cloacas infectas, pueden obrar con tanta celeridad sobre los que los respiran, que los pongan al punto en un estado completo de asfixia. Los estimulantes se presentan aquí como los primeros medios de que haya de usarse; pero, si se consigue volver la vida á estos desgraciados, hay frecuentemente que atajar una flemasía gastro-intestinal ó cefálica, de la naturaleza de las que se refieren al tifo.

Sucedo lo mismo con la asfixia producida por el ácido hidrocianico ó prúsico. Un boticario cayó sin sentido por haber olido un instante un bote vacío que habia contenido este ácido. Quedóse pálido, se enfrió, perdió casi el pulso y la respiración. Un médico le administró copiosamente muchos estimulantes; se recetaron en crecidas dosis el café y oleo de trementina: fué reanimado el enfermo; pero volvió de su debilidad con una gastritis crónica de la que no se libró mas que con largo uso del régimen antiflogístico. En tanto grado es difícil hallar debilidades puras y simples, enfermedades en las que un hábil fisiolo-

gista no distingue otra cosa mas que la indicacion estimulante.

Ultimamente , hablaré á Vm. del síncope. Llevada efectivamente esta dolencia hasta su supremo grado, equivale á una verdadera asfixia. Ella depende de la falta de accion del corazon, que cesa de suministrar al cerebro la dósis de sangre necesaria para el ejercicio de sus funciones. Las causas que pueden suspender los movimientos del corazon, son numerosísimas. A veces, es el sufrimiento de algun órgano atacado de irritacion, del estómago, por ejemplo, en la gastritis: un vivo dolor, cualquiera que sea la parte que es asiento suyo, puede producir el mismo efecto. En estos casos, el síncope, aunque consecutivo, no requiere ménos el uso de los estimulantes, hasta que se restablezca la circulacion; salvo el luchar despues contra la irritacion, que vuelve á ser de nuevo la principal enfermedad.

Los afectos morales, los olores repugnantes, el aspecto de un objeto horrendo, producen tambien la inmovilidad del co-

razon: el cerebro ha recibido entónces la primera impresion; á pesar de ello, la indicacion estimulante es la primera á que nos vemos obligados á recurrir. Cuando el síncope es producido por los flujos de sangre, exige los mismos medios; en una palabra, cualquiera que sea la causa que le promueve, el médico no debe dejarle nunca subsistir por mucho tiempo, cuando se eleva al grado que merece el nombre de asfixia, quiero decir al desaparecimiento del pulso y respiracion; porque puede efectuarse en el espacio de su duracion la muerte. Pero, cuando el síncope se ha determinado por una sangría copiosa, en las violentas inflamaciones de las vísceras, es sumamente propicio para la estincion del receptáculo de la flemasia; debemos pues dejarle subsistir durante un cierto tiempo, por poco que la circulacion y respiracion no estén enteramente suprimidas; él se hace entónces el remedio mas eficaz de la irritacion inflamatoria; y, si nos apresuramos mucho á desvanecerle con los estimulantes, se reproduce esta con nuevo vigor:

## EL SABIO.

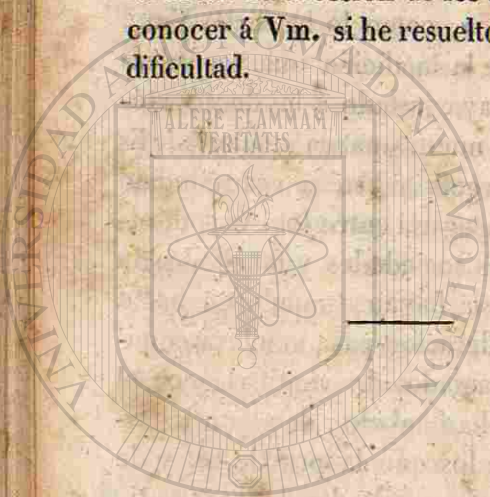
Confieso en adelante que sin razon les acusan á Vms. de no conocer las enfermedades por debilidad; me parece, por el contrario que Vms. saben apreciarlas perfectamente, supuesto que distinguen con tanta precision los casos en que ellas suministran las indicaciones principales, de aquellos en que no las presentan mas que secundarias, y que Vms. tienen el arte de hacerlas servir de remedio para los afectos esencialmente irritativos. Las esplanaciones á que Vm. se ha estendido, me prueban que Vms. tienen un sistema completo de medicina; que han previsto todas las objeciones, y resuelto cuantas dificultades se tiene la costumbre de presentarles, á lo ménos en quanto he podido juzgar de ello por mis conversaciones con muchos de sus adversarios. No cansaré á Vm. con preguntas sobre las enfermedades poco numerosas, á lo que me parece, que no han servido de materia á nuestras conferencias; conozco que ellas no pueden dejar de enla-

zarse con las que Vm. se ha tomado la molestia de esplicarme. Déme Vm. sin embargo su licencia para manifestarle mi sorpresa de que una doctrina tan clara, tan satisfactoria, la única, como lo ha dicho Vm., que forme de la medicina una verdadera ciencia, no haya gustado á los doctos médicos de que nuestra patria se gloria. ¿Es posible que su gefe de Vm. se vea reducido todavía á propagarla entre los solos discipulos; que las sociedades y facultades de medicina no la hayan tomado en harto grande consideracion para nombrar comisionados encargados de ventilarla con el sugeto que la ha fundado, de seguir las experiencias de los que la practican, y de hacer públicos los resultados de sus investigaciones? A pesar de todo el talento de que ha dado Vm. pruebas en nuestras conferencias, dudo mucho, se lo confieso á Vm., que pueda resolver estas dificultades tan fácilmente como ha resuelto las de la medicina propiamente dicha.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sin lisonjearme, Caballero, de satisfa-

cerle á Vm. completamente sobre esos diversos puntos, le diré francamente mi modo de sentir sobre ello en nuestra próxima conferencia. La sucesion de los tiempos dará á conocer á Vm. si he resuelto realmente la dificultad.




---

### DIALOGO VIGESIMO PRIMO.

*Origen y progresos de la medicina fisiológica; obstáculos que ella encontró; electismo; empirismo; cirugía; medicina veterinaria; método para estudiar la doctrina fisiológica.*

EL SABIO.

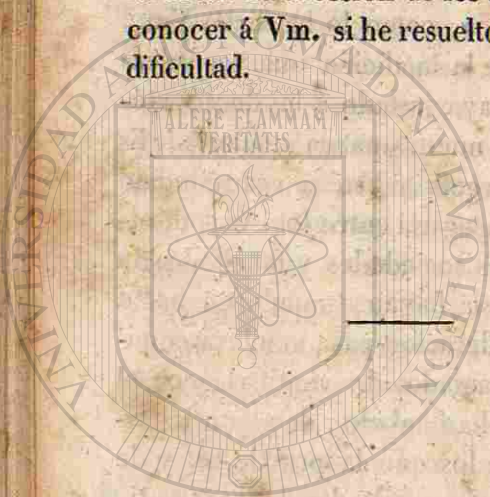
Me gusta la exactitud de Vm., doctor; va sin duda á suministrarme argumentos para reponder á mi médico, que sostiene, entre otras cosas, que la doctrina de Vm. no debe sus triunfos mas que á aquel silencio de los cuerpos sabios de que me manifesté estrañado ayer á Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pienso todo lo contrario, Caballero. Nunca hizo ella tantos progresos como desde que los catedráticos de las escuelas de medicina se pusieron á buscar quisquillas á los candidatos que les presentaban la substancia suya en sus conclusiones inaugura-



cerle á Vm. completamente sobre esos diversos puntos, le diré francamente mi modo de sentir sobre ello en nuestra próxima conferencia. La sucesion de los tiempos dará á conocer á Vm. si he resuelto realmente la dificultad.




---

### DIALOGO VIGESIMO PRIMO.

*Origen y progresos de la medicina fisiológica; obstáculos que ella encontró; electismo; empirismo; cirugía; medicina veterinaria; método para estudiar la doctrina fisiológica.*

EL SABIO.

Me gusta la exactitud de Vm., doctor; va sin duda á suministrarme argumentos para reponder á mi médico, que sostiene, entre otras cosas, que la doctrina de Vm. no debe sus triunfos mas que á aquel silencio de los cuerpos sabios de que me manifesté estrañado ayer á Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pienso todo lo contrario, Caballero. Nunca hizo ella tantos progresos como desde que los catedráticos de las escuelas de medicina se pusieron á buscar quisquillas á los candidatos que les presentaban la substancia suya en sus conclusiones inaugura-

les. La facilidad con que se refutaban las objeciones, daba á los graduandos una superioridad que estimulaba á sus condiscipulos, testigos de su triunfo, para estudiar la nueva doctrina. Aterrados con el raciocinio los catedráticos, se arrebatában, entregábanse á las invectivas, y manifestaban su debilidad con ello. ¿Qué mas era menester para dar valor á la medicina fisiológica?

EL SABIO.

Creo que lleva Vm. razon; pero vuelvo á mi primera pregunta: ¿Porqué no cuidaron los cuerpos sabios de comprobar los dogmas que Vms. profesan?

EL MÉDICO JÓVEN.

La razon de ello es simplicísima; es que, al principio, no los conocian ellos: sus aduladores (de los que están rodeados todos los hombres con destino) se los representaban como cosas absurdas y ridículas que no eran dignas de fijar su atencion. Cuando, mas tarde, las victoriosas respuestas de los candidatos hubiéron hecho

conocer el valor de su doctrina á aquellos caballeros, su amor propio, ya picado, no les permitió ya mudar de tono, y buscar los medios de comprobar los nuevos principios; abrazáron pues la resolución de afectar un desprecio que estaban bien remotos de experimentar, y se constituyéron así en estado de guerra con respecto á nuestro catedrático y discipulos suyos.

EL SABIO.

No me pasma eso. Su gefe de Vm. hubiera debido efectivamente comenzar sometiendo su doctrina al juicio de las facultades y sociedades sabias: por este medio hubiera promovido unas discusiones que hubieran ilustrado á los antiguos médicos; estos se hubieran apresurado á hacerle justicia; despues de haberse puesto así por delante, no hubieran sido ya dueños de volver pie atras, y se hubiera difundido bajo sus auspicios la doctrina de Vm., sin obstáculo ninguno.

EL MÉDICO JÓVEN.

Déme Vm. licencia, Caballero, para ser

de un parecer diferente : me fundo en los hechos, y va Vm. á conocerlos.

No empezó á enseñar nuestro gefe su doctrina mas que en el año de 1814; pero habia echado, desde el de 1808, sus fundamentos en una obra intitulada : *Historia de las flemasas crónicas*. Un docto catedrático de la facultad, el difunto Halé, cuya memoria será querida siempre de los filántropos, fijó sobre este escrito la atención de sus colegas, los individuos del jurí elegido en el Instituto, el año de 1811, por jueces del concurso de los premios decenales; pero este llamamiento fué insuficiente. El autor estaba á la sazón en el seno de los ejércitos, no podia defender su causa; los catedráticos de medicina hicieron fastidiosa á sus discípulos la lectura de la obra de nuestro gefe, y este libro permaneció en los almacenes del librero hasta la época del regreso de su autor, que se verificó en el año de 1814. Sorprendido de ver que una obra recomendada por el primer cuerpo sabio del reino, no se habia vuelto clásica, se aprovechó de la cá-

tedra de profesor que él acababa de obtener en el hospital militar de instruccion de Val de Grace, para entregarse á la enseñanza particular de la medicina. Fundándose su curso sobre principios de una eterna verdad, no tardó en infundir un sumo interes, y atrajo á los mejores discípulos de la facultad. Desde el año de 1816, Mr. Broussais poseia un cuerpo de doctrina que hubiera podido someterse á los cuerpos sabios; pero ¿como se hubiera atrevido él á presentársele, cuando veia á los catedráticos de la facultad, cuya opinion daba la ley en la academia, atormentar á sus discípulos en los exámenes, y ridiculizarlos? No le quedaba pues otro medio mas que el de abogar su causa ante el público, lo que él hizo, en aquel mismo año, por medio de la publicacion de una segunda obra que lleva el título : *Exámen de la doctrina médica generalmente adoptada, y de los sistemas modernos de nosologia*. Esta obra dió mucho golpe; exasperó á todos los individuos de las facultades; pero gustó ella al público; se multiplicaron los

discípulos, la práctica del autor se observó de cerca en el hospital de Val de Grace, á pesar de las ocultas maniobras de sus enemigos, que lograron hasta tres veces hacerle cerrar su clínica. Se compararon los resultados de los diferentes métodos, y la doctrina fisiológica, se propagó con una portentosa rapidez, á despecho de la oposicion de los cuerpos escolares.

## EL SABIO.

Me parece que él debia ir á sus juntas, y leer allí memorias en esplanacion de sus principales proposiciones.

## EL MÉDICO JÓVEN.

¡Piensa Vm. en eso, Caballero! ¿Como ir á significar á unos hombres que dedicaron treinta ó cuarenta años de su vida al estudio de los clásicos antiguos, que hacen consistir toda su gloria en interpretarlos, y hacer la aplicacion de sus máximas á la curacion de las enfermedades; como, repito, significar á semejantes fantasmones que estos clásicos estaban en el error, que era falsa la idea que ellos se formaban de las

enfermedades, que la práctica que de ello resultaba era peligrosa, que la medicina hacia, medio término, mas mal que bien al género humano, y que para hallarse en estado de hacer algunos progresos, era menester olvidar cuanto se sabia, y volver á construir de nuevo segun el precepto de Bacon, el edificio de la ciencia?

Estas proposiciones se hubieran tenido por otras tantas blasfemias. Para probarlas hubiera sido preciso ilustrar lentamente todo el plan de la nueva doctrina, es decir hacer un curso completo de medicina, y justificar sus preceptos fundamentales con la práctica. Pero ¿qué medio para transformar una sociedad sabia en un auditorio benévolo, bastante paciente para escuchar al orador hasta el fin, es decir para seguirle, con escasa diferencia, durante el curso de un año escolar? ¿Como arrastrar á semejantes sugetos á la visita de un hospital, y precisarlos á observar con silencio los resultados de una curacion que, chocando con todas sus ideas los hubiera sublevado desde el principio? Confiese Vm.

que todo eso no era posible. Era preciso dirigirse á la generacion nueva, á unos jóvenes que no tuvieran la presuncion de saber mas que el maestro; que, no habiendo ejercido todavía la medicina, no estuviesen ensoberbecidos con algunos supuestos aciertos, ni tuviesen en una palabra otro interes que el de su instruccion. Pues bien, esto hizo el fundador de la doctrina fisiológica. Entre tanto que él pudiera componer un tratado completo de medicina, hubo de publicar sus proposiciones fundamentales, como lo hizo en la segunda edición de su *Examen*, que salió á luz en el año de 1821, y formar, por medio de la enseñanza, teórica y práctica, á hombres que pudieran entenderlas, explicarlas en las conferencias particulares, en las consultas, á los médicos antiguos que estaban indignados de ellas, y hacerles ver la aplicacion suya en la asistencia de los enfermos. Y bien, se ejecutó todo esto. Los antiguos doctores clamaron; pero los jóvenes, que salian cada año de la escuela fisiológica, y que se daban al trato de gentes, les impusieron silencio con

suma blandura explicándoles nuestros corolarios, y especialmente curando á unos enfermos que ellos habian desahuciado como incurables. Cada uno de los antiguos médicos tenia un hijo, sobrino, protegido entre los discípulos de la nueva doctrina; de ellos recibia los documentos que él se hubiera avergonzado de ir á buscar aguantando el polvo de los bancos; ensayaba el nuevo método, y los triunfos que alcanzaba, obraban su conversion insensiblemente. Esta es, Caballero, la fiel pintura de lo que está pasando diez años hace entre las gentes. Los catedráticos de nuestras escuelas, que no se dignan de leernos, aprenden la doctrina de los discípulos á quienes ellos preguntan en los exámenes públicos, y los demas médicos se penetran de ella por medio de las relaciones que tienen ellos incessantemente con los nuevos doctores. Lo que le dará á Vm. la prueba mas convincente de ello, es que todos los médicos, sin excepcion ninguna, han modificado su práctica y mudado su language.

## EL SABIO.

Convengo en todo eso; los médicos se rinden como hombres privados, pero resisten como cuerpos sabios; y esta oposicion debe perjudicar por mucho tiempo á los progresos de la doctrina de Vm.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Los cuerpos sabios, Caballero, se componen de hombres privados; luego que la conviccion llegue á ser general, no podrá disimularla uno ya. Por mas que hagan las facultades de medicina, se introducen diariamente en su seno diversos discipulos de la doctrina fisiológica; algun dia, y este dia no está en adelante muy distante, tendrán estos la mayoría, y se enseñará públicamente la nueva doctrina.

## EL SABIO.

No se haga Vm. ilusion, querido doctor; aunque enteramente convencidos los catedráticos, se mantendrán firmes por espíritu de cuerpo, y el triunfo de Vms. estará mucho mas remoto que lo que piensan.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Confieso que muchos catedráticos afectarán seguir la antigua práctica; pero predicarán en el desierto; se cansarán, y dejarán hablar á sus antagonistas.

## EL SABIO.

Basta con un hombre elocuente y encaichado para sostener todavía por mucho tiempo los antiguos sistemas.

## EL MÉDICO JÓVEN.

La elocuencia, Caballero, no es mas que un vano sonsonete de palabras cuando no va fundada sobre la verdad: el crisol de la práctica está allí, y los preceptos falaces de una ciencia enteramente ilusoria no resistirán á ello. ¿Hay un Ciceron, un Demóstenes capaz de probar á tres mil oyentes que diariamente visitan todos los hospitales de la capital, que es mas provechoso dejar caminar una fiebre aguda que atajarla en el primer dia; perder nueve enfermos de diez, que salvarlos á todos ahorrándoles dilatados dolores? ¿No ha hecho cada uno la esperiencia en sí mismo y en sus ami-

gos? No, Señor, no; las vanas sutilezas de un retórico médico no detendrán jamás los progresos de la doctrina fisiológica.

EL SABIO.

Los adversarios de Vm. hallarán siempre á algunos fanáticos admiradores.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sin duda, Caballero, los catedráticos enemigos de nuestros principios tendrán á varios contéplativos, aduladores, jóvenes que, con el temor de desagradarles, se abstendrán de frecuentar la escuela fisiológica, y sostendrán sus conclusiones según el espíritu de los antiguos sistemas; pero, restituidos estos jóvenes á sí mismos en el trato de gentes, mudarán de conducta; les sucederá lo que á mí me sucedió; toda su soberbia, toda su presunción, no les impedirán el confesarse á sí mismos que su práctica no vale la de nuestros condiscípulos. Si ellos no tienen valor para volver á cursar, se instruirán y harán instruir de oculto, y acabarán conformándose con el método curativo, el único razonable y ad-

misible; si se niegan á esto, los enfermos ó sus familias los precisarán á ello; y no está distante la época en que los preceptos erróneos que los profesores de las doctrinas rancias puedan esponer en cátedra, no se apoyarán con ejemplo ninguno. Los catedráticos mismos obrarán de un modo contradictorio con los principios que ellos hayan enseñado públicamente. ¿Qué confianza piensa Vm. que ellos puedan infundir entónces?

EL SABIO.

Pero ¿no es todo eso puramente especulativo?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; todo esto se halla realizado en gran parte. Los catedráticos que se adhieren á los antiguos sistemas, no tienen ya casi oyente ninguno en sus lecciones teóricas. Es verdad que se sigue siempre su visita en los hospitales, porque hay allí hechos que observar, preceptos que comprobar; pero se deducen de su práctica ilaciones opuestas á las que ellos quieren sacar.

Los jóvenes que los rodean, les hacen ver sus errores, y les aconsejan respetuosamente que prueben el nuevo método. Si el enfermo se rinde, obligan al catedrático á reconocer los vestigios de la enfermedad que desconoció en el viviente. Si se niega á ello, protestan tácitamente, entre sí, contra su tenacidad; se comparan sus resultados con los de un práctico fisiologista, y se instruye uno tanto con los desaciertos como con los triunfos.

## EL SABIO.

Me comunica Vm. ahí, doctor, unas cosas bien extraordinarias: nosotros los que no somos del arte, nos hallamos bien distantes de recelar lo que ocurre en las escuelas de medicina de Vm. y en sus salas de clínica. (1) Nuestro respeto á los cuer-

(1) La clínica es la enseñanza de la medicina en la asistencia de los enfermos de los hospitales. El profesor caracteriza la enfermedad, establece las indicaciones para motivar su curación; y la cura ó muerte hacen apreciar su conducta á sus oyentes. Es ciertamente el curso de medicina por excelencia; en este crisol se encendió la doctrina fisiológica; le es deudora de los in-

pos sabios es tan grande, que no podemos suponerles motivos poco decorosos. Se nos habla de una doctrina nueva; preguntamos si ella ha logrado el voto de los sabios afamados, á los que miramos como únicos jueces competentes en semejante materia. Se nos responde negativamente: nos contentamos con esto, y continuamos poniendo en el primer lugar á los hombres que su edad, títulos, plazas, confianza de los grandes, y voz pública finalmente nos designan. ¿Podemos, le suplico á Vm., obrar de diferente modo?

## EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; pero todo se cambia en el teatro del mundo: mientras que Vm. in-ciensa á las antiguas reputaciones, se elevan otras nuevas; y cuando hayan llegado estas á un cierto lustre, se dirigirá hácia ellas la atención de Vm. naturalmente.

## EL SABIO.

Ah! ese trastorno no está todavía tan menos progresos que ella hizo de diez años á acá; y lo será de su triunfo en algun día.



próximo como Vm. parece creerlo: mientras que los médicos acreditados viven, conservarán la confianza de los hombres poderosos, y su crédito comprimirá por mucho tiempo el vuelo de la nueva doctrina.

EL MÉDICO JÓVEN.

No se engañe Vm. en eso, Caballero; los antiguos médicos de crédito están cercados de los discípulos de la nueva doctrina: estos jóvenes rivales los observan, y no dejan escapar ninguna de sus acciones, ninguno de sus movimientos; si el doctor á lo antiguo comete una falta, el doctor á lo moderno la señala á todos los ojos; si él se imagina abrazar la nueva práctica, su argos no deja de hacer reparar que no es deudor de sus aciertos mas que á la doctrina fisiológica, á aquella doctrina que él desconocia no ha mucho, y que con frecuencia ha censurado ó ridiculizado. Los testigos del suceso no pueden menos de convenir en ello: se habitúan insensiblemente á trasladar al médico joven la confianza que

acordaban al anciano doctor; y por cierto que no hay cosa mas natural, porque, supuesto que con arreglo á la tácita confesion de este último, la nueva doctrina es digna de la preferencia, vale mas buscarla en los médicos que son discípulos de ella, que la han estudiado y profundizado, que solicitarla de los que se han limitado á coger á hurtadillas algunos fragmentos suyos que ellos mezclan con las antiguas prácticas.

EL SABIO.

Ah! me recuerda Vm. con eso un dicho de mi médico que estaba borrado en mi memoria. Confiesa hoy dia que hay alguna cosa útil en la doctrina de Vm.; pero sostiene que se le mezclan muchos errores, y que un prudente médico debe ejercitarse en desechar lo malo y elegir lo bueno, para formarse, añadiéndolo á lo de los antiguos sistemas, una doctrina perfecta enteramente. Es, discurro, lo que él llama ser ecléctico.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor: el eclecticismo consiste en no

sujetarse á doctrina ninguna , y elegir en todas lo que parece conforme con la razon y esperiencia ; pero es un último recurso bien lastimoso , supuesto que suministra la prueba mas completa de la imperfeccion de las doctrinas médicas ; es, en una palabra, la anarquía de la ciencia. ¿ Qué pensar, efectivamente, de una ciencia en la que se confiesa que el partido mas prudente es no creer nada? de una ciencia que no lleva en sí misma el distintivo de la verdad, contra la que es menester estar siempre sobre sí para evitar el error y delito? Los padres del eclecticismo osan recomendar á sus discípulos que se forme cada uno una doctrina particular estudiando los innumerables sistemas que desfiguraron sucesivamente la medicina ; les suponen pues, al principiar su carrera , un juicio mas sólido que no lo fué el de todos los fundadores de los sistemas médicos. El decir á estos jóvenes, « Formaos una doctrina á costa de todos los autores, sin apegaros á ninguno de ellos, » es decirles : « La medicina no es una ciencia, sino un cúmulo de preceptos mas ó menos

buenos, de prácticas mas ó menos malas ; acomodaos con ello lo mejor que podais, y procurad ser en algun dia lo que nosotros mismos no hemos podido ser, es decir verdaderos médicos. » Tal era en efecto la medicina ántes de la aparicion de la doctrina fisiológica. En balde se habia tratado de formar de ella una ciencia, pues no se habia tenido acierto en ello. He aquí porque el eclecticismo habia adquirido tanto crédito, porque todos los sistemas quedaban condenados desde su origen ; llegaba á tan superior grado el menosprecio que ellos infundian , que la mayor injuria que pudiera dirigirse contra un hijo de Esculapio era darle el titulo de sistemático. El eclecticismo no era pues mas que un estado de espectacion, y como tal debia desaparecer luego que se poseyera un sistema fundado sobre la exacta observacion de los hechos, y digno por último de constituir una verdadera ciencia.

EL SABIO.

Es verdad que la palabra sistema estaba

desacreditada entre los médicos; todos los sabios lo estrañaban, porque esta voz no espresa mas que una coordinacion regular de los hechos, destinada á facilitar su estudio aliviando la memoria; ciertamente que no es necesario un sumo esfuerzo intelectual para concebir que el órden es preferible al caos. Pero supuesto que últimamente el *sistema* irrita á sus compañeros de Vm., aconsejo con mucha eficacia á los médicos fisiologistas que no hagan resonar nunca esta palabra en sus oídos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Por lo mismo preferimos emplear la de *doctrina*: la que es efectivamente preferible, supuesto que una buena doctrina supone un buen sistema; pero no sería difícil el probarle á Vm. que los médicos que mas se lisonjean de desechar todos los sistemas, no pueden eximirse de seguir uno, sea el que quiera, y no exceptúo los que se dicen empíricos.

## EL SABIO.

Confieso á Vm., doctor, que me sorpren-

di en extremo cuando leí, en algunos autores de Vm., que infinitos médicos célebres se gloriaban de ser empíricos. Sabe Vm. que esta palabra se toma siempre á mal entre las gentes, que no la aplican mas que á los curanderos y juglares. Aunque he comprendido el sentido que se le da entre Vms., no sentiria yo que Vm. tuviera á bien hacerme su esplicacion.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Los empíricos, Caballero, son unos médicos que tienen mucha relacion con los ecléticos. Desechan todos los sistemas, todas las esplicaciones sacadas del estado fisiológico de los órganos; no quieren ver mas que el síntoma y remedio que le conviene, y se lisonjean de no obrar mas que con arreglo á la esperiencia. Sea, por ejemplo, una perineumonia que se conoce vulgarmente con el nombre de fluxion de pecho, los empíricos fingen ignorar que el pulmon está inflamado; y dicen á Vm.: » tiene Vm. un dolor en el lado, calentura, escupe sangre, y respira difícilmente:

ahora bien, poco nos importa de donde pueda proceder el desórden; nos basta saber que la sangría es el remedio de estos desórdenes.»

EL SABIO.

He aquí unos chistosos médicos! así, cuando me halle enfermo por el hambre, me dirán que coma, sin confesar que mi mal dimana de la falta de alimentos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Para ser consigüentes deberán racionar así; y si el rostro de Vm. se cubre de una violenta erisipela, estarán obligados, para no desistir de sus principios, á poner en él agua de malvavisco y sanguijuelas; asegurando que ignoran si la piel de Vm. está inflamada.

EL SABIO.

Y si me rompo la pierna ¿me dirán ellos, componiendo los huesos, que no saben si están rotos ó descompuestos?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; convendrán en que Vm.

tiene una fractura; igualmente que confesarán la existencia de la inflamacion erisipelatosa de Vm.

EL SABIO.

¿Porqué pues no quieren confesar que el pulmon está inflamado en la perineumonia, y que para refrigerarle, desembarazándole de la sangre que le oprime, ordenan practicar la sangría?

EL MÉDICO JÓVEN.

Lo confesarán, Caballero, no lo dude Vm.; y cuando se los he representado dispuestos á negarlo era á fin de darle á conocer mejor la ridiculez de sus pretensiones. Los empíricos hacen siempre la esplicacion de las enfermedades que ellos conocen, tan bien en lo interior como en lo exterior del cuerpo; pero como existe una inmensa cantidad de ellas que les son desconocidas (lo que no es extraño, supuesto que ántes de la doctrina fisiológica no se conocia una infinidad de enfermedades, tales como las fiebres, las mas de las nevrosis, etc.), imagináron, para disimular

su ignorancia, profesar que ninguna enfermedad está perfectamente conocida, que todas pueden curarse sin que uno se inquiete de determinar su naturaleza, y que hay siempre temeridad, y aun peligro en indagarla.

EL SABIO.

Los empíricos se asemejan, véolo, á la zorra que perdió su cola.

EL MÉDICO JÓVEN.

Cabalmente, Caballero; lo que ellos no saben, sostienen que todos deben ignorarlo. El empirismo hubo de ser la primera medicina del género humano; porque el hombre indagó los medios de aliviarse mucho ántes de conocer la naturaleza de sus enfermedades; pero á proporcion que la anatomía, fisiología, y observacion de las influencias exteriores hicieron progresos, el empirismo hubo de perder su crédito, y todo da esperanzas de que él acabará desapareciendo con el eclecticismo.

EL SABIO.

En vista de lo que estoy oyendo, me

dan tentaciones de creer que él estaria mejor colocado entre los embaucadores y comadreras que entre los médicos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Soy del dictámen de Vm.; se presentan sin embargo á veces enfermedades cuya causa próxima, ó modificacion fisiológica, no se conocen bien: entre tanto nos hallamos obligados á obrar á tientas, ó con arreglo á la analogía que asemeja el caso de que se trata á otros. Muchas personas dan el nombre de empirismo á esta conducta; puede pasárseles esta expresion; pero en todo caso es una verdad que esta especie de empirismo no forma un sistema, y no puede tener una secta; se compone de ciertos casos extraordinarios que no son oscuros para todos los médicos, y cuyo número se restringe de dia en dia mas, gracias á los progresos de la doctrina fisiológica.

EL SABIO.

Si no me engaño, los ecléticos y empíricos deben ser gentes formidables para los

enfermos; por mi parte, confiésolle á Vm. que ellos no me infundirian confianza ninguna. Creo que la pereza ó ignorancia deben ser sus distintivos característicos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

No se equivoca Vm., Caballero. Los ecléticos de hoy dia son unas gentes que, para conciliar autoridades enteramente opuestas, destruyen con una mano el bien que han hecho con la otra. Por ejemplo, luego que han sangrado con la intencion de atajar la inflamacion, dan estimulantes para remediar la debilidad que han producido, sin saber que ella debe ser el remedio de la flemasía; ó bien purgan, á fin de evacuar el *humor pecante* que suponen formar una peligrosa complicacion. Creen tomar así la esencia de los fisiologistas, de los brownianos y humoristas; pero esta práctica no viene á parar mas que en la prolongacion del mal, y prepara á menudo la ruina del que la padece. La práctica de los empíricos es puntualmente una misma en la aplicacion y efectos suyos, aunque partiendo

de principios algo diferentes: en efecto, ellos no saben atacar mas que los síntomas; siendo lo que dan para destruir el uno casi siempre contrario á lo que han querido oponer contra el otro, exasperan el mal; y cuando el paciente no queda rendido al estado agudo, deja rara vez de ser víctima de un afecto crónico. Pero si estos prácticos son formidables, como lo ha dicho Vm. muy bien para los enfermos, no lo son mucho para los médicos fisiologistas; porque sus desaciertos hacen resaltar nuestros triunfos, y no pueden servir mas que para acelerar los progresos de nuestra doctrina.

## EL SABIO.

Tiene Vm., lo sé, muchos partidarios en la capital; pero ¿cuenta Vm. otros tantos en las provincias?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Muchos, Caballero, se lo aseguro á Vm. Muchas de nuestras grandes poblaciones reconocieron los beneficios de nuestra doctrina: predomina ella manifestamente en Leon; Burdeos comienza á verla florecer

en su recinto; á pesar de las declamaciones furibundas y groseras de un ignorante, la casi totalidad de los médicos de Versalles supieron ya hacerle justicia; es verdad que Tolosa la conoce apenas, pero la escuela de Montpellier posee un catedrático que la ha hecho ya gustosa á los mas de sus discípulos; la de Strasburgo se ve precisada á recibirla de algunos de los suyos, y el hospital militar de instruccion de esta ciudad la ha hecho sobresalir con el mas vivo lustre; triunfa ella en Nancy y en los muros de Metz, especialmente con los aciertos de los catedráticos del hospital militar de instruccion, que la han abrazado; Brest, Tolon, y todos nuestros puertos de mar, diéron los primeros en Francia el ejemplo de esta saludable adopcion; no se profesan allí otros principios mas que los nuestros; tambien Marsella comienza á conocerlos; la ciudad de Nántes y la de Rennes se resistieron por mucho tiempo, pero en adelante contamos en ellas á infinitos condiscípulos nuestros de los mas distinguidos, cuyos aciertos llamaron ya

la atencion pública; infinitas poblaciones menores se rindiéron, hace ya mucho tiempo, á la evidencia que caracteriza nuestra preciosa doctrina, y las aldeas comienzan á ser participantes de sus beneficios. La Bélgica se distinguió, de un modo muy particular, por la atencion viva y continuada que ella puso, desde el principio, en los dogmas que profesamos, y con la aplicacion que la misma hizo de ellos á los casos particulares; no hay ninguna de nuestras proposiciones que no se haya meditado y comentado incesantemente por los mas afamados catedráticos de las universidades de aquel reino, especialmente en la parte en que se habla la lengua francesa. Un catedrático jóven ha trasplantado esta doctrina á la universidad de Gotinga, y puede esperarse que ella no tardará en connaturalizarse allí; las demas escuelas de Alemania y las de Inglaterra no tienen todavia mas que una idea confusa de ella; pero está ya en posesion suya la España, muchos años hace, por los desvelos del doctor Hurtado, que la hizo triunfante

en la ciudad misma de Madrid. La Italia está en vísperas de cambiar su brownismo por la medicina fisiológica; algunas de las verdades que sirven de fundamentos á nuestra práctica, están apreciadas por el célebre Tommasini de Bolonia, y tenemos en la ciudad de Milan á un médico que emprende esplanar nuestros principios á sus compatriotas. No puede dudarse del feliz éxito que le espera en un pais que como España, debe conocer vivamente la necesidad de una doctrina que le liberte de los estragos de la medicina incitativa y contra estimulante.

Muchos discípulos notabilísimos de nuestro catedrático ilustraron muchos puntos de los Estados Unidos de la América; y los médicos formados en nuestras escuelas de marina propagaron nuestra doctrina, que es hoy día la suya, en las mas de las Antillas, en el Senegal, Pondicheri, Calcuta, y en casi todos los establecimientos de la India. Se dan en todas partes el parabien de esta dichosa adquisicion; y en todas los jóvenes apóstoles de nuestros principios

triunfan de los partidarios de las prácticas añejas. El ejército de España acaba de hacer la mas acertada prueba de ellos: nuestra doctrina ha triunfado igualmente en los hospitales llenos de fiebres y disenterias procedentes de las fatigas é influencia de los calores, y en los lazaretos en que nuestros condiscípulos han luchado contra la fiebre amarilla. Las pruebas de estos aciertos se insertaron en los *Anales de la Medicina fisiológica*. Hemos visto á los gefes de los cuerpos, á los generales, dar un testimonio auténtico sobre los buenos efectos de la medicina antiflogística; y cuando por casualidad un médico browniano se vió encargado de substituir á uno de los nuestros en algun hospital, fué tan pronto y evidente el aumento de la mortandad, que esto llamó la atencion de todos.

Juzgue Vm. por ello, Caballero, si sus temores sobre los obstáculos que se nos oponen, son bien fundados. Crea Vm. que los mas poderosos se hallan en Paris mismo, á causa de la resistencia de los cuerpos



sabios, y de las rivalidades de toda especie; y sin embargo confiesa Vm. que hemos hecho asombrosos progresos en esta capital. Pero qué importa la oposicion de los nombres célebres: no impedirán ellos que la verdad se conozca y difunda en todas partes; y los que la desechan con tantapertinacia, se hallarán bien presto los únicos en medio de una nueva generacion de médicos mas ilustrados, mas firmes, y sobre todo mas activos que ellos.

EL SABIO.

Si cuanto Vm. me está diciendo es verdad, como estoy inclinado á creerlo, estará ménos remoto su triunfo que yo me lo habia discurrido al principio; pero le suplico á Vm. que me explique, porqué unos adversarios encarnizados como los de Vms. no agregaron á los demas medios suyos de oposicion el de una refutacion, ó á lo ménos de una impugnacion en forma por la via de la imprenta, ¿porqué no oigo hablar de cosa ninguna parecida?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sentemos aquí una importante distincion: los catedráticos de medicina, los individuos de la academia de las ciencias, los de la de medicina, no publicaron obras contra la doctrina fisiológica; hubieran temido esponerse; únicamente salieron á luz, por reiteradas veces, algunos libros contra el autor de esta doctrina, compuestos casi todos por jóvenes que pensaban hacer su corte á la facultad. Pero, por efecto de una fatalidad bien notable, todos estos escritos eran débiles, y aun inferiores á lo mediocre. Los autores no entendian la cuestion; se entregaban á injuriosas personalidades, ó esparcian crasos errores: por lo mismo no infundieron mas que menosprecio. Todos estos libros cayeron en el olvido al cabo de algunos dias, y se quedaron en los almacenes de los librerros. Los tiros dirigidos contra nuestra doctrina fueron siempre desgraciados para los que lo tentaron.

EL SABIO.

¿No refutó su gefe de Vm. esas obras?

## EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; dejó él este cuidado á sus discípulos, y estos le desempeñaron con honor. Se contentó con resolver, en sus cursos, las objeciones bastante especiosas para alucinar á las personas poco instruidas; y prosiguió la esplanacion de su doctrina en las diferentes obras que él publicó.

## EL SABIO.

¿Acogió bien sus obras el público?

## EL MÉDICO JÓVEN.

En tanto grado que las ediciones suyas no cesan de multiplicarse, y que los autores de las nuevas obras, para obtener el favor del público, se viéron obligados á comentarlas ó copiarlas. Así los compositores del gran *Diccionario de las ciencias médicas*, que habia dado principio ántes de nuestra doctrina, estuviéron precisados á unirse al partido de esta para evitar una completa caida. Pero como el principio de esta enciclopedia médica no correspondia con el fin, se tuvo por conducente refundirla. Parecen ahora dos nuevos diccionarios de me-

dicina, compuestos mas ó ménos segun el espíritu de la doctrina fisiológica; y los subscriptores del antiguo se han visto en la precision de abonarse á estos, á fin de estar enterados del actual estado de la ciencia. Pero, prescindiendo de esto, vemos publicarse diariamente obras sobre los diferentes ramos de la medicina, compuestas por los discípulos de la nueva doctrina, que, para formarse un nombre, no han hallado otro medio mas que pillar los cursos de su catedrático, y tomarle la delantera en la publicacion de su tratado didáctico. Las obras que llevan impreso el sello de esta especie de robos, á que sin embargo ciertos autores tuviéron la ventaja de añadir algunas esplanaciones que les eran propias, son con escasa diferencia las únicas que gozan hoy dia de algun crédito; porque no llaman de modo ninguno la atencion las que no presentan mas que las antiguas teorías. Se conoce que todos los ramos de las ciencias médicas tienen necesidad de considerarse bajo un nuevo aspecto, y cada uno se apresura á concurrir á la reforma;

la de la medicina está muy adelantada ya. No sucede así con la cirugía; las obras clásicas de esta parte del arte de curar son ya rancias. No poseemos todavía mas que algunos bosquejos que dan á conocer el valor de una refundicion general; pero es imposible que la esperemos por mucho tiempo, si juzgamos de ello por el impulso que anima hoy dia á la nueva generacion médica.

EL SABIO.

Como! Caballero ¿ abraza la doctrina de Vm. tambien la cirugía? Me figuraba yo que esta ciencia habia llegado al supremo grado de perfeccion. Por todas partes se celebra la claridad con que ella sobresale; repiten que es satisfactoria en tanto grado, que le lleva á la medicina la superioridad de no presentar cosa ninguna vaga é hipotética; y se pretende especialmente que la de Francia sobrepuja á todas las demas. ¿ Qué reforma quiere introducir Vm. pues en unos procedimientos operatorios fundados sobre la anatomía, y que pudieron llevarse ya hasta el grado de una

exactitud geométrica? ¿ Habria mudado Vm. la estructura del cuerpo humono? ... Se ocupa el gefe de Vm. tambien en operaciones?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor, no se mezcla en eso: la medicina absorbe bastante todos sus instantes, y no hacemos alarde de la ridícula presuncion de reformar los procedimientos operatorios de la cirugía. Pero no forman ellos mas que una escasa parte de este ramo del arte de curar. El cirujano no está ocupado siempre en cortar ó disecar el cuerpo viviente: si toda su ciencia se redujera á esto, no seria él mas que un desdichado chafallon, y no seria digno de figurar en el seno de los cuerpos sabios. Es menester que él sea tambien médico: debe serlo desde luego para justificar la necesidad de la operacion; no se trata siempre de reducir una dislocacion, una fractura, de extraer una bala ó de amputar un miembro fracturado por una bala de cañon; con frecuencia, y mucha, se manifiestan en lo exterior del cuerpo diversas alteraciones que

proceden de una causa interna. Las produce casi siempre la inflamacion, y cuando ellas no dependen de esta, dan progreso á ella consecutivamente. Pues bien, en la antigua cirugía se veia todos los dias aplicar el hierro y fuego á unas lesiones exteriores que se desvanecen hoy dia con los auxilios de la medicina. Aun diré mas : hay una infinidad de llagas, producidas por las causas violentas, á que se aplicaban en otros tiempos operaciones que los medios de la medicina fisiológica hacen inútiles. ¿No es pues nada el ahorrar á un infeliz el dolor y la deformidad inseparables de las operaciones? Ahora bien, la humanidad será deudora de semejante beneficio á la doctrina fisiológica. Tiene pues el cirujano precision de conocerla, á fin de no operar sin necesidad; y esto debe probar á Vm. que la cirugía estaba muy distante de ser exacta y satisfactoria de todo punto.

Especialmente despues de terminadas las operaciones, tiene el cirujano la mayor necesidad de ser médico fisiologista, y adquiere la certeza de que su arte estaba bien

remoto de la perfeccion. La inflamacion que se manifiesta en las llagas que sus instrumentos han debido hacer, es semejante á cuantas forman el objeto de los estudios de la medicina; si él la irrita cuando deberia calmarla, debe contar con una curacion muy dificultosa, con deformidades considerables, y á menudo con ver estropeado á su enfermo. Pero la medicina fisiológica le presenta, para precaver todas estas desgracias, operaciones que no eran conocidas, ó que estaban mal apreciadas por los antiguos autores.

Pero no está todo en esto, falta mucho para ello : la inflamacion que se ha formado en la llaga dimanada de la operacion, no puede llegar hasta un cierto grado de intension sin ir á repetirse en las principales vísceras; se formarán pues inflamaciones en la cabeza, pecho, estómago y empeine. Estas inflamaciones no difieren en nada de las que se producen por otras causas, y sobre las que sabe Vm. que la doctrina fisiológica ha dado nuevas luces. En los tiempos en que los médicos curaban es-

tas enfermedades de un modo incongruente, los cirujanos, que no podian ménos de tomarles prestados algunos medios, debian luchar tambien contra ellas con un método nada acomodado. De ello aquellas fiebres pútridas, malignas, aquellas convulsiones, aquellas traslaciones de la materia purulenta, que se llevaban inopinadamente una infinidad de enfermos á continuacion de las operaciones que habian hecho sobresalir mas la destreza del cirujano; de lo mismo aquellas epidemias, aquellas fiebres supuestas contagiosas que despoblaban los hospitales de los ejércitos, y dejaban apenas sobrevivir un corto número de heridos, despues de las famosas batallas. Pues bien, estaba reservado á la medicina fisiológica el remediar todas estas calamidades. Enseñando ella á los cirujanos á no dejar en las llagas mas que el grado de inflamacion necesario para la formacion de la cicatriz, impide que las vísceras participen de su irritacion; y cuando por desgracia estos órganos la han contraido, les instruye ella sobre el modo de atajarla en sus principios, de

precaver una catástrofe adversa, y ahogar así las semillas de infeccion en las grandes reuniones de heridos. En este punto especialmente debe hacer la cirugía unos progresos, que suponen que ella no habia llegado al grado de certeza que se recrearon en atribuirle.

EL SABIO.

Ah! quanto me agradezco á mí mismo el haberle preguntado á Vm. sobre la cirugía! acaba Vm. de comunicarme cosas de las que no tenia yo idea ninguna. ¿Qué importa en efecto que mi cirujano haya hecho admirable su destreza al costarme la pierna, si me muero de resultas de su destreza? Formo ardientes deseos para que la doctrina de Vm. derrame en breve su afortunado influjo sobre la cirugía; porque, á pesar de cuantas cautelas higiénicas me es posible tomar para conservar mi salud, no puedo responder de que mi cabeza no sea fracturada por una teja desprendida del tejado, ó mi pierna rota por un coche que un borracho de cochero haya hecho volcar en camino.

## EL MÉDICO JÓVEN.

La revolucion que Vm. apetece, Caballero, está efectuada ya en la enseñanza quirúrgica de Paris: los catedráticos que se atraen hoy dia los discipulos á montones, no son deudores de este triunfo mas que á la adopcion que ellos hicieron de nuestra doctrina; algunas ciudades de segundo órden siguiéron ya este ejemplo; pero las obras clásicas dejan que desear mucho todavía á los amantes de la ciencia y humanidad. Esperemos que este vacío quede lleno en breve. Formemos el mismo deseo con respecto á la medicina veterinaria.

## EL SABIO.

Qué! tambien la medicina veterinaria... Conoce Vm. pues las enfermedades de los animales?

## EL MÉDICO JÓVEN.

La organizacion de los brutos es parecida á la nuestra; luego sus enfermedades deben asemejarse á las que experimentamos nosotros. Se trata mas particularmente de los animales que viven en nuestra compañía, que participan de nuestro tempera-

mento, que hemos sujetado á nuestros caprichos, que abrumamos de trabajos, y á los que hemos hecho abrazar muchos de nuestros estilos. En todos tiempos les hemos aplicado nuestros remedios, cuando ellos se ponian malos. Habiendo seguido la medicina veterinaria constantemente los pasos de la humana, es indispensable que ella sufra hoy dia la revolucion que acaba de rectificar esta última. Algunos hábiles veterinarios y economistas muy distinguidos incitaron ya á los demas, y ninguna cosa puede impedir que esto surta su efecto. Verémos si los sabios que esta medicina cuenta en el número de nuestros académicos se mostrarán tan encaprichados como nuestros antiguos doctores. Si se resisten, peor que peor para ellos; sus discipulos, que se han hecho los nuestros, tendrán toda la gloria de esta útil revolucion.

## EL SABIO.

Supuesto que la doctrina fisiológica se ha hecho tan necesaria á la sociedad ¿de qué procede que su autor no publicó todavía ningun tratado completo de medicina?

¿Porqué diferir tanto, y dejar á sus discipulos el lugar de adornarse con sus despojos? ¿En qué se ocupa pues? ¿Le conviene dar á su práctica particular un tiempo que él debería consagrar al bien público?

EL MÉDICO JÓVEN.

El fundador de la doctrina fisiológica es incapaz de sacrificar el interes del público al suyo propio. No cesa de profesar, y su curso es cada año mas metódico y completo. Es menester que él no le haya juzgado todavía digno del público, supuesto que no le ha dado á luz; pensamos sin embargo que no puede diferirlo por mucho tiempo, porque le presenta en este año, de un modo que nos parece ofrecer mas interes que en lo pasado. Pensamos que él está formando hoy día el plan que debe realizar inmediatamente. El público sin embargo no tiene cargo ninguno que hacerle: en su segundo *examen*, publicado en el año de 1821, pasó en revista todos los sistemas de medicina, comparando cada uno de ellos con la doctrina que él profesa; y toda la substancia de esta doctrina está encerrada

en cuatrocientas sesenta y ocho proposiciones cuya inteligencia se facilita con lo restante de la obra. Ademas; publica, hace cuatro años cumplidos, un diario mensual, en el que presenta sucesivamente á la vista de sus lectores todas las enfermedades conocidas, sacadas de su práctica y de la de sus numerosos corresponales; añadiendo, sobre cada una en particular, disertaciones que se dirigen á enlazarlas con los principios de la doctrina fisiológica. Se dedica á comparar las curaciones de las diferentes sectas de medicina, á fin de que se aprecie con mas facilidad la que se ha seguido en la observacion sujeta al exámen. Hace una así clinica pública que suple, para los médicos distantes la que se verifica diariamente en su hospital. Acoge cuantas objeciones se le hacen, y responde á ellas echando á un lado todo desabrimiento y personalidad. Anuncia las obras nuevas, y da su opinion sobre el mérito suyo, á fin de dar á conocer á sus lectores hasta qué grado le parecen dignas de su confianza. A este diario, que lleva el título de *Anales de la me-*

*dicina fisiológica*, y que presenta en efecto la historia de los progresos de esta doctrina, de los obstáculos y auxilios que pueden influir sobre su curso, ha agregado un *tratado de fisiología aplicada á la medicina*; obra cuyo fin se dirige á poner en claro las causas y mecanismo de las enfermedades. Este tratado se acerca ahora á su fin.

Así es como Mr. Broussais creyó deber prepararse para componer el tratado completo de medicina que sus compañeros esperan de él; y á cuya publicacion no fué dando largas, mas que para corresponder, en lo mejor posible, al favor que recibieron cuantas obras salieron de su pluma. Lo que mas teme, es no justificar el concepto que unos reconocidos discípulos hicieron formar de él.

## EL SABIO.

¿Qué orden es menester seguir en la lectura de las obras de Mr. Broussais? Estimaría infinito á Vm. que me le diera á conocer, á fin de que yo pueda trazar á mi doctor, que se decidirá, creo, á ocuparse en ella, el rumbo que debe seguir para hacerse médico fisiologista. Es un buen hom-

bre al que aprecio infinito; es entendido, y celebraría yo perfeccionar su talento, tanto por su interes como por el de sus enfermos, en cuyo número deseo poder contar siempre igualmente que á toda mi familia.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Aconséjele Vm. pues, Caballero, que dé principio con el *Exámen de las doctrinas médicas*; que tome despues la *Historia de las flemasias crónicas*; y acabe con los *Anales de la medicina fisiológica*, que comenzaron á publicarse en el mes de enero del año de 1822. Pero es importante que lea separadamente el *Tratado de fisiología aplicada á la medicina*. Si se toma la molestia de estudiar todas estas obras, no me queda duda de que en ellas encuentre suficientes documentos para hacerse médico fisiologista. Si todos nuestros adversarios hubieran seguido este curso, no hubieran malogrado su tiempo en hacernos objeciones ridículas, y que fuéron refutadas, mucho tiempo ha, del modo mas victorioso.



Si su médico de Vm. quiere aprovecharse de cuanto se ha escrito de mejor segun el espíritu de nuestra doctrina, le aconsejo que añada á la lectura de los libros que acabo de citar, la de las *Cartas del catedrático Lallemand, de Montpellier, sobre las enfermedades del encéfalo*, obra llena de hechos nuevos y exenta de toda censura; el *Tratado de las irritaciones intermitentes*, de Mr. Mongelaz; y la *Refutación de la Memoria del doctor Chomel sobre las fiebres esenciales*, por el doctor Roche. Podrá consultar igualmente el *Tratado de fisiología* de Mr. Begin, que tiene por objeto la misma materia que el de Mr. Broussais, y que está sacado, en gran parte, de las lecciones de este médico, igualmente que la *Aplicación de la doctrina fisiológica á la cirugía*, por el mismo Begin. No le recomiendo la *Fisiología* del catedrático Adelon; porque no puedo dudar que le sea conocida ya esta excelente obra. Si halla en ella asertos contrarios á nuestra doctrina, podrá juzgarlos despues de haber meditado las obras que acabo de indicar á Vm.;

pero puedo afirmarle que encontrará un mucho mayor número de otros enteramente concordes con nuestros principios. Esta obra acaba de darse á la luz pública novísimamente.

Habria todavía una infinidad de buenas conclusiones que indicarle, pero me ciño á las obras salidas de las manos de los médicos á quienes la esperiencia dió la facultad de componer obras largas.

## EL SABIO.

Le agradezco en extremo á Vm. querido doctor, la molestia que se ha tomado de darme una idea de la nueva doctrina. Hágole á Vm. promesa de difundirla entre las gentes, en cuanto mis facultades y conexiones puedan permitírmelo. Le restituyo en adelante á Vm. á los deseos de su familia, amigos, y conciudadanos; y tendré, se lo aseguro, la mas viva satisfaccion en saber los triunfos que están aguardándole á Vm. en la práctica.

FIN.

## INDICE

### DEL TOMO SEGUNDO.

---

DIALOGO UNDECIMO. Histeria; convulsiones simuladas.	Pág. 1
DIALOGO DUODECIMO. Plan general de la curacion de las nevrosis.	10
DIALOGO DECIMO TERCIO. Consideraciones generales sobre las irritaciones movibles; las que son tambien causas de las nevrosis.	18
DIALOGO DECIMO CUARTO. Fiebres intermitentes.	31
DIALOGO DECIMO QUINTO. Enfermedades del corazon.	65
DIALOGO DECIMO SESTO. Hemorragias en ambos sexos.	86
DIALOGO DECIMO SEPTIMO. Cirros; cánceres y afectos orgánicos en general.	126
DIALOGO DECIMO OCTAVO. Rabia; mordedura de los animales venenosos; lombrices.	133
DIALOGO DECIMO NONO. Hidropesías.	157
DIALOGO VIGESIMO. Enfermedades que dependen de la debilidad.	197
DIALOGO VIGESIMO PRIMO. Origen y progresos de la medicina fisiológica; obstáculos que ella encontró; eclecticismo; empirismo; cirugía; medicina veterinaria; método para estudiar la medicina fisiológica.	219

---

NUEN  
LIOTE